ERAN MUY POCOS

Félix Valtueña Borque



Versión digital
editada por:
Aula7activ@

ERAN MUY POCOS

Félix Valtueña Borque

ERAN MUY POCOS

Félix Valtueña Borque

Aula7activ@

Edita



Texto revisado por: J. A. Valtueña
Edición: Francisco Giménez Rubio
Diseño gráfico y maquetación: Esther Amigó Marset

Aula7activa-Aeguae
Apartado de Correos 20.145
08080 Barcelona
Tel.: 616 754 880
E-mail: info@aula7activa.org
Web: www.aula7activa.org

Depósito Legal: B-24.240-2006

PRÓLOGO

Félix Valtueña Borque nació el 23 de diciembre de 1928 en San Sebastián. En esta ciudad, su padre abrazó la fe adventista e inició la carrera de vendedor de libros denominacionales, lo que llevó a la familia sucesivamente a Valencia y Madrid, ciudad esta última, donde Félix se bautizó en la adolescencia. Een 1952 se licenció en Ciencias Químicas en la Universidad Central. Ingresó por oposición en la Escuela Técnica de Aduanas y en 1958 terminó los estudios con el número 1 de su promoción y el Premio Nacional Fin de Carrera. Destinado como Administrador a la Aduana de Blanes (Barcelona), más tarde fue trasladado como Inspector a la Aduana de Barcelona.

En 1960 inició una fructífera carrera literaria con la obtención del premio Sésamo al mejor cuento, con el título *Solidaridad humana*, en el que, conforme explicaron los miembros del jurado, se ponen de manifiesto dos bajas pasiones humanas: el desinterés por el prójimo y la lascivia. En 1961, Félix Valtueña logró el VIII Premio Elisenda de Moncada, instituido por la revista *Garbo*, con la novela *Eleuterio*, dramática historia de un futbolista que deambula a ciegas hacia la fama que, por relativa y mediocre, bien puede ser el trasunto de una generación. Puede considerarse una novela casi profética de lo que decenios más tarde acaecería en este deporte (o negocio).

Prosiguiendo su carrera literaria, Félix Valtueña publicó en 1964 en la editorial Plaza&Janés la novela *Los oprimidos*, en la que abordó, quizás por primera vez, el problema de la «generación perdida»: demasiado joven para formar parte de los combatientes de la Guerra Civil, pero demasiado vieja y conformista para luchar por una sociedad más justa y menos revanchista.

En el ámbito adventista, la contribución más importante de Félix Valtueña fue sin duda su participación en la creación de AEGUAE (Asociación de Estudiantes y Graduados Universitarios de España), en 1974, en un encuentro de estudiantes y graduados universitarios que tuvo lugar en el incomparable marco de Montserrat. En

1978 participó decisivamente en la organización y desarrollo de la serie de conferencias «Heterodoxos en España», pronunciadas en el magnífico marco del Paraninfo de la Universidad de Barcelona; además, dictó la conferencia titulada «Mis antepasados los adventistas». Es también digna de señalar la serie de artículos que, con título genérico de «Iglesia = Comunidad», publicó en la *Revista Adventista* en 1978.

Al fallecer en 1978 en un accidente en Berga (Pirineo catalán), en una caída absurda durante una excursión en un campamento de la juventud adventista, Félix dejó viuda, Raquel, y dos hijos, Belén y Félix, quien en la actualidad ejerce de pastor adventista. Dejó también tres escritos inéditos: una novela, titulada *Eran muy pocos* (basada en la trayectoria de la Iglesia Adventista después de la Guerra Civil), una compilación de cuentos y una novela corta. El primero de estos escritos puede descargarse en el sitio web de Aula7activa (*www.aula7activa.org*), editora digital vinculada a AEGUAE.

J. A. Valtueña

«Sacó fuerzas de flaqueza, y ayudado por la indignación general, se impuso. El cortejo entró en el cementerio, pero no por la puerta principal, sino por una especie de brecha abierta en la tapia del corralón inmundo, estrecho y lleno de ortigas y escajos en que se enterraba a los que morían fuera de la Iglesia católica. *Eran muy pocos*.»

Leopoldo Alas Clarín, *La Regenta*, t. II, cap. XXII, p. 283, Madrid: Librería de Fernando Fé, 1900.

UNO

Hoy, el servicio de culto ha sido completamente distinto.

Además, cuando ha terminado el culto y ya íbamos a salir a la calle, han ocurrido varias cosas inesperadas. De modo que, hoy, todo ha sido diferente.

Como siempre, una vez terminada la escuela bíblica, que casi todas las veces acabamos antes los niños que los mayores, la maestra nos ha llevado junto a nuestros padres para que ellos nos vigilen mientras dura el culto.

Aunque papá es muy estricto para estas cosas, comprende que el culto es demasiado largo y demasiado difícil para que yo lo pueda seguir sin distraerme y sin distraer a los que están sentados a mi alrededor. De modo que, una vez que hemos cantado el himno de apertura, que el pastor ha hecho la primera oración y que se ha recogido la colecta, y mientras el diácono anuncia el texto bíblico que servirá de base para la meditación del día, papá saca una libreta de papel cuadriculado que ya trae preparada, me da un lápiz y la libreta, y ya sé que hasta que se cante el himno final puedo estar haciendo cenefas y otros dibujos geométricos.

–Tienes edad para escuchar en lugar de hacer eso –me dice a veces papá. Y varias veces me ha mandado que vaya anotando los textos bíblicos que cita el pastor en su predicación, pero resulta que me distraigo y no me doy cuenta de cuándo hace las citas.

Tampoco puedo, como quiere papá otras veces, ir buscándolos en la Biblia a medida que el pastor los dice, ya que me cuesta mucho trabajo encontrar la mayor parte de los libros de la Biblia. Sólo me resultan fáciles el Génesis, los Evangelios y el Apocalipsis. Con los demás me hago un lío y tardo mucho, especialmente con las epístolas de san Pablo, tan cortitas, y con las hojas de la Biblia tan finas que en cuanto te descuidas ya te has pasado una epístola entera. Bueno, también

encuentro enseguida los Salmos. Me lo explicó mamá: basta con abrir la Biblia por la mitad, justamente por la mitad, y ya tienes los Salmos.

De todos modos, hoy no ha sido necesario que hiciese cenefas ni dibujos geométricos porque he estado escuchando todo el culto desde el principio hasta el final. La explicación es que ha sido un servicio un poco especial; en realidad, no se puede decir que haya sido una predicación.

–Hermanos –ha dicho el pastor, que desde el mes de marzo es el hermano Olsen, que antes estaba en La Coruña–, hoy es un día especial para nosotros. Tengo a mi lado a dos portadores de paz, dos hombres de los que el profeta Isaías dice que sus pies son bienaventurados, dos hombres que cuando Cristo Jesús venga a premiar a cada uno según fuere su obra, recibirán en ese día bienaventurado sendas coronas resplandecientes por las gemas que representarán a las almas que con su trabajo habrán traído a la verdad. A mi derecha –y lo ha hecho levantar– está el hermano Casimiro Carillón, de La Coruña, al que algunos de vosotros conocéis, y a mi izquierda tengo a nuestro benjamín, del que podemos decir que es un poco el hijo espiritual de todos nosotros, nuestro joven hermano Dimas, el sobrino del hermano González.

También el joven Dimas se ha puesto en pie y sonreía azorado, ya que le daba un poco de vergüenza estar tras el púlpito, entre el pastor y los ancianos de la iglesia, y no como siempre había estado, sentado en un banco, como uno más de nosotros.

–Nuestro joven hermano Dimas –ha seguido diciendo el hermano Oseas J. Olsen– como todos sabemos, ya que muchos hemos tenido ocasión de saludarle antes de comenzar este servicio, regresa después de tres meses de ausencia, tres meses que ya le han bastado para convertirse en un auténtico veterano entre los obreros de la viña del Señor. Dimas y Casimiro han estado colportando juntos por tierras de Aragón. Nosotros aprovechamos que están entre nosotros tomándose unos días de descanso para que hoy nos reconforten con el relato de

las experiencias que el Señor les ha deparado. Les concedemos gustosamente la palabra.

El primero en hablar ha sido el hermano Casimiro Carillón. El hermano Casimiro es gallego, y yo lo conozco muy bien porque un día papá lo invitó a comer en casa. Casi todo el tiempo se lo pasó contándome historias de su tierra, de los pájaros, de los pescadores y de todas las alimañas de los bosques.

También me contó alguna historia de brujas. Yo, que conozco muy bien a papá, me di cuenta de que le disgustaba que Casimiro hablase de esas cosas, ya que las brujas no existen o son una aparición diabólica, y, sea una cosa u otra, no se debe hablar de ellas. De todos modos, como Casimiro era nuestro invitado, papá no le dijo nada. Además, mamá consiguió cambiar de tema, y cuando Casimiro se despidió, papá ya no recordaba lo de las brujas.

Esto lo digo para que se comprenda que el joven Casimiro es muy ocurrente. No lo digo yo solamente, lo dicen todos los hermanos de la iglesia, que le quieren mucho. Además, con esa forma tan rara que tiene de hacer las frases, enseguida hace reír. No ha hecho más que ponerse en pie para empezar a contarnos sus experiencias en el colportaje, y ya estábamos todos, grandes y chicos, listos para empezar a reír en cuanto dijese la menor cosa. Por detrás de mí ya se había empezado a oír alguna risita, sin duda de la hermana Micaela o de la hermana Ladis.

Casimiro nos ha relatado sus experiencias con tanta gracia que no podía ser más. En un pueblo el alcalde mandó que lo echasen, y el alguacil estuvo vigilándolo hasta que subió a la camioneta que lo llevó al pueblo vecino.

–¿Y saben ustedes, hermanos, qué nombre tenía el pueblo de al lado? A ver si algún hermano o hermana está fuerte en geografía y nos lo dice. Fíjense: estoy en Alpedrete, a Alpedrete he venido desde Tarazona, y el alguacil de Alpedrete me mete en el coche de línea para que me marche. ¿Adónde iré a dar? ¿Quién lo sabe?

–A Tarazona –ha dicho el señor González.

–Claro, el hermano González es muy listo; seguramente ha sido su sobrino quien se lo ha dicho. Por eso lo sabe… ¡Pues no señor, no fui a Tarazona!

–A Sahuquillo –ha dicho papá, que, por su trabajo, sabe mucho de pueblos.

–Tampoco… Nadie lo sabe, ¿verdad? ¿Cómo lo van a saber? ¿Y cómo podía saber yo, pobre pecador, que el coche de línea me iba a dejar nada menos que en Calamocarrano? ¡Así, como suena, en Ca-la-mo-ca-rra-no!

Al decir esto, extendía los brazos como pidiendo socorro al cielo y ponía una cara tan cómica que todos nos hemos echado a reír. Incluso el pastor Olsen ha tenido que taparse la boca con la mano. Y los dos diáconos movían la cabeza a un lado y a otro y sonreían.

–¿Qué es lo que hago en Calamocarrano? Casi sin bajarme de la camioneta, le pregunto al chófer: «Oiga, buen hombre, ¿dónde está el Ayuntamiento?». ¡Qué pueblo sería, hermanos, que ni el chófer de la camioneta ni otros dos hombres que se acercaron sabían si había o no había Ayuntamiento! «No se ha formado ni se formará» decía el más bruto de los tres. «Aquí ha ganado el Frente Popular y queremos un Municipio del Frente Popular y no de los carcas.» «Vaya usted a la casa lugar, allí le indicarán», me ha aconsejado el chofer. Resulta, hermanos, que la «casa lugar» era el Ayuntamiento, o sea lo que yo estaba buscando. «Municipio de Calamocarrano» decía un letrero en una tablilla sobre la puerta. Entro, ¿y a quién me encuentro dentro? Nada menos que al alcalde del lugar, al secretario del ayuntamiento ¡y al cura párroco!

El pastor Joel A. Olsen se miraba el reloj de vez en cuando. Casimiro tenía tantas experiencias que contar que parecía que no iba a dejar nada de tiempo para el sobrino del señor González. Yo me he dado cuenta perfectamente de cuando el pastor le ha dado a Casimiro un tironcito en el borde de la americana.

–…Total, hermanos, que en Calamocarrano vendí libros a todos: al alcalde, al cura párroco, al secretario de la Casa del

Pueblo, al Jefe de la CNT…En total, vendí, con la ayuda de Dios, cinco de *El regreso de Cristo* y cuatro de *Dios es amor*, ¡y no vendí el compendio, la cartera y la libreta de los pedidos porque me eran imprescindibles!

Hemos reído mucho. Más tarde, camino de casa, papá ha ido diciéndole a mamá que nos hemos reído demasiado, que cuando estamos en la iglesia no debemos olvidar nunca que es la casa del Señor.

Mamá replica que tampoco viene mal un poco de espíritu alegre de vez en cuando. Lo que le ocurre a mamá es que está asustada. Entre las huelgas, los motines, los incendios, los tiros y las cargas de los guardias de asalto está horrorizada. Y por si fuera poco, tenemos además las terribles predicaciones del pastor Olsen que, en sus conferencias de los domingos por la tarde, nos pone los pelos de punta. Total, que cada vez que papá ha de hacer un viaje, mamá se queda temblando y no piensa más que en los sabotajes y atentados que hay en los trenes y en todas partes.

Además –continúa mamá– lo que ha relatado el hermano Olsen de que los cristianos parecemos caballos es bien cierto.

Al acabar de hablar el joven Casimiro, el hermano Olsen ha relatado una experiencia de un predicador. El predicador quería que un granjero, que era un pecador empedernido, se arrepintiese. «Ahora que tengo un cristiano en casa –contestó el granjero–, la cosa es sólo cuestión de días.» El granjero lo decía por su caballo, que siempre tenía la cara larga, igual que los cristianos.

Papá dice que el hermano Olsen ha relatado esta experiencia para no desairar a Casimiro, pero mamá responde que es bien cierto que los cristianos tenemos más veces la cara larga que alegre. Al menos, nosotros… Ya otras veces han hablado de esto y nunca acaban de ponerse de acuerdo, ya que, según papá, la alegría que cuenta es la interior. Además, nosotros tenemos la misión de advertir al mundo de lo próxima que está la segunda venida de Jesús, y esa misión debe llenar todo nuestro tiempo.

De todos modos, enseguida han cambiado de tema, y han empezado a hablar del otro acontecimiento que ha ocurrido hoy, del que tanto ha conmocionado a las personas mayores: la venida de los «no-conformistas». Alguna vez había oído hablar a papá de los «no-conformistas», pero no acababa de creer que existiesen. Pues bien, hoy, cuando hemos salido del templo, estaban allí.

Los chicos nos hemos enterado un poco tarde, porque cuando termina el servicio, y mientras los mayores hablan en el vestíbulo, nos abren la puerta del patio y salimos a beber agua y a correr un poco. El patio es pequeño y húmedo. En el rincón del fondo están el cuchitril del retrete y la leñera. Ésta almacena, además del carbón, una gran cantidad de cachivaches viejos que se dejó el pastor Menéndez cuando fue trasladado a Barcelona. El pastor Menéndez vivía aquí mismo, en la iglesia, en dos habitaciones libres que hay detrás. En cambio, el hermano Oseas J. Olsen ha preferido vivir en un chalé que ha alquilado en la Ciudad Lineal, a las afueras de Madrid.

Como para cuidar, barrer y limpiar la iglesia es necesario que alguien viva en ella, ahora ocupa las dos habitaciones la hermana Julia, que es viuda y está sola. Al parecer, ha sido la hermana Julia quien, al abrir la puerta para que fuesen saliendo los hermanos, ha visto que alguien que estaba escondido en la sombra del portal daba media vuelta y corría a la calle. Le ha picado la curiosidad y ha salido fuera a ver quién era. Se ha llegado hasta la esquina y allí estaban: eran dos, uno joven y otro ya mayor, y cada uno tenía en la mano un montón de hojas impresas, una especie de pasquines pequeños.

Ha habido una gran conmoción: sabíamos, porque nos lo habían avisado los hermanos de Valencia, que un día u otro vendrían a meter cizaña, pero no creíamos que se atreviesen a venir a las puertas mismas de nuestra iglesia. Sin embargo, así ha sido.

Todos hablaban a la vez, y cada uno decía una cosa diferente. Algunas hermanas mayores estaban asustadas; en cam-

bio, el joven Casimiro quería salir, cogerlos por las solapas y arrancarles todos los pasquines.

–Hay que tener calma –decía el pastor. Pero nadie se entendía.

Finalmente, hemos ido saliendo poco a poco. Cuando hemos salido nosotros, había uno en la esquina del postigo de San Martín, y el otro estaba hacia la calle del Rollo. Al pasar ante él, ha querido darnos uno de sus papeles, pero papá, con un gesto de cabeza y con la mirada, le ha hecho encoger el brazo.

No todos los hermanos han hecho lo mismo. Ha habido personas que han aceptado sus papeles, e incluso les han dado sus direcciones. De modo que durante toda la semana el pastor Olsen ha tenido mucho trabajo, ya que ha tenido que ir a visitar a aquellos hermanos que, por ser jóvenes en la fe, podían ser influidos por las cosas que dicen estos malos cristianos.

En casa no han estado, como es de suponer, pero sí en la de la hermana Ladis. La hermana Ladis, que se llama Ladislada, y que no sabe leer y está medio ciega, vive sola en una casa de patio de la calle Valencia. Cada miércoles por la tarde vamos a verla y a llevarle algo de comida, y algunas veces ropa o dinero. Aunque tiene un hijo joven, el hijo no se ocupa de ella, ya que es de un partido muy de izquierdas, comunista o anarquista, y sólo se ocupa de política y nada de su madre. Ella, en cambio, lo quiere mucho y siempre lo nombra.

–Está muy ocupado –nos dice–. Si no tuviese tanto trabajo, se podría acordar algo de mí. Pero el trabajo no le da tiempo.

Papá asiente con la cabeza.

–¿Hace mucho que no lo ha visto?

–Desde anteayer. Estuvo aquí. Vino con dos amigos: estuvieron en su habitación más de dos horas y después se fueron.

El hijo de la hermana Ladis utiliza su cuarto como arsenal, en el que guarda armas y municiones de los de su partido. Ella las vio una vez casualmente, y cuando fuimos ese miércoles nos lo dijo. Desde entonces papá está muy preocupado por la hermana Ladis. Mamá, en cambio, dice que es imposible que la policía encuentre esas armas, ya que no van a ir a mirar en

una alcoba tan oscura y tan sucia de una casa donde sólo vive una ancianita medio sorda.

Pero a pesar de estar medio sorda, los «no-conformistas» han ido también a visitarla. El miércoles, cuando vamos a verla, nos lo cuenta todo.

–Ellos no hacían más que abrir la Biblia por un lado y por otro, y leerme de aquí y de allí. Pero yo les decía solamente «a la ley y al testimonio, a la ley y al testimonio». Y después les dije: «¿Por qué, en lugar de venir a calentar los cascos a una pobre anciana como yo, no se van a ver al pastor y discuten con él». «Nosotros tenemos que ir a todas las ovejas perdidas del redil del Señor.» «Lobos, eso es lo que son ustedes, lobos que pretenden atropellar el rebaño.»

Antes de despedirnos de la hermana Ladis, hemos dado gracias a Dios por la sabiduría que puso en sus respuestas.

–Todo esto es una señal de los tiempos del fin –dice papá mientras regresamos a casa.

—o0o—

DOS

Con tanto hablar de los «no-conformistas», he acabado sabiendo quiénes son: unos fanáticos. Diezman la menta, el comino y el eneldo, pero olvidan lo importante. Y para nosotros, lo importante es el pronto regreso de Cristo.

Todos estamos convencidos de que todo lo que pasa es una señal del fin. «Y oiréis guerras y rumores de guerras, y entonces será el fin.» Es el texto bíblico que más veces oigo en estas últimas semanas. Y he aprendido el nombre de Armagedón, que es el de la batalla final, la última antes de que venga Jesús.

Estas cosas, y no lo de los «no-conformistas», son las que de verdad asustan a mamá. Hace dos semanas, el susto fue de muerte. Mamá llegó a perder el conocimiento y tuvimos que meterla en un portal hasta que se recobró y pudimos tomar el tranvía para regresar a casa.

Fue el día que los soldados conducían los tranvías. En el nuestro, todo el mundo le hacía bromas al pobre soldado conductor, ya que tenía que ir preguntando a los viajeros por las paradas y por los sitios en los que tenía que detenerse para que otro soldado cambiase las vías. Al bajar la cuesta de la calle Ancha le dio demasiada marcha al vehículo y creímos que descarrilaría al llegar abajo y tomar la curva. No pasó nada, pero en Gran Vía nosotros nos apeamos y seguimos a pie hasta la iglesia.

También regresamos a pie. El señor González iba con nosotros.

Bajamos hasta Arenal y después fuimos paseando hasta la Puerta del Sol. Acababa de bajar la bola y los curiosos todavía tenían la cabeza echada hacia atrás. Delante de Gobernación había muchos guardias, como siempre, pero esta vez algunos eran de los de a caballo.

–Aquí pasa algo raro –dijo papá. En lugar de subir por Pontejos en dirección a Progreso, nos fuimos hacia la Red de San Luis.

Estábamos a mitad de la calle Montera cuando sonaron los tiros. La gente se desparramó. Encima de un portal quedaron flotando unas nubecillas blancas. Desde la plaza del Carmen empezaron a salir guardias de asalto. Detenían a los hombres y se los llevaban hacia las camionetas estacionadas en la plaza.

Papá dice que ha sido la mano de Dios la que los ha salvado, a él y al señor González. Yo sé que es cierto: mientras el guardia los empujaba, y después cuando el cabo los mandó cachear, y finalmente cuando los dejaron marcharse (sólo a ellos dos; a todos los demás hombres se los llevaron en las camionetas), papá no cesó ni un momento de orar silenciosamente. Tenía la cara en tensión, y todos los músculos duros y rígidos, pero de vez en cuando sus labios se movían.

Ahora ya estamos acostumbrados. Dos veces más han parado a papá en la calle y le han cacheado o pedido la cédula La cosa se ha convertido en una rutina y ya no tiene importancia.

Lo que sí ha traído este desorden es que a mí no me dejan salir de casa: solamente para ir a la iglesia. Y hasta es posible que ni a la iglesia podamos ir. Hoy ha ocurrido una cosa tremenda.

Ha sido por la tarde, durante la conferencia pública. El pastor Olsen, que ha venido a Madrid con muchos deseos de trabajar, decidió dar unas conferencias públicas para que la gente de la calle sepa que estamos en los tiempos del fin. Es un hombre tan emprendedor que incluso las anuncia en los periódicos. Unos anuncios chiquitines, que salen una vez por semana en *El Heraldo* y en *El Sol.* Los anuncios son caros, así que en parte los paga él de su propio bolsillo y en parte la iglesia: para ello hacemos una colecta una vez al mes.

Como no sabía el éxito que las conferencia iban a tener, el pastor pidió a la iglesia que fuesen cuantos pudiesen, pero acude tanto público que ahora pide lo contrario, que no vayamos. Mamá y yo nos quedamos en casa, y solamente va papá.

Papá, al explicar a mamá lo que ha sucedido, no se atreve a decir que el pastor Olsen ha sido tentado por el orgullo, pero me parece que lo piensa. Papá se limita a decir que en la última conferencia, el pastor se estaba metiendo mucho en política.

–Además –añade, buscando unos versículos en el Apocalipsis–, yo no lo acabo de comprender.

En su conferencia, el pastor Olsen ha leído unos textos de Apocalipsis, y ha explicado que Alemania e Italia son las potencias satánicas que se van a levantar contra los países democráticos. Estos son Gran Bretaña, Francia y España. Va a haber una gran batalla, tras la cual ya no habrá más que el Armagedón y el fin del mundo.

–Entonces es cuando un joven se ha puesto en pie. «Usted se calla ahora mismo, cerdo democrático», –le ha gritado.

El pastor Olsen, que ya estaba sudando a chorros, se ha quedado tan cortado que durante unos momentos no ha sabido qué decir. Se ha sacado el pañuelo del bolsillo y ha empezado a secarse el sudor de la frente.

Mientras el pastor se secaba el sudor, el joven ha seguido gritando. Entonces ha salido una voz del fondo de la sala.

–¡Calla, perro fascista! –le ha dicho.

–Era –continúa papá– un muchacho que ya lleva varios domingos asistiendo a las conferencias, y que está muy interesado. Incluso ha tenido una conversación muy seria con el pastor Olsen y desea estudiar las Sagradas Escrituras.

Pero el fascista no estaba solo. Uno de los que venían con él ha corrido a la puerta, otro se ha puesto en jarras al pie del púlpito, frente al señor Olsen, y otros dos se han lanzado contra el muchacho.

–Éste, cuando los ha visto venir, se ha levantado de su asiento, ha cogido la silla por el respaldo y los ha recibido a silletazos. Pero eran dos, y después tres, contra uno: le han deshecho el traje, le han partido un pómulo, le han abierto una brecha en una ceja. Al final, hasta con su propia silla le golpeaban las costillas.

Mamá está horrorizada y dice que ya no se atreverá a ir a la iglesia. Papá le responde que no debe tener miedo: en la comisaría han prometido al pastor que enviarán dos guardias de asalto para evitar que pueda repetirse el atentado.

–En la comisaría interrogaron a uno de los fascistas. Todo estaba preparado. Aunque el pastor Olsen hubiese hablado de otra cosa, habrían hecho lo mismo.

–El diablo mete todo el mal que puede.

–No –replica papá–, no es el diablo. –Papá, aunque no critica al pastor Olsen, dice que un cristiano no debe meterse en política.– No debería hablar de ciertas cosas.

A pesar de todo, nosotros respetamos mucho al pastor Olsen.

–Lo que le ocurre es, en parte, que es muy joven, y en parte, que está acostumbrado a su país y no comprende que en España las cosas son de otra forma, que aquí hay que andar con mucho cuidado con lo que se dice y con la forma de decirlo.

—o0o—

Los de la comisaría no han cumplido lo que prometieron. No sólo no han enviado la pareja de guardias de que hablaron, sino que al final lo que hacen es ordenarle al pastor que no dé más conferencias públicas.

–Deje a Enrique que pase la tarde con nosotros –le pide a papá la señora del pastor, la hermana Willhemita. Como el lunes es fiesta, también el lunes me quedaré en su casa.

Mamá, como siempre, al principio no se decide, pero por fin accede. Ellos siempre se han portado muy bien con nosotros, e incluso nos han ayudado cuando a papá no le han ido bien las cosas. No podemos decir que no.

Además, somos un poco de su familia. El pastor Schubert suegro del pastor Olsen, es quien bautizó a mis papás. (Todo esto yo lo sé, no porque lo recuerde, sino por haberlo oído contar tantas veces a mis papás. Y por las fotografías. También yo

estoy en las fotografías, pero soy un niño de pañales y ni se me llega a ver la cabeza.) El pastor Schubert ha sido un gran misionero, un misionero tan grande que hasta ha llegado a escribir un libro. El libro se titula *Veinte años entre los indios del Altiplano*. Nosotros lo tenemos en casa.

Muchas noches, después de haber estudiado la Biblia, papá coge el libro del pastor Schubert y nos lee algún capítulo. Cuando el pastor Schubert llegó a la región del altiplano los indios vivían miserablemente en cabañas. Se pasaban el tiempo bebiendo aguardiente y mascando hojas de coca, y sus dentaduras estaban negras y podridas. Nos emociona mucho el capítulo en que explica cómo un cacique reunió hombres armados para atacar la casa del pastor. Cuando ya iban a prenderle fuego, apareció un ángel, y los asaltantes se espantaron y huyeron.

Todo el libro es muy emocionante y está muy bien contado. Como nosotros lo hemos visto a él en persona y conocemos a su hija, la hermana Willhemita, nos parece que las cosas nos hayan pasado a nosotros. De tanto mirar las fotografías, el cacique Machuca, que es el que quiso incendiar la casa y que más tarde se hizo cristiano, es ya un viejo amigo. Muchas veces veo por la calle a alguien que se le parece y me imagino que es él.

—o0o—

A casa del pastor Olsen se puede ir de dos formas: la primera es en metro hasta Tetuán, y allí se coge el tranvía verde de la Ciudad Lineal. La otra manera de ir es con el tranvía de la Castellana hasta el Hipódromo; en el Hipódromo se cambia al tranvía de Chamartín.

Yo prefiero el tranvía de Tetuán. Es un tranvía distinto de los demás. Los coches, verdosos y de una forma rara, más parecen de tren que de tranvía. Además, van de dos en dos, y la vía no va por calles sino por mitad del campo.

También la gente que viaja en este tranvía es gente de tren: todos se conocen, y los que no se conocen acaban conociéndose, ya que el trayecto es tan largo que da tiempo para todo.

Cuando subimos, giramos el respaldo del asiento para ir sentados en la dirección de la marcha. Los del otro asiento, en cambio, no lo tocan, y quedamos unos frente a otros. La niña que se sienta entre las dos mujeres tiene unas pupas en la cara. Antes de que lleguemos a la parada siguiente, ya ha tenido tiempo la hermana Willhemita de decirles cómo deben curarla. La hermana Willhemita sabe todas estas cosas de cuando vivió en el Altiplano con su padre, el pastor Schubert.

–Tiene que hervir agua. Cuando el agua ha estado diez minutos echando burbujas, la retira del fuego y la deja reposar. Una vez tibia, disuelve en ella unas escamas de ácido bórico y, sin dejarla enfriar, lava con ella las pupas hasta que se reblandezcan y suelten el pus que llevan dentro.

Mientras va dando la explicación, ha cogido a la niña por la mano y la atrae hacia sí para poder mirarle mejor las pupas. Después, le acaricia la cabeza.

Las mujeres no le hacen mucho caso.

–Lo que le pasa a esta niña es que es una marrana– aclara una.

–No, señora –replica vivamente la otra–. Lo que pasa es que la Engracia tiene muy mala sangre, demasiado fuerte, y le brota la fuerza por las pupas. Eso es de la naturaleza.

A mí, la niña de las pupas me da bastante asco y quisiera poder marcharme a un asiento que hay libre al otro lado del pasillo, pero el hermano Olsen, mientras lee, me tiene la cintura sujeta entre sus rodillas y sus muslos, y no puedo hacer otra cosa que echar la cabeza todo lo atrás que puedo.

–Si no curan las pupas como les digo, en el sitio de cada pupa habrá una infección y una herida muy grande, y después un gran agujero, como si la nena hubiese tenido viruela

–¿Viruela? –dice extrañada una mujer de cerca de la plataforma.

–¿Quién dice que mi chica tiene viruela? –chilla la madre–. Son pupas y nada más.

–Son pupas malignas –puntualiza la señora Olsen.

Como habla el castellano de una forma tan extraña y con un acento tan raro, y como además va vestida de una forma tan distinta y lleva en la cabeza ese enorme sombrero negro con unas plumas y un pájaro disecado, ahora le mira toda la gente del tranvía.

Sólo dejan de mirarla cuando en una parada se bajan las dos mujeres y la niña de las pupas.

El tranvía se ha detenido en el centro de un enorme espacio vacío. Es como una calle, pero abandonada, llena de árboles y con dos filas de chalés a los lados, pero muy lejos, allá al fondo. El de los señores Olsen está ya en la próxima parada, pero tenemos que esperar aquí a que llegue el tranvía que viene del otro lado y se crucen.

Estamos ya junto a su casa cuando me acuerdo del abuelito Viracocha.

–Está muy bien –dice riendo el pastor Olsen. La hermana Willhemita también ríe.

–Cada día está más joven.

El abuelito Viracocha vivía de pedir limosna. Un día pasó ante su casa y lo recogieron. Era invierno y había nevado, y el abuelito, para abrigarse, llevaba en lugar de abrigo, que no lo tenía, una manta con un agujero en el centro, por el que sacaba la cabeza. A la hermana Willhemita le recordó a los indios del Altiplano y su poncho. Por eso lo recogieron.

–Tío Olsen (él quiere que le llame así), ¿es verdad que el abuelito Viracocha es indio?

–No, pero vivió muchos años en Perú y Ecuador, y sabe hablar su idioma.

–A veces hablamos en aymará –dice la hermana Willhemita–, pero yo sé más que él. Además, sé quichua.

–Ya lo sé, lo dice el libro –contesto yo. El libro dice que la hermana Willhemita y su hermano Nick aprendieron muy pronto el quichua, y le servían de intérpretes a su padre, el pastor Schubert.

–¿Ya sabes leer? –me pregunta el tío Olsen.
–Bastante.
–¿Por qué no sabes leer bien?
–Mis papás no quieren que vaya al colegio.
–Te convertirás en un burro.
–Mamá está enseñándome en casa.

Cuando llegamos, el abuelito Viracocha, que estaba detrás, en el huerto, leyendo al sol, viene a recibirnos. Es chiquitín, algo cargado de hombros, y lleva una gran barba blanca, que no deja saber nunca si lleva o no corbata.

Papá dice que el abuelito Viracocha es muy bueno, y que en él se ve palpablemente la mano del Señor: cuando lo recogieron los señores Olsen era casi un esqueleto, ya que todas las limosnas que recogía se las gastaba en beber o en tabaco.

Ahora, en cambio, ha abandonado totalmente los dos vicios y está mucho más sano y fuerte. Lo único a lo que todavía no se ha decidido es a ser cristiano, pero el tío Olsen dice que con la ayuda del Señor, eso también llegará, y que el abuelito Viracocha también estará en el grupo de los redimidos.

El pastor Olsen dice que fumar y beber son dos cosas diabólicas. (En cambio, la hermana Willhemita es mucho más comprensiva; sin duda a causa de tantas cosas horribles que tuvo que ver de pequeña.) Al abuelito le dejaban que hiciese lo que quisiera, pero poco a poco, y sin que nadie le forzase, dejó de beber.

El tabaco le costó más. Había dejado de fumar, pero seguía mascándolo, como si fuese hoja de coca. Lo dejó del todo un domingo a mediodía. Cuando el pastor y su señora volvían a casa, el abuelito estaba esperándolos en la puerta del jardín. Como hacía frío, se había puesto un poncho nuevo que habían preparado entre él y la hermana Willhemita.

Cuando los vio acercarse, se puso muy serio. En la mano derecha apretaba algo.

–Hermano Olsen, tenga –le dijo, abriendo la mano.

Dentro de ella tenía, despachurrado, un cigarro puro.

–Lo llevo desde esta mañana. Y me he dicho que si Dios con-

seguía que no mascase tabaco hasta que llegasen ustedes, nunca más volvería a mascar. Aquí lo tiene.

Los hermanos Olsen se pusieron muy contentos. Entraron todos, se arrodillaron en el comedor y dieron gracias a Dios. También el abuelito Viracocha. Esa fue la primera vez en su vida que oró.

Papá dice que el pastor está teniendo mucha paciencia con el abuelo Viracocha y que, con el tiempo, recibirá su fruto. En otras cosas, en cambio, no tiene tanta paciencia.

Esto último lo digo yo. Pero creo que es cierto. Por ejemplo, no quiere a los perros. Cuando algún perro callejero se cuela en el jardín, el pastor Olsen sale con un palo y, si puede, le da un palo en el lomo.

Además, cuando él y la hermana Willhemita están solos, le habla de una forma muy extraña, como si ella hiciese mal todas las cosas y él estuviese disgustado por eso.

Después de cenar, pasamos al salón.

–Antes de acostarse, hay que reposar la cena un ratito –me dice el tío Olsen.

La tía Willhemita coge la Biblia, el abuelito un periódico y el pastor un libro. Como en su casa no hay niños ni nunca los ha habido, no tienen ningún libro con dibujos para que yo me entretenga.

–Mira esto. –El pastor me da una revista de tapas amarillas.

La revista se llama *The National Geographic Magazine*. En cada página hay dos o tres fotografías. No me interesan nada, pero procuro ir pasando despacio las páginas para que la revista me dure tanto tiempo como a ellos sus lecturas.

El abuelito Viracocha me mira de reojo. –Échate en la alfombra –me dice.

–Sí, estarás mejor –confirma la hermana Willhemita. Ha dejado de leer y se sube los lentes a la frente.

Entre todos me hacen tumbarme en la alfombra. De bruces y con los codos apoyados en ella, estoy mucho mejor que sentado. Si en casa tuviésemos una alfombra, podría echarme

en ella, pienso. Lo único que tenemos que se le parezca es la esterilla que hay a los pies de la cama de papá y mamá. Pero está tan vieja que si pones en ella los pies desnudos, te hielas.

Cuando ha pasado una hora, nos vamos a la cama. El abuelito duerme detrás, en un cuarto que han preparado junto a la cocina. Los tíos Olsen y yo dormimos arriba.

Tienen dos habitaciones con camas para los huéspedes, pero, para que yo no tenga miedo, duermo en su propia habitación, en su misma cama. La cama es muy ancha, y me colocan en el medio, entre ellos dos. Pero cuando hace rato que han apagado la luz y casi estoy completamente dormido, noto que el pastor Olsen me coge en brazos y me pone en una orilla de la cama.

Después hablan. La hermana Willhemita se limita a contestarle de vez en cuando con una palabra o dos, y el hermano Olsen se va enfadando: lo noto por el tono de su voz. Cuando ya está muy enfadado enciende la luz de repente. Tengo el tiempo justo de apretar bien los ojos para que crean que estoy dormido. El pastor pasea por el dormitorio, va a la ventana, se sienta en la butaca, y vuelve a pasear y a sentarse.

Lo que más miedo me da es su cara, que entreveo de vez en cuando. No es la cara amable y simpática de cuando habla desde el púlpito, o cuando saluda a los hermanos de la iglesia o a los visitantes que los hermanos invitan. Ni siquiera es su cara de cuando está cansado al final de una larga conferencia pública. Es una cara diferente a todas, y feroz. El miedo me hace temblar.

—o0o—

TRES

Un niño no puede comprender qué cosa es una revolución.

Por eso, mientras los mayores se horrorizan, él encuentra que los días son fascinantes y que cada hora trae una emoción nueva. Lo triste viene después, cuando uno crece: empieza a comprender las cosas horribles y se espanta de haber podido reír mientras las personas se despedazaban.

Para mí, la revolución empieza el día que le pusieron una bomba al presidente Azaña. Era el día del aniversario de la República. La tribuna estaba más allá de la glorieta de Castelar, en la Castellana. Todo fue muy rápido y sin ruido: casi ni se oyó la explosión. Desfilaban los soldados. Se levantó una gran polvareda blanca; la gente corrió, huyendo por todas las bocacalles. Unos instantes después, los guardias cargaron sable en alto.

Desde ese, cada día ocurren cosas en la calle, y mamá no me deja salir de casa. Todo lo más, puedo ir a casa de los vecinos, donde juego con la niña pequeña y con el hermano sordomudo, que tampoco salen a la calle.

El segundo día de la revolución es, para mí, el primero de mayo, cuando la señorita Mercedes vino a casa a hacer compañía a mamá. Estábamos solos, porque papá había hecho un viaje a Andalucía, donde tenía que formalizar algunos pedidos que le habían hecho en el recorrido de febrero. Como es la fiesta del trabajo, ni siquiera funcionan los tranvías. Conductores, cobradores y todos los demás obreros se van con sus familias a comer a la Casa de Campo. Toda la calle es para nosotros. Yo me divierto haciendo botar una pelotita de goma maciza que me ha traído de regalo la señorita Mercedes. Después, la hago correr por el riel del tranvía, pero toma una velocidad tan grande que estoy a punto de quedarme sin ella.

La señorita Mercedes quiere que entremos en el Museo Sorolla, pero está cerrado.

–Vayamos hasta la Castellana –dice mamá–. Allí nos sentaremos un rato en un banco.

En la Castellana nos encontramos con la gran manifestación.

Mamá quiere que nos marchemos, pero la señorita Mercedes, que es muy curiosa, no quiere irse. Me coge de la mano y pronto estamos en primera fila.

Los trabajadores avanzan formando una masa tan compacta que da un poquitín de miedo. Al menos, eso es lo que yo pienso: que si yo fuese de derechas, y los viese como los estoy viendo ahora, con las caras que se les deforman al cantar y al gritar, avanzando cincuenta o sesenta a la vez, de lado a lado de la Castellana, y tan apretadas las filas que cuando ha pasado un bloque es imposible saber cuántas filas iban en él, tendría miedo.

«Joven guardia, joven guardia, no les des pan ni cuartel, ¡pan ni cuartel!», dice un estribillo. Lo corean veces y veces, hasta que retumba del principio al final de la manifestación.

–Es una manifestación de todo el Frente Popular –le explica un hombre a la señorita Mercedes.

No le explica más, porque están pasando las banderas, y el hombre quiere aplaudir. Las banderas son de varias clases: las hay rojas, las hay azules, y las hay rojas y negras. Unas llevan el martillo y la hoz, otras llevan una calavera. Todos los hombres y mujeres del bloque que pasa ahora llevan camisa roja. Los que les siguen van de camisa azul, pero con corbata roja.

Detrás vienen los niños. Unos visten de rojo y otros de azul. Los hay como yo y algo mayores, pero también los hay chiquitines, que de tan cansados como están ya no pueden andar y tienen que ir empujándolos los mayores. Dos son tan pequeñitos que las dos mujeres que los cuidan tienen que llevarlos en brazos.

–Son los huérfanos de Asturias –explica el hombre a la señorita Mercedes.

El grupito de los huérfanos es el que decide la velocidad de la manifestación. Cuando ellos se detienen, toda la manifes-

tación se para. Si ellos echan a andar, la manifestación se mueve.

Los huérfanos, como están tan cansados, se detienen cada pocos metros. También las mujeres que llevan chiquillos en brazos están cansadas. A cada parada, dejan su carga en el suelo. Fingen que lo hacen para que todo el mundo vea bien lo pequeños que son, pero el sudor que les corre por la cara y los gestos de cansancio que hacen las traicionan. Cuando reanudan la marcha se los echan sobre los hombros para que pesen menos.

Día a día las cosas se hacen más confusas. Mil sensaciones distintas se entremezclan en mi mente: las sirenas en la noche, las carreras en pijama por la escalera, la larga espera en el sótano; un camión con milicianos que cruza la calle. Los milicianos llevan los fusiles echados a la cara y apuntan al pasar a todas las ventanas y balcones de todas las casas.

Un día vamos paseando hasta la Ciudad Universitaria. Allí hay mucha gente reunida. Todos observan preocupados las nubecitas de polvo que se forman allá a lo lejos, en la falda de las montañas.

–Son los obuses –afirma un hombre–. Es nuestra artillería que está bombardeando las líneas fascistas.

Aunque nadie lo pone en duda, tampoco nadie muestra un semblante muy alegre. Llega un señor con unos prismáticos. Como va bien vestido y lleva sombrero y corbata, la gente lo mira con cierta hostilidad, pero como sólo él puede saber qué pasa exactamente, lo rodean y sin decir nada, esperan a que él comente lo que ve por los prismáticos.

–Es entre Pozuelo y Retamares –dice cuando deja de mirar–. Están machacando las líneas. Si es que hay líneas.

–¿Pero quién tira, nosotros o ellos?

–El ejército, ¿quién va a ser?

Enfunda los prismáticos y se marcha.

–Es un fascista, seguro –comenta un hombre.

–No deberíamos haberle dejado marchar así como así.

–Que no se alegre tan pronto.

Dejan de hablar. Se ha girado el viento y ahora viene de donde explotan los obuses. El ruido de las explosiones nos llena de espanto a todos los que miramos.

Nos vamos de Madrid. Papá se queda. El Socorro Rojo, que es el que nos va a trasladar, sólo lleva mujeres, niños y viejos. Además, a papá no le darían el salvoconducto para salir de Madrid. Con nosotros viene la señorita Mercedes. Como no tiene familia, le da igual ir a un sitio que a otro. Habría preferido ir a Valencia pero se viene con nosotros a Alicante.

–Los hermanos de Alicante os ayudarán –dice papá para darnos ánimos.

Nos tenemos que despedir en la puerta del patio del convento porque dentro sólo dejan pasar a los evacuados. Es de noche, no hay más luz que la de los faroles teñidos de color violeta, y en la gran iglesia en que nos meten para que esperemos hace un frío horrible.

Antes de que subamos al camión nos dan de desayunar. Todavía no amanece. El camión no tiene asientos ni nada parecido y tenemos que sentarnos sobre nuestros propios bultos. Los bordes de la caja son los mejores sitios porque tienes donde agarrarte o apoyar la espalda, pero antes que nosotros ha subido tanta gente que ya están ocupados. Mamá y la señorita Mercedes se sientan una enfrente de la otra. A mí me colocan en el centro, sobre el saco donde van las mudas, los jerseys y los abrigos que no hemos podido ponernos encima.

El camión baja al paseo del Prado, se detiene en la gasolinera que hay junto a la casa de socorro, bordea la estación de Atocha y empieza a subir hacia Vallecas. La caja del camión tiene una rajadura bajo mis pies: por ella veo que el día va entrando poco a poco. Mirándola me duermo.

De vez en cuando despierto, y así sé que nos hemos detenido porque un bombardeo ha interceptado la carretera o porque un camión se ha despanzurrado. Pasan horas y más horas. Se hace de noche y todavía seguimos en el camión. Entramos en un pueblo. Se detienen los camiones.

–¡Abajo todo el mundo! ¡Los camiones ya no siguen!

Varios soldados corren de un camión a otro. Gritan y golpean la chapa de las portezuelas con las culatas de sus fusiles. El pueblo está negro. Sólo brillan los cascos de los soldados mientras se alejan corriendo, gritando y aporreando los camiones.

Vamos bajando lentamente. Empiezan a abrirse algunas puertas. Asoma gente del pueblo.

–¿Qué pueblo es éste?

–Alcázar de San Juan.

–¿Falta mucho para Alicante?

–¿De dónde vienen?

–De Madrid.

–La mitad del camino.

Nos meten en un tren. Un hombre que hace como que nos ayuda a subir nos roba una maleta. Ya no tenemos comida. Amanecemos en Albacete. El Socorro Rojo ha preparado desayuno para los refugiados. Pasan unas mujeres con grandes cestos.

–Coge, chico, coge.

A cada uno nos dejan coger un bocadillo y un bote de leche condensada. El tren se pone en marcha. Viene la noche. El tren, oscuro, ronca entre sombras redondas de copas de naranjos.

–¡Se acabó el viaje!

Estamos en una estación techada con cristaleras. Hay una gran muchedumbre y algunas luces. Pero tampoco es Alicante, sino Valencia. A Alicante llegamos en la tarde del tercer día. La mitad del cabello de mamá es ahora blanco.

Empieza mi vida de refugiado. Para un niño, no hay mejor vida que la de refugiado. No tienes que ir al colegio, comes todas las naranjas que quieres, te pasas los días en el campo o en la playa. Calzas abarcas de suela de neumático y aprendes a subir a las higueras con la agilidad de un gato. Los meses pasan como un soplo. Como en Alicante no hay invierno ni verano, lo mismo pasa con los años: no existen.

Un día, unos aviones planean a baja altura sin que ningún antiaéreo los moleste. Cruzan la ciudad y desaparecen, pe-

ro cuando aún no han acabado de marcharse, una inmensa bandada de papeles blancos se dispersa sobre la ciudad. «Negrín, Azaña, Álvarez del Vayo y demás capitostes rojos han huido. Toda resistencia es una locura. Rendíos.» Dos días después viene otro avión. Es un panzudo Junker negro y amarillo, con el escudo de Auxilio Social en los dos costados.

–Trae pan –dice la gente.

–Y carne de búfalo en lata. Y aceite.

–Y jabón. Y todas las cosas que nos hacen falta.

–Viva Franco, que nos da pan blanco.

–¡Y que se vaya a la mierda el doctor Lentejas!

Las columnas de soldados que entran casi se cruzan con los que huyen. Ayer mismo, aquí, en esta carretera, del paso a nivel para allá, había una compañía de carabineros. Se habían tumbado en la cuneta a descansar.

–¿Adónde vais? –les preguntamos los chicos.

–Ni Dios lo sabe.

El capitán se arranca lentamente las insignias. Las tira al suelo, y las pisotea hasta que el polvo y los taconazos las hacen irreconocibles. Está avergonzado y procura disimular, pero no hay peligro de que ninguno de sus soldados se fije en él. Están todos demasiado ocupados. Cada uno en lo suyo. Uno les quita las correas a los fusiles abandonados en la cuneta; con una de las correas ata cuatro mantas, y se echa el atado a la espalda. Dos juegan a los dados. Otro, que lleva una gran barba, fuma y mira fijamente un punto negro móvil en el cielo azul. El punto se acerca: es un pájaro. Otro está contando un gran puñado de perras gordas. Todas son de cobre, es decir, de las que van a valer; mientras él cuenta con avaricia, dos más miran con envidia.

Al día siguiente, por la misma carretera, pasan los italianos. Van en dos filas, una a cada lado de la carretera.

–Vivan los italianos –gritamos nosotros.

Están cubiertos de polvo y parecen cansados, pero ríen y nos insultan llamándonos comunistas y piojosos. Después rompen

todos a cantar. La canción dice que se marchan de España y que se llevan la roña.

El viaje de vuelta es casi como el de ida. Esta vez salimos en tren y hemos sacado billete. Pero es un tren cuyos coches, aunque son de viajeros, no tienen asientos, de modo que otra vez tenemos que sentarnos sobre las maletas y el fardo de las mantas. Y también otra vez estamos todo el día de viaje, para encontrarnos a medianoche conque sólo hemos llegado a medio camino.

Nos hacen bajar a todos, incluso a un capitán italiano que lleva muchas condecoraciones y que enrojece de ira y rompe a gritar «¡Comunistas, todos comunistas!» cuando unos soldados que llevan los fusiles al hombro, pero con la bayoneta calada, dicen que nos bajemos todos porque el tren está requisado para llevar soldados al desfile de la victoria.

El último tramo de viaje lo hacemos en un vagón que ha llevado ganado, y por las grietas de cuyo fondo veo amanecer, exactamente igual que en el viaje de ida.

Un hombre entreabre la puerta del vagón y se asoma al exterior. Un chiquillo gatea y mira por entre sus piernas.

–Padre, ¿eso son muertos? –pregunta.

–¡A callar! –le ordena el hombre. Le hace apartarse.

–Cuántas personas habrán muerto, Dios mío –dice mamá como para sí.

Cuanto más nos acercamos a Madrid, más cortadas se van haciendo las conversaciones. Al final, ninguna pregunta tiene respuesta.

–¿Existirá todavía nuestra casa?

–Por nuestro barrio ha habido varios bombardeos.

–Y si tenemos casa y nos han dejado sin muebles…

Estamos en mayo, pero la madrugada es fría. El tren avanza por una tierra ocre pálido, casi blanca, una tierra salina salpicada de olivos. En los eriales sólo crecen unas matujas negras, que nadie sabe lo que son, o enormes rabos de girasol, cuyas flores parecen ojos de monstruo.

Es el mismo frío, la misma tierra, los mismos olivos, el mismo polvo, el mismo sol frío, el mismo viento cortante del primer

viaje. Pero no. Han pasado dos años y medio. La señorita Mercedes, que venía con nosotros, ha desaparecido, no recuerdo cuándo. En cambio, ahora está papá con nosotros. Todo el campo, hasta el horizonte, está excavado de trincheras. En el fondo de las trincheras hay muertos. Uno o varios. Es lo que dice el chico que sigue mirando por entre las piernas de su padre.

–Otro. Otro. Dos.

No acierto a enlazar mis ideas. Ni siquiera acierto a conseguir que mi mente albergue por lo menos una idea coherente. Pero comprendo que algo terrible ha pasado. Un miedo horrible me va poseyendo, y sin darme cuenta empiezo también a hacer preguntas que no tienen respuesta.

–¿Tendremos todavía casa? ¿Tendrá papá trabajo?

Los hombres hablan de que van a depurarlos a todos, y que son necesarios avales. Papá tranquiliza a mamá.

–Yo tengo el aval del sargento Gorostegui.

Gracias al aval del sargento Gorostegui, que aunque era guardia de asalto, era de derechas y tenía carnet de la Falange, hemos podido sacar los salvoconductos pare volver a Madrid. El sargento Gorostegui fue también quien nos dio los números de los billetes del Banco de España que iban a valer.

El tren se detiene en las primeras ramificaciones de la estación, tan lejos que papá ha de ir a buscar un carrito de mano para poder llevar los bultos hasta el metro.

La estación de Sorolla se llama ahora Iglesia. El ansia nos hace querer correr, pero las piernas nos detienen. Desde la esquina de Viriato vemos que la casa está entera. Subimos. La puerta está abierta, sin cerradura. Hay mucho desorden pero no falta ningún mueble. Solamente nos han robado las mantas y toda la ropa blanca. Y la estufa de petróleo. Nos arrodillamos y papá da gracias a Dios.

—o0o—

CUATRO

No es cierto que los niños son los que más sufren en las guerras. Un niño es un ser tan miserable y desvalido que, para él, tanto dolor hay en quedarse un día sin merienda que en unas bombas que atraviesan silbando el vacío del cielo y que, cuando revientan, desparraman la muerte en palmera. Toda la vida del niño es dolor y él no puede saber cuál de ellos es el más grande.

Lo único terrible de todo esto es la memoria, la virgen memoria del niño, que todo lo conserva. Diez años después, el hombre recuerda aquella casa de ocho pisos que una bomba rajó de arriba abajo, y el humo, las llamas, los ladrillos calcinados y los cadáveres que iban siendo alineados en la acera de enfrente, goteante y negra a causa del agua sucia que las mangueras arrojaban de todas partes. Entonces, el hombre que ha sido niño se avergüenza de la indiferencia del niño que el hombre fue. Esto es lo triste de ser niño en el centro de una salvaje guerra: la memoria.

Sólo con bajar a la calle y andar hasta la esquina, empiezo a comprender que la guerra ha sido algo más que dos viajes interminables y una serie confusa de emociones. Todas las calles están despellejadas, con la tripa de tierra al aire, y sus adoquines han desaparecido, forman grandes pilas por las orillas o han servido para construir blocaos en los sitios estratégicos. En la glorieta de Joaquín Sorolla, ahora de la Iglesia, hay dos parapetos de esta clase: uno mirando hacia Cuatro Caminos y el otro en dirección a la glorieta de Quevedo. Además, la boca del metro está rodeada por un parapeto casi igual a los anteriores, aunque sin aspilleras.

Por primera vez veo niños falangistas. Se parecen a los pioneros en que también llevan correaje y un fusilito de madera, pero sus ropas son mejores y en lugar de gorro de miliciano llevan una boina encarnada. Del centro de la boina sale una bor-

la dorada cuyos flecos les llegan hasta la mejilla. Son cinco niños y están haciendo guardia junto a la boca del metro.

Pasa entonces un sacerdote (papá ha dicho que tengo que decir sacerdote y no cura). Su sotana es nueva pero él todavía anda agachado y con la mirada huida. Cuando los niños falangistas lo ven se abalanzan hacia él y le besan la mano: primero el jefe, que debe de tener lo menos catorce o quince años, y tras él los otros cuatro, que forman la escuadra. Y después, todos los niños, todas las mujeres y casi todos los hombres que lo cruzan. El jefe de escuadra se ha plantado a dos pasos del sacerdote y, sujetando el fusilito con las dos manos, mira fieramente a todas partes para ver si algún rojillo intenta escabullirse sin besar la mano del sacerdote.

Yo me he detenido a seis metros de ellos. Estoy apoyado en el escaparate de una pastelería y tiemblo de miedo: sé que si llego a besar la mano del sacerdote, habré cometido un acto de idolatría y Dios me castigará. Cada vez voy quedándome más solo, ya que ahora solamente pasan por este lado las personas que de verdad quieren besar la mano del sacerdote. Los que todavía son rojos y no han cruzado la calle tienen tiempo de desviarse y marcharse por otro lado sin que nadie se dé cuenta de porqué lo hacen.

Los cuatro niños que forman la escuadra han vuelto ya a sus sitios respectivos a los dos lados de la boca del metro, pero el jefe sigue en pie al lado del sacerdote. Éste da su mano a besar a la última persona que quería hacerlo. Después, nos quedamos solos los tres: ellos dos y yo. Un sudor espeso me pega la espalda al cristal de la pastelería.

–Eh, tú –me llama el jefe de escuadra–, ¿le has besado la mano?

Mi boca se dilata inmensamente y se queda seca.

–Ven aquí –me ordena–. Besa la mano del cura.

No me muevo. Sin embargo, sé que si él se acerca, no seré capaz de evitar que me arrastre. Lo único que podré hacer será cerrar la boca y apretar tanto los labios que ninguna fuerza humana pueda obligarme a despegarlos.

–Traedlo –ordena a dos de sus flechas, los que están a la izquierda de la boca del metro. Dejan sus fusilitos en el suelo, apoyados contra la barandilla de piedra, y vienen sobre mí. Me coge uno de cada brazo y me arrastran con tanta fuerza que mi cara se golpea contra la pierna del sacerdote oculta bajo su sotana.

–Bésale la mano. ¡He dicho que se la beses!

Apoya su mano en mi nuca y me empuja la cabeza. El sacerdote deja resbalar su mano a lo largo de la sotana.

–¡Bésale la mano!

–Dejadle –dice entonces aquél. Empuja al jefe de la escuadra, cuya mano deja de oprimir mi cabeza. –Os ordeno que lo dejéis ir–. Retrocede un paso, da media vuelta y se aleja.

Yo, de un tirón, me desprendo de los dos flechas que todavía me tienen sujeto y echo a correr.

–Rojillo –me dice una mujer.

–¡Ateo! –me grita otra. Hace ademán de querer pegarme.

Todo el mundo me mira. Estoy seguro de que, de un momento a otro, alguien me pondrá la zancadilla y rodaré por tierra. Pero no: se trata simplemente de que la calzada de tierra está llena de baches y montículos, y eso me hace tambalearme al correr. Al enfilar mi calle y ver allá al fondo mi casa, me siento salvado. Pero no dejo de correr. Sólo cuando estoy a diez pasos del portal empiezo a detenerme a fuerza de dar trompicones y traspiés.

En lugar de subir las escaleras, doy la vuelta por detrás del cuchitril de la portera y bajo el tramo que lleva a la puerta del sótano. Me derrumbo sobre los escalones de piedra. Al apoyar la cabeza sobre el helado muro, mi mejilla arde. «Ateo, me ha llamado ateo. Esa mujer me ha llamado ateo.» Es lo único que me importa de todo el incidente, y me desespero de no haber sido capaz de hacerle frente y decirle: «No soy ateo, soy cristiano evangélico». Eso mismo tendría que haber dicho al jefe de la escuadra y al sacerdote. Dios habría puesto en mi boca las palabras adecuadas, estoy seguro. Pero no he sido capaz, y seguramente Dios me va a castigar.

–¿Quién anda ahí? –dice una voz desde el comienzo de la escalera.

Me acurruco y no rebullo. Pero el hombre que ha hablado sabe que hay alguien abajo. Veo sus piernas que empiezan a bajar. Se saca del bolsillo un mechero de yesca, lo enciende y me ve.

–¿Qué haces ahí, chico?

Es el vecino del segundo derecha. Antes de la guerra era conductor de tranvías, cuando nos evacuaron era capitán de milicias, y ahora va de paisano y sucio de yeso.

–¿Qué te ha pasado? ¿Te ha pegado tu madre?

Niego con la cabeza.

–¿Te han pegado en la calle?

–No –musito.

-Bueno, ven para arriba, vamos a tu casa.

Me aprieto contra el muro, pero él me coge de la mano y me obliga a ponerme en pie. Su mano, áspera y con costras de yeso, no me da otra opción que seguirle.

Mamá sale a abrir la puerta. Me suelto de la mano del vecino, me arrojo contra la falda de mamá, y oculto la cara entre los pliegues de su delantal.

–¿Qué te ha pasado, qué te ha pasado? –me dice mamá, y lo mismo pregunta al vecino, pero éste no sabe nada.

En el comedor están sentados papá y otro señor. Las lágrimas no me permiten distinguir quién es. Mamá trae un vaso de agua y a la fuerza me hace beber uno o dos sorbos. Poco a poco relato mi historia. Papá me escucha en silencio, sin hacer un solo gesto.

–No hay derecho –dice el vecino cuando termino–. Esta gente no durará mucho.

–¿Qué le parece? –pregunta papá a la visita cuando el vecino se ha ido.

–Enrique, no has tenido la suficiente fe. Dios habría puesto en tus labios palabras de sabiduría. Habrías dado testimonio de tu fe y nada te habría sucedido.

Abro los ojos asombrado. Es el hermano González quien me está hablando. Está un poco más viejo y todo su cabello es aho-

ra blanco, pero sigue teniendo la misma voz amable y cariñosa que hace tres años. Es la primera persona de la iglesia que veo desde que hemos vuelto. Estoy tan asombrado que todo el incidente –el flecha, el sacerdote, la vieja, todo– se esfuma y desaparece de mi mente sin dejar en ella el menor rastro aparente, o dejando un rastro más profundo de lo que yo creo.

—000—

CINCO

Excepto en la voz, no se parece en nada al hermano González de antes de la guerra. Es más viejo, más seco y anda encorvado. Su cabello es blanco. Cuando está en pie, las puntas de la chaqueta le cuelgan hacia el suelo y los bolsillos se le abolsan como alforjas repletas.

Sentado, su aspecto es todavía peor. Sus piernas encogidas parecen de alambre, ya que las entrecruza y no apoya en el suelo la planta del zapato, sino el borde de la suela. Las suelas quedan entonces al aire y uno puede ver que están comidas por el uso. Además, se nota que el negro del material es teñido porque se va en churretes por todas partes.

El hermano González y papá hablan de la iglesia. El hermano González ha pasado la guerra en Madrid y ha podido mantener el contacto con algunos hermanos. De otros tienen noticias indirectas. De la mayor parte no saben nada.

–¿Y el abuelito Viracocha? –pregunta mamá.

–Murió. Lo enterramos el veinte de mayo del treinta y ocho.

–¿De qué murió?

–Quizá de hambre, quizá asesinado. Lo encontraron unos milicianos que entraron en el chalé del señor Olsen.

El abuelito estaba en la galería de detrás, la que daba al huerto de los frutales. El almendro ya había perdido la flor, pero estaba todo él cuajado de unas tiernas hojas verdes llenas de glorioso resplandor. Y los dos ciruelos acababan de florecer: una masa verde cuajada de manchitas rosas. Tan sólo el olivo conservaba su aire triste de siempre, vestido de las mismas hojas frías del invierno. Cuando el sol de la tarde bañaba el olivo, sus hojas tiritaban y despedían un tenue resplandor mate.

Los milicianos, o saqueadores, o lo que fuesen, debieron de darse un susto tremendo, ya que el abuelito Viracocha estaba sentado, la cabeza recostada en la espalda del sillón y llevaba puestos el poncho multicolor y su extraño sombrero redondo.

Uno de los asaltantes se le acercó por detrás y lo encañonó. El cuerpo del abuelito permaneció inmóvil. El miliciano se acercó más al abuelito, lo tocó, lo olió y se dio cuenta de que estaba muerto y hedía. Dio un brinco y echó a correr. Saltó la tapia del chalé de una zancada.

–Está muerto, está muerto –iba gritando por las callecitas enarenadas de la colonia.

En la colonia solamente vivían refugiados, ya que sus antiguos habitantes, todos burgueses, habían huido o habían sido fusilados. Todos los refugiados acudieron a la casa del pastor Olsen.

–Cuando fui yo, la casa estaba enteramente saqueada. Todo lo que era de algún valor se lo habían llevado, hasta los libros en inglés.

–¿Dónde lo han enterrado? –les pregunté.

«Ahí fuera, al pie de los ciruelos. Estaba muy frío y muy duro. Para poder estirarlo tuvimos que cortarle los tendones de los brazos y de las piernas.

–Pobre abuelito –dice mamá–. ¿Se convertiría antes de morir?

–Eso sólo podremos saberlo en el día postrero, si somos fieles para merecer la corona de victoria.

De todos modos el señor González aventura que es muy posible que el abuelito estuviese convertido cuando murió.

–Ya llevaba dos años sin fumar ni beber. Y todos los días leía la Biblia.

Hablan después del señor Olsen. De él sí que no sabe nada el hermano González. En cambio, nosotros lo hemos visto muchas veces a lo largo de la guerra. Unas veces porque nos lo encontrábamos en la calle, y otras porque venía a casa ex profeso para vernos.

–¿Siempre con su pistolón? –pregunta el hermano González.

–Siempre, siempre. Lo mismo cuando iba de uniforme que cuando vestía de paisano.

Papá y el hermano González se quedan callados y mueven las cabezas como asombrados de que cosas así puedan ser ciertas.

Yo, en cambio, recuerdo con admiración las visitas del pastor Olsen, no sólo por su hermoso uniforme, las relucientes botas altas de cuero y el lustroso correaje con el pistolón al costado, sino también porque ni una sola vez dejó de traerme alguna golosina de las que era imposible encontrar en ninguna parte: un bote de leche condensada, algunas galletas o una latita de sardinas en aceite.

Me doy cuenta de que papá se salta una de las veces que vimos al pastor Olsen. Fue la penúltima. La vez siguiente venía a despedirse porque se marchaba a Francia con la columna de Líster.

Voy a la cocina. –Mamá, papá no se acuerda de aquella vez que vimos al pastor.

–No sabes si era él.

–Sí que era.

–No puedes estar seguro.

Lo estoy. Fue cerca de la plaza de la República. Mamá y yo salíamos de ver una exposición que habían preparado las milicias comunistas. Había muchas banderas, mucha gente, y muchas fotografías horrendas de los cadáveres de los niños muertos por las bombas alemanas en Guernica y en Madrid. Sobre una plataforma habían puesto una enorme bomba de mil kilos que se había clavado sin explotar en la arena de la playa de la Magdalena. Alrededor de la bomba había muchos trozos de metralla. El letrero explicaba que cada uno de esos fragmentos había herido o matado a una víctima inocente, y junto a cada trozo había un papelito con el nombre, la edad, el sitio y la fecha. La gente se detenía mucho ante esa plataforma.

Después los visitantes pasaban al cine. Era un local, al fondo de la exposición, en el que proyectaban documentales sobre la vida en la Unión Soviética. Cada tres cuartos de hora se repetía el programa, pero como se estaba caliente, no se marchaba nadie. Nos quedamos en pie detrás de la última fila de sillas, y vimos un documental del desfile de los proletarios el primero de mayo en la Plaza Roja.

Lo que más me gustó –y a todo el mundo– fueron unos enormes camiones. Cada camión llevaba a cuestas una pequeña piscina en la que, sin parar, se zambullían y nadaban varios atletas. También me gustaron mucho unos rings de boxeo cuyas cuerdas eran sujetadas por cuatro hombres que avanzaban al paso de la manifestación. Dentro de cada ring iban luchando dos boxeadores. Tenía que ser muy difícil lo que hacían. No sólo tenían que boxear, sino que además debían avanzar, unas veces de frente, otras de espaldas y otras de lado, al paso de los demás.

En la calle era ya de noche. Las pocas luces que había eran violetas y casi no alumbraban. Esto es lo que aprovecha ahora mamá para decirme que no podemos asegurar si la persona que vimos era o no el pastor Olsen.

Yo estoy seguro. Si hubiese ido de uniforme tal vez no estaría tan seguro, pero iba de paisano y no pude equivocarme.

–Además –digo a mamá–, ellos también nos vieron. Por eso dieron media vuelta.

Porque el pastor Olsen no iba solo. Con él iba la señorita Mercedes. La señorita Mercedes calzaba unas katiuskas muy bonitas y un abrigo con cuello de piel, y se cogía del brazo del pastor Olsen.

Mamá insiste en que estaba muy oscuro y en que Dios castiga a los que juzgan precipitadamente.

–Y debes olvidar al señor Olsen.

Resulta que el señor Olsen ha resultado ser un hombre débil, del cual el Diablo se ha apoderado y con el que ha hecho lo que ha querido.

–¿Ya no es un hombre consagrado?

Mamá duda. –Sólo Dios lo sabe –dice finalmente–. Pero tú debes olvidarlo.

Pero yo no quiero olvidarlo. Ni puedo. El pastor Olsen de la guerra está mil codos por encima del de la capilla. Éste, siempre gesticulando, y sudando a chorros al terminar cada predicación. Aquél, imponente, majestuoso, lo mismo de uniforme que sin él. La enorme pistola, que a veces sacaba de la funda

y ponía sobre mis manos, lo elevaba por encima de todos los hombres. Cuando iba de paisano y se desabrochaba la americana, la pistola, sujeta por correas al hombro y la cintura, balanceándose suavemente a la altura del corazón, quedaba al descubierto, destacando su negrura sobre el blanco listado de la camisa. Para mí, ese pastor Olsen, sereno, majestuoso, que casi no hablaba, componía la imagen perfecta del gran hombre defensor de la ley, la verdad y la justicia.

—o0o—

Todo ha cambiado. El señor González es ahora un viejo flaco y doblado, el pastor Olsen ha desaparecido, el abuelito Viracocha ha muerto… Y ya no hay iglesia.

–Dios volverá a levantarla –dice el señor González–. Empezaremos por visitar a todos los hermanos de antes de la guerra.

Entre él y papá hacen una lista con los nombres que recuerdan. Mamá y yo les ayudamos. Papá visitará a unos, el señor González a otros. En algunas de esas visitas acompaño a papá.

De este modo entro en contacto con Madrid, un Madrid del que no conocía casi nada. Y lo poco que conocía está arrasado o poco menos. Es imposible saber dónde quedaba antes la plaza de la Moncloa: la cárcel modelo está derruida y calcinada, del cuartel de bomberos no quedan ni los cimientos y en cuanto al edificio que había a su lado, el del porche lleno de extrañas pinturas, solamente queda eso, el porche y las extrañas pinturas de borrachos, y tras ellos, por los agujeros de los ventanales, un gran montón de escombros.

Para ir a casa del hermano Corcuera, que vive en la carretera de Extremadura, intentamos bajar por el Parque del Oeste hasta el río, pero unos soldados nos dicen que no se puede bajar por ahí, que todavía hay muchas bombas de mano por recoger y muchos cadáveres por enterrar.

–Algunos están desde la ofensiva del treinta y seis.

Cogemos un tranvía hasta la Puerta del Sol. Desde allí, bajaremos a pie. En lugar de ir a buscar la calle de Toledo para salir después a la de Segovia, nos metemos por una calleja a mano derecha. Cruzamos una plaza, y después otra. En una calle estrecha unos obreros retiran de un entresuelo un largo letrero de tela, desgarrado por todas partes. «Socorro Rojo Internacional», se puede leer todavía.

Después, colocan otro, también de tela, pero mantenido tirante por los listones que lo enmarcan: «Central Nacional Sindicalista. Obra Sindical de Educación y Descanso». El letrero ocupa los tres balcones de la planta baja, desde la esquina hasta la portería.

Damos media vuelta y nos vamos.

–No lo recuerdas, ¿verdad? –me pregunta papá cuando ya hemos vuelto a la calle Mayor.

–No.

–Ahí estuvo nuestra iglesia. Hasta que la incautó el Socorro Rojo.

Antes de la guerra, nos parecía demasiado humilde que una iglesia estuviese en un piso de una casa. En cambio, ahora nos conformaríamos con eso. No sólo no tenemos iglesia, sino que ni siquiera sabemos si en una ciudad tan poblada como Madrid, que sin duda es tan grande como la Nínive del profeta Jonás, queda alguien que espere el pronto regreso de Nuestro Señor Jesucristo.

Por lo menos, el hermano Corcuera ya no lo espera. El hermano Corcuera se ha aficionado a beber vino y no quiere oír hablar de Jesús ni de la iglesia ni de nada. Lo único que le interesa saber es dónde encontrar vino. Satanás lo tiene tan dominado que incluso llega a decirle a papá que si le consigue una garrafa de vino cada semana se convertirá otra vez. Cuando nos vamos a marchar se niega a que oremos con él.

–Lárguense –nos ordena secamente. Y cuando estamos un poco lejos nos grita: –Si quieren que crea en Dios díganle que me devuelva a mi mujer y a mis hijos.

Porque cuando en noviembre del treinta y seis hubo aquel ataque tan terrible por Carabanchel, un tanque arremetió contra su casita y mató a toda la familia del hermano Corcuera.

–El hermano Corcuera es bueno –me explica después papá– y Dios hará que vuelva a su redil. Hemos de orar mucho por él.

Está anocheciendo. Desde el otro lado del Manzanares, Madrid es un festón dentado en lo alto de una larga colina plana. El aspecto de la ladera es terrible. Excepto el Campo del Moro, que está verde, todo lo demás que se ve –las Vistillas, la Florida, Rosales, el Parque del Oeste, la Moncloa– no es más que tierra parda desventrada en todas direcciones por las líneas zigzagueantes de las trincheras. De esta tierra brotan por miles los muñones requemados y rotos de los árboles que antes poblaban estas colinas. Entre ellos, las líneas de las alambradas suben, se retuercen, bajan, y se vuelven a retorcer tantas veces que los ojos de uno enloquecen y hay que cerrarlos o mirar a otra parte.

Tan horrible como esa tierra es la situación de los hermanos y hermanas de la iglesia: unos han muerto, otros se han ido a vivir a otra parte y nadie sabe dar razón de ellos. Y muchos han apostatado y sólo abren la boca para decir cosas horribles y blasfemias.

De todos, quien más lástima me da es la hermana Ladis. Sigue viviendo en su pisito, al fondo del largo corredor de la enorme casa de patio de la calle Vitrubio. El patio está más sucio que nunca y, como siempre, los corredores de los cuatro pisos están repletos de gente que grita y se remueve sin un minuto de reposo. Además, ahora que sólo dan agua seis horas al día, hay una enorme cola de mujeres con cubos y botijos que se enrosca alrededor de la fuente en el centro del patio.

La alcoba de la hermana Ladis tiene el número ocho del segundo piso. La puerta está entreabierta, pero como dentro no hay luz, tardamos casi cinco minutos en verla, acurrucada en el sillón de mimbre, entre el fogón y la puerta de la cocina.

Papá y mamá le hablan, pero ella parece no conocernos: no hace ningún gesto y sus ojos no cesan de mirar fijamente al va-

cío. Así pasa mucho rato: papá y mamá hablándole suavemente, y ella mirando al techo y lanzando unos gemidos muy débiles, que apenas se oyen.

Entra una vecina.

–Se ha vuelto loca –nos explica–. Y además está más sorda que una tapia.

Mamá se echa a llorar.

Todo ha sido por lo de su hijo. Bueno, sorda se ha ido volviendo poco a poco, pero loca se volvió de repente, cuando lo de su hijo.

El hijo de la señora Ladis, que tenía veinte años y era de las Juventudes Libertarias, debió de morir en marzo, cuando los comunistas del frente del Manzanares volvieron a Madrid a luchar contra los de la Junta de Defensa.

–Ella se pasó una semana esperándolo sin decir nada. Al octavo día se puso a dar gritos llamándolo. Gritaba día y noche y no nos dejaba dormir. Para ver si callaba, una vecina le dijo que lo había visto muerto en la calle Alcalá, junto a Correos. Que supo que era él porque tenía un letrero con el nombre y la dirección. Pero entonces todavía se puso más loca y chillaba mucho más fuerte. Así que le dije yo que lo del letrero era mentira, que la vecina se había confundido, y que su hijo estaba desaparecido. Y así estamos. Sólo que cada día se va quedando más lela.

–¿Y qué come?

–Lo que le damos las vecinas. Pero mejor sería llevarla de una vez a Ciempozuelos.

Como es muy tarde y la vecina no se marcha, tenemos que irnos nosotros sin haber podido orar con la hermana Ladis, ya que hacerlo delante de a vecina habría sido una imprudencia y Jesús aconsejó que hemos de ser «prudentes como serpientes». Pero en cuanto hemos llegado a casa, hemos orado por ella; nos hemos arrodillado en el dormitorio de los papás y hemos orado los tres: papá, después mamá, y al final, yo.

Entre Estrecho y la Dehesa de la Villa había varios hermanos que vivían muy cerca unos de otros. A pesar de ser un si-

tio tan peligroso, la mano misericordiosa de Dios los ha preservado de todo mal, y siguen conservando la esperanza bienaventurada en el pronto regreso de Jesús.

Quienes más seguros están de que Jesús volverá pronto son el hermano Cipriano Medina y su esposa, la señora Josefa. Los señores Medina viven en la colonia que hay en la calle de Francos Rodríguez, según se va, a mano izquierda. La colonia está rodeada de una tapia. Detrás de la tapia vienen, en primer lugar, el canalillo y el campo pelado, y más atrás, un convento (que ahora es cárcel) con un gran patio. En ese patio han visto cosas horribles, tan horribles que no se atreven ni a contarlas. Pero no hay más que mirarles a los ojos, siempre dilatados, que ni siquiera consiguen entrecerrarlos, para comprender que la única cosa del mundo que ven esos ojos es el patio de la cárcel y los cuerpos que se derrumbaban al morir los hombres que esos cuerpos contenían.

En cambio, la señora Ramona Castruejo nos cuenta cosas que no pueden ser ciertas. La señora Ramona es quizá quien mejor guerra ha pasado. Le pilló en El Espinar y solamente pasaron un poco de miedo la primera semana. Dice que después fue muy tranquilo y que tenían de todo.

–Judías, garbanzos, chorizo, salchichón, sardinas en lata, pan, leche condensada, de todo.

Después, empieza a contar sus fantasías. La señora Ramona es muy seca y nerviosa y tiene una cara un poco rara, huesuda y con una nariz corva y muy grande. En la cabeza lleva un gran pañuelo negro. Cuando habla, sus manos son dos molinillos de café.

–Están acabando con todos los trabajadores –nos dice bajando la voz. Estamos en el porche de su casa, bajo la parra, y alrededor nuestro hay cinco o seis gallinas que picotean y se pelean.

–Y antes de fusilarlos les hacen cada cochinada... Se los llevan a la Casa de Campo y les ponen delante una mujer desnuda. «Hala con ella», le dicen. Cuando está cerca de la mujer, le ponen las bayonetas en el pecho y le hacen retroceder.

Y vuelta a empezar. Y otra vez. Así, hasta que se cansan y lo fusilan. A ver si hay derecho a que a un hombre le hagan eso. –Mira a papá con ojos de acero.

Papá está tan desconcertado que, como no sabe que decir, mueve un poquitín la cabeza como dándole la razón. Yo, para evitarle confusiones mayores, me hago el distraído y me entretengo mirando como se pelean las gallinas. De repente, el gallo echa a correr detrás de la más negra. Salta sobre ella y casi la aplasta. La gallina zarcea y se queja, pero después se queda quieta. El gallo le pica el cuello, como agarrándose para no caer. Están quietos y silenciosos. Después, el gallo se deja resbalar sobre el lomo de la gallina y se va cada uno por su lado.

—o0o—

Esta tarde hemos tenido una gran alegría. Han llamado a la puerta, he ido a abrir yo y había un señor anciano que me ha dicho:

–¿Eres Enrique?

–Sí, señor.

Me ha levantado en brazos, me ha apretado contra él y me ha llenado de besos. Entonces ha salido mamá de la cocina, y he sabido quién era: es el hermano Martín, el último que fue bautizado antes de que empezase la revolución. Hace seis semanas lo metieron en la cárcel.

–¿Ya estás libre del todo? –le pregunta mamá.

–Gracias a Dios, sí. Ahora vengo de allí.

–¿Y no sabe quién lo ha podido denunciar?

–Me lo figuro, pero le perdono.

Al parecer lo ha denunciado una vecina que, durante la guerra, y sólo porque le veía leer la Biblia, le llamaba «carca» y decía que él era de los de la cáscara amarga.

–En cambio, ahora, ya ve: termina la guerra y esa misma persona me denuncia diciendo que desde mi casa hago señales con un espejito a no sé qué guerrilleros.

El señor Martín lleva la ropa deshecha y huele muy mal, pero mamá está tan embobada escuchándolo que ni lo nota.

–El Señor me ha ayudado en todo momento y con este arma –entreabre la camisa y se saca la Biblia que llevaba ahí guardada– he podido luchar contra todos y vencer.

Nos explica que no sólo ha dado testimonio ante el juez militar que lo ha puesto en libertad, sino también ante los hombres que estaban encerrados con él. –Un joven que leía la Biblia conmigo, anteayer, cuando se lo llevaron, lloraba al despedirse de mí. «Me van a fusilar, estoy seguro. Ore a Dios por mí», me dijo. Le había enseñado el salmo veintitrés y no hacía más que repetirlo a todas horas.

El hermano Martín está seguro de que pronto volverá Jesús.

–Todas las naciones de Europa se preparan para la guerra. Será la guerra final, la batalla de Armagedón. Se acercan tiempos muy difíciles y nos espera una inmensa tarea. Miles de almas están sedientas de la palabra de Dios.

Antes de marcharse, el hermano Martín quiere que leamos el salmo veintitrés: –El Señor es mi pastor, nada me faltará. Junto a aguas de reposo me pastoreará, confortará mi alma… Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo…

La voz del señor Martín es sonora y melodiosa. Cierro los ojos y casi creo que es un ángel quien nos habla.

Por la noche, tardo mucho rato en dormirme. Durante muchas horas intento imaginar cómo será la segunda venida de Jesús, qué aspecto tendrá Él, y si yo seré capaz de mirarle cara a cara, o si seré de los que se ocultarán para no verlo. Intento comprender cómo será posible que todos, vivos y muertos, lo vean al mismo tiempo. El que la Tierra tenga forma de bola complica mucho la cosa. Cuando por fin consigo dormirme, son las cuatro sonadas.

—o0o—

SEIS

Papá ha estado unos días en Barcelona y ya ha vuelto. Sin trabajo. Ha sido un golpe muy duro para él, ya que hacía doce años que representaba las confecciones de punto del señor Modolell para Castilla la Nueva, la región andaluza y Extremadura.

–Supongo que usted ya habrá dejado sus extrañas creencias –le preguntó a bocajarro el señor Modolell. Después hablaron de otras cosas, sin que el señor Modolell llegase a aclarar si quería o no que papá siguiese trabajando para él. Pero cuando llegó a la fonda ya tenía la carta con el cese.

–Se avecinan tiempos muy difíciles –le dice a mamá cuando le explica la entrevista.

Estamos en la cocina. Como nuestro piso es el último de la casa, la cocina es abuhardillada. Yo me coloco entre el fogón y la pila, donde casi toco el techo con la cabeza, y me entretengo levantando de vez en cuando la tapa del pequeño depósito de agua caliente que hay en el centro de la plancha. Debe de estar mal construido porque por más que la cocina económica se ponga al rojo, el agua nunca llega a calentarse gran cosa. Pero en realidad lo que hago es observar disimuladamente lo que hablan y hacen.

–La guerra ha sido un huracán –explica a mamá–. Ha volteado y desperdigado a todos los que esperaban su regreso.

Empezando por los pastores. Con ellos han pasado cosas que parecen cómicas. Al pastor Steiner, que es alemán, le pilló en Barcelona, y tuvo que refugiarse en un barco que había en el puerto, porque los anarquistas lo querían fusilar. En cambio, al pastor Fitzgerald y al pastor McMillan, que son ingleses, les pilló en zona nacional, y tuvieron que irse a su tierra.

–¿Qué vas a hacer ahora? –pregunta mamá. Mamá es más realista y prefiere afrontar los obstáculos cuanto antes.

–Podría vender libros por las casas –murmura papá. Después habla de nuestros mártires. Han sido dos: Casimiro Castejón y el joven Jaime Fontbona.

–Los dos han muerto por ser fieles a su fe. Jaime, para no empuñar las armas, huyó al Pirineo y murió de una pulmonía que cogió por dormir al raso.

–¿Y Casimiro?

–Lo fusilaron . «No mataré a ningún semejante», –les dijo–. «Eres un cochino cobarde», –le gritó el capitán que le juzgaba–. «Llévenme a primera línea a recoger heridos y verán si soy o no un cobarde.» –Lo fusilaron al amanecer de un sábado. Hasta el último momento se mantuvo sereno y dio testimonio del poder de su fe.

–¿Cómo se ha sabido eso, papá? –le pregunto yo.

–No vuelvas a quitar la tapa del depósito –me advierte mamá.

–Por compañeros suyos. Uno de ellos es vecino del señor Casajuana, de Tarrasa, y se lo relató.

Mamá insiste en que me separe del fogón, porque voy a acabar quemándome con el agua que hago salpicar del depósito. Pero exagera porque el agua está más bien tibia. La única vez que se calentó mucho goteaba el grifo. De modo que, sin necesidad de termómetro, con sólo mirar el goteo del grifo, sé si el agua se calienta.

Ahora hablan de qué van a hacer conmigo.

–A un colegio u otro tendrá que ir –dice mamá.

Pero la cosa es más complicada de lo que parece. A escuelas municipales no puedo ir, porque piden la partida de bautismo. Lo hacen para que las personas de izquierdas que no habían bautizado a sus hijos lo hagan ahora.

–De todos modos –dice papá– en una escuela municipal poco podrías aprender. Lo que haremos es mandarte a una academia y que te prepares para el ingreso de bachiller. Ya tienes edad para ello.

Pero tampoco es fácil encontrar una academia. Unas son caras, en otras piden la partida de bautismo, y otras quedan tan

lejos de casa que mamá se niega a que vaya a ellas. La única que hay cerca de casa y que no piden la partida de bautismo es tan mala que papá dice que de ningún modo iré a esa.

Sin embargo es a la que voy finalmente. Está en la planta baja de un edificio de ladrillo rojo que hace esquina con la calle de Viriato. Los dos pisos que tiene encima eran antes escuelas municipales, pero ahora son de Auxilio Social. En el de arriba están las oficinas de la delegación de barrio, y en el de abajo hay un comedor.

En las escaleras siempre hay gente haciendo cola. Casi no ha terminado el último turno de comida del mediodía, y ya hay gente haciendo cola para la cena. Al poco rato la cola ha bajado toda la escalera y empieza a desparramarse por la calle. Se sientan en los escalones o en el bordillo de la acera y empiezan a discutir y a insultarse. Todos acusan a todos de tener la sarna o el piojo verde. Gritan tanto que a partir de las once y media de la mañana ya no podemos hacer nada en el colegio.

Los del Auxilio Social se cansan por fin y deciden: primero, hacer unas fichas. Segundo: a cada uno (hombre o mujer) que quiera hacerse la ficha, le obligan a darse allí mismo un baño de agua y zotal, y cortarse el pelo al rape (las mujeres un poco menos, al dos o al tres).

Hay muchos que, aunque pobres, son orgullosos y no transigen con lo del corte del pelo: prefieren que no les den más de comer. La cola se queda mucho más esquelética y cesa el jaleo.

El silencio sirve para que no tenga más remedio que fijarme en el colegio y en sus cosas. Mientras ha habido barullo fuera, he podido hacerme el distraído, pero ahora no tengo más remedio que atender. Sin embargo, hago lo que puedo para evitar pensar demasiado en lo que no tiene remedio. En casa no he dicho ni media palabra de esto.

Prefiero ir pasando revista a la gente con la que convivo. Primero, a los profesores. Son dos, el director y don Eutiquiano. El director es gordo, calvo, siempre está echándose mano a la

cartera del dinero y no se quita el sombrero en todo el día, no sé si porque tiene frío o porque no tiene educación.

El otro, don Eutiquiano es viejo, fuma siempre, tiene una voz ronca y una pupa en un labio. Se la ha hecho de tanto como apura las colillas.

–Ayer lo vi en el metro de Chamberí –nos explica Camilo en el recreo–. Estaba cogiendo colillas. Primero recogió las del andén. Después, con una cuerda y un alfiler doblado que enganchó al final de la cuerda, pescó varias que habían tirado en la vía. Se juntó mucha gente y al final, cuando cogía una difícil, le aplaudían.

Camilo es quien más sabe de don Eutiquiano. El padre de Camilo fabrica patatas fritas a la inglesa, y también prepara bocadillos. Son unos bocadillos muy raros: unos son de tortilla, pero sin huevo, sólo con harina, azafrán y grasa de cerdo. Otros son de bacalao frito, jurel, y así todos. Tiene mujeres y hombres que venden estos bocadillos en las bocas del metro y en las puertas de los cines.

–Como la gente pasa tanta hambre, los compran sólo por comerse el pan. Tiran la tortilla o el bacalao y se comen el pan.

Porque el truco de los bocadillos del padre de Camilo es que el pan es de verdad, y bueno. Por eso los compra la gente. La harina se la traen desde Tomelloso. Durante una temporada el padre de Camilo tuvo empleado a don Eutiquiano en ese trabajo.

–Como ha sido seminarista, venía vestido de cura, con la harina escondida bajo los faldones. Llegó a traer hasta veinticinco kilos en un solo viaje. Pero los del fielato se mosquearon y le quitaron el aval que decía que era seminarista, o que lo había sido.

Don Eutiquiano nos enseña a los que ya somos un poco mayores, o que queremos prepararnos para el bachillerato. La clase del director es la de los párvulos. Y no hay más clases.

Ni nosotros ni los párvulos hacemos nada en todo el día. Seguramente para no aburrirnos es por lo que cada vez alargamos más las ceremonias de principio y final de la clase.

En canciones hemos llegado a un extremo que es imposible hacer más: desde que Ana Mari ha traído la letra del *Oriamendi* lo cantamos también entero. De modo que ahora, en cuanto a cantos, los cantamos los tres enteros. En los cánticos nos dirige Pilar.

Pilar es una chica de catorce años, con un poco de bigote y demasiado chaparra para la edad que tiene. O quizá parece más baja de lo que es por tener las piernas combadas hacia fuera por la parte de las rodillas. Nos dirige mientras cantamos porque es la única falangista de la clase. Como le gusta perfeccionarse en su trabajo, cada día introduce alguna novedad: un día decide venir con uniforme; otro que el *Cara al Sol*, en lugar de cantarlo ella mirándonos y nosotros mirándola a ella, hemos de cantarlo mirando todos al retrato de José Antonio que cuelga de la pared.

Entonces, Lacerda, que es quien nos dirige los rezos, dice que el *Oriamendi* hay que cantarlo de cara al crucifijo. Al final, para que todos estén contentos, cada himno lo cantamos en una dirección: la *Marcha Real*, mirando el retrato del Caudillo; para el *Cara el Sol* miramos el del Fundador, y finalmente, el *Oriamendi*, que también lo cantamos entero siempre, lo hacemos saludando brazo en alto al crucifijo.

Pero los perfeccionamientos no acaban aquí. Pilar dice que, para que todo quede mejor, lo que debemos hacer es, después de cada himno, bajar el brazo a la voz de mando, y, también a la voz de mando, hacer la variación para ponernos en la otra posición.

–¡Fir…mes! –dice Pilar.

Nos ponemos firmes.

–¡Sa….ludo!

–¡Gloria…

–¡Glorialapa…triaquesu…!

Al terminar, sin que se nos lo ordene, bajamos el brazo.

–¡Variación derecha! ¡Ar!

Pero en esto Pilar ha tenido un pequeño fracaso: al intentar gritar hace unos gallos tan estrepitosos que acabamos por de-

cidir que lo mejor es que las órdenes las dé Petronio que, como es gordo, tiene una voz más fuerte, y que Pilar se conforme con ponerse al frente de la formación y dirigir el canto. Seguro que mientras canta también suelta gallos, pero como todos cantamos a la vez, no los oímos.

Al final de la clase, después de los cantos vienen los gritos de ritual que los da don Eutiquiano. Es lo único que hace. Al principio, también los daba Pilar, pero empezó a murmurarse que don Eutiquiano no los daba porque era rojo, y que se había salido del seminario por eso. Para salir de dudas, Pilar decidió que lo que había que hacer era enviarle un anónimo.

Durante varios días hubo grandes discusiones en el recreo, ya que cada uno proponía hacerlo de una manera distinta. Los que más fuerza ponían en defender sus argumentos, o sea los que más fuerte gritaban de la clase (en total, somos doce), nos limitábamos a tomar partido por el que parecía vencedor. La única que de vez en cuando decía algo era Ana Mari, pero hablaba más para que se fijasen en ella que por otra cosa: Ana Mari es muy guapa, tiene unas enormes trenzas rubias y siempre lleva un gran lazo de color claro. Todos los chicos de la clase queremos ser novios suyos, unos los dicen públicamente, y otros, como yo nos conformamos con soñar con serlo en secreto.

–¿Por qué no lo escribimos en la pared del retrete? –les dice Lacerda. Pero como Lacerda es el beato de la clase, y además lleva lentes, los otros no le hacen ni caso, e incluso lo abuchean.

Y sin embargo, se acaba haciendo casi lo que dice Lacerda. La única diferencia es que, en lugar de escribir el mensaje en la pared del retrete, se prepara con letras recortadas del periódico y pegadas en un gran pliego. «Señor Eutiquiano, ¿tiene usted algo contra los gritos de ritual?» Cada letra es de su forma y su tamaño, y eso hace un poco raro, pero de todos modos el mensaje impresiona. Petronio lo mete en un gran sobre azul, ensaliva su borde y lo pega.

–¿Ponemos las señas también con letras pegadas?

Como ya están cansados, dicen que da igual, que con hacerlas con mayúsculas vale. Pero nadie quiere escribirlas.

–Traed aquí, yo lo escribo –dice Pilar, arrebatándoles el sobre. Escribe: «Para don Eutiquiano, profesor». –Yo soy Agustina de Aragón –dice después de acabar, y se golpea el pecho con el puño.

–Ahora hay que jurar –dice José Luis–. Sí, señor. Tenemos que jurar todos que no diremos nada a nadie.

Para hacer más solemne la cosa forman entre José Luis, Pilar y Petronio una especie de tribunal, al que más tarde añaden a Ana Mari, porque los dos quieren ser novios suyos. Juramos durante el recreo. Ellos cuatro se van al rincón donde está amontonada la leña, detrás del eucalipto, y nos van mandando acercarnos uno a uno. Es todo tan intrigante que incluso los párvulos dejan de perseguirse y se sientan en los escalones a vernos hacer.

–Enrique –grita Petronio.

Me pongo en pie, me sacudo el polvo del trasero del pantalón y echo a andar. En mitad del patio me cruzo con Lacerda, que ya ha jurado y vuelve a su sitio.

–Acércate más –Me ordena José Luis. Los cuatro tienen caras muy serias.

Petronio se levanta un poco el borde del Jersey: asoma una punta del sobre. –¿Sabes qué es esto?

Asiento con la cabeza.

–Di sí o no.

–Sí.

–No –se cruza Pilar–. Que diga «lo sé».

–Lo sé.

–Arrodíllate. No, ahí no, que te ven si se asoman. Más acá.

Cuando me arrodillo, las dos chicas se ponen en pie para hacer pantalla y que no puedan verme el director o don Eutiquiano desde la puerta encristalada de las clases.

–Di: «Juro ante Dios y por mi honor que no diré nada a nadie sobre este sobre».

Repito las palabras. Petronio me pone la mano sobre la cabeza. –Si así haces, que Dios te lo premie, y si no, te lo demande.

Me corre un escalofrío por la espalda. No debería haber jurado. De tan asustado que estoy cierro los ojos.

–Ya está. Vete.

El sobre se ha pasado una mañana entera en el retrete. Pero por la tarde, cuando hemos entrado, ha ido Petronio a orinar y ya no estaba. Y cuando Pilar iba a dar los gritos del ritual, ha entrado don Eutiquiano en la clase y los ha dado él.

Se le notaba la falta de práctica en que tendía el brazo de una forma muy rara.

–Es poco varonil –comenta Petronio.

–Pilar –dice don Eutiquiano cuando nos sentamos–. Acércate.

Pilar se levanta un poco azorada y va hacia el pupitre del profesor.

–Se te ha caído esto. –Don Eutiquiano le entrega el sobre azul. Pero dentro falta el mensaje. Y los días siguientes sigue don Eutiquiano dando los gritos del ritual.

–Nos ha cogido miedo –comentan José Luis y Petronio muy satisfechos.

–Ya os decía yo que era rojo.

Pero Camilo jura y perjura que no es rojo y que ha sido seminarista durante tres años.

–Sabe hablar en latín.

Petronio no se lo acaba de creer –Podríamos decirle que nos rezase algo en latín.

Pilar aplaude. –Eso, que nos enseñe los rezos en latín, y así será más solemne.

–Que se lo diga Lacerda.

Pero Lacerda no quiere saber nada de eso, porque tiene miedo de que Eutiquiano acepte y él se quede sin poder dirigir los rezos. Lacerda se lo toma muy a pecho, y dirige los rezos con mucha unción y solemnidad. Si alguien se distrae, y se retrasa o se adelanta, Lacerda le echa, a través de los cristales de sus lentes, una mirada tan fiera que lo deja paralizado.

Y al acabar, cuando se persigna las tres veces y finalmente se santigua, mueve el brazo con unos gestos secos tan admirables que a mí me da verdadera envidia, y hago lo que puedo para ver si soy capaz de hacerlos tan bien como él. Pero es imposible: sus gestos son, además de secos, tan rápidos que ninguno podemos seguirle a su misma velocidad, y todos terminamos una sílaba a dos después de que él ha acabado y ha bajado el brazo, dejándolo caer rígido a lo largo del costado.

–Enrique no ha rezado en su puñetera vida –dice Lacerda en el recreo.

–¿Eres rojo, Enrique? –me pregunta Pilar.

–Te han cortado el pelo al cero por ser rojo, ¿verdad? –añade Ana Mari. Lo que dice Ana Mari es lo que más me duele.

–Que rece la jaculatoria y veréis como no sabe persignarse ni santiguarse.

Han hecho corro a mi alrededor y no puedo escapar. Lacerda y Petronio son mayores y más altos que yo, y José Luis aunque tiene mi estatura, es el más fuerte de todos. Entre los tres me obligan a repetir la jaculatoria hasta que les parece que ya lo hago bien.

Cada vez que me equivoco, Petronio me da un cate con el puño cerrado.

–Te equivocaste, «Negrín». Vuelve a empezar.

Como no tengo nada de pelo, los golpes me duelen, especialmente cuando me acierta en esa pequeña hondonada que forma el cráneo en el centro.

–¡Qué persignarse es con el pulgar! –Me grita Ana Mari. Acabo de comprender que persignarse se hace con el dedo pulgar, y santiguarse con el índice y el corazón un poquitín cruzados.

Me han humillado tanto que estoy deseando que acabe la clase y llegar a casa.

–Hola, Enrique –me dice mamá desde la cocina.

Casi no le contesto. Me voy derecho a mi cuarto. No he acabado de cerrar la puerta cuando llega mamá.

–¿Te han puesto muchos deberes?

–Tres cuentas de quebrados.

Hace dos meses que estamos haciendo operaciones de quebrados y aún no hemos pasado de la multiplicación.

–¿Por qué no vienes a la cocina a hacerlas?

Como nuestra casa es pequeña y no tenemos comedor, la cocina nos sirve para todo.

–Ahora iré, en cuanto me limpie los zapatos. –Me siento en el suelo y empiezo a soltarme los cordones.

–Pero ven a limpiarlos a la cocina, que no quiero que manches algo con betún.

–Los limpiaré en el retrete.

Se va mamá. Me meto en el retrete y echo el pestillo. En lugar de limpiar los zapatos me entreno en persignarme y santiguarme. Como pasa el tiempo y no salgo, mamá me llama varias veces y me pregunta si ya he terminado y si es que voy mal de vientre.

Si quiero ser como los demás chicos, tengo que saber hacer bien los rezos, porque si no me llamarán rojo. También me gustaría ser falangista, y más ahora que Petronio y José Luis se han apuntado como flechas y la semana que viene les darán el uniforme. Entonces, adiós esperanzas de que Ana Mari se fije alguna vez en mí. Los dos irán siempre con sus uniformes, sus correajes y sus insignias, y Ana Mari sólo tendrá ojos para ellos.

—o0o—

La Tierra es el reino del Diablo. Y seguirá siéndolo mientras Jesús no venga. Jesús tiene más poder que el Diablo y si éste es el señor de la Tierra es porque Jesús se lo permite. Pero lo es. Su mayor alegría debe tenerla cuando consigue que un hijo de Dios deje de ver a Jesús guiando su camino y se encuentre de repente en la más completa oscuridad. Así estoy yo ahora. Así están ahora papá y mamá. Los tres. Ninguno hablamos de ello, pero yo me doy perfecta cuenta de que los tres nos debatimos a manotazos en una negrura completa. Y no sabemos cómo salir de ella.

–Si tuviéramos iglesia –suspira mamá– todo sería diferente.

–La Biblia dice que los tiempos del fin serán difíciles –dice papá.

Abre su Biblia y busca en las epístolas de san Pablo algún texto que diga que los tiempos del fin serán duros y llenos de pruebas.

Como papá trabaja tantas horas, viene a casa muy tarde por las noches y casi ningún día hacemos el culto vespertino. Siempre estoy ya en la cama cuando le oigo llegar; habla algunas palabras con mamá, y poco después oigo que apagan la luz. Por la mañana se marcha muy pronto. De modo que tampoco por la mañana leemos la Sagrada Biblia.

El comienzo de la guerra mundial nos asusta un poco, y papá dice que aunque él no esté, mamá y yo debemos leer la Biblia, pero solamente lo hacemos los primeros días. Una semana después de terminar la campaña de Polonia ya no la leemos.

Papá trabaja ahora vendiendo material de escritorio por las oficinas. Vende sobres, papel para cartas, cuartillas, libretas, lápices y gomas. Para emprender este trabajo tuvo que hacer un desembolso importante: en mi cuarto, entre la cama y la pared, están apilados los montones iguales de folios, de cuartillas y de sobres, y las cajas con gomas, lápices o grapas.

Todo esto ha tenido que pagarlo papá al contado, pero cuando lo vende casi nunca puede cobrar al contado, ya que generalmente las tiendas pagan por letras o del día uno al diez de cada mes. El resultado es que en casa hay muy poco dinero, y que cuando se me rompen tanto los zapatos que el remendón dice que ya no puede hacer nada, tengo que conformarme con ir al colegio calzando unas alpargatas blancas atadas con cuerdas.

¿Por qué Dios no tiene compasión de nosotros y nos trata tan duramente? En el colegio me llaman ahora «el albañil Venancio». Ahora sí que estoy seguro de que jamás Ana Mari tendrá la ocurrencia de fijarse en mí.

Casi el único dinero que recibimos al contado es el que nos dan cuando vendemos de estraperlo la ración de tabaco de pa-

pá. Traficar con el tabaco es un pecado, ya que el tabaco es malo para la salud y san Pablo dice que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo. Por eso papá y mamá me ocultan que sacan la ración de tabaco y después la venden de estraperlo.

Pero yo sé que lo hacen. Incluso sé dónde guardan la cartilla. Y sé que cuando mamá me lleva de paseo hasta Cuatro Caminos, vamos en realidad a vender tabaco. Mamá lo lleva en un paquetito hecho con papel de periódico. Vamos paseando por Bravo Murillo. En el parque del canal de Lozoya, los niños falangistas hacen la instrucción, y yo me rezago mirando cómo el cornetín da las órdenes y cómo la formación obedece el sonido de la corneta. ¡Cuánto me gustaría ser como ellos! Mamá entrega el tabaco al hombre que vende pipas y caramelos en la boca del metro que da a Reina Victoria. Mamá, cuando le entrega el tabaco y coge el dinero, se pone encarnada.

Si papá y mamá supiesen que en la academia rezo como los demás chicos también se pondrían colorados de vergüenza. Pero papá quiere, por encima de todo, que yo estudie una carrera.

–Quiero que cuando seas un hombre tengas una profesión liberal –me dice con frecuencia–. Médico, abogado o lo que quieras. Las profesiones liberales son las más independientes.

Le escucho en silencio. Yo creo que está avergonzado. A veces pienso que sabe que rezo con los otros chicos, pero que prefiere hacer como si no lo supiera. Nunca habla de la Biblia ni de Jesús.

Si yo fuese como los otros chicos del colegio, los domingos iría con ellos a misa, y después nos iríamos a los altos del Hipódromo o a los jardines del Canalillo. Todos, y sobre todo Ana Mari, lo hacen. Van a misa de once, y el resto de la mañana se lo pasan jugando. A la hora en que ellos juegan, yo me siento en el rincón de la cocina donde el techo es más bajo, y me estoy quieto, acurrucado, abrazándome las piernas dobladas. Las lágrimas me saltan de los ojos.

—o0o—

SIETE

La oración de papá dura ya diez minutos. En algunas frases su voz se hace más gorda y se nota que hace esfuerzos para no sollozar, y poder seguir pidiendo perdón a Dios por la falta de fe que hemos tenido en estos últimos meses.

Estamos arrodillados en la cocina y ni siquiera nos hemos dado tiempo para quitarnos los abrigos. Tal y como hemos llegado de la estación, aquí estamos, arrodillados en la presencia de Dios. Cuando papá pide a Dios que me perdone también a mí, un escalofrío me recorre la espalda y tengo miedo de morirme de repente, sin haber tenido tiempo de arrepentirme del todo.

–…Dios mío –sigue diciendo papá–, cúlpame a mí de su pecado, ya que he sido culpable de que fuese a ese colegio.

Las rodillas empiezan a dolerme. Entreabro los ojos y veo que mamá está llorando.

–Ahora, tú –le dice papá cuando él ha terminado.

Mamá no responde. Con la cabeza le dice a papá que no puede.

Papá la mira un momento, después me mira a mí.

–Enrique, ora tú.

–Padre nuestro que estás en los cielos, te pido que me perdones por haber rezado en el colegio. Te lo pido en el nombre de Jesús. Amén.

–No volverás a esa academia –me dice papá cuando nos ponemos en pie.

Mamá, sin esperar que él diga nada, se va al dormitorio de ellos y vuelve con la cartilla del tabaco. Se la entrega a papá. Papá esta indeciso entre romperla y quemarla. Como la cocina económica está apagada y papá no tiene paciencia para esperar a que mamá la encienda, se decide por romper la cartilla. La parte por la mitad, después en cuatro trozos y luego en ocho. Cuando los trozos son ya tan pequeños que es imposi-

ble partirlos todos a la vez, los va cogiendo uno a uno y a medida que los desmenuza, los va tirando al cubo de la basura.

–Ya está –le dice mamá. Y sonríe. Su sonrisa es la de una persona avergonzada, una sonrisa que aparece y desaparece nada más nacer.

–Mañana empezaremos a buscarte otra academia –me dice a mí.

Me doy cuenta de que papá ha sabido desde el principio que en la academia yo rezaba con los demás alumnos, y pienso que quizá sepa también cuánto deseaba yo en mi corazón ser como los demás e ir con ellos a misa de once para poder después bajar hasta el Hipódromo y jugar con ellos, y que Ana Mari se diese cuenta finalmente de que yo existo.

Mientras me desvisto para acostarme voy pensando que la muerte de esta señora de Pozos de Valdemorillo ha cambiado todas las cosas, y que ahora sí que es seguro que ya no podré ser como los demás chicos. Me alegro y me entristezco a medias. Bien mirado, nunca habría podido serlo.

—o0o—

Antes de decidirme a entrar estuve mucho rato mirando fijamente la entrada. Había tres puertas: la central, mayor que las otras, tenía dos hojas. Pero estaba cerrada. También la de la izquierda estaba cerrada. Y en la de la derecha sólo habían dejado abierta una puerta más pequeña, que formaba un rectángulo dentro de la hoja grande y oscura que por arriba se iba menguando hasta rematar las dos líneas curvas en un ángulo muy agudo.

Yo estaba agazapado al pie de los escalones, por detrás de la reja, y las flores del puestecillo me protegían de que ellos me pudiesen ver cuando entrasen. Era ya cuando no tenía zapatos, pero a escondidas de mamá había estado arreglándoles las suelas rotas con unos cartones que recorté y pegué por dentro con engrudo que yo mismo preparé.

–¿Adónde vas? –me preguntó mamá.

–Al Hipódromo. Voy con los chicos de la academia.

Pero no podía encontrarlos en el Hipódromo porque me preguntarían adónde había ido a misa. Tenía que encontrármelos en la iglesia. Tenía que esperar a que la misa estuviese casi acabada, cuando ya no se arrodillaban más. Entonces entraría y me pondría a su lado. Ellos creerían que hasta entonces había estado por otro lado de la iglesia y no me preguntarían nada. Saldríamos y nos iríamos a jugar al Hipódromo.

Las flores que me ocultaban eran todas flores de muerto: dalias, crisantemos, o grandes pensamientos morados y amarillos hechos de trapo. Ya hacía rato que la gente había dejado de entrar. Algunas personas esperaban paseando a que terminase la misa y empezase la siguiente. Me puse en pie. Me dolía el estómago y las rodillas me temblaban un poco. No mucho, pero lo suficiente para que yo me diese cuenta de que tenía miedo. Me colé entre dos rejas y fui acercándome a la puerta. Al avanzar dejaba resbalar la mano sobre la superficie rugosa de la piedra de la barandilla. Cada hierro de la reja estaba hincado en la piedra a poco más de dos palmos del anterior. Los hierros subían rectos hacia el cielo. Arriba se ensanchaban en una punta de lanza plana pintada con purpurina dorada. El negro zaguán estaba limitado por mamparas en las que habían colgado multitud de letreros y anuncios, la mayor parte de ellos sucios ya y ajados. Las mamparas estaban forradas de hule acolchado. Un hombre emergió de la mampara que formaba ángulo y yo me colé dentro por la puerta que el hombre había abierto.

Dentro todo era muy oscuro. Me froté los ojos con las manos, pero ni así conseguí distinguir nada. Había muchos murmullos confusos. Allá al fondo debía de estar el sacerdote porque se oía un murmullo algo más fuerte y, de vez en cuando, el sonido metálico de una campanilla. La pila de agua bendita era enorme y estaba a un paso de mí. Un hombre calvo me miraba fijamente. Tragué saliva. No podía dar un paso, ni para adelante ni para atrás. «Como el relámpago que sale del oriente, así será el regreso del Hijo del Hombre», decían los Evangelios. Si

venía en ese momento, yo me condenaría. El terror me sacudía el espinazo. En un instante me encontré sumergido en una masa húmeda de sudor que me helaba.

El hombre calvo no dejaba de mirarme. Yo respiraba tan deprisa que el aire me ahogaba. Empecé a toser. La cara me ardía, y también los ojos. Detrás del hombre el muro formaba una oquedad.

En el hueco había un altar y un santo de rostro amarillo, de largas sombras negras. La gente, cuando pasa ante el santo se arrodilla y se santigua. No llega a arrodillarse del todo, pero casi. La cara del santo es amarilla y negra porque la lucecita que lo ilumina es de ese color. No es luz de vela, debe de ser de una lamparilla de aceite. Detrás del sacerdote hay una lucecita igual. Están las luces de las velas, que son más claras, pero también hay una lucecita amarilla.

Si paso ante la pila de agua bendita y no tomo agua, el hombre quizá no me dirá nada, pero si paso ante el santo sin arrodillarme ni santiguarme, el hombre calvo me cogerá por el cuello. Y si paso y me arrodillo, y viene Jesús en ese momento, no me dará tiempo a arrepentirme y moriré. No, Dios mío, no quiero morir para siempre, eternamente. Pero quiero ser como los demás chicos y chicas. Por ahí, detrás de alguna columna, en algún rincón que no distingo, está Ana Mari. Por ella avanzaré. El cartón del zapato izquierdo se está descolocando, una esquina se ha salido por el agujero de la suela. Podría enderezarlo empujándolo con el dedo, pero el hombre calvo me mira.

De repente, detrás de mí, se abre un gran boquete de luz que se derrama sobre el suelo. Crecen los murmullos, las toses y el correr de las sillas. La gente viene hacia mí, me rebasa y empieza a salir por la puerta central, que está abierta de par en par. El aire de fuera me seca el sudor de la cara y me hiela el cuerpo. Los veo pasar. Al pisar los escalones, Sempronio le quita a Ana Mari el velo y el libro de misa. Cuando Ana Mari está apunto de recuperarlo, Sempronio echa a correr. Ana Mari le persigue. Pasean tan cerca de mí que si no fuese porque van distraídos me verían. Alzo los ojos al cielo. Por ninguna parte

se ve la nube blanca que anunciará su segunda venida. He sido un cobarde. Podría haber pasado ante la luz, haber hecho como que me arrodillaba y haber seguido adelante. Después habría tenido tiempo de arrepentirme. Ahora veo claramente que Jesucristo no habría venido en ese momento.

—o0o—

Para ir a Pozos de Valdemorillo hemos tomado el tren en la estación de Goya, que está detrás del parque de fieras. Mientras esperamos a que el tren salga, oímos dos o tres veces los rugidos del león. El coche en que vamos es estrecho y corto, de asientos corridos de madera amarilla. Pasamos por detrás de unas cuantas casas, nos metemos por debajo de dos o tres calles, y después ya no tenemos delante más que campo.

Cuando la rojiza claridad se convierte en día el campo se vuelve amarillo, casi blanco, con tajos de vez en cuando por los que asoma la cal. A veces vemos algo de trigo o un poco de tierra removida por el arado. Cruzamos dos o tres viñas. Y varios pueblos que casi no vemos hasta que nos echamos sobre ellos.

Yo soy el único niño del grupo.

–Convendría que fuese Enrique –dijo ayer el señor González.

Me miraron en silencio. Después dijo papá:

–Enrique, mañana vamos a hacer un viaje. ¿Te gustaría venir?

Bueno –dije yo. Me alcé de hombros.

–Unos niños han perdido a su mamá. ¿No te da pena?

Dije que sí, pero la verdad era que no sabía si me daba pena o no. Creo que no me la daba.

–Vendrás con nosotros.

Por el camino, cuando ya estamos cerca de Pozos, papá me recuerda que estos niños que vamos a ver están tristes ya que, aunque volverán a ver a su mamá cuando venga Jesús y la resucite, ahora se van a encontrar muy solos y, aunque Jesús esté con ellos, de todos modos estarán solos. Mientras dure el entierro, yo les haré compañía.

Después papá habla con las otras personas preguntándose si el hermano González, que vino ayer mismo, habrá tenido éxito y de cómo habrá podido arreglar lo del entierro.

–Si no hubiese podido, nos habría avisado.

Algunos pesimistas dicen que quizá lo han detenido, y por eso no ha podido avisarnos.

–Si a la señora que ha muerto no se la puede enterrar en el cementerio del pueblo, habrá que llevar el cadáver a Madrid, donde todavía hay cementerio civil.

Pozos se ve ya a lo lejos. Está sobre la ladera de tres cerros: grandes, los de los lados, y más pequeño, el del centro. Encima de cada cerro hay algo diferente. Sobre el de la izquierda, un convento grande, de paredes pardas, con un enorme muro vertical que se descuelga por la ladera más abrupta. En el cerro del otro lado hay un torreón medio derruido. Y en el del centro, por cuya falda suben varias calles que dejan de existir cuando ya están tan empinadas que es imposible que ni un mulo pueda ascender por ellas, hay un calvario de tres cruces grandes y muy negras.

Parece que la vía del tren se va derecha contra el primer cerro, pero cuando está cerca gira y empieza a avanzar por su falda, pero subiendo poco a poco. La máquina resopla, bufa, y cuando por fin se detiene en la estación está de suerte porque ya no habría sido capaz de subir ni un metro más.

–Formamos un grupo raro –comenta una señora cuando estamos cruzando la plaza del pueblo.

Para mí, los raros son ellos, los del pueblo, todos, hombres y mujeres, de negro, y las mujeres con pañuelos que les tapen hasta la frente y faldas que se arrastran por el polvo.

El señor Martín pregunta por la casa de la difunta. La mujer nos mira de hito en hito, hace un gesto despectivo y se mete en su casa. Preguntamos a otra.

–Subiendo al calvario. –No dice nada más.

Las mujeres de las casas que vamos dejando atrás se asoman a la puerta, nos miran, cuchichean, y algunas se frotan las manos en el delantal y echan a andar detrás nuestro.

–Debe de ser aquella casa –dice la hermana Micaela.

Es la última de la calle. Como la calle forma recodo al final, la casa nos queda completamente de frente. Más arriba sólo está el cerro. Las tres cruces negras se recortan sobre el cielo anubarrado.

La cuesta es tan empinada que hacemos un gran estruendo con los resbalones que damos sobre los cantos. Algunas piedras echan a rodar cuesta abajo. Cuando ya vamos a llamar a la puerta sale el señor González.

–¿Resuelto? –le pregunta papá.

–Resuelto.

Eso quiere decir que Dios ha contestado nuestras oraciones y que podremos sepultar en Pozas el cuerpo de la señora fallecida. Si hubiese habido que trasladarlo a Madrid, habría sido un problema tremendo porque hubiera costado mucho dinero y todos somos pobres.

–Enrique, espérate aquí conmigo –me dice mamá.

Mientras mamá y yo esperamos fuera, el señor González le cuenta a papá que el alcalde quería que le enterrasen en el campo, pero que providencialmente el médico se negó, y que finalmente el alcalde ha permitido que sea enterrada en el cementerio de los suicidas.

–Herejes, satanases –dice en voz muy bajita, mirándome a mí, una anciana que pasa ante la casa camino del calvario–. Ojalá os muráis todos –añade alejándose.

–Enrique, ven conmigo –me dice la hermana Isabel Regalado.

Sonríe, pero tiene los ojos encarnados. Se sorbe la nariz.

Me suelto de la mano de mamá y me voy con la hermana Isabel. Una mujer del pueblo viene con nosotros.

–La pobre ha sufrido mucho –dice ésta–. Pobrecita, tan resignada.

–Vas a estarte con los niños hasta que haya terminado todo –me dice la hermana Isabel.

La casa de la mujer del pueblo está a mitad de la calle. El portón está cerrado, pero ella empuja con la mano y la mitad de arriba se abre. Pasa el brazo por encima de la otra mitad y

descorre el cerrojo. Los niños son dos y están junto al escalón, a la derecha del zaguán. Ninguno de los dos es de mi edad. El chico que está de pie, y me observa de reojo, es por lo menos dos años mayor que yo. Incluso lleva pantalones largos. Calza calcetines de lana y abarcas, lo mismo que un hombre.

De la niña sólo puedo figurarme cómo es la cara, que la tiene de niña muy pequeña, redondita y blanca, y con unos ojos muy grandes y temerosos. Está sentada en el escalón y entre los brazos sujeta dos muletas. Las muletas son de hombre pero con las patas aserradas para que le vayan bien a su altura. Pero no han hecho bien los cálculos, y cuando la niña se pone de pie, noto que las almohadillas de las muletas le empujan los sobacos hacia arriba. Entre eso y las piernas, que son dos palillitos retorcidos que se apoyan en el suelo por el borde de los pies, hacen una figura horrible, y si no fuera por la cara, tan bonita y tan triste, y por los ojos azules y el pelo rubio de la niña, darían ganas de reírse.

–Ha tenido las fiebres maltas y se ha quedado muy floja –me explica el hermano antes de que yo pregunte nada.

–Pero voy al colegio –añade ella en seguida–. No voy a volver a faltar nunca más al colegio.

Hace un poco raro que la voz de la niña sea tan chillona.

–Sí, pero has estado dos años sin ir, y ahora eres una cabeza más alta que las otras chicas de tu clase.

–No he ido porque he estado en la cama. Pero ahora ya no faltaré.

–Eso de ahí detrás es la cuadra –me dice después el chico. Entreabre el portón que está al fondo del zaguán–. Pero ahora las mulas están en el campo, labrando.

Después abre la puerta de la cocina y me va enseñando la artesa de amasar pan, el hogar, el tronco de chaparro, los trébedes y el fuelle. Del borde de la chimenea de campana cuelgan trozos de carne puestos a curar y el chico me va diciendo cuáles son de cabrito o de tocino.

–¿También vosotros tenéis caballerías? –le pregunto.

–No. Mi padre es peón y trabaja para otros. También es carpintero. Cuando vivíamos en Madrid era carpintero, pero aquí

es peón. Algunos días trabaja de carpintero, pero pocos. La caja de madre la ha hecho él.

Cuando vamos a subir a la cámara para que vea el grano, el chico se para. Se pone la mano en la oreja para escuchar mejor. Después se aproxima al portón.

–Están cantando. –Se vuelve a su hermana–. Teresa, ya están cantando.

Yo también lo oigo.

–Están cantando *Más cerca, oh Dios, de ti, quiero morar*, les digo.

–Mi madre dijo que quería que lo cantasen. Por eso lo cantan ahora. Hasta que venga el alguacil y les mande callar. Mamá siempre quería que lo cantásemos, y cuando la Teresa estaba en la cama con las fiebres maltas, la madre se lo cantaba. Pero la vecina de al lado iba al alguacil, y el alguacil subía y mandaba callar a mi madre.

Poco después sale el cortejo. Aupándonos sobre el reborde inferior del portón y echando el cuerpo afuera, vemos todo perfectamente. Teresa también quiere verlo.

–Ayúdame y la auparemos –me dice Manuel.

La tenemos aupada un ratito, pero yo me canso en seguida y hemos de dejarla en el suelo, junto a la pared, para que apoyándose en ella pueda volver al escalón y recoger las muletas.

–Teresa, ahora sacan la caja. La sacan con la cabeza por delante –le explica Manuel.

–¿Llevan flores?

Manuel se alza de hombros y no responde.

Llega la dueña de la casa. Nos manda meternos dentro, y cierra la parte de arriba del portón. Corre una trabilla, y las dos mitades del portón forman un solo cuerpo. Se quita el delantal, se arregla el pañuelo, y se va, cerrándonos con llave. Para poder seguir mirando sólo nos queda la rendija entre las dos mitades del portón. Teresa se tira al suelo y mira por la gatera.

–¿No lloráis? –les pregunto.

–Madre dijo que no teníamos que llorar. Ella ha dejado de sufrir y cuando vuelva Jesús la volveremos a ver.

–Jesús no quiere que sus hijos lloren –añade Teresa.

Están pasando las piernas de los hombres y las mujeres del cortejo. Notamos perfectamente cuándo pasa el ataúd porque los que lo llevan andan un poco como bailando para que no se les desequilibre el peso de la caja, tan grande como es la cuesta, y tan empinada.

–¿Está muy lejos el cementerio?

–Debajo de la vía del tren, un poco más allá de la estación.

–¿Por qué vivís en este pueblo tan asqueroso?

–Mi padre es de aquí. En Madrid no tenía trabajo y pasábamos hambre. Teresa, yo me voy al cementerio –le dice después a su hermana.

–¿Te vienes? –me pregunta a mí.

No sé qué decir. Ya han pasado todos. Del pueblo sólo iba una mujer, que debía de ser la dueña de la casa donde es tamos. Los demás eran papá, mamá, el hermano González y los demás hermanos y hermanas que han venido de Madrid.

Ahora ya, las vecinas, que habían cerrado sus puertas, empiezan a abrirlas y salen a la calle a cuchichear.

–Son malas –dice Teresa–. Cuando estaba yo en la cama, venían a verme y decían que era castigo de Dios. Yo me echaba a llorar. A mamá le costaba después mucho trabajo consolarme.

–¿Quieres venir al cementerio, sí o no? –me pregunta otra vez el chico.

–Bueno –respondo.

–Teresa, tú estáte quieta y no te muevas.

–Pues tráeme agua antes de irte.

Manuel va a la cocina y vuelve con un vaso de agua. Teresa bebe sólo un sorbo.

El chico tira el resto del agua por el suelo. Como el suelo es de yeso, chupa toda el agua que él echa y después suelta, en los sitios que han chupado agua, un olor muy agradable a fresquito.

–No te muevas, eh.

Subimos a la cámara. La ventana de detrás es pequeña y es-

tá cruzada por dos barrotes de madera. Da a un terraplén. El chico se escurre por entre los barrotes y salta tranquilamente. A mí me cuesta más. Además, como llevo pantalones cortos, me hago varios arañazos con los desconchados de la pared.

–Eso no es nada –me dice Manuel–. El aire lo cura.

Vamos atajando por el descampado que bordea los cerros. Al final del pueblo tiramos recto hacia abajo, saltamos la acequia, cruzamos la vía del tren y vamos a salir a un olivar.

–Debajo del ribazo está la carretera. Por ahí han de pasar.

–¿Y el cementerio?

–Detrás de ti.

Entonces lo veo. Como estamos en alto, lo veo entero, por dentro y por fuera. Es cuadrado, blanco, con una capilla al fondo y varios cipreses en cada esquina.

–Pero ahí entierran a tu madre, ¿verdad?

–Claro que no. ¿No ves el letrero de la puerta?. «Cementerio católico», leo.

–Ven y verás dónde.

El camino que lleva de la carretera al cementerio es de gravilla y está bastante cuidado. Incluso hay a los lados unas plantas con flores. Las plantas son de hojas pálidas, como medio secas, y las flores parecen de cardo. Pero es lo único verde que hay en mucho trozo alrededor.

A la derecha de la alta tapia blanca, que por dentro alberga los nichos, hay un muro de adobes y una puerta. La puerta es de madera mal embastada y chirría al empujarla. El muro de adobes enmarca un cuadrilátero y pequeño, lleno de hierbas requemadas, negras de tanto sol. Las hierbas son tan altas que nos llegan por encima de las rodilla y nos molestan al andar.

–¿Es aquí?

–Sí –dice Manuel–. Pero no quiero entrar.

Está asustado, lo noto.

La puerta del otro cementerio está abierta. Entramos. En cada una de las cuatro paredes hay cinco hileras de nichos. También hay sepulturas en la tierra, algunas adornadas con flores de plástico.

–Mejor está mi madre allí que aquí –me dice Manuel–. Aquí, a los seis meses de enterrados, los sacan y los echan en el depósito. Pero en el otro lado como no entierran a nadie, nunca la tocarán. Y cuando venga Jesús, no tendrá ningún trabajo para encontrarla.

–Ya llegan –le digo.

Salimos del camposanto y nos vamos al otro cementerio. Nos situamos detrás de todos para que nadie se fije en nosotros. Otra vez cantan *Más cerca, oh Dios, de ti* pero ahora cantan un poco deprisa, sin duda porque tienen miedo de que venga el alguacil. Además, el hermano González, que es quien dirige el canto, manda pasar de la segunda estrofa a la cuarta para poder acabar cuanto antes.

Manuel me toca el codo. –Mira eso. –Me señala un trozo de hierro clavado en la tierra que emerge entre las hierbas al fondo, lindando con la tapia.

–Allí está enterrado uno que se tiró al tren. Nadie del pueblo sabía quién era, y lo enterraron sin caja ni nada.

–¿Y la cruz? –Es una tumba de verdad, con cruz y lápida de mármol. Da la impresión de que se han equivocado poniéndola aquí.

–Es de uno que se ahorcó. El cura dijo que no lo enterraba en el otro. La familia se cabreó mucho, porque a otros que se han matado sí los han enterrado allí. Desde que pasó eso ya no han vuelto a ir a misa.

El hermano González está leyendo, en el Evangelio de San Juan, el relato de la resurrección de Lázaro. «Dícele Jesús: yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque esté muerto vivirá.» Cierro los ojos, y me parece ver a la madre de Manuel que se levanta de la tumba y nos mira a todos. Teresa tira las muletas y se abraza a sus piernas. Y las dos avanzan al encuentro de Jesús, que abre los brazos y sonríe.

–Vámonos –me dice Manuel tocándome el codo–. No quiero que mi padre me vea.

Desde la puerta me giro y echo la última mirada. El hermano González pasa las hojas de su Biblia. Coge al padre de Manuel

pasándole el brazo sobre el hombro. –Hermano Francisco, tu esposa María duerme ahora en el Señor. Sus trabajos han terminado. Ninguno de nosotros sabemos cuántos años de prueba nos quedan todavía. Mientras esperamos su regreso, te repito la misma palabra con que san Pablo se despedía de los cristianos de Corinto: MARANATHA, «el Señor viene».

El padre de Manuel asiente con la cabeza. No llora. Está absorto. ¿Será que ve venir a Jesús? ¿O no habrá comprendido todavía que su esposa ha muerto?

Manuel y yo echamos a correr carretera adelante. Antes de llegar al pueblo hemos de detenernos porque un hombre con un banderín rojo nos hace señales de que no pasemos.

–Es de la cantera. Cada día, a las doce y a las cuatro, explotan los barrenos.

La cantera está encima de la vía del tren, casi tocándola. La piedra de la cantera es negruzca, de vetas azuladas. Cuando el barreno explota salta una palmera de piedras. Parte de ellas cruza sobre la vía del tren y viene a estrellarse blandamente en el erial que hay entre ella y la carretera. Solamente un cascote llega hasta la carretera. La golpea sordamente, cambia de dirección y se arrastra hacia nosotros, cada vez con menos fuerza.

Cuando entramos en el pueblo, los chicos han salido del colegio.

–¡Herejes, herejes! –nos gritan mientras pasamos por el otro lado de la plazoleta de las escuelas.

–No les hagas caso –me aconseja Manuel.

Cuatro se han separado de los demás y vienen siguiéndonos. Al doblar la esquina cogemos varios cantos del suelo y echamos a correr. Después nos escondemos tras una casa que hace saliente.

–Apunta al segundo que aparezca. Yo apuntaré al primero.

Disparamos tres cantazos cada uno. Al mío le acierto en una pierna. Manuel, al suyo, le arrea una pedrada en el mismo centro de la espalda. Los chicos han dado media vuelta y bajan aullando en dirección a las escuelas.

—o0o—

OCHO

Al parecer, aún debe venir alguna otra persona. La conversación languidece.

–Hermano –dice entonces el pastor a papá–. ¿Dejará que Enrique venga a casa la víspera de Navidad por la noche? Quiero reunir a todos los jóvenes.

–Pero Enrique es un niño –objeta mamá.

–Es un joven en potencia –replica el pastor. Después ríe. Su risa es un poco extraña, a la vez demasiado ruidosa y demasiado seca.

Una de las hermanas Salgado, en cuya casa estamos, le mira un poco extrañada. A mí, en cambio las carcajadas del pastor no me llaman la atención, debe de ser una costumbre suya reír a carcajadas por cualquier cosa. Además las corta cuando quiere, y vuelve a quedarse completamente serio.

–Deseo reunir a toda la juventud de la iglesia. Y que conozcan a algunos jóvenes con los que estoy estudiando las Sagradas Escrituras. Cuando llegue el buen tiempo, haremos excursiones.

Antes de la guerra, cuando de verdad éramos una iglesia, también hacíamos excursiones. Íbamos a la orilla del Manzanares, por Somontes, o a la Casa de Campo, por donde está la cota geodésica. Desde este último sitio veíamos a los señoritos que abajo, en el club, que jugaban al golf o montaban a caballo. Desde Somontes, en cambio, veíamos el zigzag salvaje y la caída vertical de las palomas que mataban en el tiro de pichón.

–Es muy peligroso hacer excursiones. Todavía hay bombas por todas partes –dice la otra hermana Salgado. Son tan iguales entre sí que es muy difícil saber cuándo es una o cuándo es la otra.

–Con la ayuda de Dios encontraremos un sitio. Y Dios enviará su ángel que nos guardará –dice al pastor, poniéndose muy serio. Demasiado.

–Una vez, en Somontes, casi se nos ahoga Enrique. ¿Tú no te acuerdas, verdad?

Como me han sentado en una silla muy alta estoy demasiado atareado intentando que las puntas de mis pies toquen el suelo. Por eso no contesto. Además, aunque quisiera, no podría: tengo la boca limpia de saliva.

El pastor se llama Pater Fonseca, y sólo lleva un mes en Madrid. Ha venido de Bélgica, quizá por eso habla de esa forma un poco extraña; quizá también por eso suelta esas carcajadas tan exageradas. Estamos sentados en círculo, y yo estoy precisamente a su lado. A mi derecha están papá y mamá. Y al otro lado del pastor las dos hermanas Salgado. Las dos sillas vacías son para las dos personas que estamos esperando.

El pastor me acaricia la cabeza. –¿Ya han encontrado nueva academia para Enrique? –Es la segunda vez que me ve, pero recuerda mi nombre. Eso me pone alegre, pero sólo por dentro. Por fuera estoy todavía un poco asustado.

Papá le explica que ha sido muy difícil, pero que gracias a Dios hemos encontrado una academia donde no me obligan a rezar. Papá olvida decir que lo que pasa es que en la academia de don Ulpiano no reza nadie.

–¿Se acostumbra su señora? –pregunta ahora la hermana Salgado que tiene el cabello un poco blanco.

Suena el timbre antes de que el pastor Fonseca responda. –Ya están aquí –dice alegre. Se pone en pie. La hermana Salgado joven regresa con dos mujeres viejas. Las dos se echan sobre mí y empiezan a besuquearme. Hasta se les saltan las lágrimas.

–Cuanto tiempo, Jesús, cuanto tiempo –dicen entre sollozos–. Y cuantas pruebas.

El pastor sonríe y les dice que se calmen. –¿Les parece que empecemos?

Para saludar a las dos ancianas nos hemos descolocado todos. Antes de que volvamos a estar bien sentados en círculo hacemos bastante ruido con las sillas. Tanto, que los periquitos de la jaula grande, la que está junto a la terraza, se ponen

a dar gritos. Parece que esos periquitos hayan dado la señal, porque les imitan los de las dos jaulas pequeñas, los canarios y, finalmente, la cotorra.

El pastor Fonseca, que ya tiene la Biblia abierta para leernos el texto sobre el que nos va a predicar, se queda mirándolos sin decir nada. Seguramente está pensando si soltar o no la carcajada.

–Pensaba –dice cuando los pajarracos amainan un poco– que iniciásemos nuestro culto con el canto de un himno. Pero como estos pájaros lo han cantado por nosotros, creo que podemos pasar directamente a considerar el texto de las Sagradas Escrituras sobre el que deseo que meditemos hoy. Se encuentra –añade, pasando las hojas de su Biblia en el Evangelio según San Lucas, capítulo doce, versículo treinta y dos… ¿Quiere usted leerlo, hermano? –pregunta a papá.

Papá, se pone en pie, y lee: «No temáis, manada pequeña, que a mi padre ha placido daros el reino.»

El pastor habla pausadamente. Aunque su voz es ronca, habla de tal forma que parece que sea dulce. Los músculos de su cara están tensos y parece imposible que sea él quien habla. Sólo mueve los labios. Y un poco las manos. Son enormes, de dedos toscos. Le cuesta mucho trabajo pasar las hojas tan finas de la Biblia. Cuando dos hojas están muy pegadas no consigue separarlas con los dedos y tiene que soplar. Sopla suavecito, con mucho respeto, casi con miedo.

–Muy hermoso, muy hermoso –dicen las dos hermanas Salgado cuando el pastor termina de hablar–. Ya era hora de que por fin tuviésemos quien nos predicase.

Las dos ancianitas se han pasado todo el tiempo llorando, y ni siquiera ahora que el pastor ha terminado dejan de llorar. Al contrario, como ya no tienen miedo de molestar, se sorben las lágrimas con mucha fuerza y hacen un ruido enorme. Seguro que de un momento a otro se pondrán los pajarracos a dar gritos.

El pastor tiene mucha prisa. –Aún he de predicar en otras dos casas esta mañana. Y por la tarde en tres más. En lugar

de una, tengo seis iglesias. Casi suelta la carcajada pero se contiene.

Las ancianas empiezan otra vez a besuquearme, y ni se enteran de que el pastor se va. Se ve que nos conocen de antes de la guerra, y por eso están tan emocionadas.

—o0o—

Formamos un grupo bien raro. Sin contar al pastor, a su señora y a otra mujer mayor, somos catorce o quince. El único que se me acerca en edad es un chico que viste un jersey marrón y lleva el pelo cortado al rape, y que debe de tener unos catorce años. Todos los demás son hombres o mujeres.

No comprendo qué hace aquí ese chico, porque me parece que es un verdadero golfillo: en el juego del aeroplano, cuando nos llevan a los dos a la cocina a esperar mientras preparan el juego, él saca una colilla, busca cerillas cerca del fogón, enciende la colilla, se va a la ventana, la abre y se pone a fumar echando el humo al patio. Cuando acaba la colilla, escupe en el suelo y estruja el escupitajo con la suela del zapato.

–¿Tú no tienes hambre? –me dice. Y abre las puertas de la fresquera de par en par. Pero entonces vienen a buscarnos.

–¿Quién quiere ser el primero? –pregunta el pastor.

–Yo. –Lo que quiero es perder de vista al golfo.

Mientras me vendan los ojos pienso que quizá he hecho mal. Seguro que en cuanto se quede solo, el golfo va a desvalijar la fresquera. Pero no será culpa mía, será culpa del pastor, que es quien lo ha traído.

–¿Ves algo?

Digo que no con la cabeza. Me empujan por la espalda. Sé que estoy en el centro de la habitación. Por el ruido de las voces y las risas.

–Amigo Enrique, vas a hacer un viaje en avión. ¿Has ido alguna vez en avión? No, ¿verdad? Pues ahora vas a ir. ¿Estás preparado? Pues arriba. Yo te ayudaré.

Me cogen de las dos manos y me hacen subir un pequeño escalón.

–Ya estás a bordo. ¡Atención ahora, que el avión se pone en marcha!

Alguien hace con la boca el ruido de un motor. Hay una gran algazara. Todos gritan, se ríen o dicen cosas.

–¿Es un caza o un trimotor?

–Es un caza.

–No, hombre. Es un «rata».

–Es una «pava».

La tabla donde se apoyan mis pies empieza a bailar. El pastor, que me tiene cogido por las manos, va quedando cada vez más abajo.

–¡Ya estás cerca del techo, ya estás cerca del techo! –me gritan. Las voces de las mujeres son muy agudas, pero no dicen nada, se limitan a dar chillidos.

–¡Cuidado, cuidado, que das con el techo!, –me gritan. Algo plano me roza la cabeza. Me la oprime y tengo que agacharla. Pero aunque la agacho, el techo sigue dándome en la cabeza. Sólo alcanzo a tocar las puntas de los dedos del pastor. Entonces recuerdo una Navidad en casa del pastor Olsen, es exactamente el mismo juego. Yo estoy sobre una tabla, probablemente la tabla de la plancha. El pastor se ha agachado, por eso sólo alcanzo a tocar las puntas de sus dedos. Y alguien subido en una silla, me está empujando la cabeza con un libro grande, seguramente un atlas o algo parecido.

Cada vez me empujan con más fuerza, tanta que ya estoy doblado en dos. La tabla en la que estoy subido sigue balanceándose. Pero sabiendo lo que es, no me cuesta ningún trabajo mantenerme en equilibrio.

–¡Atención, Enrique, el aeroplano se incendia! ¡Tienes que saltar sin paracaídas! ¡Salta, Enrique, salta!

–¡Salta, salta! –gritan todos.

Es el final del juego. En la fiesta del pastor Olsen también lo era. La tabla deja de moverse.

–¡Salta, aprovecha ahora que no se mueve!

Yo, con toda la calma de que soy capaz, doy un paso hacia afuera y ya estoy sobre el piso de la habitación.

–¡Ohhhh! –dicen decepcionados.

–Lo sabías, Enrique –me reprocha el pastor–. Tenías que haber advertido que lo sabías.

Estoy tan sofocado que no acierto a decir nada. Me escabullo a un rincón. Ahora traen al golfo. Ha debido de encontrar algo en la cocina porque lleva el bozo manchado de blanco y se chasca la lengua. El golfo, cuando empiezan a mover la tabla de la plancha, se retuerce de miedo, y cuando le ponen el diccionario sobre la cabeza y le mandan saltar, pega un bote tan descomunal que cae al suelo hecho una rana, y tira al pastor, al que se ha agarrado por el cuello.

–¡Me cago en la leche! –grita el golfo, arrancándose la venda de los ojos–. ¿Quién ha sido el cabrito?

Pero aún no ha terminado el desbarajuste, porque el pastor ha tropezado con una mesita en la que hay varias copas de cristal preparadas para el juego siguiente. La mesita se tambalea, las copas vibran y dos caen al suelo y se rompen.

Ahora el golfo se quiere justificar del estropicio que ha armado.

–Co…, haber dicho que estaba bajo. –Otra vez escupe en el suelo. Aplica el tacón del zapato sobre el escupitajo y lo hace girar dos o tres veces. La señora del pastor casi vomita al verlo.

–No es nada, no ha pasado nada –dice el pastor.

–Nada, nada –añade su señora. Como no sabe español, es posible que no sepa decir otra cosa.

Entre los dos recogen los trozos de cristal, limpian la mancha del escupitajo, y ponen todo en orden. Continúa la fiesta.

El pastor quiere que no se quede nadie sin participar en los juegos. Como yo ya he tomado parte en éste, me siento tranquilamente en el diván que hay formando ángulo entre el balcón y la biblioteca, y me entretengo observando a los demás. ¡Dios mío, qué grupo formamos! Al único que conozco es a Dimas, el sobrino del señor González. Dimas tiene ahora la fren-

te llena de arrugas y unas entradas grandes en el pelo. Parece que no me recuerda. Al menos, no me dice nada.

–Hola, Dimas, soy yo –le digo una vez que se acerca a donde estoy. Me mira y no contesta.

Todos los demás deben de ser personas que ha conocido el pastor desde que está en Madrid. Como todos se hablan de tú no sé si se conocen de ahora o si ya eran amigos de antes. Los que más bullen son: uno que le llaman Romano y otro que le dicen Bombero.

–Ahora –dice el pastor– vamos a hacer un juego musical. Vamos a ver. ¿Cuántos saben música?

Varios levantan la mano, y Romano y Bombero dicen varias gracias.

Antes de proseguir, el pastor se pasa la mano por la frente. Cierra los ojos y parece que quisiera huir de aquí, pero prosigue. –En este juego –dice alegremente– van a participar los que sepan música y los que no sepan.

Ponemos en el centro dos filas de sillas, respaldo contra respaldo. Mientras la señora del pastor toca el piano nosotros damos vueltas cogidos de la mano. Cuando deja de tocar, nos sentamos. Y siempre hay una silla de menos.

Cada vez que el piano calla, las chicas dan grandes gritos. Romano y Bombero les hacen burla.

–¡Ay, que me soban! –chilla Romano.

–¡Que me violan, que me violan! –aúlla Bombero. Se sube encima de una silla, y hace como que se aprieta las faldas contra las rodillas. Las chicas dan cada vez más gritos, y una que se llama Carmen tiene un ataque de tos.

El pastor está cada vez más cansado. Cierra continuamente los ojos. Se le hunde el cuello entre los hombros y varias veces pasan muchos segundos hasta que consigue seguir hablando.

Ahora solo queda una silla y Bombero y una chica vieja y peluda como un mono dan vueltas alrededor de ella.

–Si te dejo ganar, ¿qué me das? -–le pregunta Bombero.

–¡Un beso!

–¡Qué hay menores! –chilla el otro, –Romano– imitando voz de mujer. Se ha puesto un pañuelo a la cabeza atado a lo baturro, y va de un lado a otro moviendo las caderas.

–¿Es que no hay vino? –le grita al pastor.

Calla la música. Bombero está ante la silla. Se sienta. La chica da un bote y se sienta encima de él. Bombero la agarra con los dos brazos y no la deja irse. Los dos forcejean.

–Magras, magras –grita Romano alborozado. Las faldas de la chica vuelan por el aire. Los dos caen al suelo.

–Amigos, amigos, por favor, amigos– suplica el pastor. Su señora, la extranjera, está espantada. Casi llora.

–Venga esa mano –dice Bombero a la chica. Bombero la coge de una mano, Romano de otra, tiran y la ponen en pie. Hay una polvareda tan grande que todos tosemos. Romano coge el brazo de la chica, lo levanta como si fuese un boxeador que ha ganado, y dan juntos la vuelta a la habitación. Todos aplaudimos. La señora del pastor se ha tapado la cara con las manos y apoya los codos en el borde del piano.

Estoy seguro de que está llorando.

Nadie se acuerda ya de que está el pastor. Éste sale. Va a la cocina. Le veo abrir la puerta de la fresquera. Saca una fuente. La mira. Está vacía. Casi vacía: sólo queda un polvorón.

–Señores, –dice el pastor cuando regresa–, esto ha terminado. –Intenta sonreír, pero fracasa. Sus ojos se apagan, tiene miedo. Explica con dificultad que cuando vayamos saliendo cojamos cada uno el regalo que tenemos colgado en el árbol.

El árbol es una rama de pino metida en el cubo de fregar. El cubo está recubierto de papel de plata y la rama se mantiene inmóvil gracias a la tierra bien prieta que llena el cubo. Es una rama que en el árbol estaría horizontal. Como ahora está en posición vertical, las agujas que salen de ella no pueden ser simétricas entre sí, las de la derecha se inclinan hacia abajo, las de la izquierda hacia arriba.

Los regalos son sencillamente unas tarjetas ilustradas en las que el pastor ha escrito a máquina un texto bíblico. Cada tarjeta tiene sin duda las palabras adecuadas a la persona a quien

va dirigida, pero también Romano y Bombero se encargan de que en esto haya confusión y desorden.

–¡A escoger y a revolver, con derecho a escándalo!

–¡Madera, más madera, que es la guerra!

–¡Yo quiero ésta, que tiene corderitos!

–¡Mira que mona, con el niño Jesús!

El pastor me coge por el hombro. –Espera, Enrique.

La señora está en la puerta del comedor. En torno a los ojos tiene las marcas de haber llorado. El pastor le dice algo en su idioma. Ella se mete en una habitación y cuando sale trae el abrigo del pastor. Por la puerta entreabierta asoma una cabeza de niño. Después otra. Y otra. Son niños chiquitines, el mayor no tiene ni cinco años. También están espantados.

Sin soltarme el hombro bajamos el pastor y yo. Me alegro de que me coja muy fuerte por el hombro. De alguna manera quisiera hacerle comprender que yo también estoy triste. Cuando llegamos al portal se han ido ya casi todos. Sólo quedan Bombero, el golfo y otros dos.

–¿Adónde va? –le pregunta Bombero.

–He de llevar a Enrique a su casa.

–¿Dónde vives, chaval?

–Por Viriato –respondo.

–Te llevo yo –decide Bombero. Me pone la palma de la mano sobre la nuca, y me empuja un poco hacia delante.

Pero el pastor no me suelta.

–Nada, señor pastor, que lo llevo yo.

El pastor me da mucha lástima. Ahora ya no es capaz ni siquiera de sonreír. Continuamente hace el gesto maquinal de pasarse la mano por la frente. Estamos inmóviles en la calle y hace frío. Por la otra acera pasa un grupo de borrachos. Van cantando *Allá en el rancho grande*. Se acompañan con cacerolas y con tapas de cubos de la basura que han robado. Gritan todo lo que pueden pero cuando se alejan se notan más los chillidos de las mujeres que los de los hombres.

–Señor pastor, Bombero me llevará.

El pastor casi ni discute. Le cuesta tanto trabajo cerrar la puerta de hierro de la calle que cuando estamos en la esquina todavía le oímos forcejear con ella.

Bombero y el golfo dan unas zancadas tan grandes que yo para no quedarme atrás tengo que correr. La mano grandota de Bombero sigue empujándome la nuca. El sudor me brota de todo el cuello. Al evaporarse en la noche fría deja unos cristalitos que me pinchan la piel. En cambio, el trozo de piel que queda bajo los dedos de Bombero se va llenando de humedad pegajosa que no puede evaporarse.

–Ha estado divertidillo, ¿verdad? –comenta Bombero.

–Valiente mierda –gruñe el golfo.

–Tú, cállate o te parto la boca.

Por nuestra misma acera un borracho va haciendo eses. Avanza, se detiene, se tambalea, retrocede.

–Desgraciado –comenta Bombero cuando lo cruzamos–. Alcoholizado. Ahora todavía aguanta. Pero en cuanto se le enfríe el estómago, ¡cataplum!, caerá muerto. En Rusia, cuando nieva, los borrachos mueren como moscas.

Por fin llegamos a Bravo Murillo. Pero en lugar de ir hacia la parada del tranvía, cruzamos las vías y torcemos por la primera bocacalle.

–¿No vamos en tranvía? –digo yo.

–Quia, no hay nada como el ejercicio –Bombero, sin acortar el paso, da unas cuantas inspiraciones profundas. Parece que eso lo pone alegre.

–Mañana, a las siete, arriba, macho –le dice al golfo.

–Es mi hermano, ¿sabes?

–Yo mañana no voy.

–¡Harás lo que yo te mande! ¿Qué? –me dice a mí– ¿Te vienes mañana a la Marmota? Lo pasaremos fenómeno, boxearemos, haremos gimnasia. Y luego, hala, al río, a darnos un bañito. ¡No hay nada como la vida natural!

–¡Me cago en la leche!, ¡mañana yo no voy! –grita el golfo–. ¡Ya estoy hasta el coco de tanta vida sana y tanta gimnasia y tanto baño en el Manzanares!

–¡Calla, desgraciado! –El Bombero se ha parado, me ha hecho pararme a mí tirándome del cuello desde detrás, y clava a su hermano con la mirada.

–¡Desgraciado!, ¿sabes dónde estarías si no fuese por la vida sana?

–Si no fuese por mí, sabes dónde estarías?, ¡muerto!, ¿te enteras? Muerto.

Con la mano plana, se pone a dar tajos en el aire. Y a cada tajo siega una cabeza que sólo él ve.

Pero el golfo no se asusta. Se despatarra y se clava en el suelo.

–¡Mierda, eso es lo que te digo!

Y sin hablar más ninguno de los dos, empiezan a molerse: el mayor le da al pequeño con las manos abiertas, y el pequeño le responde a coces y a cabezazos. Me separo de ellos y me acerco al borde de las casas. El pequeño aúlla como una bestia, pero no deja de forcejear y soltar patadas. Bombero lo golpea, ahora con el borde de la mano, igual que un luchador de karate. Lo golpea por series. Cada vez que le da en el costado, lo deja sin respiración. El pequeño le mienta la madre, que también es la suya. Para que no me tiemble tanto el cuerpo cruzo los brazos y me aprieto los hombros con todas mis fuerzas.

Se acerca otra banda de borrachos. El golfo hace un último esfuerzo por cocear las partes de su hermano y escapa blasfemando.

–Se lo diré a padre –le grita Bombero. Muy digno se arregla la gabardina, la corbata. Se agacha y recoge del suelo la bufanda de su hermano. La golpea para sacudirle el polvo. Los borrachos van en fila, sujeto cada uno a las caderas del anterior, hombres y mujeres alternados. Los guía una vieja horrible, greñuda y tiznada, que mueve las ancas al compás de la marcha.

–Esta noche es Nochebuena, y mañana, Navidad –aúlla la mujer. Al llegar a la altura de Bombero da un giro. Los borrachos forman una rueda y Bombero queda en el medio. Algunos llevan botellas en los bolsillos del abrigo. Hay dos que ya no se pueden tener en pie.

–Ande, ande, ande, la marimorena, no nos callaremos que es la Nochebuena.

Bombero cruza los brazos y los contempla con mucha dignidad. Echa a andar, corta el círculo de un manotazo.

–Miserables borrachos –masculla.

El borracho al que ha tocado se tambalea y cae al suelo. Otros caen sobre él. Se oye el ruido de una botella que se rompe.

–Vámonos, Enrique –Me coge por el hombro y echamos a andar–. ¡Estás temblando!

Ni contestarle puedo.

–Es vergonzoso, vergonzoso. No hay cosa más vergonzosa que un borracho. El alcohol es el gran enemigo de la Humanidad.

La rápida marcha me devuelve un poco de calor. Pero los dientes me siguen temblando.

–¡En eso estoy de acuerdo con el pastor! Es en lo único, ¿sabes? Porque yo no creo en Jesucristo. Yo soy teósofo, ¿sabes?, y para mí lo único importante es tener un buen karma. Lo demás son pamplinas.

«Ojalá entendiese lo que dices», pienso yo. Lo único que me importa ahora es que de una vez dejen de temblarme las mandíbulas, que ya me duelen atrozmente. Tendré que meter la cabeza bajo la almohada y encoger las rodillas hasta que me den con la barbilla. Y quizá ni así lograré dominar el frío.

–¿Sabes subir sólo al piso? –me pregunta Bombero.

–Sí.

–¿Tienes llavín?

–Sí.

–Entonces, adiós. Un domingo que haya helado te llevaré a la Marmota para que me veas romper el hielo del río y bañarme en el agua helada.

Cuando voy a meter el llavín en la cerradura, mamá abre la puerta. Me tiene preparada la bolsa de agua caliente, y enseguida se me pasa el frío; pero cuando se me ha pasado el frío, me echo a llorar. Mañana es Navidad, tendría que llorar de pena por el pobre pastor Fonseca, que quería que nos distrajésemos honestamente y todo le ha salido al revés, o por Jesús,

de quien nadie se acuerda en esta noche, como no sea para blasfemar su nombre, o por los pobres, o los enfermos o los presos, todos olvidados, cada cual perdido en su rincón del mundo. Pero lloro por mí, solamente por mí. Y odio ferozmente al Romano y al Bombero y a toda la gentuza que se ha reunido en casa del pastor y que me han obligado a ver y oír cosas horribles y asquerosas del mundo puerco de los hombres y las mujeres. Tan fácil como le resultaría a Dios, que todo lo puede, lanzar un rayo, o abrir un boquete en la tierra y hacerlos desaparecer. O mejor aún, ¿por qué no puede Dios detener el tiempo, como cuando se lo pidió Josué, y hacer que la luna eche a andar para atrás, y que aparezca de nuevo el sol, y que retroceda, y que nada de esta noche sea verdad? ¿Por qué no, Dios mío, por qué no?

—o0o—

NUEVE

En la academia de don Ulpiano sólo tengo clase por las mañanas.

A veces consigo que mamá me deje salir a la calle a la hora que sé que mis antiguos compañeros estarán en el recreo de la tarde. En una esquina de la gran puerta del patio alguien ha conseguido retorcer la plancha metálica que la forra; después se ha formado un pliegue en el metal y ahora, a fuerza de doblarlo, el metal se ha roto por el pliegue y ha quedado un agujero. Asomo la cabeza por el agujero y allí me paso el tiempo esperando a que salgan.

Un día me ve Ana Mari y se me acerca. –Hola, Enrique, ¿por qué te has ido del colegio?

–Es que voy a estudiar el bachiller –le explico–. Y si hubiese seguido aquí no habría podido prepararme. Ya paso de la edad para ingreso. Me gustaría que Ana Mari se diese cuenta de que estudiar el bachillerato es algo muy importante, pero, como siempre, me azaro al hablar con ella, y casi no soy capaz de decir nada más.

–¿Te has comido la lengua? –me pregunta ella riendo. Le llaman los otros y se marcha.

Pero a pesar de todo, cada vez que me asomo al agujero de la puerta, ella me ve enseguida y corre hasta allí. Unas veces tarda más que otras, pero siempre que me ve viene y me dice alguna cosa.

–Toma –me dice un día. Mete la mano en el bolsillo de su abriguito rojo y me extiende un sobre–. Es mi regalo de Reyes.

No me atrevo a cogerlo. –Es que no se me ha ocurrido regalarte nada –le digo.

Ana Mari hace un mohín. –Los hombres nunca os acordáis de estos detalles. ¿No miras qué es?

Me ha regalado un gran montón de cromos Cultura: los hay de banderas, de luchadores del Oeste, de la historia de la avia-

ción, uno de la muralla de China que me faltaba para completar la colección de las maravillas del mundo, e incluso varios dobles, que tan difícil es que le salgan a uno comprando sobres.

–Di gracias, al menos –me reprocha Ana Mari. Y añade: –Se los he quitado a mi primo Quique. Si se llega a dar cuenta, me asesina.

–¡Ana Mari! –rebuzna el vozarrón de Conrado desde el escalón que hay junto a la puerta vidriera. Sin verlo sé que está allí. Y ahora Ana Mari se marchará.

–Ya voy –le responde. Pero no se va. Todavía está unos minutos, hablando conmigo. Y sólo se marcha cuando Conrado y Pilar y todos los otros empiezan a llamarla a coro: –¡A-na-ma-ri, A-na-ma-ri!

–Qué pesados son. –Poco a poco se despega del agujero. Veo ahora su cara entera, enmarcada en la preciosa melena color miel que se le derrama sobre los hombros y se los golpea rítmicamente al caminar. –¿Vendrás mañana?’

–Sí.

Es tan abundante su melena que oculta por completo el cuello del abrigo rojo. No puede haber nada tan precioso como Ana Mari cuando se aleja de la puerta a cuya rotura permanezco pegado. Su melena, su abrigo rojo, que por detrás va adornado con un cinturoncito, sus piernas doradas, los calcetines blancos, y los zapatos marrones, de forma de zapatos de chico. Se me va la cabeza viéndola alejarse, y casi me saltan las lágrimas.

Y sin embargo, sin que yo pueda evitarlo, una horrible imagen venida del infierno se superpone a la imagen real de Ana Mari que se aleja. La imagen abstracta se vuelve poco a poco casi corpórea y del entrelazamiento de su silueta horrible con la perfecta de Ana Mari resulta una mixtura espantosa que mis ojos quisieran descomponer pero no pueden. Por un lado Ana Mari y todo lo que es de Ana Mari. Su voz, su cabello, el abrigo, sus ojos y sus manos. Y en otro lado, muy lejos, las formas diabólicas de esa mujer nacida de la que disputaba la silla

con Bombero en la fiesta de Navidad, pero que ya no es ella, sino un nuevo ser, distinto, que me mira desde todas partes y me llama con su horrible boca gesticulante y muda. Yo me asusto al verla, aunque hasta que desaparece no soy capaz de hacer otra cosa que seguirla con los ojos espantados pero bien abiertos.

—o0o—

–He venido para hablar contigo, Enrique –me dice el señor pastor.

Él y papá están sentados en los dos sillones de mimbre que hemos puesto en el dormitorio de papá y mamá. Corriendo su cama hacia la pared del fondo ha quedado un espacio vacío que, con los dos sillones y la mesita, también de mimbre, parece una salita de recibir.

–Siéntate –me ordena papá,

La silla marrón de la cocina desentona junto a los sillones nuevos. Papá corre el suyo y yo pongo la silla entre los dos, detrás de la mesita.

El pastor ha recobrado el buen humor, pero ya no suelta la risa de aquella forma tan rara, que se le quedaba pasmada en la boca. Desde la Navidad se ha vuelto mucho más triste.

–¿Sabes quién era Daniel? –Mientras habla, hojea su Biblia.

Asiento con la cabeza.

Su mano se ha detenido en una página. Parece leer.

–¿Recuerdas la historia de Daniel y sus compañeros? Eran jóvenes, como tú o poco mayores. –Habla poco a poco, sin mirarme–. Pronto o tarde, a cada joven le llega el momento de la decisión.

Papá tiene los brazos cruzados y me mira. Me muerdo los labios: me gustaría estar profundamente interesado.

–Tienes edad de prepararte para el bautismo, —sigue diciendo el pastor–. Debes conocer los fundamentos de tu fe. –Sus dedos resbalan por las páginas de su Biblia–. «Desde pequeñito has conocido las Escrituras», –me lee. Creo que es de

la Epístola de San Pablo a Timoteo. O a Tito. A partir del próximo, cada martes a las siete de la tarde iré a casa del señor pastor.

–Vendrás con un grupo de jóvenes que van a empezar a estudiar las Sagradas Escrituras conmigo.

¿Será Bombero uno de ellos? ¿O Popeye? Quizá, a partir de aquella noche, el pastor Fonseca les ha prohibido que vuelvan a poner los pies en su casa. Más tarde, papá me echa un sermoncito, en adelante voy a vivir en varios mundos distintos. Es necesario que en todos ellos sea un buen cristiano. Papá no sabe hablar y se arma un lío con las explicaciones.

Intenta hacer una lista de los mundos en que voy a vivir. La familia. La Iglesia. La academia. En la iglesia no hay santos, solamente pecadores arrepentidos. Lo que más miedo le da es la academia, y dice varias cosas sobre las malas compañías. Seguramente es el señor pastor quien le ha hablado de esto antes de que yo llegase.

–¿Enseñan más en esta academia? –corta mamá.

¿Cómo decirles que casi tan poco como en la anterior? Hay dos profesores para cuatro aulas; consecuencia: la mitad del tiempo estamos sin profesor.

–No te hacen rezar, ¿verdad?

Respondo que no.

–Ya me pareció que el director era un hombre muy liberal.

Don Ulpiano no es un hombre liberal. Es un hombre que sólo mira a su negocio. Por tener un alumno más le da igual que éste sea protestante, budista o mahometano.

–¿Sois muchos en la clase?

Ni se sabe. Unos días, quince; otros, veinte. Todos hijos de pobres. Don Ulpiano y el otro profesor entran y salen, casi al tuntún, en una de las cuatro clases.

–Don Ulpiano quiere que haga ingreso y primero al tiempo. Todos lo hacen.

–Será caro –opina, mamá.

–¿Te crees capaz de hacerlo? –me pregunta papá muy interesado.

Me alzo de hombros. No tengo por qué ser más bruto que los demás. Pobres y brutos. La academia de don Ulpiano es una academia de pobres y de brutos. De brutos pobres. Cuando don Ulpiano o el otro profesor oyen que en otra clase hay demasiado jaleo, abandonan la lección y se marchan a poner orden. En cuanto salen por la puerta empezamos a pegar gritos. Papá, en su relación, ha olvidado un mundo, el más importante, el de Ana Mari. Y con sólo pensar en ella aparece la maldita bruja. O sea que son dos mundos más. Uno, el de Ana Mari. Y otro, el de la maldita bruja. Quizá ya nunca jamás logre librarme de ella.

—o0o—

Yo soy el único que sabe encontrar los libros de la Biblia.

–Las Sagradas Escrituras son el conjunto de libros que han sido escritos por hombres inspirados por Dios. El primero es el Génesis.

Buscamos el Génesis en las Biblias que el pastor nos ha dado.

–Narra –continúa el pastor– la creación, el pecado de nuestros primeros padres y las vidas de los primeros patriarcas. Después viene el Éxodo.

El pastor pasa las páginas buscando el Éxodo. Nosotros le imitamos. Pero, excepto yo, todos pasan demasiadas hojas.

–No exageren, no exageren. A ver, usted, ¿en qué libro se encuentra?

–Aquí dice Reyes.

–Ha pasado diez libros de golpe.

–Yo estoy en Jeremías.

–Ustedes creen que cada libro de la Biblia es tan grande como el Quijote –bromea el pastor. Acecho la mueca en forma de risotada. No aparece. Quizá el estropicio que le hicieron en las copas le ha cambiado el carácter.

–El único que sabe manejar su Biblia es Enrique.

El pastor dijo que eran jóvenes pero son hombres. Sus dedos torpes se traban. Todos acaban untándose el dedo con saliva. Lo aplican a la hoja de la Biblia y de este modo consiguen pasarla.

–En los Países Bajos no es como aquí. En los Países Bajos todos, católicos y protestantes, tienen su Biblia y la leen.

–Aquí leemos la Ametralladora, que es mucho más interesante –responde el hombre que tiene los ojos rasgados. Los otros le llaman Fujiyama.

El Pastor le mira. –¿Lo dice usted con ironía?

–Somos un país sin civilizar —insiste tétricamente Fujiyama. Parece el más atento de todos. También uno que le llaman Javier parece que escucha con atención. Javier se parece un poco al golfo hermano de Bombero. La misma nariz de gancho. Y la barbilla hendida de arriba abajo por una pequeña grieta. Él y Fujiyama son los únicos que no se ríen. Fujiyama, además, no hace más que preguntar. Y casi sin dejar responder pasa a otro tema.

–La próxima semana hablaremos de un tema muy interesante. –El pastor mira sus notas. Lee.– «¿De dónde procede el mundo en que vivimos?»

Fujiyama da cabezadas y asiente. –Muy interesante, sí señor.

–Tienes una semana para prepararte –le dice el que se sienta a su lado–. Éste –explica al pastor– es un polemista terrible.

El pastor se sonríe.

–¿Les gustaría que antes de separarnos orásemos juntos?

–Naturalmente. –Fujiyama es la voz de la colectividad.

–Enrique, ora tú.

Me arden las orejas. A duras penas enhebro tres frases. Cuando termino, el pastor me pasa la mano por la cabeza.

–Hasta el próximo martes –van diciéndole al darle la mano.

–Muy curioso, muy curioso –comenta Fujiyama cuando estamos en el portal.

–El domingo en el Cerro, ¿eh? –se despiden entre sí.

–Yo –dice Javier– me voy a la Marmota.

–¿Con la Tere?

–Sí.

–¿En bicicleta?

–No, en autocar.

–Fujiyama, ¿para cuándo organizas la excursión a la Morcuera?

–Cuando haga mejor tiempo. Ya tengo camión.

La gente que entra y sale del portal nos mira. Sospechan tal vez de nosotros. Si hubiese salido un segundo antes que los demás, ya estaría en casa. O con sólo que hubiese salido el primero. Pero ellos son hombres, yo soy un niño y no encuentro las cuatro palabras que tendría que pronunciar para decir que me marcho. Fujiyama tiene de verdad cara de japonés. Y la estatura. Además lleva sandalias sin calcetines y va en mangas de camisa. Su piel morena repele sin duda el frío. Por la camisa entreabierta se le salen los pelos del pecho.

–Iremos en un camión de repartir leche. Le pondremos bancas todo alrededor de la caja.

–Nada de mujeres –dice uno.

–¡Ni hablar! –protesta Javier.

–Es que cuando hablaba de mujeres no pensaba en Tere.

Todos ríen a carcajadas.

–Quiero decir que Tere es como nosotros, que le gustan las cosas que a nosotros: la naturaleza, la atmósfera sin miasmas, la comida sana.

–Ni mujeres ni forofos.

Están todos de espaldas a mí. Me escurro pegado a la pared. Hasta que no he doblado la tercera esquina no dejo de correr. Estoy sudando y el abrigo me pesa. Será mejor que camine deprisa o me volveré a enfriar.

—o0o—

DIEZ

Fujiyama es tío de Ana Mari. Algunas veces, cuando voy con él a su casa, la veo. Otras veces veo a su madre, a algún otro hermano de Fujiyama o a los abuelos. Hay veces, en cambio, que no veo a nadie. No tiene nada de particular, porque es una casa grande, con planta baja, dos pisos, buhardilla y jardín.

Fujiyama vive en el jardín, en una chabolita que se ha hecho para él solo. Al principio pasaba todo el tiempo en la cabaña de Fujiyama y casi nunca veía a nadie, ni siquiera a Ana Mari. Pero ahora he aprendido la hora en que va al gallinero a recoger los huevos y la veo muchas veces.

El gallinero está en la parte posterior de la finca, pegado a la tapia. Si Ana Mari sale por la puerta de la cocina, tampoco puedo verla. Sólo la veo cuando sale por la puerta de delante y da la vuelta a la casa, pasando ante la chabola de Fujiyama. Ahora siempre sale por delante y da la vuelta.

Por la sombra que el peral y el limonero hacen sobre la parte trasera, que es más herreñal que jardín, sé que es más o menos la hora de ir a recoger los huevos. Desde que me parece que es la hora, casi no hago caso de Fujiyama, y lo único que me preocupa es mirar por la ventana esperando a que Ana Mari pase. Sólo me convenzo de que no pasará cuando es casi de noche y todavía no ha pasado.

–Vaya par de papanatas –comenta Fujiyama cuando me quedo mirándola. Finge que pone cara de enfadado.

Se me enciende la cara, pero por dentro me alegro mucho de que Fujiyama se haya dado cuenta de que estoy enamorado de Ana Mari y de que no me casaré con nadie más que con ella. De todos modos, me quedo tan turbado que durante un rato no sé qué decir.

–No te asustes, hombre, –me dice él entonces–. Es que yo soy misógino, ¿sabes? En cosas de mujeres, más vale que no me hagas mucho caso.

Me gustaría que Ana Mari, cuando pasa ante la ventana, me mirase como yo la miro a ella. También me gustaría mucho poder decirle algo. Pero nunca tengo ocasión. La tuve la segunda vez que fui a casa de Fujiyama. Yo no supe qué decir.

A casa de Fujiyama fui por cosas del señor pastor, que siempre dice que yo he de ser un segundo Samuel.

–¿Te gustan las fotografías estereoscópicas? –me preguntó cuando habíamos terminado de estudiar la Redención.

Dije que sí. Pero no sabía lo que eran.

–El señor Fernández tiene una gran colección de fotografías estereoscópicas. Fotografías de las islas Canarias, del desierto del Sahara, de Ifni.

–No conozco al señor Fernández.

–Es Fujiyama, hombre –me aclaró Bombero.

–Exacto –dijo él–. Soy el señor Fernández Fujiyama.

Todos soltamos la risa. Fujiyama era el que más reía. Yo creí que si uno le llamaba Fujiyama en su propia cara, se enfadaría. Pero resultó que no.

–¿Qué son fotografías estereoscópicas? –Preguntaba por preguntar. Fueran lo que fueran, iría a casa de Fujiyama a verlas. Así estaba convenido con el señor pastor. Había estado en casa tan sólo para decirme eso.

–Yo me voy a la cocina, que no quiero estorbar –dijo papá.

Sin duda, también esto había sido una cosa convenida, lo mismo que entonces interesó al señor pastor que yo debía ser amigo de Fujiyama y de los demás hombres que veía en su casa.

No sabía por dónde empezar. –Enrique, ¿qué sabes tú de Samuel?

Sacó la Biblia del bolsillo interior de la chaqueta. Era una hermosa Biblia, de piel flexible y cantos dorados. Empezó a pasar páginas, al principio un poco al tuntún, después más lentamente. Esperaba mi respuesta.

–Vivía en el templo y ayudaba al sumo sacerdote Elí.

–¿Y qué más?

–Le habló Dios.

–¿Qué edad tenía cuando Dios le habló?

–Bastante pequeño.

–Exacto. Era un niño. La Biblia nada nos dice, pero quizá tenía tu misma edad. O quizá más pequeño.

Antes de la guerra, en la escuela bíblica, si nos sabíamos la lección, nos daban una postal en la que había una escena de lo que habíamos estudiado. En la de Samuel estaba él mirando un halo de luz que bajaba del cielo. En la postal Samuel era un niño con camisón blanco y una larga cabellera dorada. Más parecía niña que niño. «Habla Jehová, que tu siervo oye», estaba diciendo Samuel.

Precisamente, esto es lo que después me preguntó el pastor.

–Dime otra cosa, Enrique, ¿cómo respondió el niño Samuel al llamamiento de Dios?

Se lo recité de carrerilla.

–Jehová quiere decir Dios en hebreo. Lo sabes, ¿verdad? La Biblia –otra vez empezó a pasar hojas– está llena de relatos sobre niños que cumplieron con su deber, es decir, con lo que Dios les pedía que hiciesen. Por ejemplo, Timoteo. Escucha lo que san Pablo le dijo en la segunda carta que le escribió: «Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación que es en Cristo Jesús».

Cerró la Biblia. Antes de seguir hablando, me miró fijamente. Largo rato. Me miraba y sonreía, me miraba y sonreía.

Entonces es cuando los pies empezaron a temblarme de miedo. El señor pastor siguió hablándome: del joven rico, que no supo escoger la buena parte, de Daniel y sus compañeros, que sí supieron, de David y de Jesús niño. Si conseguía tocar el suelo con las puntas de los pies, éstos dejarían de temblarme. A fuerza de mover el trasero sobre el asiento, acabaría por lograrlo.

El señor pastor se daba cuenta de que el diablo estaba tentándome con estas cosas.

–Te caerás, Enrique, si no te estás quieto –me dijo dos o tres veces. Pero no le dio importancia. ¿Cómo es posible que

un pastor no se dé cuenta de que uno de sus corderos está siendo hostigado por el Diablo? Sin embargo, él no se dio cuenta.

A pesar de todo, comprendí que Dios esperaba que yo también cumpliese con mi deber. Debía ser un fiel testigo del Señor. No debía tener miedo de relacionarme con jóvenes no cristianos: Dios me protegería.

–Eres el único joven de nuestra iglesia. Debes dar testimonio de tu fe.

–No soy un joven, soy un niño. –Fue mi única protesta.

—o0o—

La primera vez que fui a casa de Fujiyama me costó bastante trabajo encontrarla. Sin embargo, él me había dado antes muchas explicaciones.

–A mano derecha te encontrarás con un anuncio que dice: «Las tijeras de Serrano se imponen», pero en lugar de la palabra «tijeras» hay pintadas unas tijeras. Muy grandes, en negro. Al lado tienes una vaquería de dos pisos, y un poco más allá dos o tres cuevas de gitanos. Tiras a la derecha.

Después venía el Cementerio del Oeste. Está abandonado desde la guerra. A fuerza de patear y patear, los chicos del barrio han hecho un campo de fútbol en la parte del cementerio que queda más cerca de la vaquería. Este campo de fútbol se llama «campo de las calaveras».

–Si te da miedo atravesar el cementerio, tiras por la izquierda y lo rodeas. Detrás hay una calle que han abierto ahora: queda en hondo como si fuese una trinchera y no tiene todavía ninguna casa. ¿Eres capaz de saltar el canalillo?

–¿El de Lozoya?

–Sí.

–No he probado nunca.

–Por si acaso, no pruebes. Echas a andar junto a la valla del canalillo, como si fueses a Cuatro Caminos. Verás el campo del Madrileño y que el canalillo desaparece por un sifón. Detrás, a

lo lejos, están los «rascacielos» de la avenida Reina Victoria. Mi casa está allí, junto al sifón.

Su casa era un chalé de dos pisos. Estaba en fila con otros tres o cuatro, en una calle sin principio ni fin, que corría por lo alto de las lomas. Como las calles que están haciendo ahora las hacen ahondando, esta calle tendrá que desaparecer un día u otro. El chalé anterior era una vaquería: en el siguiente vivía un marmolista que cuando funcionaba el cementerio hacía lápidas, pero que ahora fabricaba pilas, fregaderos y escalones para las casas de los ricos. El cuarto chalé estaba lleno de agujeros de obuses y de picotazos de balas. En él vive una gran bandada de gitanos, que parecen ratones, siempre entrando y saliendo por los agujeros.

—o0o—

Cada vez admiro más a mi amigo Fujiyama. Por muchas cosas. La primera, lo del mote, que lo deja completamente indiferente. Yo, en cambio, ninguna de las veces que me han puesto un mote en la academia, he sabido reaccionar como cristiano. En cambio, él, que no lo es, se porta mejor que yo.

–¿No te molesta?

Se alza de hombros. –¿Por qué me va a molestar?

A veces me invita a cenar con él. –Tendrías que seguir mi régimen. Comer tres veces al día es antinatural.

Habla pausadamente, y no mira a ninguna parte. Yo le escucho fascinado, y le ayudo a cascar las nueces, los almendrucos y las avellanas. Vamos apilando los granos pelados sobre una hoja de papel blanco. De vez en cuando los pesa en su balancita de brazos.

–Ya falta poco para los cien gramos.

–¿Siempre pesas lo que comes?

Se quita los lentes y los deja sobre la mesa. Privados de los cristales, los ojos se le achican tanto que casi le desaparecen.

–El hombre –me dice– es un animal racional. Y debe comer de un modo racional. Estos frutos secos son muy ricos en proteínas. Cien gramos bastan para cubrir las necesidades pro-

teicas de una jornada ordinaria. Añadiremos después cien gramos de pasas y orejones, los cuales nos proporcionan los azúcares y vitaminas.

Se pone en pie, se acerca a la alacena, coge la botella de aceite y me la enseña.

–Aquí tienes la dosis de grasas.

El aceite se lo toma a cucharadas: dos cucharadas en la comida de la mañana –que la hace a las once– y dos en la de la tarde, a las seis.

–La carestía de la vida me ha hecho prescindir del pan integral, que hoy en día es manjar exclusivo de ricos.

–¿Por qué no comes pan del otro?

He dicho una barbaridad tan grande que casi se altera. Lo noto por la severidad con que me mira. Su voz, sin embargo, sigue siendo igual.

–Es un pan carente de todo valor alimenticio. Las sucesivas moliendas convierten a la harina en un polvo blanco, muy agradable a la vista, incluso al paladar, pero que para el organismo es un puro veneno.

Así que, en lugar de pan, come trigo germinado, que tiene todas las vitaminas. Como el trigo germinado no sirve para mojar el aceite, tiene que tomarse éste a cucharadas. Un día me lo dio a probar y casi vomité. Ahora me limito a pellizcar de vez en cuando en el montoncito de la mezcla de nueces, almendras, avellanas, pasas y orejones.

–Mastica juntas una nuez y una pasa. Ni el pastel más caro es más sabroso. La Naturaleza es infinitamente sabia.

–El sabio es Dios –le replico. Pero recuerdo que el señor pastor me ha dicho que no debo discutir nunca, y no digo nada más. Tampoco él.

–Ahora vas a ver una cosa un poco extraña –me avisa. Se ha vuelto a poner los lentes, y los ojos casi le ríen. Abre la ventana y, de una especie de fresquera que tiene allí colgada, saca un manojo de hierba muy verde.

–¿Sabes qué es esto?

–Parece alfalfa –digo a ojo.

–¡Exacto!

Con su navajita le corta las florecillas y las puntas oscuras de los rabos. Después, la pica en trozos pequeños sobre un plato.

–Esta es la fruta del proletario. Las naranjas, las peras y los melocotones son para los burgueses. Además, ¿por qué preocuparse por ellas cuando a nuestro alcance tenemos este producto tan rico en vitaminas A y C?

Rocía el picadillo de alfalfa con un poco de sal, y se lo come con el tenedor, a pinchadas lentas y casi solemnes.

–Cuanto más pienso en ello más me admiro de la sabiduría de la Naturaleza. Bueno, tú le llamas Dios, yo le llamo Naturaleza. Por eso no vamos a discutir.

–Pero si a Dios le llamas Naturaleza, no podrás ir al reino de los cielos cuando venga Jesucristo.

–No hablemos de eso. Prefiero enseñarte fotografías estereoscópicas.

A veces, cuando hemos de hacer algún dibujo para las lecciones por correspondencia del curso de delineante que está siguiendo Fujiyama, en lugar de quedarnos en la chabola, nos vamos al salón de la casa grande.

De este modo voy conociendo poco a poco a toda la familia. Son todos muy simpáticos y amables, pero todos a cual más extraño y misterioso. Para mí que deben de estar todos un poco locos.

El padre siempre está leyendo al sol. A veces se va a la calle, y entonces abre un cajón de la consola que hay al fondo del salón, detrás del piano, y saca un enorme revólver. Lo mira, sopla el cañón, hace girar el tambor, aprieta dos o tres veces el gatillo, se mete el revólver en el bolsillo y se va a la calle.

–Tiene miedo –me susurra Fujiyama–. Teme que, cuando regresa anochecido, le ataquen los espíritus. Cuando le entra el pánico, mete la mano en el bolsillo, acaricia el revólver y se le va el miedo. Aunque no siempre.

Desde donde estamos, veo al padre de perfil. Mueve los labios al leer, y a veces se sujeta la barbilla con la mano o frun-

ce las cejas. Tiene los ojos de un azul muy claro, que permanecen inmóviles durante el tiempo que dura la lectura, por larga que ésta sea. Todo en él es frío: la cara pálida, el cabello espeso y blanco, el acero que le brilla en los ojos.

–¿Por qué tiene miedo?

Fujiyama se encoge de hombros. Durante un gran rato no me habla ni parece acordarse de mí. Toda su atención está dedicada a la lección que está preparando para el curso por correspondencia de delineante proyectista.

A veces, para que no me aburra, me da un papel hilo guarro que ya no le sirve porque lo ha estropeado con un dibujo mal hecho. Me da compás, lápices, escuadra y cartabón, y, por el dorso del papel, hago los ejercicios que él me ordena.

–Traza una circunferencia, e inscribe un hexágono en ella.

Cuando se acerca el fin del día, el sol entra por la ventana y hace brillar la calva de Fujiyama.

–Ya está. Oye, Fujiyama, ¿cuantos, años tienes?

–¿Cuántos me echas?

–¿Yo qué sé? Más de veinte, sí.

Se echa a reír. Ríe suavemente. Casi ni mueve las mandíbulas. –Qué cosas tienes. Y más de treinta. Ahora vas a dividir la circunferencia en cinco partes iguales.

–Eso es muy difícil.

–Espera, que no he terminado. Primero, la divides en cinco partes iguales. Después, trazas una estrella. Si te sale bien, te dejaré que la pases a tinta china roja con el tiralíneas.

Deja de hablar y empieza a mirar por la ventana. El padre está contemplando fijamente el cielo. No el centro del cielo, sino un borde, la franja que ahora es rojiza, casi morada y que poco a poco se vuelve negra.

–Está sufriendo –me dice Fujiyama. Pero me parece que no me lo dice a mí, sino a sí mismo.

–¿Qué mira?

–Tiene miedo. Se ve viejo y tiene miedo de tener un mal karma cuando muera. Todo ha sido por culpa de la guerra.

El libro resbala lentamente de las rodillas del viejo y cae al suelo. Él no se da cuenta.

–Jesús vendrá pronto y nos llevará al cielo. Lo dijo él mismo a sus discípulos, está en los Evangelios. –Fujiyama no me escucha.

Una mujer joven ha salido de la casa grande y habla al viejo. El viejo no debe de oírla, porque no cambia de postura y sigue mirando al borde del cielo, que ahora es ya del color de la tinta china negra aguada. El rojo se ha corrido hacia arriba.

Fujiyama es una especie de enano rechoncho y casi calvo. Al hacer un gesto un poco violento se le caen los lentes a la hierba.

Yo corro a recogerlos. Mientras me agacho, veo con el rabillo del ojo que se abre la puerta de la casa. La abren desde dentro.

–Tus gafas –digo a Fujiyama.

–Guárdamelas. –Jadea un poquitín al hablar–. Ayuda a mi sobrina a aguantar la puerta.

Salvo los tres escalones de un brinco, apoyo mi cuerpo en uno de los batientes y me echo hacia dentro para dejar un espacio libre.

–Hola –me dice la niña–. Soy yo.

Lleva un delantal a rayas verticales, azules, rojas y blancas. El delantal le resulta tan grande que lo único que le asoma detrás de él son los pies. Los tiene metidos en unas zapatillas horrorosas, de paño a cuadros, agujereadas por la punta, por la que escapa la guata. Pasan el padre, Fujiyama y la mujer. Durante unos instantes interminables dejo de verla. Cuando ya están dentro, Ana Mari deja suavemente que la hoja de la puerta vuelva a su posición.

–El otro día te vi –me dice–. Estabas con mi tío en su chabola. Te vi por la ventana cuando fui a echar el pienso a las gallinas.

Dos metros más atrás, hay otra puerta, también de cristal. Detrás de la segunda puerta está el gran salón, abarrotado de muebles, de butacas y sofás, de cuadros y fotografías. Ana Mari corre a encender la luz; quita dos almohadones del sofá más grande, el que está tapizado en pana verde botella.

Cuando han recostado al padre, sale a buscar el libro; se mete después en el interior de la casa y entra en el salón con un vaso de agua.

–Trae también las gotas –le dice la mujer–. Deben de estar en el dormitorio del abuelito.

Mientras ella va y viene, noto cómo la piel me empieza a arder. Además, la cabeza se me está llenando de un vapor misterioso, que no me deja pensar, pero que hace que los ojos se me llenen de lágrimas. Las cosas que me rodean están empezando a tambalearse, y tengo que respirar fuerte y seguido para conseguir que todo vuelva a inmovilizarse. De buena gana soltaría el trapo y me echaría a llorar. Eso me aliviaría.

—o0o—

ONCE

No existe en este mundo nada que se pueda comparar a los amigos. Amigos de verdad, que lo son sin importarles qué haces, cómo vives ni quién eres. O que, aún sabiéndolo, son tus amigos de todos modos. Amigos así son los que yo tengo ahora. Gracias a Fujiyama. Para mí, Fujiyama será siempre, pase lo que pase, mi primer amigo. A pesar de que Fujiyama no es cristiano. Y de que, probablemente, nunca lo será.

El único, quizá, que no quiero que sea amigo mío es el hermano de Bombero. Me es imposible olvidar su cara de salvaje embadurnada de polvorones, en Nochebuena en casa del pastor. Pero parece que los otros amigos tampoco lo quieren mucho.

–No sé para qué lo traes –le dicen a Bombero.

Bombero se alza de hombros. –Quiero que aprenda a autodisciplinarse.

–Por este camino no conseguirás nada –sentencia Fujiyama–. La autodisciplina tiene que salir de dentro. Si viene de fuera, malo.

Se enzarzan en una discusión en la que van entrando los demás amigos. Como es un domingo muy frío de primeros de marzo hemos venido pocos. Además, esta vez nos hemos dado cita en la Marmota, que está algo lejos y no en Somontes, que es donde nos reunimos habitualmente.

Luce el sol, pero las montañas de Guadarrama nos envían de cuando en cuando unos soplos congelados que hielan los huesos. Ningún obstáculo se interpone entre las cumbres azules y el claro que es nuestro cuartel general. En cuanto a los pinos, si uno intenta protegerse tras ellos, su sombra hiela.

Nada de ello es obstáculo para que cada uno de los amigos cumpla metódicamente su plan del día. Cada uno fija su hora del baño de una manera distinta; hay quien hace gimnasia antes, y quien la hace después. Bombero y el Poeta siem-

pre hacen dos asaltos de boxeo antes de ir al baño. Achúcarro, el Ácrata, come un puñado de dátiles, uno de nueces y una cebolla nada más llegar al lugar de reunión. Después, lee al sol durante una hora justa. Y después se baña.

Fujiyama, que también en esto es el más metódico, hace su comida matinal a las diez y media. Come bien abrigado, sin quitarse el jersey, y al sol. Pero en cuanto termina, se desnuda, y al segundo ya está en el agua. Fujiyama debe de ser el más fuerte de todos, ya que alguna vez que viene un amigo nuevo, no han pasado diez minutos sin que ya le hayan contado que el año pasado, un día que nevó, él fue el único que fue a Somontes. Una vez allí, se puso en bañador, se fue al río, rompió el hielo y se bañó durante cinco minutos.

Si Fujiyama, en lugar de ser pequeñajo, calvo y miope, fuese grande y corpulento, sería el jefe de todos nosotros, y estoy seguro de que todos lo respetarían.

Pero quizá es mejor que ninguno sea el jefe. De este modo, cuando hay un problema, se resuelve por mayoría de votos.

–Como en las democracias –puntualiza Bombero. Y eso que la última cosa que se ha decidido no ha podido hacerle mucha gracia, ya que ha sido prohibir a su hermano que vuelva a venir con nosotros.

Todo ha sido por el odio tan grande que me tiene, quizá desde que pasó aquello en casa del pastor Fonseca y la pelea que tuvo después con su hermano cuando íbamos por la calle. Y eso que yo jamás he dicho ni palabra a nadie.

–Oye, chaval ven aquí –me dice.

Los otros amigos se han ido yendo cada uno por su lado. Al golfo, cuando habla, la cabeza se le alarga todavía más y la barbilla se le hace casi cuadrada.

Repite la llamada. No pienso acercarme. No sé lo que quiere, pero no pienso acercarme. Sea lo que sea, será algo que me haga daño. Hoy lleva unas botas enormes, de soldado de aviación. Se las quita. No lleva calcetines. Si se lanza contra mí, sé lo que haré: fingiré correr hacia el agua, me desviaré al

llegar a los juncos y rodearé el pino junto a cuya cepa hay una botella hecha pedazos. Los pedazos de vidrio están semienterrados en la arena: él no los verá hasta que se le hayan clavado en los pies.

–¿No oyes lo que te he dicho? Ven aquí.

–¿Para qué?

–Para que me ayudes a quitarme las botas.

–Ya te las has quitado.

Se despoja de la camisa, se pone en pie y hace unas cuantas respiraciones profundas.

Pasa el Poeta, que viene del agua.

–¿Qué tal está? –le pregunta mi enemigo.

El Poeta hace como si le castañeteasen los dientes. –Fresquita –dice por fin. El Poeta y Bombero cogen los guantes, y cruzan el claro en dirección a los juncos y las dunas. Primero harán sombras, después un par de asaltos, pero sin golpearse, solamente marcando, hasta que se sequen. Si el terror a mi enemigo no me tuviera clavado al suelo, habría echado a correr detrás de ellos.

En el claro quedamos solamente Fujiyama, mi enemigo y yo. Fujiyama ha alterado hoy su plan. –Tengo algo de colitis –explica–. Pienso depurarme el organismo pasándome el día entero a agua solamente.

Se ha puesto el bañador y lee al sol. En bañador, Fujiyama tiene menos cara de chino: es robusto, macizo, casi cuadrado, y uno nota que, bajo la piel de sus brazos y piernas, sus músculos están tensos y listos para dispararse en una milésima de segundo.

Si Fujiyama quisiera, cogería a mi enemigo con una sola mano, le haría una llave de judo o le daría un golpe de karate, y mi enemigo se retorcería de dolor. Pero Fujiyama está demasiado abstraído para pensar en otra cosa que no sea su lectura. Intento distraerlo y que se dé cuenta del peligro en que me hallo.

–¿Qué lees? –le pregunto.

–Esto. –Me muestra una especie de librito tan minúsculo como uno de papel de fumar.

–Es un libro del profesor Capo, de Barcelona, sobre la terapia por el ajo. Interesantísimo, desde luego.

Vuelve a abstraerse en su lectura. Únicamente cuando el otro coge una bota y me la tira a la cabeza, Fujiyama levanta los ojos del libro, y nos mira. Después mira la bota que yace en el suelo.

–¿Es de soldado? –pregunta a mi enemigo.

–De paracaidista. Las he comprando en el Rastro.

–¿De qué son esos pantalones? –le pregunta después Fujiyama.

Mi enemigo, antes de responder, se mira la raya roja que recorre de arriba abajo la costura lateral de los pantalones azules.

–De cuando era botones.

–Del Coliseum, ¿no?

Pero, sin esperar ninguna respuesta, hunde los ojos en el librillo.

–Dentro de seis páginas, nos daremos un baño de impresión –me dice a mí.

Todo lo dice sin mirarme. Con sólo que me hubiese mirado un poco, siquiera hubiese sido de refilón, habría visto que estoy aterrorizado. Mi enemigo me tiene acorralado y le es indiferente dilatar o apresurar el momento en que saltará sobre mí. Le da igual un minuto antes o una hora después. Estoy en sus manos y lo sabe.

Y sin embargo, Dios, si quisiera, podría acabar con él. Este pensamiento me da esperanza, y aprieto los puños para que no se me escape. Soy demasiado malo para que Dios me salve de una manera u otra, ocultándome con una nube o arrebatándome en un carro de fuego. Pero mi enemigo es tan malvado que Dios puede decidir en este mismo momento que debe ser destruido.

Puede abrirse la tierra bajo sus pies, como les pasó a Coré, Datán y Abiram, y él caerá dando volteretas en una sima sin fondo. O una lengua de fuego lo puede reducir a cenizas, como les ocurrió a los falsos profetas de Baal. Desaparecerá mi

enemigo, y sólo quedará como rastro suyo un montoncito de cenizas que nadie podrá relacionar con su existencia. Solamente yo, que lo habré visto, sabré que eso es lo que queda de él.

Cuando, por fin, mi enemigo se decide a saltar sobre mí, no tengo tiempo ni de esquivarlo. Se medio endereza, y con sólo flexionar levemente las piernas, ya tiene impulso suficiente para, cayendo sobre mí, atenazar mi garganta con sus garfios. Hunde una rodilla en mi vientre y hace presión con ella hacia arriba, a fin de ahogar mi respiración. No puedo lanzar ni un solo grito; únicamente estertores salen de mi garganta.

Después, mete el empeine por debajo de mí y, cuando me ha hecho rodar y estoy con el pecho y la cara pegados a la tierra, mete desde detrás la pierna bajo mi cuerpo, haciéndome abrir las mías y cuando la punta de su pie toca mi pecho, levanta bruscamente la pierna. Yo ruedo sobre mi propia cabeza y mi cuerpo choca contra un árbol.

Debe de ser el golpe de mi cuerpo contra el árbol lo que ha advertido a Fujiyama, o quizá ha sido Achúcarro el Ácrata quien desde el agua se ha dado cuenta. No sé. Lo único seguro es que cuando abro los ojos, Fujiyama me lleva en brazos a la orilla del agua. Después llega Galante, que es camillero de la Cruz Roja, y nunca deja de traerse el botiquín. Entre Fujiyama y él me lavan las heridas, y me vendan la rodilla. Galante quiere vendarme también la cabeza, porque dice que tengo escoriaciones en varios puntos, pero Fujiyama dice que en mi casa se alarmarán si me ven llegar con la cabeza vendada, y que no me dejarán que vuelva a ir con los amigos.

Fujiyama tiene razón en lo que dice, y si no fuese porque estoy tan débil o tan mareado por los golpes que no soy capaz ni de decir sí ni no, apoyaría sus palabras.

Cuando volvemos al claro, el golfo está en pie en el centro del corro que forman los otros amigos. Se ha puesto la camisa y el jersey. Echadas a la espalda lleva las botas, los pantalones de la raya roja y el macuto que le hace de mochila.

–Supongo que estáis de acuerdo en que este canalla no puede pertenecer al grupo –dice el Ácrata a Fujiyama y Galante.

–Lo que teníamos que hacer es colgarlo –responde Galante.
–¡Eso no! –dice Fujiyama.
–Lo decía en broma, hombre. Que no vuelva por aquí, y en paz.
–Ya lo has oído –le dice su hermano.

El golfo se hace el remolón, como si la cosa no fuese con él, pero poco a poco va dando pasos para atrás, hacia nuestra playa y el río. Cruza el agua, salta al ribazo de enfrente y echa a andar por la izquierda corno si se fuese hacia la Casa de Campo. El campo de enfrente son dunas peladas, cortadas sólo por tres o cuatro árboles mochos, que desde la guerra ya no han vuelto a revivir. El golfo desaparece dos o tres veces detrás de alguna colina, pero lo volvemos a ver, cada vez más lejos. Yo sólo me quedo tranquilo cuando se lo traga una hondonada y ya no vuelvo a verlo más.

–¿Por qué no has gritado? –me preguntan todos los amigos.

La cabeza me duele mucho, tanto que me limito a alzarme de hombros o a denegar moviéndola a izquierda y derecha. Aunque me da una vergüenza horrible, no puedo evitar que los sollozos que me suben por el pecho me revienten en la boca con tanta fuerza que me la abren. Los ojos, que hasta ese momento habían aguantado, sueltan también la compuerta de las lágrimas, y durante mucho tiempo no oigo ni veo nada que no sean mis sollozos o mis lágrimas.

El resultado de todo esto es que papá no quiere dejarme ir al campo con los amigos, pero el señor pastor dice que debe dejarme, ya que sigue opinando que yo puedo hacer mucho para acercar a mis amigos a Jesucristo. Papá no está convencido del todo y se pasa la semana entera rezongando contra los naturistas que hacen un ídolo de la naturaleza y que se creen que es más importante ser vegetariano que creer en Dios. Pero como el pastor Fonseca dice que Fujiyama, Bombero y algunos otros están estudiando seriamente las Sagradas Escrituras, y que mi ejemplo puede ser un gran bien para ellos, acaba por dejarme que siga yendo con ellos.

Desde luego, me parece que papá tiene razón en parte, ya que por las cosas que dicen me da la impresión de que el úni-

co cristiano de todo el grupo soy yo. Cuando hablan de estas cosas, siempre acaban preguntándome algo a mí.

–¿Tú crees en Jesucristo?

Yo asiento con la cabeza.

–¿Y en la Virgen María?

–¿Qué hay que creer de la Virgen María?

–Que si le rezas.

–No, hombre –corta Bombero–. Los evangélicos le rezan solamente a Dios el Padre.

Me parece que no es del todo cierto lo que dice Bombero, pero como sé que no sabría explicar bien las cosas, prefiero no decir nada.

Fujiyama dice después que a mí me va a llamar en adelante Juan de Valdés.

–¿Sabes quién fue?

Por lo que explica Fujiyama, Juan de Valdés fue un gran protestante español que vivió cuando el emperador Carlos V.

–¿Y no lo quemó la Inquisición?

–Se escapó a Italia.

Poco a poco voy sacando en limpio que la mayoría de ellos cree en el karma. No sé qué será. Solamente recuerdo muy bien que Fujiyama me dijo en una ocasión que su padre temía mucho al karma. Otros no creen en nada. O creen en la Naturaleza, que no sé en qué puede consistir.

Fujiyama es de los que creen en la Naturaleza. –La Naturaleza es mi madre –exclama con frecuencia–. Y todo esto es su templo.

Cuando dice estas cosas, suele ponerse en pie, bien abiertos los brazos, la palmas hacia el cielo. Después, da un brinco y se va al baño. Siempre se lanza en plancha, tan horizontal que siempre da la impresión de que resbala unos metros sobre el agua antes de hendirla y hundirse en ella.

El único que dice que cree en Dios es el Poeta, pero de una forma muy rara, ya que no le llama Dios, sino el Supremo Hacedor. El Ácrata dice que en Dios si que cree, pero que no cree en el Evangelio ni en la misa. Y que Jesús fue el primer anarquista.

–Eso es una idiotez –opina Bombero. Y al instante ya están polemizando. Pero lo bueno que tienen mis amigos es que por mucho que discutan nunca riñen, y si la discusión se agria, la dejan inmediatamente. Y también tienen de bueno que, si estás en un apuro, no te dejan abandonado y además respetan las leyes.

Incluso el Ácrata, que dice que su máxima felicidad sería la destrucción de la sociedad organizada, respeta las leyes cuando va con nosotros. Gracias a eso los guardas jurados del monte del Pardo nunca se meten con nosotros, ya que nos conocen y saben que nunca se nos ocurrirá cazar un conejo ni espantar a un gamo, ni siquiera coger un puñado de bellotas para comerlas, a pesar de que Fujiyama dice que son muy ricas en féculas.

En cambio, a los forofos domingueros nunca los dejan tranquilos, y se pasan los domingos enteros echándolos de todos los sitios. El único sitio donde los dejan estar sin molestarlos es alrededor de la fuente que hay en Somontes, pero en cuanto se salen de aquella explanada e intentan acampar junto al río, o irse monte adentro, o cruzar al otro lado del río, aparece un guarda jurado y no les deja hacer lo que habían pensado.

Los forofos se enfadan entonces, y muchas veces se meten con nosotros y dicen al guarda que se irán cuando nosotros nos vayamos. Pero el guarda jurado les dice que él es la ley y que si le da la gana dejarnos estar, nadie tiene derecho a preguntarle nada.

La gente se enfada y dice que él no es la ley ni nada que se le parezca y que en cuanto lleguen a Madrid van a ir a la comisaría a ponerle una denuncia.

A nosotros nos hacen reír las peleas de la gente con los guardas, porque según por dónde vaya la gente, el guarda da una explicación o da otra; a algunos les dice que nosotros tenemos tarjeta, y que para acampar allí hay que sacar tarjeta.

Un señor que ha ido con cuatro o cinco niños, todos pequeños, no quiere moverse y dice que él es caballero mutilado y

que no se va. Pero el guarda le dice que ese monte es del Caudillo, y que lo que él tiene que hacer es obedecer.

Nunca hay paz antes de las once. Pero la verdad es que los guardas hacen bien en echar a esta gente, ya que Fujiyama y todos los amigos dicen que el campo no es para los forofos, que cuando se van dejan el campo lleno de latas, cáscaras de naranja y periódicos grasientos. Nosotros, en cambio, nunca nos vamos sin haber dejado todo bien limpio, enterrados los restos de comida y los papeles, y cuando hacemos nuestras necesidades, tenemos buen cuidado de ir a un sitio bien retirado por donde sea imposible que pase nadie, y de tapar después los excrementos con tierra. Pero los forofos no hacen nada de esto, y en resumidas cuentas son una maldición para la Naturaleza. De modo que los guardas hacen bien en darles batidas hasta que consigan que no venga ni uno.

Tan amigos somos de los guardas jurados, que al regresar, en lugar de volver por la carretera adelante hasta Puerta de Hierro, que nos vendría mal a casi todos, nos dejan meternos por detrás del tiro de pichón y atravesar el monte por lo vedado hasta la fábrica de tejas abandonada. Cerca de ella, hay un portillo en la tapia del monte, y por él salimos. Después, para ganar tiempo atravesamos la fábrica de parte a parte, y poco después ya estamos en Peñagrande. Allí podríamos coger el tranvía hasta Cuatro Caminos pero casi nunca lo hacemos, sino que preferimos volver a pie, hablando de nuestras cosas.

La única vez que nos dijeron algo fue la vez que nos dieron el alto los de la guardia de Franco. Pero Fujiyama, que fue soldado-dinamitero en la guerra, y los otros que han sido soldados, todos dicen que la culpa fue en su mayor parte nuestra. Esto lo dicen tanto los que han sido soldados en el lado rojo como el Ácrata, que le pilló la guerra en Burgos y la hizo en el lado nacional. Y eso que casi fue el único culpable.

Se empeñó en que en lugar de volver por la carretera, debíamos volver por el monte, pisando la tierra.

–Pisar el asfalto es antinatural. Propongo que vayamos pisando tierra.

Hacía rato que se había puesto el sol.

Faltaba ya poco para llegar a la tapia que rodea el palacio de Franco cuando se encendió de repente un reflector que nos iluminó. Después nos dieron el alto.

En ese momento de confusión, deslumbrados por el reflector, nadie se acordó que había que contestar «España», «Gente de bien» y no recuerdo que más. Nos azoramos tanto que nadie acertó a responder a derechas. Además, no llevábamos ninguna documentación, excepto un aval que le dieron a Fujiyama cuando salió del campo de concentración, y un salvoconducto que enseñó el Poeta, que decía que podía viajar hasta Tomelloso, ida y vuelta. Si no es porque se acercaron varios guardas jurados, de los que iban por el monte, que dijeron que nos conocían y que éramos gente de bien, lo habríamos pasado mal. Cuando nos dejaron salir de la zona iluminada, y nos acostumbramos a la luz vimos que estábamos rodeados de guardias civiles de uniforme amarillo.

–Hasta un capitán había –dijo después Fujiyama.

Todos reconocieron que habíamos sido nosotros los culpables, y el Ácrata dijo que era verdad, y que el mayor culpable era él.

Esto es lo que me gusta de mis amigos, que aunque cada uno tenga sus ideas saben reconocer de qué lado está la razón. Precisamente ese es el motivo de que me decida a pedir consejo a Fujiyama sobre una cosa que hace tiempo que me anda royendo el cerebro.

Yo creía que estaba enamorado de Ana Mari y que nunca lo estaría de ninguna otra chica, pero resulta que en la academia hay una chica de cuarto curso de la que creo que estoy más enamorado que de Ana Mari.

–¿Ya no vas con Ana Mari? –me pregunta Fujiyama de repente. Debe de ser que es verdad que existe la telepatía.

Me da un poco de vergüenza hablar de estas cosas, aunque sea con Fujiyama, que tan grande amigo es. De modo que hago un gesto ambiguo, frunzo la boca y la nariz, y me alzo de hombros.

El Ácrata, que ha oído la pregunta de Fujiyama, me pregunta también: –¿Ibas con la sobrina de Fujiyama?

–No. –Mi voz suena ronca, poco convincente. Debo de tener la cara como un tomate, y me arde la piel. Si doy los pasos espaciados y, a cada paso, arrastro un poco los pies por el suelo, conseguiré distanciarme de los demás. No quiero que se enteren de mis cosas.

–¿No ibas con Ana Mari? Yo creía que sí. –Y añade: –Si te molesta, cambiamos de tema.

Si consigo liberarme con la primera frase, sea ésta como sea, las demás vendrán tras ella, y ya no podré echarme atrás. Tengo que conseguir decir algo, sea lo que sea.

–La verdad es que estoy hecho un lío –digo finalmente.

Para lo que me ha costado, la primera frase no se parece en nada a lo que yo quería decir. Esto lo pienso mucho más tarde, cuando voy rumiando todos mis gestos, todas mis frases, e incluso las inflexiones de mi voz. Y nada de lo que recuerdo me gusta. He sido torpe, y ni una sola vez he conseguido expresar lo que llevaba dentro.

Lo que en realidad me ocurre es que, desde la primera vez que vi a Ofelia, Ana Mari dejó de gustarme de golpe. Comparadas una con otra, Ana Mari pierde siempre. Ofelia es alta, lleva un peinado de mujer, se viste de mujer, y usa medias y zapatos con un poco de tacón. Hay veces que se pinta un poco los labios. No todos los días puedo verla, ya que ella está, en la clase de cuarto, y yo en la de segundo. Ofelia es mayor que los otros chicos y chicas de su curso, y como en su clase están juntos cuarto, quinto y sexto, Ofelia, aunque es de cuarto, se sienta en el banco de detrás, con los mayores. En el banco caben cuatro, y los chicos se matan por sentarse en él.

Con la excusa de ir al retrete, salgo de mi clase al pasillo. Aplico el oído a la pared de su clase y sobre el fondo de la voz empalagosa del profesor de historia, oigo la risa susurrante de Ofelia, y los gruñidos y relinchos de los chicos que están con ella. Empujo suavemente la puerta con la punta del pie, hasta que consigo entreabrirla: hay cinco chicos ocupan-

do el sitio de tres, y los de la derecha, que se apoyan en la pared, están intentando echar abajo al último de la izquierda, que linda con el pasillo. Ofelia, en el centro, ríe.

Los de la izquierda reaccionan, y se lanzan en avalancha contra los otros. El chico gordo del extremo contrario está a punto de ser despanzurrado contra la pared. Suda, se pone encarnado, hincha los mofletes hasta que casi le estallan. Poco a poco consigue equilibrar la tensión. Apoya los codos en la pared, después las rodillas. Su cara recubierta de sudor brilla como una masa de grasa roja. Apoya el pie en la pared: sus músculos, tensos empujan su cuerpo contra los otros chicos: los dos de la izquierda caen rodando al suelo. Ofelia está toda despeinada. La cara de Ofelia también suda, pero yo creo que es de felicidad. El chico que está entre ella y el gordo le coge una mano: ella le golpea la cara con la otra mano. Los chicos de la izquierda han vuelto a subirse al banco, y simulando que intentan pegar a los otros, lo que hacen en realidad es apretujarse contra ella.

–De todos modos, por si vuelves con Ana Mari, yo creo que debes saber algunas cosas sobre la madre de Ana Mari –me dice Fujiyama.

Mis pasos tardos han conseguido distanciarnos cinco o seis metros del grupo. Tan sólo el Ácrata marcha cerca, como a dos o tres pasos por delante.

–Ana Mari –prosigue Fujiyama– es hija natural.

No sé por qué ha de decirme estas cosas. Hace tiempo que ya lo había supuesto, nada más que por la identidad de apellidos, porque los dos apellidos de Ana Mari, que los sé de memoria desde que íbamos al mismo colegio, son exactamente iguales que los dos de Fujiyama. No tiene utilidad ninguna que él me diga estas cosas ahora; además, me hace sentirme a disgusto y desgraciado.

–Sabes lo que significa ser hija natural, ¿verdad?

Afirmo con la cabeza. Mi confusión aumenta por segundos.

Interviene el Ácrata: –Pues claro que sabe lo que es hijo natural. –Se detiene y espera a que le alcancemos–; ¿Por qué tie-

nes que decirle esas cosas al chico?, –pregunta a Fujiyama sin mirarle a la cara.

–Son cosas que conviene que sepa. Mi filosofía de la vida me dice que debe irse siempre con la verdad por delante.

–¿Y tú crees que Enrique entiende de qué le hablas?

–Él dice que sí. –Me pregunta, a mí.– ¿Lo entiendes?

Exactamente, no. Pero es sin duda alguna cosa mala, viciosa o desagradable. Algo de lo que se debe hablar cuchicheando, o a escondidas. El libro de historia salva mi respuesta:
–Don Juan de Austria era hijo natural del César Carlos y de Bárbara de Blomberg, una lavandera de Ratisbona.

Lo digo tan de carrerilla que el Ácrata se echa a reír.

Fujiyama, en cambio, no ríe. –Puede ser –dice. Me parece que empieza a estar convencido de que no entiendo lo que me dice. –¿Lo entiendes o no?

–Déjalo de una vez –insiste el Ácrata.

Intento ser magnánimo. –Que no tiene padre. Bueno, ¿y qué?

–No, no es que no tenga padre.

–Cambia de disco –machaca el Ácrata.

–Tengo que concluir. No es que no tiene padre. Lo que ocurre es que no se sabe quién es el padre. Claro que Ana Mari no tiene ninguna culpa. Además, cada cual es hijo de sus obras. Pero la moral convencional es inflexible.

–O sea –digo yo entonces– que la madre de Ana Mari es una ramera, ¿no?

¡Dios mío, qué barbaridad he debido de decir! El Ácrata se lleva las manos a la cabeza; y Fujiyama, que nunca se altera por nada, se pone encarnado y tarda mucho tiempo en responder.

–Tú estás loco. No sabes lo que estás diciendo –machaca el Ácrata.

He debido de decir algo monstruoso, a juzgar por la forma en que me miran. ¿Por qué habré dicho eso? Pero, ¿yo qué sé si lo que he dicho es horrible o no? Además, ¿por qué me tiene que hablar él de cosas que no comprendo?

Sofocado por la vergüenza, intento decir algo que arregle las cosas:

–En la academia siempre están diciendo que Ofelia es una ramera. Hasta se lo dicen a ella en su propia cara, y ella se ríe. Uno de tercero me dijo que todas las chicas que van con muchos chicos son rameras.

–¿Sabes lo que te digo, Enrique? Que más vale que lo dejemos. Pero te advierto que eso que has dicho de mi hermana es falso. Algún día lo entenderás.

La sangre se me está subiendo a la cabeza, y ya ni sé lo que digo: –¿Tan malo es ser ramera? Jesús dijo que los publicanos y las rameras irían al reino de los cielos antes que los sacerdotes. Si Jesús dijo eso, no será una cosa tan mala.

Fujiyama va a decir algo, pero el Ácrata le corta.

–¡Déjalo ya de una puñetera vez! Estás volviendo loco al chiquillo.

–Mira –dice entonces Fujiyama. Nos volvemos a mirar. Ha caído el sol. La parte del cielo que lame la tierra se ha dividido en dos franjas, una roja, la otra violeta. El azul de las montañas ennegrece, y las dos franjas se mezclan y enturbian sus colores.

Nos hemos detenido todos, y miramos inmóviles, casi despavoridos, cómo la noche, implacable en su constante avance, se traga la tierra entera: primero, las lejanas cumbres de Guadarrama.

–Todavía distingo Peñalara –dice Bombero–. Y aquéllo es la Mujer Muerta.

Desaparece el Guadarrama, y nuestros ojos tienen que refugiarse en la pelada roca de la Marmota. También la Marmota desaparece, y entonces sólo nos quedan vivos los cuatro ribazos requemados que rodean la fábrica de tapices. Y después, nada: unas hierbas miserables, unos miserables cascotes, un caminillo de polvo apelmazado que brilla en la noche ante nuestros pies.

Todos estamos sobrecogidos, abandonados y solos en el centro de aquella oscuridad terrible que se adhiere a nuestros cuerpos y, aunque nos deja avanzar, nos mantiene siempre en el mismo sitio.

Una luz en la lejanía nos hace apretar el paso. Cuando pasamos ante la primera ventana iluminada de la primera casucha de Peñagrande respiramos aliviados. Poco a poco vamos siendo capaces de hablar otra vez.

—o0o—

–Así que esa es Ofelia –dice riendo el Ácrata–. Te digo Enrique, que tienes un gusto excelente.

–Con qué gustito –dice Bombero– le pasaría la mano por donde yo sé.

Bombero se echa a reír. Su carcajada es forzada, pero sirve para que Fujiyama esboce una sonrisilla. También en esta ocasión, Fujiyama demuestra que es un verdadero amigo. Los otros siguen comentando cómo es Ofelia, y sus comentarios, que al principio creí que la elogiaban, ahora me hacen enrojecer sólo de pensar que ella puede oírlos.

Lo que más les regodea es que ellos creían que Ofelia es una niña y resulta que no lo es, ni mucho menos. Desde luego, a mí me ha costado algo de trabajo reconocerla. Si no hubiese sido porque la llevo metida dentro de mi cabeza, y lo mismo si tengo los ojos abiertos que si los cierro, la veo tal y como es, yo tampoco habría sido capaz de reconocerla.

Además, tampoco creí que la iba a encontrar precisamente aquí, en este bar extraño, en el que la puerta es maciza y los cristales que dan a la calle están encalados.

–Desde luego, este es un bar de señoras –comenta Bombero.

–Teníamos que habernos ido sin esperar. Nosotros ya hemos cumplido con dejar a la señora en su casa.

–Si me quedase sin saber que ha pasado el peligro, no me quedaría tranquilo. No podría dormir esta noche.

Hemos dejado las mochilas debajo de la mesa, y el camarero que nos sirve las gaseosas, tropieza con ellas y está a punto de tirar la bandeja al suelo. Al final, todo se reduce a que botellas y vasos resbalan desde el centro al borde de la bandeja.

–Vaya sitio para dejar los macutos –gruñe el camarero.

–¿Dónde quiere que los dejemos? –replica Fujiyama.
–A un bar no se viene con mochilas.
–¿Está escrito en alguna parte que no podemos venir con mochilas? Fujiyama eleva la voz. La gente nos mira. No solamente porque quieren oír la pelea de Fujiyama y el camarero, sino también porque les llama la atención nuestro atuendo. En mangas de camisa, despechugados, con alpargatas, con toda la masa de mochilas rebosando por entre las cuatro patas de la mesa, somos el centro de todas las miradas. Ofelia, en cambio, sentada en un taburete junto al mostrador, pintadas las mejillas, los ojos, la boca, no desentona. Destaca porque es la más joven de todas las mujeres que hay a lo largo del mostrador, y porque continuamente está rodeada de hombres que se le acercan mucho, que la miran fijamente y que después, cuando ella los mira, se marchan.
–¿Estás seguro de que es ella?
Asiento con la cabeza.
–¿Qué estudia? –pregunta Bombero. Él mismo se responde: –No necesita estudiar nada. Se las sabe todas.
Ojalá no hubiese entrado nunca en este bar. Ojalá no hubiésemos traído a la mujer que se ahogaba. Ojalá no hubiésemos llegado ni siquiera a verla. Pero quizá si no la hubiésemos visto nosotros, se habría muerto, ya que ninguno de los que estaban a su alrededor se daba cuenta de que se estaba ahogando. Ha sido Fujiyama quien la ha visto.
–Esa mujer se ahoga –ha gritado.
Ha soltado la mochila, se ha salido de la carretera, y en dos brincos ha llegado a la orilla del río. La mujer estaba en un charco de poco más de un palmo de agua, y casi daba risa verla bracear y patear con casi todo el cuerpo fuera y solamente la cabeza metida en el agua. Pero cuando Fujiyama estaba a punto de cogerla, la mujer ha dejado de bracear y se ha dejado caer.
Después se ha armado un gran alboroto, y cada uno de los que iban con ella ha dado su opinión, y ha querido ensayar un método. Han puesto a la mujer boca arriba, boca abajo, de lado, y otra vez boca arriba. Le han tirado de la lengua, le han

dado golpes en la espalda y le han apretado el estómago con el puño.

–Un médico, un médico –ha gritado de repente una mujer. Dos o tres más le han imitado. Cada una ha echado a correr por su lado. Las tres mujeres han ido desparramando su vocerío por entre los grupos de excursionistas que esperaban tumbados a la sombra de los pinos a que llegase la hora del regreso. Todos se han puesto en pie, y han venido hacia nosotros: unos al principio caminaban despacio, reposados, solemnes, pero cuando se acercaban al corro en cuyo centro la mujer tenía ya un color azulado, les entraba el pánico y echaban a correr temblando.

Otros llegaban corriendo, y cuando veían quién era y que era una mujer que desconocían, se alejaban y se volvían a su árbol, a vigilar sus mantas y los restos de sus meriendas.

Mientras tanto, la mujer tenía ya toda la piel azul. La cabeza le colgaba como un guiñapo, y todo su cuerpo, sus brazos, sus piernas, su bañador azul, su pelo y su cara entera, estaban ya tapados por el polvo que la tierra había adherido a su humedad. Sus ojos eran también azules: abiertos y girados para dentro, parecían los de una muñeca barata con el resorte roto.

Fujiyama ha demostrado entonces cuán grande hombre es.

–Atrás todos –ha rugido. Ha hecho levantar a los hombres que rodeaban a la mujer y los ha obligado a retroceder. –¡Atrás, he dicho! ¡Ayudadme! –nos ha ordenado.

Extendidos los brazos, cogido cada uno a la muñeca del otro, hemos formado una barrera alrededor de la mujer, que yacía en el suelo con la boca pegada al polvo, llenas las encías de tierra. Cuando hemos estado bien unidos, Fujiyama ha empezado a avanzar contra la gente, le hemos imitado, la barrera se ha distendido, y nosotros seis solos hemos podido con toda la chusma.

La masa, cobarde egoísta, ha protestado al principio, pero nuestros rostros reflejaban decisión e ira, y han tenido miedo. Sin necesidad de una nueva acción física nuestra, han seguido retrocediendo.

–Alejadlos más. Que se vayan al otro lado del río.

Han empezado a brincar de peña en peña, y muchos han metido las piernas en el agua y han salido por el otro lado con los pantalones mojados.

–Ven, Enrique. Tú no haces falta ahí.

Fujiyama se ha acercado a la mujer, le ha tirado de la mandíbula inferior. Su boca abierta estaba llena de barro, polvo y espuma sanguinolenta. Fujiyama le ha limpiado la boca, le ha sacado la lengua.

–Túmbate tripa abajo, Enrique. Cruza los brazos y apoya la cara en los brazos.

Ha colocado a la mujer sobre mi espalda, le ha hecho expulsar el agua. Después, ha empezado a hacerle la respiración artificial. Una hora seguida, sin que nadie le relevase.

–Cuando te canses, avisa –le decían los amigos.

–No me canso –respondía, casi en un estertor. El sudor le ha empapado la camisa, le caía a chorros por la cara, hacía que las manos le resbalasen sobre el cuerpo de la mujer. Pero ha seguido.

Cuando ya iba a hacer una hora, la mujer ha movido los ojos. Un poquitín, una milésima de milímetro, o menos. Pero con ese giro tan chiquitín ha bastado para que los ojos de la mujer dejasen de ser los ojos de una mujer muerta. Más tarde ha movido un poco la boca. Aún ha tardado más de media hora en empezar a sollozar.

–Hay que arropar más a esta mujer.

Bombero ha ido al pino más próximo, ha arrancado la manta que les servía de sombra a los que estaban allí y se la ha echado a la mujer por encima. Los de la manta se han venido detrás de Bombero, y tiraban de ella para quitársela. Bombero, después de arropar a la mujer, ha cogido a uno por el cuello y ha estado a punto de estrangularlo. Los de la manta han huido corriendo a su pino.

–Déjame a mí ahora.

Fujiyama, inmóvil, una rodilla a cada lado de la cintura de la mujer, caídos los brazos, observaba en silencio los sollozos de la mujer.

Se ha puesto en pie. Casi no podía andar. Tambaleándose, se ha ido hasta la orilla del río. Ha saltado al otro lado, y se ha sentado sobre una roca aislada, lejos de la muchedumbre.

He ido hasta él. Hundida la cabeza entre los brazos, Fujiyama estaba sollozando.

–¿Lloras por ella?

–Por ella, y por mí, que también tengo que morir. Y me da miedo.

He puesto mi mano sobre su hombro; la mano se ha empapado de sudor. –Oye, Fujiyama, yo creo que ha sido, un milagro de Dios.

Fujiyama se ha puesto a gritar. Cuando el tono de su voz era ya tan alto que le era imposible sostenerlo, ha dejado de hablar.

–Milagro de Dios. ¿Por qué? Mírala.

La mujer estaba medio incorporada. A su lado, otra mujer, vieja, le ayudaba a vestirse. La ropa se le pegaba a los cabellos mojados y le costaba trabajo ir poniéndosela. Se vestía sin ningún recato, como si estuviese sola en el mundo. Su rostro alucinado empezaba a ver visiones espantosas.

–Mírala, bien, Enrique. ¿Crees que Dios se iba a molestar en hacer un milagro por una mujer así? Ve y pregúntale si ella ha hecho algo por Dios.

–Dios no nos pide nada a cambio.

–Su vida pendía de un hilo. Un hilo tan sutil que ya nadie lo veía. Su corazón ha dado el último latido, se ha detenido. Después lo ha pensado mejor y ha dado otro. Y otro, y otro. Y así ha seguido. ¡Pero soy yo quien le ha hecho dar esos latidos! ¡Yo y nadie más que yo! —Levantó las manos al cielo, después las cerró–. ¿Quién habrá, di, quién habrá el día que mi vida esté pendiente del último latido de mi corazón? ¿Dios?

Pobre Fujiyama.

—o0o—

El camión con el que teníamos que regresar a Madrid –un camión que durante la semana reparte leche y al que los domingos, después del reparto, le ponen bancas por los bordes de la caja: al Paular, ida y vuelta, diez pesetas– se ha ido hasta el pie de Cotos sin encontrarnos. Desde allí ha retrocedido, y entonces estábamos ya al borde de la carretera. Los otros excursionistas de nuestro grupo nos han llenado de improperios por tardar.

–Ahora ya no nos da tiempo a volver por Cotos y Navacerrada.

Antes de llegar a la Morcuera era ya de noche. El camionero quería recuperar el tiempo perdido y, al pasar por Navalcarnero, ha estado a punto de volcar en una curva junto a la plaza del pueblo.

–¿Dónde vive usted en Madrid?

–Por la calle del Pez –nos ha contestado la amiga por la mujer.

–Ya se ha pasado el susto, ¿verdad?

La mujer asiente con la cabeza.

–¿Y los otros amigos?

Las dos se alzan de hombros. Quizá no fuesen amigos, quizá fuesen sólo conocidos. Ellas han venido en un autocar, pero lo han perdido. Los baquetazos del camión la van poniendo peor. Ya en Madrid, la mujer se nos ha desmayado en el metro. En cuanto la hemos dejado en su casa, o su pensión o lo que fuese, la amiga –la Celestina, dice el Ácrata– ha salido corriendo en busca de un médico.

–Alegra esa cara, Amelia, le ha dicho al volver, el médico dice que vendrá en cuanto pueda.

La habitación está muy oscura, hay muchos cuadros de santos por las paredes y huele a moho.

–Mujer, alegra la cara –insiste la vieja.

Pero la cara pálida de Amelia brilla como un espectro, y Amelia no habla.

–Esto está cargado de miasmas –comenta Bombero.

–Mire, señora, dice Fujiyama, nosotros nos vamos al bar que hay frente a esta casa a esperar lo que dice el médico.

Cuando la haya visitado haga el favor de bajar a decirnos lo que sea.

Una vez abajo, varios del grupo no quieren esperarse. Al final nos quedamos solamente Fujiyama, el Ácrata, Bombero y yo. Empujamos la puerta de la taberna. Sale una vaharada de humo que nos hace toser.

–Aquí, aquí es donde de verdad hay miasmas por millones –grita Bombero.

–Yo entro –responde Fujiyama.

No hemos hecho más que quitarnos las mochilas, meterlas bajo el velador, y sentarnos, cuando veo a Ofelia sentada junto al mostrador.

–Oye, chaval –me dice Ofelia al día siguiente en la academia–. Si dices a alguien dónde me viste, te clavo las uñas en los ojos y te los saco. Pone sus dos manos ante mis ojos. Lleva las uñas encarnadas. Es un rojo que hiere a los ojos. La víspera también las llevaba así. ¿Cómo es posible que, a veces, este mundo llegue a ser tan horrible?

—o0o—

DOCE

La pared presenta dos rectángulos de color más vivo: ahí estaban hasta hace dos días el aparador y el bufé. El lugar de las sillas se adivina por los mordiscos blancos que han hecho los respaldos, a fuerza de ser rozados, sobre las capas superpuestas de pintura al temple. Las tres sillas que han colocado arriba, sobre la pequeña tarima, son del comedor; las recuerdo. Son unas sillas incómodas y solemnes, de respaldos rectos, llenos de adornos torneados que, a fuerza de clavarse en la espalda, obligan a tenerla recta. Colocadas en el pequeño púlpito, han encontrado por fin el sitio que les correspondía.

Otra silla del juego está junto al piano, donde ya espera sentada la esposa del señor pastor. Las dos restantes han debido de guardarlas en alguna otra habitación de la casa, porque no las veo.

Han hecho bien en guardarlas, porque sus altísimos respaldos rígidos forrados en brocado rojo las harían destacar tanto que probablemente nos distraerían y no nos dejarían escuchar con atención.

Las sillas para los fieles son unas treinta de distintas formas y colores. Papá y el hermano González han ayudado a comprarlas yendo al Rastro y a las tiendas de muebles viejos. Puestas en filas y colocadas juntas las que son iguales, no quedan demasiado mal.

Pasan de las once, y todavía llegan personas. Intento adivinar, por la forma de conducirse, quiénes vienen por primera vez a nuestra iglesia y quiénes ya estuvieron en la que teníamos antes de la guerra. Resulta difícil: más o menos, todos ponen la misma cara de asombrados. Todos entran sonriendo un poco bobamente a todos y a nadie. Y todos, cuando ya llevan unos segundos sentados, empiezan a removerse en la silla, y a mirar a derecha y a izquierda. Todos intentamos mo-

vernos sin hacer ruido, pero somos tantos en tan poco espacio que todos nuestros ruiditos forman un barullo más que regular.

Lo que en realidad debe de ocurrir es que, muy probablemente, nadie conoce a nadie. O que nadie recuerda a nadie. Papá sí debe de conocer a todos, porque muchas veces ha acompañado al señor pastor en sus visitas a las casas de los hermanos. También el hermano González, si estuviese, conocería a todo el mundo.

–Mamá, ¿vendrá el hermano González?

–Silencio –ordena papá.

–Está muy enfermo –me responde mamá sin mirarme, casi sin mover los labios.

–¿No vendrá?

–No creo.

Me apena que hoy, que de nuevo tenemos iglesia, no esté aquí el hermano González, él, que tanto ha hecho por nosotros y por todos. La esposa del señor pastor empieza a tocar el himno *Más cerca, oh Dios, de ti*. A mamá se le saltan las lágrimas. Debe de ser porque este himno fue el que cantaron en el entierro de aquella señora de pueblo de cuyos hijos me hice amigo, y de los que ya no recuerdo ni los nombres ni siquiera cómo eran sus caras.

Es una gran vergüenza no haberme vuelto a acordar de ellos. Todavía mayor ahora, que yo puedo estar en nuestra iglesia de verdad (ya que, aunque sea el comedor de la casa del señor pastor, es la iglesia) mientras que ellos seguirán allá, en aquel pueblo horrible, siempre sucio de polvo seco, oyendo cada día cómo les llaman «herejes» y «rabo de diablo».

La señora del pastor ha terminado de tocar el himno, y empieza otro, que yo no había oído nunca. Asoma el señor pastor en la puerta del comedor.

–Hermano –le dice a papá–, ¿quiere venir, por favor?

Papá se pone en pie, y sale. El sitio que deja vacío lo ocupa una señora baja, muy gruesa, que acaba de llegar. Es tan gruesa que ocupa parte de mi asiento, y me empuja contra ma-

má. Además, huele mal, no sé si por tanta grasa como tiene, o por tanta ropa como lleva, o porque no se lava.

Ahora entran papá y el señor pastor. Papá va delante, un poco cohibido, sin saber qué hacer con las manos. El señor pastor lleva la Biblia y el himnario en la mano izquierda. Cuando dobla el brazo, la Biblia le queda sobre el corazón. Suben a la tarima, y se arrodillan los dos.

Entre nosotros, los feligreses, hay un poco de desconcierto. Como es la primera vez que estamos en la iglesia, si así puede llamarse, no sabemos bien qué hemos de hacer. Unos se ponen en pie, otros permanecen sentados, y otros intentan arrodillarse. Pero como hay tan poco espacio entre una fila y otra, no caben de rodillas. De modo que para hacerse sitio, tienen que empujar la silla que tienen delante. Cuando el señor pastor y papá se ponen de pie aún dura el rumor de las sillas al correrlas.

–Pueden sentarse –nos dice el pastor.

Papá sigue de pie, pero el pastor le hace seña de que también debe sentarse. Cada vez que papá hace mal una cosa, mamá se pone encarnada, lo veo con el rabillo del ojo.

–Queridos hermanos –nos dice cuando por fin dejamos de hacer ruido– antes de que entremos de lleno en nuestro primer servicio de culto después de tantos años, quiero leeros unas palabras del Sagrado Libro. Están en la primera carta del apóstol Pablo a los cristianos de Corinto. Capítulo catorce, versículo cuarenta. Dicen: «Empero hágase todo decentemente y con orden.»

–Ya empiezan las regañinas –comenta la señora gorda. Después de decirlo, mira a mamá, pero mamá no contesta a su mirada.

El señor pastor nos dice que el sitio en el que estamos ya no es el comedor de su casa.

–Desde ahora, esta habitación es el templo del Dios viviente, consagrado por la presencia de su Santo Espíritu, que Cristo prometió enviar allí donde tan sólo dos estuviesen reunidos en su nombre.

Nos explica después algunas cosas que debemos saber para comportarnos debidamente en la iglesia. Cuando entren el predicador y las personas que vengan con él a presidir el servicio, nosotros debemos ponernos en pie. Ellos se arrodillarán para la oración silenciosa, y nosotros seguiremos en pie, orando en silencio. Cantaremos los himnos siempre de pie, y lo mismo para las oraciones.

–Sé –añade– que algunos hermanos o hermanas creen que, si no oramos de rodillas, cometemos una falta de respeto hacia Dios, pero yo sé que Él, que todo lo ve, se da cuenta de que el poco espacio que tenemos nos impide arrodillarnos, y lo tiene en cuenta.

Nos explica también que tenemos iglesia porque el Fuero de los Españoles nos autoriza a ello, pero que debemos ser prudentes, y que si viene la prueba no hemos de temer porque Dios pondrá palabras sabias en nuestros labios.

La primera oración la hace papá. Tartamudea tanto que, prácticamente, no llega a decir ni una frase coherente. Acaba por echarse a llorar. Durante unos segundos ni siquiera el mínimo ruido de una respiración se interfiere con los sollozos de papá. Pasa casi un minuto. Papá balbucea alguna palabra ininteligible.

–Amén –dice entonces el señor pastor.

–Amén –repetimos.

–Pueden sentarse –nos dice.

Papá se seca las lágrimas con el dorso de la manga de la chaqueta. Varias personas más, especialmente mujeres, también lloran.

La cara del señor pastor irradia luz. Me he dado cuenta de repente. No es su cara, sino otra. Una cara distinta. Nunca hasta ahora la había visto, pero la conozco.

De repente comprendo: no es el señor pastor quien nos habla. Nos está hablando uno de los doce. No sé cuál, pero es uno de ellos. O quizá me equivoco. Quizá no es uno de los doce. Quizá es un ángel.

Es un ángel, sí. El mismo ángel que se presentó ante los discípulos, cuando, allá en las colinas de Galilea, Jesús acababa de subir al cielo.

–Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros arriba en el cielo; así vendrá como le habéis visto ir al cielo.

Ante nuestros pies se extiende la mancha azul brillante del mar de Galilea. No es más que un lago entre montañas, pero a veces brama y se enfurece como un mar de verdad. Hoy, sin embargo, está manso, azul y terso. Los hombres preparan los aparejos y los cargan en las barcas.

Las colinas no son ni suaves ni verdes. Son abruptas, dislocadas y polvorientas. Por todas partes escapan al aire sus entrañas de roca gris. La hierba es rala y amarilla, y las escasas flores están mustias y apagadas, porque el ardiente sol del mediodía las ha marchitado. Excepto el mar, toda la naturaleza que baja desde nuestros pies hasta la orilla del agua parece muerta. No es la tierra, sino el cadáver de la tierra. La tierra más pobre del mundo, ocre y gris. Si hay un olivo, si hay una higuera, sus ramas se retuercen descoyuntadas por el dolor de vivir en esta tierra de Galilea ardiente pero muerta, convulsionada por algún antiguo cataclismo pavoroso.

Nada de todo esto ven nuestros ojos. Ni siquiera el mar. Sólo vemos el cielo. Jesús ha ido ascendiendo lentamente, después una nube lo ha ocultado a nuestros ojos.

–Era una nube de ángeles –dice alguien a mi lado.

La nube ha comenzado a alejarse. Ya hace tiempo que ha desaparecido pero mis ojos aún ven la mota insignificante en que la nube se ha convertido antes de desaparecer en la lejanía azul.

–Así vendrá como le habéis visto ir al cielo.

No quiero dejar de verla. En cualquier momento, ahora, dentro de diez minutos, de una semana o de un año, la mota se agrandará, se convertirá en nube, la nube se acercará. Brillará como el oro, y nosotros, los que estamos aquí esperando, si conseguimos mirarla con ojos puros, veremos a Jesús en su centro.

–Bienaventurados sois cuando os vituperaren y os persiguieren y dijeren de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo.

Gozaos y alegraos porque vuestra merced es grande en los cielos: que así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros. Por lo cual estoy seguro que ni la muerte ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús señor nuestro.

–Amén –decimos todos.

Por más que miro me es imposible ver las sillas desvencijadas, las paredes desconchadas. Ni siquiera veo la lámpara del comedor, que no ha habido tiempo de quitar y todavía cuelga del techo, aunque recogido el cable, para que no tropecemos con ella al salir. Es una lámpara extraña, de bronce y porcelana, y está llena de flecos de pasamanería verde que se balancean sin cesar.

El señor pastor se ha colocado junto a la puerta de su casa y nos va dando la mano a todos a medida que nos marchamos.

–Sean prudentes –nos aconseja– no se estacionen abajo junto al portal. Todos derechitos a casa.

Salimos en grupitos de tres o cuatro.

–Maranatha –le dice a papá cuando le da la mano.

–Papá, ¿qué ha querido decir? –le pregunto en la escalera. En el rellano de abajo hay una puerta entreabierta. Unos ojos brillantes nos espían.

–Dile a Enrique qué quiere decir «maranatha» –le insiste mamá.

Estamos en la calle, y ya hemos recorrido más de una manzana.

–Quiere decir: «Cristo viene».

–¿Vendrá pronto Jesús, papá?

–Sí.

–Pero, ¿tú sabes cuándo?

–Pronto, Enrique, pronto, y hemos de estar preparados para recibirlo.

–Pero, ¿cuándo?, quiero saberlo.

—o0o—

TRECE

El hermano González se está muriendo. Hace ya dos semanas que se le va la vida. Lentamente, latido a latido.

–¿Será posible que yo no llegue a ver la venida del Señor? –le dijo a papá hace diez días cuando fuimos a verlo. Lo decía medio en broma, porque entonces él estaba convencido de que se pondría bien.

No la verá. Ha entrado en la agonía, y si Jesús no viene antes de pasado mañana, el hermano González ya no verá su gloriosa segunda venida.

Ahora ya no puede hablar. La mayor parte del tiempo sus ojos permanecen cerrados. Para saber que sigue vivo, sus familiares se acercan de vez en cuando a su rostro y pegan la mejilla a su nariz. El hálito de vida que queda en su cuerpo es tan tenue que el pariente tarda a veces mucho tiempo en convencerse de que aún vive.

De tarde en tarde abre los ojos. Mira alrededor suyo con un espanto tan grande que a todos nos da miedo. El señor pastor, para tranquilizarle, se coloca a su lado y le lee la milagrosa resurrección de Lázaro. «¡Lázaro, sal fuera!» Cuando el señor pastor lee estas palabras se me electriza la piel. Veo que el hermano González se pone bruscamente en pie sobre la cama, arroja lejos de sí la colcha y las sábanas, y echa a andar hacia nosotros.

Pero no ocurre nada. Sus ojos siguen mirando con espanto, y le suda la blanca cara. «¿Dónde está, oh, muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?», le lee ahora el señor pastor.

El hermano González entreabre los labios, un ronco sonido sale de su boca. Le tiembla la barbilla a causa del esfuerzo, y durante mucho rato sus ojos permanecen cerrados. Finalmente, los abre de nuevo. Otra vez intenta hablar. Ahora el sonido ha salido claro de su garganta.

–No me deje morir –dice lentamente.

–Para el cristiano, la muerte es vida. La muerte de nuestro Señor Jesucristo nos da la vida.

–Tengo mucho miedo –susurra otra vez.

Jadea. Cierra los ojos. De vez en cuando entreabre los labios, pero sólo para emitir algún sonido informe, carente de significado. Aunque sus ojos permanecen cerrados, yo sigo viendo esas enormes cuencas negras, repletas de terror hasta desbordarse, que miran en todas direcciones buscando un punto donde asirse, y que no lo encuentran.

–Papá –murmuro– ¿Qué le ocurre al hermano González? ¿Ha perdido la fe?

–Está pasando por un trance horrible, el más terrible en la vida de un ser humano. Ninguno de nosotros le puede ayudar. Sólo Dios.

–¿Por qué no hace Dios un milagro? ¿No lo merece el hermano González?

–Quizá somos nosotros los que no merecemos presenciarlo.

Hace mucho rato que el señor pastor sostiene entre las suyas la mano derecha del hermano González, y le habla, suave, quedo, casi al oído. Este ha dejado de sudar y parece dormir. Se hace de noche. Nosotros, que estamos en la salita contigua a la alcoba, aún alcanzamos a distinguirnos unos a otros. La alcoba, en cambio ha ennegrecido totalmente. Nadie de la casa ha venido a encender una luz. Y ninguno de nosotros se atreve a hacerlo. Allá en el fondo de la alcoba se sigue oyendo la voz tenue del señor pastor. Sabemos que a veces se inclina sobre el hermano González porque de vez en cuando desaparece de nuestra vista el blanco brillo de su rostro demacrado.

–¿No habrá nadie en la casa? –pregunta mamá.

–Creo que está la señora.

–Antes se veía luz en la cocina.

–Enrique, ve a ver.

Tengo miedo, y me hago el desentendido.

El señor pastor viene hacia nosotros. –Hermanos –nos dice– deberíamos emplear el tiempo en orar por el hermano González.

–Yo ya lo estoy haciendo desde que he venido.

–Quiero decir, en voz alta.

–¿Y si viene la familia?

De su familia, sólo el hermano González espera la venida del Señor. Ni su señora ni sus hijas comparten su esperanza. Nosotros ni siquiera las conocemos, excepto el señor pastor que, como está viniendo todos los días, ya conoce a la señora y a una de las hijas.

Bien quisiéramos orar en voz alta, pero no nos atrevemos. Si no tuviésemos miedo, oraríamos en voz alta, uno tras otro, por el hermano González. Incluso cantaríamos *Firmes y adelante*, que es el himno que él nunca dejó de cantar cuando los comunistas lo metieron en la cárcel y después cuando lo encerraron los nacionales. Desde entonces, ni una sola vez ha oído este himno el hermano González sin que las lágrimas hayan rodado por sus mejillas. Pero tenemos miedo. Siempre tenemos miedo. De todo. Jesús dijo que hemos de ser «prudentes como serpientes». Pero nosotros, no es que seamos prudentes, es que somos cobardes. No somos prudentes como serpientes, somos cobardes como conejos. Si el hermano González nos oyese cantar, aunque sólo fuese susurrando, *Firmes y adelante*, la vida volvería a sus mejillas, y se salvaría. Quisiera gritar en la cara de todos, de papá, del señor pastor, lo cobardes que son. Debería gritárselo.

–No dejen de orar, hermanos, no dejen de orar –nos recomienda el señor pastor–. Dios oye también las oraciones silenciosas, con tal de que salgan del corazón.

Regresa junto al moribundo. Tropieza en la pata de la cama, y después en la mesilla de noche.

–No se ve absolutamente nada –nos dice desde el fondo de la alcoba.

–Deberíamos encender una luz.

Retumba en ese momento la puerta de la calle. Se enciende una luz al fondo del pasillo, por donde está la cocina. Un rumor de taconeo fuerte vuela en nuestra dirección: son, por lo menos, dos mujeres. Se enciende violentamente la luz de la

salita donde estamos. La silueta de la esposa y la hija mayor del hermano González se recortan en el hueco de la puerta. Las dos son gruesas. La hija extiende el brazo y nos señala.

–¿Son éstos, madre?

La madre asiente con la cabeza.

–¡Fuera! –nos grita.

Nos ponemos en pie precipitadamente, como borregos asustados.

–¡Fuera, he dicho!

A la esposa del señor pastor se le cae el bolso de las manos y su contenido se desparrama por el suelo. Algunas cosas ruedan hasta debajo del sofá. Pero somos tan cobardes que ni nos atrevemos a detenernos el tiempo suficiente para estar seguros de que hemos recogido todas las cosas que han rodado.

–Vamos, no tiene importancia –le dice el señor pastor, entregándole el bolso y empujándola hacia la salida.

–Usted es el jefe, ¿verdad? –le dice la hija cerrándole el paso.

–Soy el pastor de su iglesia. Su señora madre ya me conoce. Sólo deseamos el bien para su papá.

–¡Usted es el peor de todos! –le grita histéricamente la hija–. Y no quiero que vuelvan por aquí. Déjenlo morir en paz.

Los ojos de la hija echan bermellón y piedra azufre. No puedo contenerme, y cuando paso a su lado le doy un empujón. Pero es un empujón tan insignificante que ni siquiera lo nota. También yo soy un cobarde, no puedo evitarlo. Un cobarde, hijo de cobardes.

–¡Y entérense! –nos grita todavía cuando ya estamos todos en el rellano de la escalera–. A mi padre lo enterraremos por la iglesia, no por los herejes. Y ándense con ojo porque si me hinchan las narices hago venir al cura, y le digo que le dé los sacramentos.

Ya ha muerto. La bestial hija del hermano González nos vigila desde la puerta como un perro guardián. Ha prometido, no sabemos a quién, que ni uno de nosotros nos acercaríamos a la casa, y nos vigila desde el portal. Estamos en la acera de en-

frente. El coche fúnebre está parado ante el portal. Los curas doblan la esquina y se dirigen a la casa.

–Dios mío, Dios mío, –gime la esposa.

Mamá se echa a llorar. El pastor intenta sonreír. –No hemos de preocuparnos. Al cementerio conducen solamente su cuerpo mortal.

A mí se me revuelven las tripas. ¿Por qué hemos de ser tan cobardes? Me avergüenzo de ellos. No, no quiero formar parte de esta bandada de conejos asustados. Me separo de ellos lentamente, arrastrándome pegado a la pared. Cuando estoy cerca de la esquina, echo a correr. Cruzo la calle y doy la vuelta entera a la manzana. Asomo por el otro lado junto a los coches del acompañamiento. Hay un autocar destartalado, y varios coches negros, de modelos anticuados.

Los choferes fuman unas colillas hediondas.

–¿Cuál es el coche de respeto? –les pregunta un hombre.

–¿Por qué?

–Soy el hijo del difunto. Es para no equivocarnos y meternos en el que no es.

Los choferes le señalan el coche de respeto.

El hijo del señor González es bajito, con unos brazos larguísimos, que le arrastran a lo largo del abrigo hasta casi rozar el suelo. Se le acercan dos hombres.

–¿Así que usted es hijo del difunto?

–Sí.

–Somos compañeros de trabajo, de la tipografía. ¿Ha sufrido mucho?

–Sí.

El hijo del hermano González se marcha. Los hombres se quedan comentando que ha sufrido mucho porque el cáncer ha crecido tan deprisa que, cuando él murió, la mitad de su cuerpo era cáncer.

–Quedó hecho una plasta de cáncer.

–Y aguantándolo a palo seco. Sin ponerle una gota de morfina. Decía que Cristo estaba por llegar y que, si le ponían morfina, estaría atontado y no se enteraría.

El otro compañero añade que quizá eso es una patraña inventada por la familia para ahorrarse la morfina, que escasea y hay que comprarla de estraperlo.

–Cuando perdió el conocimiento, bien podían habérsela inyectado.

–Desde luego, de lo que no hay duda es de que era un hombre de redaños.

En la escalera no me detiene nadie. El hijo está ahora arriba, en la puerta de la casa.

–Le acompaño en el sentimiento –le dice la gente que va entrando.

–Gracias, gracias. –Se ha quitado el abrigo y viste traje azul marino a rayas, con un brazalete negro.

Aprovecho una distracción y me cuelo dentro. Detrás mío vienen los hombres que han de bajar el ataúd. Uno de ellos se ha abrochado mal los botones de la blusa. El otro es bajo, calvo. Cuando va a entrar en la habitación tira la colilla que fuma. La nicotina ha ennegrecido las puntas de sus dedos.

–Que no se lo lleven todavía –grita entonces una mujer desde el fondo de la casa.

Los hombres de la funeraria se detienen en la puerta de la habitación y esperan. Pasillo adelante, avanza la esposa del hermano González. Es una mujer alta, mucho más alta que él. Lleva la cara manchada de haber llorado muchas horas seguidas, y el cabello en desorden. Entra en la habitación, seguida de muchos de los que estamos en el pasillo.

–Destápenlo –pide la señora.

La cara muerta del hermano González ha quedado transida de dolor, un dolor que ahora se ha hecho mueca rígida, como de cartón. Pobre hermano González, no ha visto la venida de Cristo, y en los dos últimos días de su vida sus hermanos le hemos abandonado, como Pedro abandonó al Maestro. El corazón se me llena de dolor. Exactamente igual como los discípulos abandonaron a Jesús. Ellos eran también un puñado de personas, como nosotros o quizá menos, y tampoco ellos quisieron molestias con la policía o con los sacerdotes. Huyeron como nosotros.

–Pobre abuelito, cuánto has sufrido –dice la señora. Se inclina sobre él. Deposita sobre su frente unos besos ruidosos, que retumban en el silencio de la habitación. Da media vuelta y sale. Dos mujeres la sostienen por los brazos y le ayudan a caminar. Progresa poco a poco, pesadamente.

–¿Ya podemos? –preguntan los de la funeraria, sin mirar a nadie.

–Sí –dice una voz desde la puerta.

Cuando va a caer la tapa, yo, con un gesto que ni siquiera he tenido tiempo de pensarlo, me saco del bolsillo el Nuevo Testamento que a veces llevo, y lo dejo resbalar dentro del ataúd. Nadie me ha visto. Cae la tapa. El rostro doliente del hermano González desaparece de nuestros ojos.

La gente baja lentamente por la escalera. Me impaciento. Lo que he hecho me llena de alegría. El corazón me salta dentro del pecho. Los hermanos verán que, al menos uno no ha sido cobarde. También ellos se alegrarán. Y también Dios, estoy seguro de ello.

—o0o—

La muerte del hermano González me ha llenado de temor. Más de cinco noches pasan hasta que consigo conciliar el sueño. Entonces todavía es peor. Duermo entre sobresaltos, y de repente me encuentro sentado en la cama, escrutando espantado la oscuridad de la noche. La fiebre ha consumido mi carne y transcurren otros siete días hasta que mamá me deja salir a la calle.

En un cerro pelado, al pie de las ruinas aplastadas del cuartel de la Montaña, los viejos del barrio se reúnen a tomar el sol. La oscura pared medio deshecha los protege: a su amparo sorben con fruición el calor del sol moribundo. Un muro alto que no se ha hundido, ha sido convertido en frontón. Sentados en piedras, los viejecitos, cubiertas por boinas o sombreros sus calvas cabezas, se distraen viendo jugar a la pelota a los que un día los reemplazarán sobre las piedras.

–El chico del mono no ha venido hoy.
–Debe de estar enfermo. Ayer tampoco vino.
–Mírelo. Por ahí llega.
–A ver, a ver qué partido hacen hoy.
–Depende de cómo se emparejen. Lo más igualado es el del mono y el lechero contra el calvo y el chico de los libros.
–El de los libros debe de ser estudiante.
–Resulta más igualado mecánico y calvo contra estudiante y lechero.

Uno de los viejecitos alquila pelotas a los jugadores. Va a empezar la partida. Los ancianos se entusiasman, gritan débilmente. Uno que tiene la piel de la cara llena de manchas inclina la cabeza entre los hombros y se duerme, apoyados los brazos en un curvo bastón negro. El calvo prueba las pelotas, se quita el jersey, se lo da a cuidar al hombre que alquila las pelotas. Al estudiante le resbalan las suelas de los zapatos que lleva hoy.

–Chico –le aconsejan los viejos –ten cuidado.

Juegan estudiante y lechero contra los otros dos. El estudiante se quita los zapatos y los calcetines.

–Va a jugar descalzo –comentan entusiasmados los viejecitos.

El calvo no se acerca ni una vez por el lado donde yo estoy. Y a mí me da vergüenza ir al otro lado porque está lleno de gente.

–Hala, calvo -–le animan los viejecitos cada vez que saca. Aquí nadie sabe que se llama Fujiyama. Su saque es el más potente. A los contrarios les cuesta mucho trabajo restarlo. Llega la pelota tan blanda a la pared, que a Fujiyama no le cuesta ningún trabajo matarla de un machetazo. Pero cuando parece imposible que nadie pueda devolverla, el lechero llega corriendo desde el fondo, y agarra una volea que ni Fujiyama ni su compañero pueden restar.

La pelota cae dando brincos por el desmonte que lleva a la cuesta de San Vicente. Fujiyama echa a correr tras ella. Lo alcanzo cuando ya la ha cogido y empieza a subir.

–Fujiyama –le digo entrecortadamente– he venido a decirte que ya no volveré a ir con los amigos al campo, y que me despidas de ellos.

Fujiyama se queda tan asombrado de verme aquí que no me responde. Me mira en silencio, me pasa la mano por la cabeza.

–Bueno, hombre, bueno.

Antes de que él me vea sollozar, doy media vuelta y escapo por el desmonte abajo.

Fujiyama salta detrás mío, y me sujeta de un zarpazo.

–Déjame –forcejeo.

Fujiyama me atenaza con más fuerza. Le pateo las piernas. Él entonces me sujeta a distancia para que mis patadas no le alcancen.

Le grito que no quiero ser amigo suyo, que por su culpa ha muerto el hermano González. Me he hecho amigo de impíos como él, de gente que no cree en Dios, y Dios no ha podido oír mi oración. Mi oración era la pizca de fe que faltaba para colmar la medida que Dios pedía de nosotros. Yo le he fallado a Dios y al hermano González, y él, por mi culpa, ha muerto. Ha muerto lleno de terror. Y sin poder ver la Segunda Venida de Cristo.

–Estás imbécil, Enrique. Cada uno se muere cuando le llega la hora. Es cosa del karma.

–¡Impío! ¡Pagano! –Mi desesperación no puede ser mayor.

–Calvo, que es para hoy –le gritan desde arriba los ancianitos. El sol se acaba de hundir. Sopla el viento. Los ancianos encogen sus cuerpos entre sus brazos apretados.

–¡Fujiyama! –le grito mientras se aleja.

–¿Qué quieres? –Su mirada es risueña, burlona. –Dile a Ana Mari… Nada.

Ya está. El corazón se me ensancha en el pecho. También tendría que decirle algo a Ofelia. Pero, ¿qué voy a decirle? Se reirá de mí. No importa, debo pedirle perdón por las cosas malas que he pensado, de ella. Pero, ¿dónde está Ofelia? Hace un mes que nadie de la academia ha vuelto a verla. Un chico

de sexto dijo un día que la vio en la calle del Pez. Iba cogida del brazo de un hombre mayor, y se había teñido el pelo. Se metieron por la calle Pizarro.

–Enrique –me pregunta el señor pastor–. ¿Has roto ya todas las ligaduras que te ataban al mundo?

–Creo que sí.

–¿Quieres ser un soldado de Cristo?.

–Sí.

–Lee aquí. –Me tiende su Biblia. Me señala dónde he de leer.

–«Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.»

–¿Crees esto, Enrique?

–Sí.

–Lee aquí ahora.

–«Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en quien podamos ser salvados.»

–¿Lo crees?

–Sí.

Pues, yo, Enrique, digo de ti lo mismo que Felipe el evangelista dijo del ministro de la reina de Etiopía cuando Dios lo convirtió en el desierto que va de Jerusalén a Gaza: «¿Qué impide que Enrique sea bautizado?»

–Amén –digo yo. Los ojos se me llenan de lágrimas.

—o0o—

CATORCE

Quisiera no pensar en nada. Únicamente en lo que va a ocurrir. Pero no puedo. La mujer ha desaparecido impensadamente, cuando yo menos lo esperaba. No sé adónde ha podido ir. Con tantas vueltas como hemos dado desde la estación hasta aquí, tampoco sé si el pueblo queda detrás del cerro que hay a nuestra izquierda, o si se esconde tras los espesos árboles oscuros que separan la tierra del cielo más allá de los campos de labor. Ni siquiera puedo estar seguro de que no esté del otro lado del riacho en cuyo borde nos hallamos.

Sale ahora del agua una señora de edad. Intenta sonreír pero el intenso frío contrae y fija los músculos de su cara, que se vuelve súbitamente azulada. El señor pastor la acompaña hasta la orilla llevándola por la mano. Como él lleva más tiempo en el agua es posible que ya se haya acostumbrado. Entra ahora un joven. Tiene una cara pálida, debe de hacer años que no ha visto el sol. Sin embargo, va en mangas de camisa. El pastor le espera a dos pasos de la orilla. El joven hunde decidido un pie en el agua, después el otro, pero el frío lo paraliza y es preciso que el señor pastor se acerque hasta él, lo tome por la mano y vaya tirando suavemente de él hasta que el agua les llega a la cintura. Un poco más adentro hay dos jóvenes, en previsión de que pueda ocurrir cualquier accidente. El agua del río forma, en el caz donde nos encontramos, un hondón que al principio baja suavemente pero que de repente cae casi a pico. Los dos jóvenes saben nadar, y están allí para prevenir cualquier accidente. Pero no deben de tener la misma fe que el señor pastor porque con mucha frecuencia salen del agua, y hacen algo de ejercicio y alguna inspiración profunda para entrar en calor.

No sé si es por haber salido tan temprano de Madrid, o por el frío que hace aquí, o por el relente que todavía no ha acabado de evaporarse de las hierbas y las hojas de los árboles,

pero estoy descompuesto, y tengo miedo de entrar en el agua. Me aterra pensar que mi turno se va acercando, y que quizá cuando meta el pie en el agua pueda desmayarme, o que me ocurra alguna otra cosa todavía peor.

Intento no pensar en el agua fría. Pero nada me distrae de esta obsesión. El joven que va a ser bautizado ahora tiene ya las manos azuladas. El pastor le sostiene las dos manos con su mano izquierda, levanta la derecha hasta colocarla tras la cabeza del joven, un poco arriba de la misma.

–Hermano… Por tu profesión de fe en Nuestro Señor Jesucristo y conforme a tus deseos, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

–Amén –dice el joven.

El señor pastor baja la mano, la apoya en la espalda del joven. Éste se deja caer suavemente hacia atrás, su cuerpo desaparece bajo las aguas para reaparecer al instante convertido en un hombre nuevo en Cristo. El agua le resbala por la cara, pero él no deja de sonreír. Mientras regresa a la orilla, nosotros cantarnos un trocito del himno *En las aguas del bautismo*. Pero lo cantamos con miedo (papá dice que con prudencia, yo digo que miedo), a pesar de que no son ni las nueve de la mañana y de que es imposible que nadie pase por aquí a esta hora.

Cantamos susurrando, y el suave viento que sopla desde la embocadura del caz se apodera de nuestras voces y las disgrega sin casi dejar rastro de ellas.

Creo que yo soy el único que se ha dado cuenta de cuándo ha aparecido la mujer. Cuando ellos la han visto hacía mucho rato que nos observaba, inmóvil en el repecho posterior del altozano, toda envuelta en ropas negras, a la espalda las manos que sujetan el ronzal del burro. La cabeza del burro y el trozo de ramal son lo único que de vez en cuando parece estar dotado de movimiento. La mujer está inmóvil, escrutándonos fijamente.

–Hay una mujer –le dice alguien a papá.

Papá gira la cabeza, la mira. Mira dos o tres veces más. La mujer no se va. Papá se acerca a la orilla del agua. Cuando

el señor pastor se acerca a buscar un catecúmeno, se lo dice. El señor pastor mira, parece perplejo. Le dice algo a papá. Continúa bautizando.

Cuando papá regresa junto a nosotros, la mujer ha desaparecido.

–Tenemos que cantar más bajo –dice papá. Y la orden del señor pastor va siendo transmitida de unas personas a otras. Cuando cantamos de nuevo, parece que todos nos hayamos vuelto mudos de repente. Abrimos la boca, y accionamos los labios, pero de nuestras gargantas sale un hilillo casi mudo que el viento desbarata sin darle tiempo a unirse con los de los demás para formar un sonido que sea audible. Parecemos un coro de sordomudos.

Se acerca el gran momento.«Todo lo puedo en Cristo que me fortalece. Filipenses, cuatro, trece.» Este es el texto que el señor pastor me ha dado como lema para mi vida. «Como el texto rima con el sitio donde se encuentra te será difícil olvidarlo.» Ahora debo pensar en él, quisiera sentir que el fardo de mis pecados aplasta mis espaldas, para, dentro de unos minutos, cuando haya renacido en Cristo, sentirme libre. Pero la maldita mujer de negro no me deja pensar en nada. Sé que reaparecerá. Cuando menos lo esperemos, reaparecerá.

–Enrique, tú serás el siguiente –me dice papá. Está muy emocionado, y también lo está mamá. Si no fuese por el madrugón, por el frío que tengo metido en los huesos y por la maldita mujer de negro, yo también estaría emocionado. Lo estuve cuando pedí al pastor Fonseca que me bautizase. También cuando enterraron el cuerpo del hermano González. Pero ahora no lo consigo, el frío no me deja. Junto con el madrugón, y la caminata desde la estación del pueblo hasta aquí, me ha destemplado.

Después de la señora que ahora es bautizada, le toca a un anciano. El siguiente seré yo. Seré el último porque soy el más joven.

–Quiera Dios que no haya ninguna novedad –suspira mamá.

–¡Quietos todos! –grita entonces el hombre apareciendo de repente en lo alto del cerrillo donde antes estuvo la mujer ves-

tida de negro. Se descuelga rápidamente la espingarda y hace ademán de encañonarnos.

–Dios mío, Dios mío –gritan las señoras, espantadas. El señor pastor se queda mirándolo en silencio. Sale después lentamente del agua. Se metió en ella con un traje negro que, de cintura para abajo, está empapado. Sus pies descalzos van dejando un rastro de agua sobre la tierra parda del ribazo.

–¡Despejar, he dicho que despejar! –nos grita el hombre desde la cumbre del cerrillo. Echa a andar hacia nosotros. Calza abarcas y se tambalea a cada paso, ya que anda igual que lo haría un oso. Va desastradamente vestido, y es greñudo y barbudo. Pero llena una espingarda y una banda de cuero le cruza el pecho. En el centro de la ancha banda oscura hay un enorme escudo de latón ovalado. Por lo tanto, pese a su aspecto de bandido, este hombre es una autoridad.

–¿No me oyen? ¡He dicho que despejen! ¡Que despejen! ¿Quién es el jefe?

–¿Qué ley hemos infringido? –le dice el señor pastor.

–¿Es usted el cabecilla? Pues andando, al cuartelillo de la Guardia Civil.

La mujer de negro aparece ahora en lo alto del cerro. Ha dejado el burro en alguna parte. Nos contempla en silencio.

–El Fuero de los Españoles dice que nadie será molestado por el ejercicio privado de su culto. Somos pobres, en nuestra iglesia no tenemos bautisterio. Estamos en un rincón apartado. No hacemos ningún daño.

–¿Conque usted es el cabecilla? Pues andando. ¡Usted conmigo, al cuartelillo! ¡Y los demás, despejando!

En lo alto del cerro hay ahora varias mujeres, y varios chiquillos. Incluso un hombre.

–¡Satanases, diablos! –nos gritan las mujeres.

–No nos separemos. Si permanecemos juntos, no nos sucederá, nada –dice papá. La consigna pasa de boca en boca.

Pero el miedo se va apoderando poco a poco de nosotros. Lentamente, sin hacer caso a papá, nos vamos alejando en todas direcciones. Junto al agua quedan solos frente a frente,

el pastor Fonseca y el guarda jurado. Este coge al pastor por el brazo.

–Usted, quieto. Conmigo.

De detrás de las rocas sale la última señora que el señor pastor tuvo tiempo de bautizar. Sin tiempo para quitarse las ropas mojadas, se pone el abrigo sobre ellas. Había guardado las medias enrolladas dentro de un zapato. Las saca, se las mete en el bolsillo del abrigo, se calza y echa a andar.

–¡Sus, sus! ¡Fuera, fuera! –Desde lo alto del cerro, las mujeres nos espantan como a zorras despavoridas. Cogen las puntas de sus delantales y los agitan a nuestro paso.

–¡Hala, hala, al corral!

Rodeamos el cerro tan lejos corno podemos de las mujeres. El guarda se echa la espingarda a la espalda, pero no suelta el brazo del señor pastor. Echan los dos a andar, por el mismo camino que nosotros. Las mujeres y los niños del pueblo los rodean y vociferan en derredor suyo. El guarda, para cerciorarse del poder de su autoridad, zarandea de vez en cuando al señor pastor. Pero él es joven y fuerte, y aguanta los embates con una gran dignidad. El guarda se va irritando y cada vez lo zarandea con más fuerza, hasta que consigue hacerlo tambalear. Incluso llega a apoyar una rodilla en tierra.

–¡Satanás, cornudo, Satanás! –gritan riendo las mujeres.

Un niño apoya las manos en su espalda y brinca por encima de él. Otro le imita pero cuando pasa por encima del señor pastor se deja caer con todo su peso sobre su cabeza. La cabeza del señor pastor choca contra sus propias rodillas. Esto irrita al guarda forestal, que no quiere que la autoridad escape de sus manos. Suelta por un instante al señor pastor, coge la espingarda por el cañón y arrea dos o tres culatazos a los chicos.

–¡Joputa, cabrito! –le gritan éstos y sus madres.

Llegamos a la bifurcación del camino. Por la derecha se va al pueblo. Por la izquierda, a la estación. Nos vamos hacia la estación: el guarda y su víctima hasta el pueblo, seguidos de su insultante cortejo.

–Nuestro deber es ir con él –propone un señor anciano–. Debemos ir al pueblo y sufrir con él.

El pueblo está cerca. A menos de doscientos pasos, el camino se encaja entre dos corrales, y se convierte en calle. Tras los tapiales de los corrales se esconden los chiquillos, esperándonos. Nos da miedo.

Papá aconseja a todos que se vayan en el primer tren. Es un correo viejo. Sólo el coche mixto, de cama y primera, es metálico; los demás, son terceras y de madera. Papá, mamá y yo nos quedamos a esperar al señor pastor.

Dentro de media hora pasará el último tren. La sala de espera está fría. Nos sentamos en el banco corrido que bordea las cuatro paredes. Está húmedo. Nos acurrucamos en el rincón junto a la puerta.

Pasan dos hombres por el andén. Los dos con gorra de empleados del ferrocarril. Uno empuña un gran mazo metálico. El otro lleva una lámpara de aceite. La lámpara oscila, y según la cara que queda ante nosotros su luz se vuelve roja o amarilla, o se apaga.

–Se ha vuelto a levantar el cierzo –comentan. Siguen andando hasta donde se acaban las vías de maniobras. El del mazo cruza las vías y se mete en la casita blanca del guardabarreras. La sombra que se cruza con él camina lentamente. Cuando se acerca a nosotros vemos que es el señor pastor. Está muy pálido.

–¿Le han hecho daño? –le pregunta papá.

Los ojos del señor pastor brillan con un acerado terrible. Mira en derredor nuestro. Pero no pregunta dónde están el resto de sus ovejas. Tampoco nos elogia por habernos mantenido firmes, esperándole desde la mañana. No pregunta nada. No ve nada de lo que hay en su alrededor. Sólo ve lo que lleva dentro.

–Dios los castigará –murmura con una voz quebrada–. Dios no puede dejar sin castigo una ignominia tan grande.

Tiene un corte en la mejilla. Le han hecho un pequeño desgarro en la manga izquierda de la chaqueta. Debió de ser el

guarda jurado cuando le hizo caer al suelo para hacer exhibición de su autoridad. El coche en que nos metemos no tiene luz. Es un coche destartalado, que todavía está tal y como la guerra lo dejó. Viajamos en silencio, sin vernos. Poco a poco, la oscuridad exterior se aclara con respecto a la negrura que nos cobija. Cuando cruzamos un pueblo, un ligero halo nos alumbra, y por unos instantes nos vemos unos a otros.

Estamos entrando en Madrid. –Que Dios me perdone –dice el señor pastor– por las palabras que dije antes. No tenía que dejarme arrebatar por la ira. Eso es lo que desea el adversario de nuestras almas.

Pero sus ojos siguen brillando en la oscuridad como si fuesen dos bolas de acero.

—o0o—

A pesar de que el señor pastor ha cerrado la pequeña puerta cristalera del cuartito que hace de oficina, no por eso nos hemos librado de los mil olores que se acumulan en la gran nave contigua. El olor graso y pesado de la suarda se entremezcla con el volátil de los ácidos con que se depilan las pieles y de los álcalis con que se separa la lanolina de la suarda, y con el picante de los insecticidas con que rocían las pilas de pieles en un vano intento de librarlas de las rollizas lombrices que las recorren por todas partes.

Los dueños dicen que cuando echan las pieles a la tina y llenan ésta de la solución con que empiezan su tratamiento, la superficie de la tina se cubre por completo de larvas muertas.

–Al cabo del año nos hacen perder cientos de miles, quizá un millón de pesetas –explicaba antes el dueño al señor pastor–. Lo que pasa es que los insecticidas de ahora son una indecencia. No sirven para nada. Si quieres uno bueno, tienes que comprarlo de estraperlo.

El señor pastor le escucha con toda atención y asiente levemente con la cabeza. Dudo que el señor pastor acabe de creerse que existan juntas un millón de pesetas.

La nave está llena de pieles y lanas en todos los estados de elaboración desde las pieles putrefactas, que proceden de animales muertos en epidemias, sacrificados ocultamente, que, cuando te acercas a ellas, oyes el crujir de los millones de gusanos que se entrecruzan en su interior, y de las que el dueño todavía saca algo de lana aprovechable (el resto lo vende a una fábrica de colas), hasta la lana ya lavada, que se amontona empacada en el rincón más limpio del almacén, lista ya para ser enviada a la fábrica de hilados.

–Le hemos preparado la tina de tintar, que es la más limpia de todas. Las otras dos apestan a suarda y a álcalis. En cambio, ésta no huele a nada. Está un poco rojiza de las anilinas, pero eso no tiene importancia.

El señor pastor se queda un rato pensativo. –¿No son peligrosas la anilinas?

–No, no, de ninguna manera. Además, después de la última tintada, la hemos tenido un día entero con agua espolvoreada de sal gorda. Ahora sacaremos esa agua, la limpiaremos bien y la llenaremos de agua limpia y pura. Aunque no es muy profunda, y se puede bajar por los escalones, les he puesto una escalerita de mano, para que no haya peligro de que resbalen los pies. La otra es de piedra, ¿sabe?, y por el uso se ha hecho un poco resbaladiza.

El dueño de la industria se llama señor Santorcaz. Tiene unos cincuenta años, el pelo abundante pero blanco, y cojea mucho de una pierna que parece tenerla sin juego, o con un juego muy raro, e incluso un poco más larga que la otra.

–El señor Santorcaz –me explica el señor pastor–, tiene una pierna ortopédica. La suya la perdió por la explosión de una granada, en la guerra. Es muy acaudalado, fue a Alemania expresamente a que le colocasen la pierna artificial. Este año tenía que volver a que se la reajustasen, pero con las cosas que han pasado en ese país ya no podrá ir. Tenía muchos amigos en las altas esferas, entre los jerarcas del partido nacionalsocialista de Alemania.

El señor Santorcaz ha estudiado la Biblia con el señor pastor, y ya ha pedido el bautismo. Será la primera persona destacada que entre en nuestra iglesia, y el señor pastor habla de él con gran respeto. Y cuando habla con el señor Santorcaz, mucho más. Nunca le interrumpe, y cuando el señor Santorcaz termina una frase, el pastor Fonseca hace una pequeña pausa antes de contestarle por si el señor Santorcaz se ha olvidado de algo y quiere añadirlo.

–Lo que deben hacer, añade el señor Santorcaz, es hacer los bautismos aquí. Éste, el próximo, y todos los demás. Y dejarse de río Jarama o Alberche, o el que sea. Los ríos para los peces.

El señor pastor asiente a todo lo que dice el señor Santorcaz. ¿Por qué no me preguntan también a mí? En el río había luz, alegría, y un suave olor a hierba húmeda y a resina de pino lo invadía todo. Aquí hay una horrible oscuridad, unos hedores espantosos, un piso de cemento resbaladizo por el que corren y se encharcan regatos de todos los colores. Las pilas de pieles sudan unos orines repugnantes, que se deslizan poco a poco hasta el canal practicado en el centro de la nave. Resbalan después por ella hasta hundirse en el pozo que hay junto a las pilas de carbón. Detrás de ellas, separada por un grueso muro, está la caldera de vapor. Como cuesta mucho encenderla, no la apagan nunca, y el vapor que se expande por la nave hace el aire aún más irrespirable. A veces, un empleado del señor Santorcaz abre la boca de la caldera y arroja dentro unas paletadas de carbón. Las llamas, amarillas y rojas, sacan de nuestros cuerpos unas sombras negras que se contorsionan horriblemente durante unos instantes. Cierra el empleado la boca de la caldera y la oscuridad retorna con más fuerza.

–¿Es imprescindible que yo sea bautizado aquí?

–No podemos arriesgarnos de nuevo. No sabemos lo que podría ocurrirnos si volviesen a vernos a la orilla del río.

–Algún sitio habrá que esté tan escondido que nadie nos pueda encontrar.

–No podemos arriesgarnos.

Me sujeto la cabeza con las manos. –¿Por qué, por qué me ha tocado nacer en un país como éste?

El señor pastor calla un momento. Habla, después, lentamente. –Los españoles siempre hemos sido intransigentes. Todos. ¿Sabes qué me pregunto a veces, Enrique? Ellos son hoy mayoría. Pues bien, yo me pregunto qué ocurriría si, en un momento determinado, ellos fuesen los menos y nosotros los más. Los españoles siempre hemos sido intransigentes, lo llevamos en la sangre, no lo podemos remediar.

–¿Usted sabe, señor pastor, qué pasa cada tarde en mi academia? Salimos de clase a las cinco, y algunos días a las seis. Cuando ya estamos en la calle, y antes de que yo tenga tiempo de huir, dos grandullones se sacan las correas y empiezan a hacerlas restallar ante mis narices. Todos echan a andar siguiéndome. Yo delante, me siguen los dos grandullones, y detrás todos los demás. Gritando a coro: ¡Hereje, hereje, cochino hereje!

El señor pastor me mira fijamente: –¿Qué quieres decir con eso?

Me cuesta echar fuera las palabras, pero he de hacerlo.

–A veces, por la noche, solo en la cama, sin un amigo, me pregunto si vale la pena, si no estaré corriendo en vano.

–Dios dice que cada uno será juzgado por lo que sabe. A nosotros, que sabemos mucho de la Palabra de Dios, Él nos pide mucho.

Ahora yo debería gritar que eso tiene todo el aspecto de ser una injusticia. –¿Usted se acuerda de Casimiro Castejón? ¿Y del pastor Olsen? ¿Que pasó con ellos? ¿Eran malos cristianos, o Dios les pidió demasiado?

El señor pastor se queda pensativo. –Sólo Dios puede juzgar. La guerra –añade– nos purificó terriblemente, como jamás lo habríamos pensado. Fue una prueba tremenda, que no todos consiguieron pasar. Pero no pienses sólo en ellos. Piensa también en el ejemplo de los que se mantuvieron fieles, de tu padre, del hermano González…

–El hermano González tuvo miedo al morir.

–Tú no sabes si tú no lo tendrás. Ni yo. ¿Recuerdas los hermanos de Chozas de Valdemorillo? ¿Aquellos niños cuya madre murió? Más les cuesta a ellos que a ti ser fieles a sus creencias, y sin embargo Dios les ayuda.

—o0o—

El agua me llega a la cintura. Hay muy pocos testigos: papá, mamá, la señora del pastor, y los ancianos y diáconos de la iglesia. No ha venido ningún familiar del señor mayor. Quizá, no los tenga, quizá no quieren ya saber nada de él.

–Es menester –dice el señor pastor– que por muchas tribulaciones entréis en el reino de los cielos. Son palabras de nuestro Señor Jesucristo.

–Dios mío, me doy cuenta de que soy diferente, y quiero seguir siéndolo. Sé que eso me traerá molestias y peligros, pero los aceptaré. Hoy, ante Dios y los hombres, escojo, para el resto de mi vida, ser diferente.

–Enrique, por tu profesión de fe en el Señor Jesús, y conforme a tus deseos, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

–Amén.

El agua cubre mi cabeza. El corazón me late violentamente. Por mi mente, como un relámpago, cruza el recuerdo de Ana Mari. La boca se me llena de un seco sabor amargo.

—o0o—

QUINCE

Hoy es un día glorioso para el señor pastor. Las columnas de hierro han sido pintadas de blanco hasta el límite superior del muro. Allí se inflexionan en ángulo obtuso y van a juntarse al centro del tejado, formando sus dos vertientes. En la parte correspondiente al tejado, las columnas son de un color rojizo muerto, salpicado de enormes desconchados negros por los que el hierro se oxida. El pastor Fonseca dice que, como el sitio es húmedo, el propietario debe preocuparse de pintar con minio esa parte de las columnas de hierro. «Además, nosotros no podemos. Contentos podemos estar de haber tenido para cal.»

Pero no es esa su principal preocupación. Nadie sabe qué dirán las autoridades, eso es lo importante. «No ha habido más remedio que dar este paso», se apresura él a decir a todo el que le habla de este asunto. Nosotros, su rebaño, nos sentimos orgullosos. Y, ¿por qué las autoridades, con tantos problemas como tienen, van a preocuparse de este grupo insignificante de seres desvalidos, que a nadie hace daño?

No tan insignificante. Desde los tiempos en que poco más de dos docenas de personas nos juntábamos en aquella especie de iglesia improvisada en su casa, hasta ahora, hemos crecido tanto que, a fuerza de derribar tabiques, al final sólo le quedaban al pastor su dormitorio y la cocina.

¿Por qué no se muda a otro piso?, le preguntaban muchas personas.

«No puedo dejar de vivir aquí» –explicaba él–. «El contrato de inquilinato especifica que yo he alquilado este piso para vivienda mía.» Creía que, mientras él durmiese en el piso, ninguna autoridad podía decirnos nada por reunirnos en su casa. «El Fuero de los Españoles autoriza al ejercicio privado de nuestro culto.» Y añadía sonriendo: «Me parece que más privado que reunirnos en mi casa, ya es imposible». Había quien

no acababa de convencerse. «A lo mejor lo que quiere decir ese artículo es que cada uno puede reunirse con su familia en su casa. Usted, con su familia, en su casa. Yo, con la mía, en mi casa. Así, todos.» El pastor soltaba la risa. «O sea que, cada vez que usted se junta con su familia en su casa a comer, lo que ustedes están haciendo realmente es una reunión privada, ¿no es así?»

Entre su buen humor y su confianza, que nunca la perdía, fue convencido a los timoratos, y finalmente acudieron todos. «Además, nosotros no somos los únicos. Otros grupos de creyentes han vuelto a abrir sus iglesias, fíjese bien, sus iglesias, y hasta ahora nadie les ha molestado. ¡Ojalá nosotros tuviésemos todavía nuestra iglesia!»

Ahora que ha pasado el tiempo, él confiesa que no las tenía todas consigo. Al igual que los pastores de las otras iglesias, él hizo un escrito dirigido a la autoridad (no sé a cuál) poniendo en su conocimiento que, al amparo del Fuero, reanudábamos «el ejercicio privado de nuestro culto, en la calle tal, número tantos». Él se pasó más de un mes pensando en la visita que tenía que producirse de alguna autoridad que querría ver qué pasaba allí. Pero no vino nadie.

«Quizá prefieren observarnos desde la calle», opinó alguien. «O desde las casas de enfrente. Hay aparatos fotográficos muy potentes. Pueden haber apostado a alguien en las casas de enfrente y están sacándonos fotografías». Estábamos tan asustados, que cualquier suposición nueva nos sumía otra vez en la ansiedad. Esto duraba unas dos o tres semanas, hasta que lo olvidábamos o nos dábamos cuenta de que era una tontería.

Más tarde nos dio por suponer que las autoridades deberían responder al escrito que les había dirigido el señor pastor. «Mientras no tengamos un papel de ellos diciéndonos que se dan por enterados, no podemos sentirnos tranquilos.» En los momentos de mayor depresión nos veíamos todos atados codo con codo, las manos a la espalda, conducidos a la prisión. A mí se me exaltaba la fe con esas cosas, y ya me veía en la cárcel, donde daba pruebas de mi fe leyendo la Biblia sin ni si-

quiera enterarme de aquel ambiente inmundo, o cantaba himnos como hizo san Pablo en iguales circunstancias.

«No contestarán nunca», explicó por fin un hermano que era funcionario de Correos, y trabajaba en la mesa de la Central. «A eso se llama silencio administrativo. Está previsto.» «O sea que quien calla, otorga», preguntó el pastor. «Ni hablar. El silencio administrativo es que callan, y nada más. De otorgar, nada.» «¿Tendré que volver a escribir?» El hermano de Correos se alzó de hombros. «¿Para qué? No vale la pena.»

De todos modos, el pastor Fonseca extremó las precauciones. Mandó poner unas gruesas cortinas en los balcones, que obligaban a encender la luz eléctrica, y nos hacía entrar y salir de dos en dos, como máximo tres a la vez. A veces, media hora después de haber terminado el culto, todavía estábamos saliendo. Entreabríamos la puerta, echábamos una ojeada al rellano, y bajábamos las escaleras a toda prisa, disimulando del mejor modo. Si alguien nos hubiese preguntado de qué disimulábamos, no habríamos podido responder.

El tiempo nos quitó el miedo. Todos los pastores habían abierto sus iglesias y nadie les había dicho nada. Silencio administrativo total. No fueron sustituidos los cortinones, pero cuando llegó el verano el ambiente sofocante nos hacía abrir el balcón. A veces, la gente de la calle se detenía a escuchar. Cruzaban a la acera de enfrente, y allí se estaban mirándonos. Pero, aunque oían, les era imposible entender nada.

El señor pastor seguía insistiendo en que fuésemos prudentes al salir pero se agotaba recomendándonoslo y cada vez le hacíamos menos caso. «No pasa nada.» Nos agolpábamos en la escalera y formábamos corrillos en la calle.

Un vecino nos denunció a la comisaría. Después, otro y otro. Paro la comisaría no hizo ningún caso. «Eso quiere decir que estamos dentro de la ley. Si no, tal y como las gastan, tiempo les habría faltado para encerrarnos a todos. A usted, el primero.»

Hasta que vino el casero a ver al señor pastor. «Sus vecinos me han presentado una denuncia contra usted.» El casero no

tenía ganas de jaleos. «Se ha portado muy liberalmente», decía después el señor pastor. Su liberalidad consistió en que dijo que si no volvíamos a reunirnos no nos denunciaría pero que si lo hacíamos, él se las arreglaría para echar al pastor Fonseca a la calle.

Durante tres meses no hemos podido reunirnos en ninguna parte. Finalmente, hemos encontrado esta nave. Está un poco apartada, pero el alquiler es barato. Entre todos hemos comprado los pocos muebles, el púlpito y unas cuantas sillas más. Al fondo queda un gran espacio vacío. La pintura también la hemos pagado nosotros. Poca cosa, dos o tres manos de cal dadas por los jóvenes de la iglesia dirigidos por el señor Joaquín, que es del oficio. Estábamos tan impacientes por poder reunirnos de nuevo que ni siquiera hemos esperado a que la nave se orease. Huele horriblemente a esparto, que es para lo que antes servía la nave: hacían capachos de esparto. El padre de Antonio, que entiende tanto de las cosas del campo, dice que tendremos olor de esparto por lo menos para unos tres meses. «El esparto fermenta enseguida y entonces no hay quien quite su olor.»

No importa. De todos modos, nos sabe mal por los hermanos extranjeros. Son dos, y sus nombres son tan enrevesados que casi no acierto a comprenderlos. Cuando salen por la puerta que hay detrás del armonium y, precedidos por el señor pastor, se dirigen al púlpito, no podemos contenernos, y un gran murmullo se eleva de entre nosotros. Va a hablarnos el de más edad, el pastor Fardlin, que tiene una gran melena blanca *y* una enorme mandíbula con la que continuamente nos apunta mientras sus ojos azules se fijan sobre nosotros con una fuerza que nos hace tiritar. En todo se le nota que es extranjero, no solamente por el nombre y porque habla francés o inglés, pero nada de español, sino también por la cara. La tiene sonrosada como la de una mujer pero, vista de cerca, cambia. En realidad es blanca, pero con un enorme sarpullido de pecas oscuras que casi le ennegrecen las mejillas debajo de los ojos. En los sitios que no es blanco, su cabello es rojizo como la pelambrera de

un león. No es tan alto, en cambio, como deben de ser la mayoría de los extranjeros, ya que el pastor Fonseca le saca casi media cabeza.

El pastor Songerson es, por el contrario, altísimo, rubio, y nunca deja de sonreír. Parece que no mire a nadie y, sin embargo, se fija en todo. De esto me di cuenta ayer por la mañana, cuando llegaron en el tren de Irún. El pastor Fonseca había pedido a papá que fuese también a la estación por si hacía falta ayudarle en algo, y papá me llevó a mí.

El tren todavía no se había detenido, y nuestro pastor echó a correr por el andén igual que si se hubiese vuelto loco. Sorteaba personas, carretillas, y saltaba sobre los equipajes que había en el suelo. Varias veces resbaló sobre los charcos grasientos y estuvo a punto de caer. Otra vez se desequilibró y casi rodó a la caja de la vía entre los enganches de dos coches. Papá y yo le seguíamos como podíamos, pero el tren era larguísimo, y se nos alejó tanto que dejamos de verlo.

Cuando lo encontramos estaba al pie de un coche de segunda, alzando los brazos y gritando «Frére, frére!». Tenía la voz ronca, y le saltaban las lágrimas. Primero bajó el pastor Songerson, que le dio la mano muy ceremoniosamente, y lo mismo a papá y a mí.

Cuando bajó el pastor Fardlin, los dos, él y nuestro pastor se echaron a llorar, y se abrazaron con tanta fuerza que pasó mucho tiempo hasta que dejaron de llorar y se separaron.

–Oh, Dieu soit béni, frére! –decían los dos. Y «quelle joie, quelle grande joie».

Papá y yo los mirábamos sin saber qué hacer. El pastor Songerson los miraba también: se sonreía y nos sonreía a nosotros. Cuando bajaron los equipajes, nuestro pastor quería a toda costa cargar con todas las maletas. A duras penas consiguió papá quitarle una maleta y una cartera. Ésta me la dio a mí.

Al salir al andén exterior es cuando me he dado cuenta de lo observador que es el pastor Songerson. Nuestro pastor quería llevarlos en un taxi, y él y papá han dejado las maletas en la acera y se han lanzado en busca de un taxi. Pero se notaba

que en su vida habían cogido un taxi, al menos en esta estación. Corrían por entre los que ya estaban ocupados o reservados, y no acertaban a darse cuenta de la puerta por la que iban entrando los taxis libres. El pastor Songerson se ha dado cuenta de todo esto, porque ha dicho algo al pastor Fardlin, y éste ha llamado con la mano a papá y a nuestro pastor.

–Vámonos en metro –ha debido de decirle. Nuestro pastor se oponía, y hasta se ha sofocado, pero el pastor Fardlin ha cogido su equipaje, el pastor Songerson el suyo, y han echado a andar hacia la boca del metro.

El pastor Fonseca, cuando ha visto que no había nada que hacer, ha corrido hacia ellos y ha intentado vanamente arrebatarles sus equipajes. Por fin, quizá para que no se disgustase, el pastor Fardlin le ha dejado llevar una cartera.

En la taquilla, papá y nuestro pastor se han empeñado los dos en pagar los billetes. Ha ganado papá, porque tenía un taco de billetes ya preparado. Pero mientras los hacía picar por la empleada, el señor pastor ha sacado otros billetes en taquilla, de modo que después ha tenido que ir a pedirle que por favor le devolviese el dinero y los vendiese a la gente que venía detrás.

Lo mismo en el andén que en el coche, toda la gente miraba a los dos pastores extranjeros. No tiene nada de particular, porque desde que desaparecieron los alemanes, es poco frecuente ver extranjeros, y menos en el metro, pero el pastor Fardlin estaba tan entusiasmado hablando con el nuestro, y el pastor Songerson tan interesado escuchándolos que en todo el tiempo no se han enterado de la atención que despertaban.

La misma que produce ahora el pastor Fardlin mientras predica. Nos explica algunas cosas de las terribles calamidades que han caído sobre el mundo en estos últimos años. Nos habla de los campos de concentración, de las cámaras de gas, de las ciudades aniquiladas, y de cómo, a pesar de las horribles calamidades que la guerra ha echado sobre ellos, nuestros hermanos de Europa han sabido mantener su fe. El hermano Fardlin habla en inglés, a frases cortas, que nuestro pastor

va traduciendo de una en una. Cuesta un poco seguir el hilo, pero lo que dice es tan interesante que nadie lo pierde.

–Ruego a los jóvenes –dice nuestro pastor cuando la predicación ha terminado– que queden sentados en sus sitios. El hermano Songerson tiene un mensaje especial para ellos.

—o0o—

El pastor Songerson tenía mucha razón en todo lo que nos dijo en los días que duró su visita. Otra cosa muy distinta es que sus buenos propósitos conduzcan a algo positivo. «Ustedes son distintos –vino a decirnos– de la gente que vive a su alrededor. Ustedes han escogido libremente ser diferentes, pero a consecuencia de esto, los demás los ignoran o los rechazan. Formen ustedes su propio mundo. No se conformen con verse unas horas a la semana en la iglesia. Agrúpense. En lo fundamental son hermanos. Séanlo también en lo accesorio.»

Hasta aquí muy bien. Pero yo me miro a mí mismo, y miro después a todos los demás que caminan conmigo por la orilla del río desde hace más de un kilómetro buscando un lugar adecuado para acampar. Me pregunto: ¿a quién de todos ellos me parezco yo? En edad, al que más me acerco es a Manuel, pero no mucho porque él debe de llevarme sus buenos tres años.

Además, ¿en qué otra cosa nos parecemos? No lo sé, casi no he hablado con él. Manuel es aquel chico cuya madre murió en Pozos de Valdemorillo. Hace un año que junto con su padre y su hermana Teresa vino del pueblo. Los trajo el pastor Fonseca, que encontró en Madrid un trabajo para el padre. Para él, el año ha pasado en vano.

Sigue siendo de pueblo. ¿Qué puedo tener yo en común con él? Leemos la misma Biblia, cantamos los mismos himnos, oramos en la misma iglesia, y los dos esperamos el cumplimiento de la misma promesa. ¿Y después? Y menos mal que, desde que he dejado los estudios y me he puesto a trabajar, comprendo algo de cómo es la gente trabajadora.

Fujiyama, en cambio, aún se me parecía menos. Ni siquiera en la edad: podía ser mi padre. Pues eso es lo asombroso, que no nos parecíamos en nada, que él camina hacia su perdición eterna, y nunca seré tan amigo de nadie como lo era de él. Estoy convencido de que hay cosas en que la buena voluntad cuenta para muy poco. O para nada.

Por fin hemos encontrado un sitio que a todos parece idóneo. Menos a mí. Los árboles están situados de tal forma que, a la tarde, cuando se levante viento, éste correrá libremente. En cambio, en cuanto el sol empiece a caer, nos lo taparán. El peor sitio de todos. La primera y segunda vez he intentado dar mi opinión, pero nadie me ha escuchado. Si hubiese venido el señor pastor, él, que sabe que estuve yendo al campo tanto tiempo, sí me habría escuchado.

Después de lo que nos dijo el pastor Songerson nos hemos organizado según sus instrucciones. Estuvimos reunidos una tarde entera, y a nuestra agrupación le dimos el nombre de Hermandad Juvenil de la Iglesia (los estatutos nos los leyó el señor pastor en un libro en inglés que llevaba). Elegimos presidente, vicepresidente, tesorero sin dinero, bibliotecario sin biblioteca, secretario y subsecretario. Después formamos divisiones: División de Estudio y Cultura, División de Recreación, División de Excursiones y Campamentos.

El jefe de esta División es Pedrín, que, el pobre, no tiene ni idea de lo que es un lugar de acampada, ni de cómo hay que escoger su orientación, ni de nada. Hace una hora que estamos aquí, y nadie sabe qué hacer.

Yo me distraigo mirándolos a todos. Somos unos treinta, más o menos los mismos que nos quedamos cuando el llamamiento del pastor Songerson. Y me pasa ahora lo mismo que me pasó entonces, y que me obsesiona: ¿en qué nos parecemos los treinta? Allí se quedaron desde niños de trece años hasta el señor Calvillo, que como no se ha casado dice que él también es joven a pesar de que tiene unos cuarenta años. Quizá ha sido una ventaja, porque es el más animado del grupo. Como lo de jugar a algo ha fracasado, nos hace reír con sus chistes

y sus ocurrencias. Todos acabamos formando corro en derredor suyo.

También es bien vieja una chica llamada Mercedes. No sé los años que tendrá, pero entre las orejas, las arrugas y su modo de andar, llena de tristeza, más deprime que otra cosa.

El más culto del grupo es don Luis Hernández. Por lo visto está estudiando la carrera de aparejador. Cuando la termine, irá a ampliar sus estudios a algún país europeo, pero me parece que eso lo dice por pura fanfarronería según están todos de destruidos. A no ser que quiera ir a Suiza o Suecia. Nadie está tan a disgusto aquí como él. Cuanto se reirían Fujiyama y los demás amigos si lo viesen. Con su traje de ciudad, aunque sin corbata, y sus alpargatas blancas recién estrenadas, es el auténtico «forofo». Cuando aprieta el calor, se quita la americana, la cuelga cuidadosamente de un muñón de rama en una encina, y se queda de pie, frente a todos, exhibiendo su camisa de rayitas y sus tirantes flexibles. Varios se han ido a un claro a jugar al fútbol. Han cruzado el río saltando de roca en roca, y están allá enfrente dando patadas a una pelota pequeñita que uno de ellos ha traído. A éstos se les nota que también están a disgusto. Su sitio sería un callejón sin coches, o un solar polvoriento. El aire puro y la luz les dañan.

Los demás chicos van acercándose poco a poco, y se incorporan a uno de los dos equipos. Las chicas se quedan solas, con el señor Hernández. El señor Hernández es muy educado, e intenta darles conversación. Pero me da la impresión de que buena parte de ellas no entienden nada de lo que él les dice.

–Es un presumido –comenta una cuando él no le oye.

–Pero qué fino –añade otra. Hace un gesto cursilón de burla.

–¿Les parece a ustedes que vayamos un rato a ver el partido de fútbol? –les propone él.

Las chicas, que ya están muertas de aburrimiento, dicen que bueno. Las más decididas empiezan a cruzar el río a brincos de piedra en piedra. Hasta que una mete la pierna en el agua. Las otras ya no se atreven a pasar, y el señor Hernández tiene

que ir ayudándolas de una en una. Las dos que lo criticaban se ponen tan encarnadas que yo creo que van a estallar. La última en pasar es Mercedes. Después de haber cruzado, caminan los dos, lado a lado. Mercedes mira de reojo al señor Hernández y suspira. Da mucha pena verla caminar renqueando y tan descacharrada, y comiéndose con los ojos al señor Hernández.

Los del fútbol quieren que el señor Hernández juegue también. El que más insiste es Pedrín, que incluso se atreve a tutearlo. El señor Hernández accede finalmente, se recoge un poco los pantalones y se une al bando de Pedrín. Resulta que juega mejor que nadie. Los contrarios se exasperan y acaban yendo a por él en lugar de a por la pelota. Cuando consiguen hacerle caer de una zancadilla, y que se manche de hierba los pantalones y la camisa, parecen quedar satisfechos.

Todo este barullo distrae un poco a las chicas, pero Pedrín recuerda su jefatura, dice que el juego se ha endurecido y suspende el partido.

–Bueno, pues dinos qué hacemos ahora –le preguntan.

–¿Quién tiene una idea? –pregunta él.

Nadie la tiene.

–¿Echamos carreras? –propone Pedrín–. ¿Qué os parece un campeonato de carreras?

Unos dicen que tienen agujetas, otros que quieren tumbarse un rato. Ocurre entonces algo que ninguno de nosotros esperaba. Por la carretera avanzan dos tándems y una bicicleta. En un tándem va un hombre y un niño, en el segundo, una mujer y una niña; en la bicicleta, otro niño.

Pedalean lentamente, como si buscasen algo. Ya están frente a nosotros. Son el pastor Fonseca, su señora *y* sus hijos. Nos buscan a nosotros. En un segundo cambia el panorama. Todos estamos sonrientes, nos damos palmadas en el hombro, y nos reímos sin venir a cuento. Su sola presencia nos convierte en personas distintas. ¿Cómo puede ser eso? ¿Qué tiene este hombre?

De mí sé decir que su obstinación por agruparnos, por concentrarnos, me conmueve y me hace meditar. Se ha propuesto que tengamos un mundo, el nuestro, y pone todo su empeño en conseguirlo. El mundo exterior nos ignora o nos desprecia; pues bien, olvidémoslo. No estemos siempre, como papanatas, haciendo la lista de todas las vejaciones de que nos hacen objeto.

Este es su propósito. No sé si lo conseguirá. Somos tan heterogéneos que muchas veces pienso que lo único que tenemos en común es nuestra esperanza. La compartimos durante unas horas, dos o tres, a la semana. El resto del tiempo cada uno vive sus gustos y sus ideas. Procedemos de ambientes distintos, cada uno es como se ha criado, y no hay forma de evitarlo.

El señor Hernández es de una forma, Pedrín es de otra, y Manuel, el de Pozos de Valdemorillo, no se parece en nada ni al señor Hernández ni a Pedrín. Manuel suelta de vez en cuando unas palabrotas que nos dejan helados. No se le puede culpar por ello: hasta hace un año, Manuel, su padre y su hermana Teresa vivían en el pueblo. Y allí seguirían viviendo si el señor pastor no se hubiese empeñado en que allí, aislados, no podían seguir ni un día más. Él les buscó trabajo, al padre y al hijo, él consiguió, a fuerza de patadas sobre el asfalto, que en el hospital viesen a su hermana, que ya no usa muletas. Él les buscó casa, él hizo todo por ellos.

«Cuento mucho contigo, Enrique», me dijo un día. «Somos una familia y como una familia debemos vivir.»

A veces recuerdo la primera vez que estuve en su casa, cuando aquel golfo rompió dos copas de su cristalería de Amberes. Aquello fue espantoso, su señora estaba pálida, sus hijos temblaban de miedo, y sin embargo, él puso buena cara a todo, y siguió adelante, reuniendo a los jóvenes a pasar la Nochebuena en su casa, y nunca más volvió a pasar nada.

No me cabe ninguna duda de que Dios lo ha ungido con un don especial. Y creo que todos los demás piensan lo mismo que yo. Estamos solos, y nos peleamos como gatos. Llega él,

y todo es armonía. Él es el eje de una rueda. Nosotros somos los radios de la misma. No queremos separarnos de él.

—o0o—

Ya ha habido la primera reyerta. Había varias incubándose. Ésta ha sido la primera por pura casualidad. Al menos, ha servido para algo. Al reventar la primera nube, las otras se las ha llevado el viento. Todas las demás peleas que se estaban forjando han desaparecido.

La cosa ha sido bien sencilla. Eva era cortejada por Timoteo. También lo era por Pedrín. Eva ha preferido a Pedrín. De esto hace ya más de un mes; si Timoteo no estuviese tan obcecado se habría dado cuenta. Eva no se atrevía a desairarlo, y seguía hablando con él como si nada hubiese ocurrido.

–Ya se irá dando cuenta –decía. Le daba lástima de Timoteo, porque es un apasionado, enseguida se acalora y se disgusta. Yo creo que lo que le ocurre es que está un poco majareta. El señor pastor, en cambio, dice que Timoteo es un buen cristiano, y que el tiempo lo hará más reflexivo y más sentado.

Eva y Pedrín no se atrevían ni a cogerse de la mano estando Timoteo delante. A tanto llegaba el miedo que le tenían. Pero se ve que Timoteo se olió algo, y últimamente extremaba sus atenciones con Eva. Pedrín lo miraba, se ponía encarnado, bufaba como un toro, pero no se atrevía a decir ni hacer nada. Al parecer, al decirle que sí, Eva le había puesto como condición que procurarían que Timoteo fuese comprendiendo las cosas poco a poco.

El remedio ha sido peor que la enfermedad. Timoteo ha reaccionado como una bestia enloquecida. Continuamente cambia de punto de vista.

–Mentira, eso es mentira. No puede ser. Ella le habrá dado el pie y él se ha tomado la mano, eso es lo que ha ocurrido.

Pero después cambia de opinión.

–Se ha aprovechado del taller de su padre, eso es lo que ha hecho. Restregarle a Eva por las narices el taller de su padre.

El padre de Pedrín tiene un taller de trabajar el metal bastante grande. El taller les debe de dar bastante dinero, porque toda la familia de Pedrín se nota lustrosa, y se les ve satisfechos. Pedrín es hijo único, y, aunque en el taller es un obrero más, con la diferencia de que su padre no le paga jornal, lo cierto es que el padre, el señor Anselmo, está orgulloso de él.

Aunque yo solamente llevo un mes trabajando en el taller del señor Anselmo, me he dado cuenta ya de que su primer defecto es la fanfarronería.

–Cuando este chico quiera echarse novia –nos decía un día–, yo no le diré que la busque rica, ni así ni asá. Lo que quiero es que conquiste la más guapa. Conquistar una rica no tiene mérito, conquistar una guapa, sí. Si además es rica, mejor que mejor.

El padre de Pedrín no quiere saber nada de religión ni de la iglesia. Lo único que le gusta es mandar, fanfarronear y ser el primero en todo.

La verdad es que con Eva no puede tener queja de que no sea la más guapa. No creo que ni en nuestra iglesia ni en ninguna parte pueda encontrarse una chica más guapa. Ni más simpática. Todos estamos un poco enamorados de ella. Y esté donde esté siempre tiene tres o cuatro moscones rodeándola. Pero ella se los sacude cuando y como quiere. Yo no me canso de contemplar su cabello rubio, que siempre lleva en melena, y sujeto con una cinta, y sus ojos de miel. En la barbilla tiene un hoyuelo, y en cada mejilla otro. Pero cuando rompe a reír, los hoyuelos de las mejillas se le duplican y su cara se convierte en una maravilla.

–Dos hoyuelos en cada mejilla es el colmo de la hermosura –le dijo un día el señor Hernández.

Eva aún rió más fuerte. Cuando ríe, echa el cuello hacia atrás, entreabre la boca, y yo, siempre desde lejos, me quedo como un papanatas, mirándola horas y horas. No lo puedo evitar, todo lo que hace lo encuentro bien. Iría besando cada una de sus huellas.

–Señorita Eva –le dijo otra vez el señor Hernández– si sigue riéndose de esa manera, pronto se le llenarán de arrugas los bordes de los ojos.

–Es lo mismo –respondió ella.

Eva ríe siempre, pero su risa es suave, dulce, armoniosa. No comprendo cómo un alcornoque como Pedrín, que no tiene más que fachada, ha podido enamorarla. Timoteo todavía lo comprende menos.

–¿Qué le encuentra, pero qué le encuentra a ese figurín del ramo manufacturero de la tuerca y el husillo?

Timoteo cada vez está más furioso; ya ni recuerda que hasta ayer estaba enamorado de ella. Ahora sólo le escuece el amor propio humillado. Comprometida Eva, las chicas que quedan no le llegan ni a la suela del zapato. Bueno, ¿y qué? Pues que se aguante Timoteo. También yo estaba enamorado de Eva, y me aguanto. Y probablemente también lo estaba el señor Hernández, que se ha quedado tan triste y con una cara tan larga que da pena. Y en cambio, no dice nada. Y bien mirada la cosa, prefiero que el novio de Eva sea Pedrín, que si alguien intenta propasarse con ella le abrirá la cabeza de un puñetazo, que no Timoteo que, además de enclenque, es un neurasténico y un pedante.

—o0o—

DIECISÉIS

–«Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: que el señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió y dijo: "Tomad, comed, esto es mi cuerpo que por vosotros es partido: haced esto en memoria de mí".»

–«Así mismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que bebierais, en memoria de mí.»

–«Porque todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa la muerte del Señor anunciáis hasta que venga.»

Poco a poco, la voz del pastor va haciéndose más enérgica y apremiante.

–«De manera que, cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor.»

«Por tanto pruébese cada uno a sí mismo.»

Las palabras rebotan en el tejado encristalado y, mezcladas con su propio eco, vibran en nuestros oídos durante largas fracciones de tiempo. Nunca puedo oír estas palabras sin que un escalofrío sacuda mi espinazo. Si participo indignamente de la comunión del Señor, soy culpable de su asesinato.

–¿Estás malo? –me pregunta Timoteo.

Le digo que no con la cabeza.

La voz solemne del pastor continúa rodando por el salón. La Cena del Señor es el acto más solemne en la vida de un cristiano. «Por tanto pruébese cada uno a sí mismo.»

El pastor da las últimas instrucciones. –Dijo Jesús: pues si yo, siendo el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros debéis lavar vuestros pies los unos de los otros.

Los varones nos trasladaremos a la nave que hay detrás del púlpito, pasando por la puertecita de la izquierda. Si alguien ha ofendido a su hermano, debe pedirle perdón y debe lavar sus

pies. No podemos participar de la comunión guardando en nuestro corazón la menor traza de rencor. El armonium suena suavemente. Los varones nos ponemos en pie, y vamos saliendo.

Timoteo se empareja conmigo. –Pedrín no es un buen cristiano –me dice–. Si lo fuese, no habría hecho lo que ha hecho.

Yo estoy harto de Timoteo y su eterna monserga desde hace dos meses.

–Cuanto más vueltas le des, más lo enconarás –le digo–. Además, no creo que Eva sea la única chica en el mundo.

Me mira furibundo. –Yo sólo quiero a Eva.

–Pues olvídala.

Se pone furioso. –No puedo olvidarla. ¡Ni quiero! ¡No me da la real gana de olvidarla!

Me paso la mano por la frente, en un gesto de sufrimiento demasiado exagerado. Y, al fin y al cabo, eso no es asunto mío.

Hemos hecho lo posible por acondicionar la nave trasera, pero el resultado ha sido casi nulo. Es una especie de camaranchón, donde los antiguos propietarios guardaban los aperos. A veces, aquí pernoctaban caballerías. Lo único que hemos podido hacer es amontonar todos los trastos en el rincón más apartado de la puerta que comunica con el templo y taparlos en parte con una lona. Las sillas ocupan los tres lados de un cuadrado. Sobre cada silla hay una toallita, y delante de ella, un lebrillo blanco lleno de agua.

Los hombres van formando parejas. Uno se sienta y se descalza. Su compañero le lava los pies. No hay sillas para todos, y algunos tenemos que esperar.

Timoteo me empuja contra un rincón. Extiende los brazos hasta las dos paredes me cierra el paso.

–Si Pedrín fuese un buen cristiano, me habría dicho que se quería hacer novio de Eva.

–Me estás hartando –protesto–. Vuestras cosas me tienen sin cuidado.

–Tú tampoco eres un buen cristiano. –Al hablar, me echa el aliento sobre las narices. Su aire, cálido y ya respirado, me atosiga los pulmones.

–Si fueses un buen cristiano, no me hablarías así ahora, en estos momentos tan solemnes.

Me espanto. Mi corazón no debe anidar ni una pizca de saña contra ningún hermano mío. Pero Timoteo es insoportable. No importa: debo humillarme.

–Perdóname –le digo humildemente–. ¿Me permitirás que lave tus pies?

–Sí, hombre –me responde displicente–. Yo también lavaré los tuyos.

–Pero a lo que íbamos. –Le brillan los ojos. Cada vez acerca más su cara a la mía–. Tú eres amigo de Pedrín. Debes decirle que lo que ha hecho no está bien.

–No soy amigo suyo. Trabajo en el taller de su padre, y nada más.

–Lo ves todos los días. Hazte amigo suyo.

El sabor caliente de su aliento apesta en mi garganta. Pero debo ser humilde, y no exaltarme.

–Mira, hay un sitio libre.

–Mientras no me prometas que le dirás a Pedrín que lo que ha hecho no está bien, no te dejaré moverte.

Los brazos de Timoteo son enclenques, de raquítico. Con un leve empujón que le diese en uno de ellos, le haría perder el equilibrio. Pero no puedo: debo expulsar la ira de mi pecho. Pero, ¿cómo puedo prometer una estupidez tan grande?

–¿Por qué no se lo dices al pastor?

–No me ha hecho caso. Dice que cada uno manda en su corazón.

Le brillan los ojos como si tuviese fiebre. Los acerca tanto a los míos que, si continúo mirándole cara a cara, me volveré bizco.

Cuando empiezo a lavar los pies de Timoteo, han terminado casi todos los hermanos. En medio de un silencio total, se abrazan y se besan en las dos mejillas.

–«Que el Señor nos bendiga.»

–«Que Él nos conceda su vida eterna.»

–«Y que nos mantenga fieles hasta su gloriosa venida.»

Por las mejillas de algunos ruedan las lágrimas. He terminado de lavar los pies de Timoteo. Ahora le toca a él. Coge agua en el hueco de su mano, y la deja caer sobre mi tobillo.

–A mí, esto de lavar los pies me parece una antigualla –me murmura–. No me gusta mucho.

Nos abrazamos. Otros hermanos se nos acercan, y nos abrazan y nos besan en las dos mejillas. Pedrín se me acerca. Sonriente, como siempre. Me da un fuerte abrazo.

–¡Firmes y adelante, Enrique! –Me palmotea la espalda. Pedrín sonríe siempre. Se acerca después a Timoteo. Éste, nada más que con la mirada, le hace comprender que él no quiere nada de abrazos ni besuqueos. El brazo de Pedrín se detiene en el aire. Baja suavemente.

–¡Firmes y adelante, Timoteo! –Pedrín alarga la mano y estrecha la de Timoteo.

Timoteo masculla algo incomprensible.

–Es un hipócrita –me dice a mí, cuando Pedrín se aleja. Yo quisiera ser capaz de no escucharle. Quiero pensar solamente en Jesús, que todo lo dio por mí. Pero esta polilla venenosa no me deja pensar en nada.

Estamos de nuevo en el templo. Los diáconos han distribuido el pan. Todos estamos en pie. Allá enfrente, el pastor inclina la cabeza y pronuncia las santas palabras:

–Dijo Jesús: «Tomad, comed, esto es mi cuerpo.»

Inclinadas humildemente nuestras cabezas, comemos el pan. De buena gana lloraría. Siento una enorme pena por Jesús, que murió por mí.

Los diáconos pasan ahora con las bandejas que contienen los vasitos de zumo de uva. Lo tomamos con respeto y esperamos en pie. Los diáconos regresan al frente. El pastor toma sus bandejas y las va colocando sobre la mesa. Cuando tiene la última en la mano, ofrece el zumo de uva a los diáconos. Ellos toman sus vasitos. Sólo falta el señor pastor. Toma el suyo, deposita la bandeja en la mesa, y la tapa con un paño inmaculado.

–Y tomando el vaso y dadas gracias, les repartió, diciendo: «Bebed de él todos, porque esta es mi sangre del nuevo pacto, la cual es derramada para remisión de vuestros pecados.»

Bebemos en silencio. Después oramos. Empieza a sonar el armonium. Las notas, suaves y como vacilantes al principio, se entretejen cada vez con más fuerza.

–Cantemos, hermanos, a nuestro Señor y Cristo –dice el pastor.

Entonces suena junto a mi oído una vez más la voz de Timoteo, que de nuevo está a mi lado: –Eva será para mí. Te lo juro. Me cueste lo que me cueste.

–Jesús dijo que no debemos jurar. –No se me ocurre otra cosa.

—o0o—

A la una en punto, uno de los aprendices coge una llave inglesa, o lo primero que encuentra a mano, y empieza a golpear al objeto hueco más cercano. La verdad es que parece que olemos la hora porque minutos antes ya estamos todos muertos de impaciencia, esperando que empiecen los golpetazos.

El señor Anselmo, el padre de Pedrín, ha colocado, hace poco tiempo, un lavabo al fondo de la nave, junto a la puerta del patio, y dice que pronto hará instalar una ducha para que podamos ducharnos por la tarde cuando nos vamos, pero eso ya veremos quién lo llega a ver.

Todos salimos lanzados en busca de nuestras meriendas, y cinco minutos después ya estamos sentados en la acera, recostados contra la pared del taller o contra la tapia del solar contiguo. Yo, como tengo la costumbre de lavarme antes las manos, llego siempre el último, y todas las veces hay algún gracioso que me gasta alguna broma. Lo que pasa es que, ahora, las bromas me tienen sin cuidado.

He cambiado mucho desde aquellos tiempos del colegio, cuando todos los chicos me perseguían al salir de clase con las correas en la mano gritándome a compás «¡he-re-je, he-

re-je!». Fujiyama me dio una vez un consejo que nunca olvidaré: «Lo único que importa es la personalidad. Si haces algo, ten personalidad para mantenerlo. Hazte respetar, y te respetarán». Cada vez me va mejor con el consejo de Fujiyama. Todavía siento una gran lástima cada vez que pienso que Fujiyama sigue medio loco con sus teosofías y sus karmas, y nunca querrá ser cristiano, a no ser que Dios haga un milagro.

Mis compañeros de taller empezaron a burlarse de mí. Les hacía gracia mi tipo desgalichado de estudiante, el color de mi piel, mi ropa, que no era tosca como la de ellos. Empezaron a burlarse de que me lavaba las manos antes de comer y de que no bebía vino, sino agua.

Al principio, yo no hice ningún caso. Al contrario, intenté con toda mi buena fe hacerles comprender lo dañino que es el vino para la salud. Esto es una cosa que me enseñó también Fujiyama. Yo nunca he bebido, pero Fujiyama y los otros amigos naturistas, me ayudaron a darme cuenta de los estragos que causa el alcohol en la Humanidad. Desde entonces soy un enemigo furibundo de las bebidas alcohólicas.

–Lo que tendríais que hacer es dejar de beber vosotros –les decía a los del taller.

Ellos se echaban a reír.

–Un día que tengáis ganas de escucharme os contaré casos verídicos.

Se armó un gran jaleo. Unos querían oírme, pero otros encontraban más divertido seguir alborotando. Decidieron que lo mejor sería dejarme hablar para seguir encontrando motivos de risa. Pero yo no soy tan tonto como ellos, y no quise decir ni una palabra más.

En cambio, otro día que estaban más sosegados, aproveché para explicarles cómo una persona a la que inyectan una gota de alcohol en la sangre, muere entre espantosas convulsiones. No estaba muy seguro de si era una gota o más; lo dije a ojo, pero los asusté.

Excepto a Venancio. Venancio es el más animal. Todo lo que tiene de grandote lo tiene de tonto. Empezó por meterse conmigo, pero ahora son todos los demás los que se meten con él. Venancio es un cerdo que jamás se lava las manos, y que en la fiambrera siempre trae alguna comida con salsa. La salsa le escurre por las manos y él se lame las manos hasta las muñecas. Como un perro.

–Venancio –le dije yo aun día– no me importa que te chupes las manos y te tragues todos los microbios que llevas encima. Si te gusta devorar los microbios, eso es cosa tuya. Pero, por favor, sorbe sin ruido.

La ironía les hizo gracia a los otros, y ahora le llaman «el Tragacrobios». Cada vez que se lo dicen, Venancio suelta unas maldiciones horribles. La verdad es que, entre su vozarrón y que es un poco acromegálico, impone respeto.

–Al que se meta conmigo, le muelo los huesos –ruge, mirándonos de hito en hito.

Yo le aguanto la mirada. –Te voy a triturar –me dice.

–No me das miedo.

Un día quiso voltearme. Me puse en pie como una flecha, le hice una llave de jiu-jitsu que me había enseñado Fujiyama y que yo había practicado cientos de veces con los amigos, y Venancio rodó patas arriba como un ternero apuntillado. Y menos mal que, como es un suburbio, no hay acera, ni adoquines ni nada. Si llega a haber acera con bordillo de adoquines, Venancio se descalabra.

Los otros se quedaron viendo visiones. No les cabía en la cabeza que bajo mi piel blanca hubiera unos músculos duros y elásticos como muelles de hierro. Desde ese día me tienen un respeto tremendo. Casi increíble. Y lo más curioso de todo es que casi todos se lavan las manos antes de comer. Y uno ha dejado el vino. Seguían burlándose de Venancio, que se acurrucaba un poco alejado, en el quicio de una puerta, y comía en silencio, mirándonos furtivamente.

–Dejadlo en paz, pobre chico –dije yo un día. Me daba verdadera lástima. Lo dejaron en paz. Pero todavía no se atreve

a acercarse a nosotros y continúa mirándonos de reojo desde lejos. Cuando me mira a mí, yo aguanto su mirada, y entonces le brillan los ojos con un chisporroteo de odio feroz. Estoy seguro de que, si un día puede, me jugará una mala pasada. Por eso procuro eludirlo todo lo que puedo.

Y lo malo es que ahora me toca trabajar con él, en la misma máquina. Resulta que Venancio, a pesar de su corpacho deforme, es un oficial extraordinario, y el señor Anselmo, cada vez que traen una máquina nueva, pone a Venancio para que le enseñen cómo funciona. Escucha las explicaciones sin preguntar absolutamente nada, no entiende nada de cálculo, y sin embargo, maneja la máquina casi mejor que el instructor. Estando yo en el taller ha pasado ya dos veces: la primera, con el torno revólver. Aprendieron a manejarlo Venancio y Pedrín, pero Venancio mucho más aprisa y con más perfección que Pedrín. El señor Anselmo estaba negro.

–Parece mentira –le decía a su hijo– que este berzas aprenda más pronto que tú.

Pedrín, aunque es un zángano, se cree que porque es el hijo del amo entiende de todo. A veces le da por desmontar algo de una máquina, y luego no hay quien acierte a montarlo. Cuando se estropeó algo del mecanismo del plato de la fresadora, Pedrín se empeñó en arreglarlo. Armó un cisco tan grande, que hubo que llamar a los de la casa. Vinieron dos montadores, un oficial y un aprendiz, y se morían de risa viendo el estropicio que había hecho Pedrín.

De modo que, cuando trajeron el torno copiador, que es la última adquisición del señor Anselmo, éste no le dejó a Pedrín ni acercarse. Pedrín, como es un inconsciente, se quedó tan tranquilo.

–Venancio, hazte cargo. Que te den todas las explicaciones, porque vas a manejarlo tú.

–¿Pero usted sabe algo de aritmética? –le preguntó el oficial montador.

Venancio se encogió de hombros. –¿Para qué?

–Oiga –dijo el montador al señor Anselmo– que aquí hace falta alguien que sepa algo de cuentas. Mire, mire –le señala-

ba las plaquitas atornilladas al basamento de la máquina, todas llenas de cifras y de fórmulas extrañas.

–¡Pedrín –gritó el señor Anselmo– ven aquí, y entérate tú también!

Pedrín se había enfadado con su padre y dijo que no le daba la gana.

–¡Que se entere Enrique, que ha estudiado el bachillerato!

–¿Enrique? Pero si es un aprendiz.

Al final ha resultado que Venancio y yo nos las entendemos con el torno copiador, la máquina más complicada del taller, el orgullo del señor Anselmo, que no se cansa de mirarla, y se pasa las horas muertas viendo cómo el útil saca virutas al pedazo de hierro, que poco a poco va adquiriendo la forma a escala del modelo que gira a su lado.

–Soy como Dios –exclama el señor Anselmo–. Dios creó al hombre. Yo, con mi torno, creo la pieza. Soy como Dios.

–No blasfeme, por favor –le digo.

–Tú te callas –me grita Venancio, que está del otro lado del carro–. El señor Anselmo es el patrón, y nadie le puede decir nada.

–Está blasfemando.

Resulta que el señor Anselmo me da la razón.

Todas estas cosas me llenan de alegría, y me asombran. El día que fui bautizado prometí a Dios ser diferente para siempre, y no avergonzarme jamás de serlo. Resulta que la gente me respeta. Si me gastan una broma sin importancia, les sigo la corriente.

–Bueno, Enrique, dinos de una vez de qué protestas. –Esa es la broma más frecuente.

–Ayer, en el fútbol me volví protestante. Protesté tanto contra el árbitro que hasta me c…é en su padre.

De estas cosas no hago ni caso. Ahora bien, si alguien confunde mi mansedumbre con cobardía, me vuelvo una fiera. Que Dios me perdone, pero estoy dispuesto a hacerme respetar hasta con los puños, si es preciso. De esto he hablado mucho con Pedrín, y él está de acuerdo conmigo. Pero para él, como es

el hijo del patrón, no hay problema. Eso es otra cosa que he aprendido: con poder o con dinero se puede ser lo que se quiera, que todos te respetan.

—o0o—

DIECISIETE

–¿Qué haces tú aquí? –pregunto, sorprendido, a Timoteo. Su aspecto, blancuzco y delgaducho, no encaja para nada en el ambiente del taller.

–Ya lo ves, trabajar.

Resulta que el señor Anselmo le ha dado trabajo en el taller.

–Pero, ¿tú no eres linotipista?

–Linotipista, no. Encuadernador. Pero ahora voy a trabajar de mecánico. ¿Te molesta?

Estoy asombrado. Y temo que esto va a traer complicaciones. Debería poner a Pedrín sobre aviso. Pero no creo que sirviese para nada. Pedrín vive por completo en las nubes. Su padre es el amo, las máquinas del taller valen millones, la cartera de pedidos y encargos es cada día más gruesa, y encima su novia es la chica más guapa de la iglesia. ¿Qué cosa puede existir capaz de preocupar a Pedrín?

Timoteo, no, desde luego. Ni un segundo dejo de observarlos. Pedrín, feliz en su limbo, le habla con toda naturalidad. Los ojos de Timoteo despiden fuego. «Te robaré la novia, te robaré la novia», dicen continuamente.

Pero, ¿cómo va a hacerlo? ¿Cómo puede ni siquiera pensarlo? Eva no es una mercancía ni un objeto; si no quiere a Timoteo, está de demás todo lo que éste haga. ¿Y qué pensará hacer? ¿Raptarla? ¿Matar a Pedrín? No lo sé, no comprendo nada, pero presiento una gran desgracia.

–Timoteo, ven que quiero hablar contigo. –Lo sujeto por el hombro. Los otros compañeros se van a la calle con sus meriendas. El hombro de Timoteo intenta escurrírseme, pero mis dedos lo engarfian con más fuerza.

–Ven para acá. –Me lo llevo en dirección contraria. Al fondo del taller, junto al cuarto del material, hay una puertecilla. La puertecilla da a un estrecho cobertizo con techumbre de uralita. Lo atravesamos, y salimos a un enorme patio. Adosada al

otro extremo del patio está la casa de Pedrín, que es de dos pisos, y da a otra calle. Junto a la pared de la casa están aparcados la camioneta y el automóvil que se han comprado últimamente: un topolino en bastante buen estado, con capota de lona.

–¿Es de él? –Timoteo lo señala con el mentón.

–De su padre.

–Para el caso es lo mismo. Bueno, ¿qué quieres?

–¿Por qué te has metido a trabajar aquí?

–No te importa.

–Quieres espiarlos, ¿verdad?. Pues mira, te voy a ahorrar molestias. Aquella casita blanca es la de Eva. Cuando se cansan de pasear vienen aquí, a este patio, y se sientan ahí, en el centro, en el poyo al pie del peral. El padre de Eva se asoma a aquella ventana enrejada que da a este patio, y le avisa que ya ha vuelto del trabajo. Eva se marcha entonces a preparar la cena del padre y los hermanos y hasta el día siguiente.

Ni un instante, mientras hablo, dejo de mirarle fijamente a los ojos, pero él me contempla impertérrito, como si le hablase de algo que no le afecta personalmente.

–Es una vergüenza que se queden ahí solos, sobándose y besuqueándose, ¿no te parece?

–El señor Anselmo le ha dicho a su hijo que si alguna desgracia le pasa a Eva, lo muele a palos. Se lo dijo delante de todos en el taller. Cualquiera te lo puede decir.

La mirada de Timoteo es horrible. Hay en ella una parte de odio, y otra parte de fría crueldad, y muchísima desesperación.

–¿Te parece bien lo que han hecho?

Me encojo de hombros. –¿Qué quieres que te diga? No iban a ir a pedirte permiso.

–Eva sabía que yo la quería. –A rachas su rostro adquiere un aspecto noble, de desesperación pura y limpia, pero generalmente lo cubre una nube sombría hecha toda ella de sentimientos crueles y abyectos.

–O quizá no. Y aunque lo supiese, tampoco tenía por qué pedirte permiso. En las cosas del corazón no manda nadie. Lo

que te ocurre –añado– es que estás obcecado. Eso es lo que te pasa.

–¡No estoy obcecado! Pero ese señorito chulo no quiere a Eva. ¡Se quiere a sí mismo!

Es inútil seguir hablando. Sería perder el tiempo.

–Te advierto –le digo para terminar– que todo lo que te digo a ti, se lo he dicho antes a Pedrín.

Salta sobre mí como un lobo. –¿Qué le has dicho?

–Lo que pienso. Que vienes a espiarlos. Y que le diga a su padre que te eche cuanto antes.

Tampoco Pedrín me ha hecho caso alguno. El muy fatuo está demasiado creído de sí mismo. No se da cuenta de que Timoteo nos traerá desgracia. A todos, a toda la iglesia. Porque la obcecada pasión de Timoteo se ha desbocado, ha devorado sus propios límites, y una vez descontrolada ha hecho de algo tan sencillo y humano como es que Eva prefiera a Pedrín antes que a él, un asunto de iglesia, y ahora está empeñado, una vez que ha conseguido que Eva huya de él como de la peste, en que todos, empezando por el pastor, se ocupen de su problema y hagan ver a Pedrín y a Eva lo equivocado del paso que han dado. Así habla Timoteo.

—o0o—

–Usted tiene que hacer algo, señor pastor.

–Puedo hacer muy poco. Intentar hacerle reflexionar, y poco más. Formamos, Enrique, un pueblo pequeño. Un pueblecito incrustado en medio de una gran ciudad. Pero no pertenecemos a ella. Tenemos nuestro modo de vida particular, y somos inconfundibles. No podemos mezclarnos con las otras gentes. En primer lugar, ellos nos rechazan. Además, no sabríamos qué hacer entre ellos. Somos demasiado distintos.

–Hable usted con él. Acabará volviéndonos locos a todos.

–Ya he hablado. Ya ves de qué ha servido Sólo en un pueblo pequeño, incomunicado con el exterior, pueden aparecer y desarrollarse pasiones grandes e insensatas como ésta de

Timoteo. Ni él mismo sabe en este momento si lo suyo es amor por Eva o pura y simple obcecación. ¿Todavía va al taller?

–Hace tres semanas que no acude. A pesar de todas mis advertencias, se empeñó en espiarlos cuando, después de pasear por la calle, se sentaban en el poyo del patio. Al parecer, un atardecer alguien le arreó un ladrillazo en las costillas que casi lo mata. El padre de Pedrín lo encontró tendido en el suelo junto a la tapia, casi sin resuello. Timoteo abrió los ojos y lo vio. Se puso en pie de un brinco, echó a correr, y ya nadie ha vuelto a verle poner el pie en el taller.

–Los compañeros del taller dicen que fue el señor Anselmo quien le tiró el ladrillo. El padre de Pedrín es como una bestia, sin ningún temor de hombre alguno ni de Dios. Aún no comprendo cómo dio el permiso para que su hijo fuese bautizado.

El señor pastor se pasa la mano extendida por la frente, por las sienes. Ha envejecido algo, y su cabello empieza a blanquear.

–Dejaste definitivamente los estudios, ¿verdad?

–Definitivamente.

–A mi esposa y a mí nos preocupa ahora Tommy. Tendré que enviarlo a Bélgica, con sus abuelos. Gratuita por gratuita, siempre será mejor la educación que reciba allí. Aprenderá correctamente el francés. Sin embargo, éste es su país, y no debe desertar de él. Debería educarse aquí, crecer aquí, soportar las mismas dificultades que has soportado tú, que soportó Manuel allá en su pueblo. Pero el corazón de un padre es débil.

El pastor está cansado hoy, lo noto. Quizá, sea a causa del absurdo problema de Timoteo. Quizá el de Timoteo sea solamente uno más entre tantos casos absurdos que sus feligreses consideran oportuno echar sobre sus espaldas. Y él tiene la obligación de escucharnos a todos.

¡Tantas cosas quisiera hoy preguntarle! Quiero ver claro (dentro de mí mismo y a mi alrededor), y librarme de una vez de la sensación angustiosa de sentirme encerrado. Intento hacerme comprender, pero él ve las cosas de un modo muy diferente. «Estáis en el mundo, pero no sois del Mundo.» Es mejor que

el mundo nos aísle: su contacto podría pervertirnos, hacernos olvidar que aquí no somos otra cosa que «peregrinos, advenedizos, sin tierra siquiera para poner los pies». Si el mundo no nos aislase, tendríamos que aislarnos nosotros de él.

Yo veo las cosas de otra forma. Jesús convivía con toda clase de gente. Soy joven, la sangre me hierve, y me duele en mi carne que el «mundo» nos odie o nos desprecie. La soledad me angustia.

–Ya que nuestra soledad existe, y si ello te angustia, vive dignamente tu angustia y tu soledad.

«Sobre todo, sin cobardía», pienso yo. La cobardía me obsesiona. Han llegado otros jóvenes, y dejamos nuestro tema. Ahora el centro de nuestro interés es Francisco. Francisco es un joven que, dentro de quince días, se incorpora a filas en el servicio militar. Francisco ha decidido declararse objetor de conciencia. Por motivos religiosos se negará a empuñar las armas. El pastor Fonseca le ha dejado que tome libremente su determinación. Ahora, que ésta es firme, se ha propuesto ayudarle a prepararse adecuadamente para la tremenda prueba que le espera.

–La primera reacción de tus jefes será de burla. Sus ojos contemplarán algo que jamás habían esperado. No darán crédito a sus oídos. Pero esto durará poco. Vendrán enseguida los gritos, y muy probablemente las bofetadas. Después, el calabozo.

El pastor, además de citar a Francisco en su despacho, nos ha hecho venir a otros que pronto habremos de seguirle por su mismo camino. Como siempre, yo soy el más joven del grupo. Poco más que un niño.

Francisco escucha con toda la atención de que es capaz. El labio inferior le tiembla ligeramente. Algunos no creen que en el ejército estén permitidas las bofetadas.

–Si un soldado se queja, el sargento se la puede cargar.

El pastor echa mano de un manual del soldado que ha comprado para Francisco. –Aquí dice que «los castigos corporales sólo serán aplicados cuando sean estrictamente necesarios».

¿Quién decidirá si la bofetada era necesaria o no, el soldado o el sargento?

El señor pastor quiere que Antonio sea capaz de explicar, con los Evangelios en la mano, por qué el cristiano es enemigo de la violencia. Mientras él pasa las hojas de su Biblia, yo miro de reojo qué hace Francisco. Está quieto, aparentemente tranquilo, y no quita los ojos de las manos del pastor. Escucha no solamente con los oídos, sino también con los ojos, con el cuello, hasta con las arrugas que se le hacen en la frente.

Su gran prueba empezará dentro de dos semanas. Mejor dicho, empezó hace dos meses, cuando tuvo lugar el sorteo en la caja de reclutas: por la bendición de Dios y gracias a las oraciones de la iglesia, Francisco superó esa primera prueba: no hará el servicio militar en África, ni siquiera en provincias. Le ha correspondido un regimiento de Madrid. Pero los primeros cuarenta días, hasta la jura de bandera, los ha de pasar en el campamento, cerca de Colmenar.

–Lucharás solo –le dice el señor pastor–. Pero no estarás solo. Dios y sus ángeles estarán contigo. –Cuando el pastor mueve las hojas de su Biblia, los cantos dorados lanzan pequeños destellos.

Una cosa que preocupa al pastor es si Francisco será juzgado por un tribunal militar, o simplemente castigado con un arresto más o menos largo.

Un chico dice que mientras no se jura bandera no estás bajo la jurisdicción militar. Otro, que si desobedeces teniendo el fusil en la mano, te pueden castigar con la pena de muerte. Pero el anterior replica que el fusil te lo dan para hacer prácticas, que por consiguiente no es «tu fusil», ya que hasta que no juras bandera, no tienes fusil propio.

Francisco escucha en silencio, y traga saliva. Su mayor miedo es no ser capaz de explicarse cuando le pregunten. O que le falte el valor. El pastor, para animarle, le lee promesa tras promesa de la Sagrada Escritura. «Dios pondrá en tus labios las palabras adecuadas.» Le cita el caso de los compañeros de Daniel cuando desobedecieron la orden de adorar a

la estatua; y el del mismo Daniel, que siendo primer ministro del rey de Medopersia, lo desobedeció y oró a la vista de todo el pueblo.

Yo quiero mucho a Francisco porque él ha conocido a Cristo por medio de Fujiyama. A Fujiyama se le metió en la cabeza aprender a cantar, porque alguien le dijo que tenía una espléndida voz de barítono y que debía educarla. Francisco, que está en quinto curso de violín, empezó a darle clases de solfeo. Fujiyama se lo llevó al campo y le enseñaba a boxear. Más tarde lo trajo a una predicación de nuestro pastor. Desde entonces Francisco no ha dejado de venir a la iglesia. Ha aceptado plenamente el Evangelio.

–¿Y en el sermón de la montaña, qué nos dijo Jesús? –continúa preguntando el pastor.

Cuando termina de hablar, hacemos algunas oraciones. Oramos casi todos, pero Francisco, no. Intenta hacerlo, pero tiene que dejarlo porque le tiembla la voz.

El pastor nos despide diciendo que ha conseguido que un amigo practicante venga dos o tres días a enseñar a Francisco a hacer vendajes e incluso a poner inyecciones.

–Tú –remacha– no te niegas a servir a la Patria, sino a matar. «Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres.» –Añade que los países más progresistas tienen ya resuelto el problema de los objetores de conciencia–. En Gran Bretaña –dice con admiración– puedes negarte incluso a vestir el uniforme militar.

–¿Durante la guerra también?

También durante la guerra. Eso sí, te hace trabajar tanto o más duramente que si estuvieses en una trinchera con un arma en la mano. Arriesgas tu vida como cualquier otro, o todavía más.

A Francisco le tiemblan las manos y se le llenan de sudor. Él y yo nos vamos juntos hacia el metro. Quiere que le hable de Casimiro, de quien lo único que sabe es que fue fusilado durante la guerra por negarse a empuñar las armas.

–¿Tú lo conociste?

–Sí, pero no recuerdo mucho de él. Lo único que recuerdo bien es que era muy alegre.

–A mí no me pueden condenar a muerte. Mientras no jure bandera, no tienen derecho a juzgarme. –Se aferra a esta idea desesperadamente.

Lo que más le preocupa es saber si sabrá escoger el momento adecuado, o si el miedo le hará claudicar en una cosa pequeña, y ya no será capaz de reaccionar. No sabe si hablará cuando le entreguen el uniforme, o cuando le den el arma, o al incorporarse al cuartel, o la primera vez que le hagan formar, o cuándo. A Francisco, cuando se pone nervioso, le sudan tanto las manos que, si está tocando el violín, no puede continuar. Una vez intentó acompañar con el violín a una señora que cantaba en la iglesia, y tuvo que dejarlo antes del final.

–¿Estás seguro de que lo fusilaron? A lo mejor se murió de otra cosa.

Le explico otra vez lo poco que sé: Casimiro se negó a empuñar las armas, le sometieron a juicio sumarísimo y lo fusilaron. Como estaba en el otro lado del frente, sólo lo supimos cuando terminó la guerra. Su novia que vivía en Barcelona, se volvió loca y, poco después, murió.

Francisco está seguro de que, por lo menos, le echarán cinco años.

–Lo malo será si me mandan a un batallón de castigo. Se me estropearán las manos y tendré que dejar el violín. Y, aunque no me manden a un batallón, será igual, con cinco años perderé el tacto.

Salimos del metro en la estación de Tribunal. Subimos lentamente. Viene una oleada de gente procedente del otro andén y nos separa. Discutimos después si esta estación es más o menos profunda que la de Gran Vía.

–Quizá sea Gran Vía más honda, pero con el ascensor no se nota.

–Ésta, lo peor que tiene es que es estrecha. Los sitios estrechos y hondos me ponen nervioso.

–La madre de la novia de Casimiro vive ahora en Madrid, pero ya hace mucho tiempo que no viene a la iglesia –le digo después.

Francisco quiere que me entere de dónde vive y que vayamos a verla. Quiere saber todo lo posible sobre Casimiro y su muerte. Yo le prometo que haré lo posible por enterarme.

Nos despedimos. Pero su angustia me ha sido transferida, y ya no me suelta. Lo mismo que la de Timoteo y su absurdo problema. Somos un pueblo pequeño, y todos vivimos y sufrimos juntos. No me importa que así sea. La única cosa que no quiero que se me transmita es su cobardía. A todos los encuentro cobardes, incluso al pastor. Yo nunca me dejaré pisotear. Y no me preocupa el pensamiento de si esto es o no orgullo. No me importa que lo sea. El hecho de que yo quiera ser humilde como Jesús lo fue no impide que yo no quiera dejarme pisotear por nadie. Esto se ha convertido en una obsesión para mí; yo no suplicaré, exigiré.

—o0o—

DIECIOCHO

Ni uno mismo es capaz de prever cuánta amargura puede llegar a albergar el corazón humano. Ni cuánta entereza, ni cuánta resignación. Cuando uno cree que ya conoce todo sobre sí mismo, ocurre de repente algo inesperado que echa por tierra todo lo supuesto. Han pasado quince días, y ni siquiera ahora, mientras contemplo el vendaje blanco en que termina mi mano derecha, soy capaz de comprender completamente algo que sin embargo intuyo: nunca jamás volveré a ser niño.

Los días disminuyen el grosor de la venda: ya empieza a distinguirse claramente que ahí falta algo. El día que el practicante me libere por entero de la cinta blanca y ésta no sea sustituida por nada, Enrique el niño habrá muerto del todo, y empezará a nacer Enrique el hombre. Siento lástima por él, porque nace en las peores condiciones: antes de tiempo y amargado. Nonato, y ya envejecido. Yo no tengo culpa alguna de ello: me ha envejecido la adversidad.

Papá trata en vano de convencerme de que, habiéndose salvado el pulgar y el índice, se ha salvado lo fundamental de la mano. Ya en la casa de socorro, al hacerme la primera cura, me lo dijeron:

–Has tenido suerte, muchacho.

Había perdido tres dedos, arrancados junto con un trozo de palma de la mano y, sin embargo, había tenido suerte. Debí haberles insultado. O haberme echado a llorar. No hice ni lo uno ni lo otro. Estaba demasiado anonadado. Y el borbotón de sangre que arrojaban mis venas y que empapaba los trapajos en los que los compañeros habían envuelto mi mano, estaba debilitándome a marchas forzadas.

Porque fue la pérdida de sangre y no el dolor lo que me debilitó. Ni me debilitó el dolor ni tampoco la vista de mi carne destrozada por la cortante cuchilla, ni la de la sangre que en un segundo enrojeció el muñón de mis dedos. Cuando Venancio, una

vez consumada su obra, me soltó, se desequilibró la violenta tensión de fuerzas en que hasta ese momento habíamos permanecido, y yo di un traspié y estuve a punto de caer. Dicen ahora algunos de los compañeros que vienen a verme que fue el dolor quien me hizo retroceder, pero no es cierto: no sentí dolor ninguno.

Al contrario. Si no hubiese sido porque al extender el brazo mi mano destrozada estaba allí, bien visible, sangrante y destruida, me habría sido difícil relacionar conmigo el alboroto que siguió a la consumación de la vil acción de Venancio.

Es curioso que la primera reacción de los compañeros fuera lanzarse sobre él, como sobre un peligroso poseso, al que, para evitar nuevos males a la colectividad, convenía someter cuanto antes. Solamente después de que lo tuvieron bien sujeto (incluso hubo quien le aporreó la cara con los puños) acudieron a mí. Y sin embargo no comprendo por qué esa furia por anular a Venancio; lo cierto es que, una vez consumada su estúpida y criminal obra, Venancio pareció súbitamente liberado: dejó caer sus brazos a lo largo del cuerpo, retrocedió dos o tres pasos hasta la pared, y allí se quedó como un idiota, mirando fascinado el violento goteo de mi sangre sobre el piso de cemento.

–Tuviste suerte –me dicen ahora los compañeros–. Cuando se lanzó Venancio sobre ti, yo creí que te iba a machacar la cabeza.

–O a cortarte el cuello –añade otro.

–Le brillaba en los ojos la sangre asesina.

Yo sonrío amargamente, y no digo nada. ¿Para qué? ¿Me devolverá la charla la mitad perdida de mi mano derecha? ¿Soslayaré por charlar alguna de las calamidades que me esperan? Nazco a hombre, y nazco tarado. Y nada me nos que en la mano derecha.

–Lo hizo a propósito –opinan todos ellos–. A propósito te destrozó la mano derecha para convertirte en un inútil para toda la vida.

¿Qué clase de amigos son estos? En lugar de darme ánimos, ennegrecen todavía más mi porvenir. Únicamente papá

intenta por todos los medios inyectarme optimismo. Y Pedrín, cuando viene a verme, que es casi todos los días. Papá, en sus esfuerzos, me da lástima. Pedrín, asco. Nunca consigo olvidar que es el hijo del amo. Para él no hay problemas. Perdería las dos manos por completo, y tampoco tendría problemas.

–Lo importante es que consigan arreglarte del todo el tendón del dedo índice. Teniendo bien el pulgar y el índice, que te hagan juego los dos, sobran los demás dedos. Fíjate.

Extiende ante mí su mano derecha, dobla después los tres últimos dedos flexionándolos tanto corno le es posible, y ocultándolos de mi vista, me hace exhibiciones de todas las cosas que se pueden hacer con solamente el pulgar y el índice.

–El pulgar es media mano. Y, entre él y el índice, hacen un garfio perfecto. Los otros dedos sobran.

Pedrín se entusiasma oyéndose a sí mismo. Mientras él habla, yo miro a hurtadillas el vendaje decreciente de mi mano derecha. Ha disminuido ya tanto, que empieza a notarse que allí falta algo.

–Y pensar –prosigue Pedrín– que yo me di cuenta perfectamente de que se echaba sobre ti. Ya hacía rato que tenía la mirada asesina. Cuando tú dejaste la broma, te olvidaste de él, pero él no se olvidó de ti. Todo el rato mientras hablábamos, te miraba desde el otro lado del torno. Otra vez que vea a una persona mirar de esa misma manera, sabré lo que quiere decir. El aviso no me pillará de sorpresa.

–Quizá la próxima vez –digo yo– el aviso sea para ti.

–No te entiendo –responde él.

No es que no me entiende, es que no quiere entenderme. Es demasiado sencillo sentir lástima por los demás. Y sin embargo, soy injusto con Pedrín, ya que él siempre se me ha mostrado sinceramente amigo. Aparte de que, ahora, él también tiene sus propios problemas. Le pregunto por ellos, quizá así consiga olvidarme de mi mano deshecha.

–Todo sigue igual –responde evasivamente.

–O sea, igual de mal. –Es una vergüenza que yo me alegre de que su cosas no vayan bien. Pedrín es un verdadero ami-

go; si no comprende mejor lo terrible de mi dolor es porque es un inconsciente. No debo ser duro con él.

Se alza de hombros.

–Se ve que lo que dijo el oficial del juzgado es cierto. No tenemos derecho a casarnos. La ley se olvidó de que nosotros existimos, y no se acordó de explicar cómo hemos de hacer para poder casarnos.

Su situación no tiene nada de divertida. El oficial, o el juez municipal por medio del oficial, empezó por pedirles que demostrasen que eran acatólicos, y el pastor Fonseca les hizo una especie de certificado conforme al cual eran miembros de su feligresía, pero ahora el juez dice que con eso no basta, que lo que han de hacer es demostrarle que no han sido nunca católicos, apostólicos y romanos. «¿Y cómo se lo hemos de demostrar?» le preguntó Pedrín. «Eso es cosa suya», respondió el oficial del juzgado. «Ustedes traigan las pruebas que consideren pertinentes, y el señor juez dictaminará si son suficientes o no.»

–Y así estamos –dice Pedrín. Se rasca el cogote.

–¿Qué pruebas vas a llevarle?

–¿Lo sé yo, acaso? Mejor dicho, si que lo sé. Llevaré una declaración jurada.

–Eva puede hacerlo. Pero tú serías perjuro.

–Eso dice el pastor. Además después me he enterado que haces la declaración jurada, y te dicen que vuelvas un mes después. Mientras tanto hacen sus averiguaciones, y como te pillen que has jurado en falso, te meten en la cárcel. ¿Sabes que han hecho algunos, hartos de tanto esperar? Juntarse. Les ha echado su pastor una bendición, los ha declarado marido y mujer, y se han ido a vivir juntos. Pero dime si voy a ir yo a Eva con una proposición así.

Cualquiera diría que se alegra de tener dificultades para casarse. Se cree ascendido a la categoría de héroe de la fe. Y yo creo que le gusta saber que es ahora el centro de interés de toda la iglesia.

Las historias de Pedrín me aburren. Acabaré odiándole. Sus

problemas son nada en comparación con mi mano mutilada para toda la vida.

–¿Por qué te has metido en esos líos?

–¿Qué iba a hacer entonces? Dejar que ese atontado de Timoteo siga acosándonos de día y de noche. He acabado soñando con él. «Eva, le dije, lo mejor es que nos casemos cuanto antes.» Ella debía de estar esperando desde hace tiempo que le dijese eso. «Sí, eso será lo mejor», me dijo. No le importa nada más: si tendremos o no piso, si mi padre me pagará o no el jornal, si podremos o no comprar muebles. Nada de eso le importa. Debe de quererme mucho, ¿no te parece?

–¿Y qué dice ahora?

–Que Dios aprieta, pero no ahoga. Y que ya nos encontrará Él la salida. Lo malo es que mi padre, que ya estaba de morros, ha aprovechado estos jaleos para echarse encima de mala manera. Te aseguro que entre unas cosas y otras estoy frito.

Nada, nada, absolutamente nada de lo que me dice, me interesa. Más allá de mi vendaje, el mundo ha dejado de existir. Tenía antes la capacidad de observar todo lo que se movía en torno mío, mis ojos y mis oídos no cesaban de escrutar mi contorno. Desde que la cuchilla segó mi carne soy incapaz de discernir nada, y con mucha dificultad llego a darme cuenta de si las paredes que abarca mi mirada son blancas o negras. ¿Será, de aquí en adelante, mi vida así para siempre? ¿No habrá ya nada que pueda interesarme?

Pedrín sigue hablando, pero no lo escucho. Mis oídos sirven solamente para escuchar el pausado gorgoteo de la amargura que asciende pulgada a pulgada por dentro de mi corazón. Poco a poco, éste va convirtiéndose en un trozo de carne dolorida, surcado por todas partes de miles de punzadas cortas. Empiezan por ser espaciadas, y se van comprimiendo después en el tiempo, hasta convertirse en una angustia asfixiante, que corta mi respiración. Cuando, tras unas inspiraciones profundas, la angustia desaparece, el corazón liberado se ha convertido en un galgo alocado, que brinca inmóvil dentro del pecho hasta

que el mismo paroxismo lo agota y lo va volviendo a su tenue golpeteo acompasado.

Pedrín se marcha por fin, feliz de tener un problema.

–Mi padre quiere venir a verte –me dice antes de irse–. Me ha dicho que te diga que en cuanto tenga tiempo, vendrá a verte.

–Ya me ves tú –respondo–. No hace falta que venga él.

–No creas que quiere venir a perder el tiempo. Quiere hablar contigo de la indemnización y de no sé qué zarandajas del seguro.

Poco después de irse Pedrín, llega el pastor Fonseca. Viene acompañado de una señora anciana, a la que nunca he visto. Mamá los hace entrar al cuarto de ellos, que es donde recibo a las visitas que vienen a verme. El pastor se sienta en uno de los sillones de mimbre, y yo ofrezco el otro a la señora. Pero ella no se atreve a sentarse. Mamá le acerca entonces la silla de asiento de rejilla que hay junto a la mesilla de noche. La señora se sienta, cruza las manos sobre el regazo, y me mira con espanto.

–Es la madre del compañero tuyo de taller que intervino en el desgraciado accidente.

La madre de Venancio. Ahora lo comprendo todo. La contemplo fijamente. Ella baja la mirada. Su rostro no traiciona absolutamente nada de astucia solapada. Y sin embargo, esta mujer debe de ser peligrosa. De otra manera no se explica que ella, una desconocida para él, haya ido precisamente a pedir ayuda al pastor Fonseca, la única persona que en este momento podría quizá influir en mí y hacer ceder lo inquebrantable de mi decisión.

Pero el señor pastor se ha equivocado esta vez, nada me hará cambiar. Por eso le dejo hablar sin interrumpirle, es tan firme mi decisión, me he reafirmado tanto en ella mientras esperaba a que alguien viniese (no sospechaba quién, pero sabía que alguien lo haría) a pedirme perdón y comprensión para quien no la tuvo para conmigo.

–Perdonado, lo está –respondo pausadamente–. Desde el primer momento. He meditado mucho sobre ello, y he llegado

a la conclusión de que es posible que yo mismo sea un poco culpable de mi desgracia. Hice frente a Venancio tantas veces como fue preciso, los demás le perdieron el respeto, y Venancio no me lo perdonó. Yo, en cambio, le perdono. De todo corazón. –Tiemblo un poco al decir estas palabras, mi corazón está saturado de amargo odio contra Venancio. Quisiera ser capaz de perdonarlo, pero no puedo. Y temo que Dios me castigue–. Pero son cosas muy distintas que yo le perdone y que la justicia le perdone. Cuando el juez me pregunte, no podré dejar de decir qué ocurrió y cómo ocurrió. Hacer lo contrario sería mentir.

Pobre pastor Fonseca, sus esfuerzos por ablandar mi corazón llegan a desazonarme. Pero no abdicaré de mi propósito. He de concentrar mi atención en algo accesorio, de modo que sus palabras no lleguen más adentro de mis orejas. La mujer ha bajado la mirada tanto que no puedo ver el color de sus ojos, tapados como están por unas cejas negras muy pobladas. Debe de ser una mujer de pueblo, o haberlo sido hasta hace poco tiempo. El negro del velo se rebalsa en sus hombros sobre el negro del vestido que continúa en unas medias negras. Calza unas zapatillas de suela de cáñamo que también debieron de ser negras. Ahora, por el uso, se han convertido en cenicientas.

Sobre tanta negrura, la cara y las manos, que son morenas, despiden, sin embargo, reflejos de brillo blanquecino. Las manos entrelazadas me hacen pensar en las manazas de su hijo, descomunales, balanceándose siempre al extremo de sus brazos deformes. El antebrazo, mayor que el brazo, y la mano descomunal de Venancio hacían pensar en una poderosa fuerza de tracción que se le hubiese aplicado a la mano, con el resultado de alargarle de una forma desproporcionada cada parte de su brazo. Cuando la madre se ponga en pie para marcharse he de fijarme en si ella es tan deforme como su hijo. No creo que lo sea, las manos de él son gordas, de dedos rellenos. Las de la madre, en cambio, son largas y tan huesudas, que, aunque frecuentemente lo intenta, le es imposible extender totalmente los dedos. Cada vez que lo intenta, sus falan-

ges se entrecabalgan. Pero es posible que todo lo que ocurre es que sean manos de anciana, todos los libros las comparan con sarmientos, nudosos y retorcidos.

–¿Es posible, Enrique, que no tengas corazón? –me dice entonces el pastor.

Yo sonrío. He sido capaz de abstraerme tanto que no sé de qué me habla.

–Mi decisión está tomada –le digo. Quiero conservarme en calma. La mujer está llorando. Cuando se ponga en pie, me fijaré en si ella es también acromegálica. Aunque no creo que eso sea algo hereditario. Es una viuda, y Venancio es su único sustento. Tiene reúma en las piernas y ya no puede ir a fregar pisos. ¿Y mi mano, quién me devuelve mi mano?

Contemplo el pobre dormitorio de mis padres. Hace unos años, cuando las compramos, las dos butacas de mimbre y la mesita que hace juego con ellas me parecían el colmo de un lujo refinado hasta el último extremo. Las tiras del respaldo se trenzaban formando un dibujo en espiga, pero el colmo del refinamiento era que, por tres veces, la monotonía del color natural de la corteza de mimbre secada al sol se entrecruzaba con tres espigas, sucesivamente roja, blanca y azul. La cenefa que llevaba la mesa hacía juego con las de los sillones y, para rematar la belleza del conjunto, compramos una maceta con una begonia color malva. Ni aún eso nos satisfacía, la maceta necesitaba un plato al que escurriese el agua del regado, sin necesidad de tenerla dos o tres horas en la cocina. Y el plato necesitaba un tapete, y mamá lo hizo en menos de tres días, blanco, de ganchillo, terminado en orlas. Una maravilla.

Ahora, hoy, el mimbre ha oscurecido. Está roto en varios sitios y empieza a destrenzarse. Y mi mano deshecha me prohíbe la esperanza de ni siquiera restaurar un día tanta antigua belleza desmoronada. La begonia murió hace tiempo, y el tapete blanco, abandonado en el centro de la mesa, es como un agujero inútil por el que se baja al vacío.

–Tú mano será tan inútil como lo quiera ser tu voluntad –me dice entonces el pastor. Me está mirando fijamente, recto a los

ojos–. Sí Enrique, sí. Lo que tú hagas en el futuro no depende para nada de lo que puedas hacer con dos dedos, aunque éstos sean el pulgar y el índice.

–¡Aún no sé si el índice se salvará! ¡Me dicen que sí para animarme, pero nadie lo sabe! –chillo yo entonces.

–Hay personas con las dos manos –y levanta las suyas ante mí– que son completamente mancas. Y hay quien ha perdido las dos, y es todo un hombre, un hombre entero, total y cabal, ¿me estás escuchando?

No. Me niego a escucharle. Nadie, absolutamente nadie, es capaz de colocarse en mi lugar, y sufrir lo que yo sufro. El señor pastor se pone en pie, la madre de Venancio le imita.

–¡Mamá! –grito–. El señor pastor se va. –No quiero acompañarlos hasta la puerta.

–Que Dios te bendiga, Enrique –me dice el pastor–. Oro mucho por ti. Estoy seguro, lo he estado siempre, de que Dios espera grandes cosas de ti.

¿Cómo sé yo que eso es algo más que pura retórica? Quizá lo dice cada vez que se despide después de una visita. Qué vergüenza tan grande es que yo haya sido capaz de pensar lo que acabo de pensar. Pero nadie puede comprender mi dolor. Ni siquiera mis padres.

Tres días más tarde viene el señor Anselmo. En todo el rato que está de visita no deja de fumar un enorme puro.

–¿Dónde echo la ceniza? –me pregunta.

Le señalo el plato vacío de la maceta. –Ahí mismo.

Golpea el puro al borde mismo del plato. Parte de la ceniza se posa dentro, pero otra parte echa a volar por la habitación, y algunas briznas caen sobre la colcha japonesa que regalé a mis padres con mi primer jornal.

–No la vaya a quemar –comento.

–No hay peligro. Es ceniza apagada. ¿Qué, cuándo vas a empezar a fumar? –Baja la voz con objeto de hacerme su cómplice.

–Nunca. El tabaco es un tóxico poderoso. Parece ser que le inyecta usted una gota de tabaco a un perro, y se muere en treinta segundos.

El señor Anselmo se echa a reír. No cree que sea cierto lo que le he dicho. Charlamos de muchas cosas más. Como dos viejos amigos. Está furioso con Pedrín por la chaladura que le ha entrado de casarse.

–Y menos mal que la chica lo vale. Que si no, le daba un par de soplamocos que lo volvía tarumba. ¿Qué, cuándo te quitan la venda?

Me alzo de hombros. Ojalá tarde cien años. Cada vez que voy al dispensario a que me hagan la cura vuelvo la cara, no quiero saber cómo es mi mano ahora.

–Cuando esté curada tendrán que coserme el tendón del dedo índice. Si cicatriza bien, tengo salvada la mayor parte de la mano. Entre el pulgar y el índice hacen el ochenta por ciento del trabajo de la mano. Solamente el pulgar vale por los otros cuatro. La principal cosa que nos diferencia de los monos es la oposición entre el pulgar y los otros dedos.

El señor Anselmo está de acuerdo.

–Lo que has de hacer es curarte pronto. El día menos pensado me da la vena y echo a Pedrín de casa. Si lo echo necesitaré un oficial.

No hago ningún caso de sus palabras. Sus ojuelos ladinos refutan a su boca. Nunca jamás me dará trabajo. Lo sé, y sin embargo, pienso firmar el papel que me trae. Papá ha dicho que no firme nada sin estar él presente. El señor Anselmo es un hombre vil y egoísta, su único acto generoso fue permitir que Pedrín se uniese a nuestra iglesia, y quizá lo hizo porque no le costaba dinero. Es muy posible que intente engañarme. Pero no quiero esperar a papá.

Una especie de hinchado orgullo se ha apoderado de mí, y me domina: me he convertido en dispensador de justicia, y decido la suerte de los demás. Hace tres días decidí la suerte de Venancio y su madre. Hoy tengo en mis manos la del señor Anselmo. Si declaro que trabajaba como asalariado suyo desde hacía más de seis meses sin que él me hubiese dado de alta en la sindical ni me hubiese incluido en el seguro de accidentes, lo hundo. Ni vendiendo la mitad de las máquinas tendrá

dinero suficiente para el depósito que tendrá que efectuar. Pero no es eso lo que voy a declarar.

Antes de firmarlo leo y releo el papel. No soy un insensato que hace las cosas sin pensarlas. El señor Anselmo es un villano, y es posible que trate de engañarme. Escudriño minuciosamente cada frase, tratando de descubrir alguna trampa oculta. Cuando firme, habré declarado que estaba casualmente en el taller, al que iba de vez en cuando por practicar, sin recibir salario de ninguna clase. En la colocación y funcionamiento de la máquina que me destrozó se habían observado escrupulosamente todas las prescripciones dictadas por todas las leyes vigentes. El señor Anselmo no tiene culpa de nada.

–Llama a tu madre –me dice cuando he firmado.

–Firme usted aquí, señora –le dice a mamá–. Como el chico es menor, ha de firmar uno de los padres. Si no, no vale.

La mirada del señor Anselmo atemoriza a mamá. Es una mirada de halcón. Mamá se seca las manos en el delantal. Me mira.

–Papá te dijo que esperases –empieza a decir.

–No hace falta, señora. Todo está en regla.

–Está todo bien –añado yo–. Lo he leído con cuidado.

Habría firmado de todos modos. Soy el dispensador de la justicia. Concedo al señor Anselmo lo que rehusé a la madre de Venancio. Si entonces dije no, no fue por deseos de venganza ni de hacer el mal porque sí. Ahora he podido hacer daño al señor Anselmo, que es un malvado, y no se lo he hecho.

Cuando firma mamá, el señor Anselmo sonríe satisfecho. Da una gran chupada a su puro. Entreabre la boca y expulsa el humo en grandes volutas.

–Arreglaremos la cosa entre nosotros, como caballeros, y saldremos ganando todos. ¿Por qué han de chuparse otros el dinero que puede ser para el chico? Yo siempre lo he dicho: lo que quiere chuparse el sindicato se lo doy al trabajador, y eso que salimos ganando. No me da la gana de alimentar chupatintas y sanguijuelas.

Papá llega por la noche a casa y me reprocha lo mismo: –¿Por qué has firmado sin esperarme?

No respondo. Soy yo quien decide la suerte de los demás. ¿Por qué, pues, he de dar cuenta de mis actos?

—o0o—

DIECINUEVE

El lloro de Eva es suave, casi imperceptible. Ella evita a toda costa que las lágrimas le resbalen sobre las mejillas, y va enjugándolas a media que se desprenden de sus ojos. El oficial ha dejado de simular que escribía, y la está observando con el rabillo del ojo. Lleva lentes de présbita, con los cristales en forma de media luna, y la mirada parace resbalarle justamente sobre el borde desgastado de la montura cuyo chapado de oro ha sido desgastado por el uso.

Los otros empleados del juzgado también han dejado de remover papelotes, y se distraen contemplando la inusitada escena. Pedrín se siente el blanco de todas las miradas, y se remueve inquieto.

–¿No hay solución, entonces? –pregunta otra vez.

–No hay sitio para los renegados –gruñe el oficial.

Se nota que está deseando que Pedrín le pregunte más, para poder herirle con sus respuestas. La aguda punta de su lengüecilla se mueve ansiosa por entre los dientes y los labios. A toda costa quiere entrar en acción.

–¿Y si reniego de haber renegado?

Sonríe el oficial. –En ese caso, la cosa cambia mucho. –Sobre las mangas de la chaqueta el oficial viste unos manguitos negros, sujetos con gomas alrededor de las muñecas.

–Podría renegar sólo por casarme –aventura Pedrín. Su rostro insulso se ha endurecido. Eva ha dejado de llorar y lo mira preocupada.

–A usted no se le había ocurrido eso, ¿verdad?

–Lo único que me importa a mí es hacer cumplir las leyes.

–Y que yo mienta, y me condene, eso no le importa, ¿verdad? –Si Pedrín sigue elevando el tono de su voz, le irá de mal en peor. De la forma en que este oficial presenta las cosas al juez puede depender que ellos lleguen o no a casarse.

–Pero, bueno –dice un empleado desde el fondo de la oficina– ¿no le parece que ya está bien de importunarnos? Si la ley no le autoriza a casarse por lo civil, amancébese con la señorita, y asunto concluido.

Eva enrojece hasta la raíz del cabello. Implora con los ojos la protección de Pedrín. Éste, en pie en medio de la inmensa oficina, ofrece un lastimoso aspecto: ridículo, petulante y desvalido.

–La ley –prosigue el empleado– no es nada severa con los amancebados. –Está a espaldas del oficial mayor, y al tiempo que habla hace muecas a los otros empleados. Me fijo entonces en el oficial mayor, su cara se ha vuelto de color púrpura.

Una mecanógrafa grandona, de labios y mejillas pintarrajeados, y cabello platino, pega un puñetazo sobre el teclado de la máquina, y se pone en pie. –¿Sabes lo que te digo, Sandino? Que me cago en tu padre. Y que Gálvez y yo somos lo bastante grandecitos para hacer lo que nos dé la realísima gana.

Durante unos minutos, la mecanógrafa vieja y platinada, y Sandino se intercambian toda clase de vituperios. El oficial mayor está tan encogido que apenas se le divisa la cabeza al otro lado de la masa. Hasta los brazos tiene escondidos.

Sandino excusa sus insultos al oficial mayor diciendo que le revienta lo que se está haciendo con estos chicos. –Me he propasado, ya lo sé. El oficial y tú sois mayorcitos y podéis hacer lo que os dé la gana. Pero lo que se está haciendo con estos muchachos no tiene nombre. No hay derecho a destruir así sus ilusiones.

Poco a poco se apaciguan los ánimos. Las palabras de Sandino llegan incluso a conmover al oficial mayor, el cual hace un sincero (al menos en apariencia) esfuerzo mental en busca de alguna triquiñuela legal que permita burlar la ley.

Se confiesa vencido. –No la encuentro. De veras que no encuentro la salida.

Sandino insiste en lo de abjurar. –Aunque sea fingido. Lo importante es que consigáis casaros.

Pedrín lo mira seriamente, y no responde. Es extraño lo que le está ocurriendo. Quizá haya sido a causa de las lágrimas de

Eva. Pero se le está poniendo cara de hombre. En cuestión de momentos se ha transfigurado.

–No llores, Eva, vámonos. –La toma suavemente por el brazo, le ayuda a incorporarse–. Adiós, señores. Buenos días. Muchas gracias por todo.

Todos responden a su saludo. Incluso la mecanógrafa rubia platino.

Caminan sin hablar, ella apoyada en su brazo. Los pasillos son oscuros y húmedos. Los largos bancos de piedra están totalmente ocupados, parece que nadie se haya, movido en la larga hora que hemos estado allí dentro. Tardamos bastante en encontrar la salida. En todo el tiempo, ellos dos no cambian ni una sola palabra.

–¿Qué hago con esto? –les pregunto cuando estamos en la calle. Extiendo ante sus ojos el papel que he venido a traerles.

Pedrín me mira sin verme. Parece no haberme oído. –Lo guardaremos –dice finalmente. Antes de guardárselo, lo lee.

–Podías habérselo mostrado –dice Eva.

–No pienso arrastrarme más –dice entonces Pedrín–. Ya lo he hecho bastante. Es la última vez en mi vida que lo hago. Esto se ha terminado definitivamente.

Eva ha dejado de llorar. Cuando se dirige a él, su voz tiembla. –¿Qué vas a hacer, Pedrín?

–Toma –me dice Pedrín–. Devuélveselo al pastor. Dile que muchas gracias. Que no me ha hecho falta. Eva –se dirige a ella–, te prometo que antes de un mes podremos casarnos.

Eva tiene miedo. Se le nota en la voz. –No hagas ninguna locura, Pedrín, por favor.

–Mi única locura es que no volveré a arrastrarme delante de nadie. Ni delante de mi padre, ni delante de estos miserables chupatintas.

–Por favor, dime qué piensas hacer.

Pedrín se encierra en sí mismo, y se niega a explicar nada. Me despido de ellos. Pero en cuanto he andado media manzana, me doy media vuelta, y me oculto detrás de un kiosco de periódicos a observarlos. Están un rato detenidos; después

echan a andar. Vienen hacia mí. A medida que se acercan voy rodeando el kiosco, hasta que doy la vuelta completa al mismo. Estoy mucho tiempo viéndolos alejarse. Pedrín ha sufrido una transformación completa en su aspecto exterior: por todo su rostro le han nacido aristas y angulosidades. Camina erguido y en silencio. Su brazo derecho pasa sobre los hombros de Eva y la atrae hacia él. Las piernas se le van en unos pasos largos y decididos, que constantemente ha de acortar para no obligarle a ella a descompasar su marcha suave y armoniosa. Eva, protegida por el brazo de Pedrín, parece ir achicándose con la distancia. Al final, es tan sólo una parte del cuerpo de él.

—o0o—

La mujer vive en un quinto piso, en una casa destartalada de una calle estrecha junto a la calle Segovia, casi debajo del viaducto. Nos equivocamos de piso, y cuando por fin estamos en el suyo, la oscuridad es tan grande que nos es imposible acertar con la puerta y mucho menos con el timbre. Vamos golpeando la pared con los nudillos hasta que notamos el sonido hueco de la madera.

Una mujer desgreñada nos abre la puerta. No la recuerdo de nada, pero le digo el nombre de papá. Cuando se lo he repetido varias veces se acuerda por fin de quien soy.

–¿Y qué queréis?

–Este es Francisco. La semana que viene se va a la mili.

Al fondo del pasillo hay una ventana por la que entra un poco de luz. Los rayos del sol que se hunde hacen brillar de un modo extraño los cabellos del moño de la mujer. Nuestra visita no le hace ninguna gracia.

–Desde que se murió mi hija nadie se acuerda de mí –gruñe.

Ella no es de nuestra Iglesia, ni lo ha sido nunca, pero desde que su hija se volvió loca venía de vez en cuando a que le diesen ropa o alimentos. Cuando la hija murió, la madre dejó de venir.

–¿Usted conocía a Casimiro? –le pregunta Francisco.

–¿Y qué? Casimiro era un puerco. ¿Por qué se enamoraría de él mi pobre hija?

La mujer retrocede hasta donde el pasillo se ensancha. Allí está el comedor. En el centro, sobre la mesa, a dos palmos del tablero, cuelga una lámpara. La lámpara es un aro redondo, dorado y con flecos de vidrio, exactamente igual que las coronas de reyes godos que hay en mi libro de historia. La mujer enciende la luz. Sobre el aparador, en un gran marco de latón sobredorado, está el retrato de su hija.

–Vosotros sois unos idiotas –me dice–. Casimiro era un puerco. Lo fusilaron por puerco, por querer pasarse. No podía aguantar sin babear a mí hija, y se quiso pasar. Por eso lo fusilaron.

–Lo fusilaron por ser fiel a su fe –replica Francisco.

La mujer suelta una risotada. –Me río yo de vuestra fe, y de todas las fes del mundo. Si sabré yo por qué lo fusilaron. ¡Mira!

Abre el cajón inferior de la consola, revuelve en él entre las ropas blancas y saca una caja de cartón. La echa sobre la mesa.

–Ahí tienes las cartas que le mandaba a mi hija. Léelas y entérate de por qué lo fusilaron.

Le tiemblan los labios y las aletas de la nariz. No puede evitar el soltar un sollozo. El sollozo hace que le salten las lágrimas.

–Pobrecita hija mía, aún podría estar viva –dice entrecortadamente–. Pobrecita, pobrecita. «Pronto estaré en casa, mamá», me dijo el último domingo que fui a verla. Y el martes viene el cartero, y me trae la carta. Yo no la quería abrir. «Ábrala, me dijo él, no tenga miedo.» «No quiero. Las cartas siempre traen malas noticias.» «Traiga, la abriré yo.» El hombre la abrió y se quedó blanco. Yo vi cómo se quedó blanco. Por eso supe que mi niña había muerto. El domingo habló conmigo, y el lunes ya había muerto la pobrecita.

La mujer ha olvidado a Casimiro y llora mansamente por su hija muerta. La barbilla ha dejado de temblarle. Las lágrimas, al resbalar, se estancan en las grietas de sus mejillas.

–No creas que me he desanimado –me dice Francisco en la calle. Aunque sea cierto que Casimiro no fue muerto por su fe, yo daré testimonio de la mía.

Francisco, para darse ánimos, se muerde los labios. En casa, cuando habla de él, papá mueve la cabeza como dudando.

–Francisco es un cobarde –digo yo ásperamente–. Sólo piensa en sus manos y en su violín. Y nunca será un buen violinista, porque le sudan las manos. ¿Dónde se ha visto un violinista bueno que le suden las manos?

Papá intenta defenderlo. Entonces yo cambio la conversación y me entretengo chismorreando de Pedrín.

–Tan cobarde el uno como el otro. Lo siento por Eva, será quien pague los platos rotos.

La venda de mi mano es ya un trozo de gasa insignificante. Dentro de dos o tres días, mi carne destruida quedará al descubierto. Nadie querrá mirarla, lo sé, pero yo obligaré a todos a que la miren. Les pondré la mano delante de las narices, que se empapen de ella, que no la olviden en los años de su vida. Que cuando se pregunten si conocen a alguien a quien Dios esté probando, pero bien, con una prueba dura, dolorosa, terrible, como las que envió a Job, me recuerde a mí.

Ni Pedrín ni Francisco tienen la más remota idea de lo que es ser probado por Dios. Yo, solamente yo, sé lo que es eso. Lo estoy experimentando en mi propia carne. Siento por dentro una alegría feroz. ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza!

—o0o—

VEINTE

Pedrín ha huido a Francia; Francisco ha dado su testimonio. La iglesia está revolucionada. Ha pasado largamente la hora de trasladarnos desde el atrio al salón de culto y permanecemos inmóviles, hablando con entusiasmo. El señor pastor descorre completamente las cortinas y nos pide que entremos.

–En lugar de predicación, tendremos reunión de oración –nos advierte–. Debemos pedir la protección divina para estos dos fieles muchachos.

–Sus casos son bien distintos –comenta un hermano–. Desgraciadamente para Francisco.

Nadie, sino Dios, sabe en qué terminará su situación. Está en el calabozo, y nadie sabe si lo juzgarán, si lo deportarán, si lo enviarán a un batallón disciplinario, o qué será de él.

Eva rebosa felicidad. Pero no abre la boca. Se comenta que sabe cómo ha hecho Pedrín para huir al extranjero. Y, como lo sabe y no quiere mentir si alguien le pregunta, prefiere no abrir la boca. Sonríe y calla.

–Con pasaporte no ha podido ser, de eso no hay duda. Estando en edad militar, no se lo dan a nadie.

Y sin estar, tampoco. Está el lío de las divisas, el de que te reclame algún familiar, o que alguien te envíe un contrato de trabajo.

–Excepto a los ricos, no dejan salir a nadie.

–Lo lógico sería lo contrario, que nos dejasen salir. Con lo poco que nos quieren, deberían darnos toda clase de facilidades.

–Ni nos quieren ni nos dejan de querer. Nos ignoran, que no es lo mismo.

Lo cierto es que el control es muy riguroso, y que ni siquiera el señor pastor puede salir al extranjero. Su señora sí porque tiene la ciudadanía belga. Y sus hijos, también, porque también son ciudadanos belgas. Por cierto que la señora del pastor re-

gresa en breve a Bélgica, a pasar una temporada con sus padres. Además de sus hijos, se lleva a Eva, que va de sirvienta.

–Me huelo –comenta una anciana– que el pastor Fonseca sabe mucho más de lo que creemos.

Sin duda alguna. Lo que ha ocurrido después, cuando el señor Anselmo ha irrumpido en el templo confirma mi suposición. Hacía más de media hora que había empezado la reunión de oración. Permanecíamos arrodillados. Las oraciones de algunas personas son largas y tediosas. Como, además, el local carece de acústica, hay veces que pasa un gran rato sin que consigas captar ni una sola palabra. «Amén», dice el pastor con voz rotunda cuando una de estas oraciones termina. Gracias a él, sabemos que ha terminado. Alguien estaba pronunciando una de estas oraciones bisbiseantes cuando ha sonado el estampido de la puerta. El vozarrón del señor Anselmo era como un trueno.

–¡No se mueva nadie, que esto lo arreglo yo de dos guantazos!

Dos hermanos diáconos han intentado atajarle el paso. El señor Anselmo, hecho un basilisco, ha hecho un molinete con los dos brazos: un hermano ha caído al suelo. Otro ha chocado con las sillas. El señor Anselmo ha pasado sobre ellos al avanzar hacia el púlpito. El señor pastor le veía acercarse y permanecía de rodillas.

–¡Hijos de la grandísima p…, devolvedme a mi hijo! ¿Dónde lo tenéis escondido, dónde? –iba gritando el señor Anselmo por el pasillo central.

El señor pastor permanecía arrodillado, inmóvil, bien abiertos los ojos. El señor Anselmo estaba ya a cuatro pasos de él. El señor pastor se ha puesto en pie. Serenamente, sin volver el rostro, le ha hecho frente. El señor Anselmo, parado al pie del estrado, barbotaba blasfemias. Pese a sus vociferaciones, le temblaba el cuerpo. Me ha dado pena.

Después, cuando por fin ha dejado de vocear, la voz le temblaba. Y cuando se ha ido con el rabo entre las piernas, sin conseguir saber dónde está Pedrín, era solamente un pobre viejo

derrotado, sin hijo para siempre, ya que será muy difícil que puedan volver a verse. El padre no puede salir de casa porque el gobierno no da pasaportes, y Pedrín, que es prófugo, no puede regresar hasta que no haya cumplido los cuarenta años.

Creía tenerlo todo, y de repente se encuentra sin nada: ni hijo ni esperanza. Cuando ha dado media vuelta y, lentamente, se ha dirigido a la calle, la carne le temblaba fofamente. Parecía un buey de gelatina.

–Mi hijo, mi único hijo –gemía.

El señor pastor ha abandonado el tono enérgico.

–Nadie me arrancará una sola palabra sobre su hijo. El único derecho que me reconoce la ley de mi país es el de no declarar contra las ovejas que Dios me ha confiado. Ni ante usted ni ante la policía ni ante el juez ni ante nadie diré una sola palabra que pueda ser perjudicial para alguno de mis fieles –y lo ha acompañado hasta la calle.

–Usted sabe dónde está. Dígamelo –suplicaba el señor Anselmo.

–Lo sabrá a su debido tiempo. Ahora no es prudente.

El señor Anselmo se retorcía las manos.

–¿Está bien, al menos?

–Su hijo está bien, me consta. Se encuentra libre de todo peligro.

Anonadado, el señor Anselmo marchaba con la cabeza hundida entre los hombros. El señor pastor ha cometido entonces la equivocación de pasarle el brazo por encima del hombro. La fiera ha renacido.

–¡No me toque! –ha aullado. De una sacudida de hombros se ha librado de la mano del pastor.

Alguien esperaba en la calle al señor Anselmo. Estaba junto a la esquina y, cuando me ha visto, ha dado un salto de gato y se ha escondido. El salto me ha sido suficiente para identificarlo: era Timoteo, sin duda de ninguna clase.

Todavía hemos continuado una buena media hora con las plegarias. Los que oraban no sabían ya a qué acudir: o daban gracias por la huida de Pedrín, o por la milagrosa salvación del

pastor de entre las garras del señor Anselmo, o pedían a Dios que ayudase a Francisco de la misma manera que ha ayudado a Pedrín y al pastor Fonseca. Estamos nerviosos y exaltados, y oramos a gritos agrios y destemplados. Termina uno, y tres o cuatro, todos a la vez, cogen la palabra. Todo es alegría, y salen a relucir José en Egipto, Daniel en el foso de los leones, Pedro en la cárcel, Pablo en Filipos, y los cuatro compañeros de Daniel en el horno de fuego ardiente. «Hemos vencido en una gran prueba, Dios está con nosotros.»

¡Pobre minúsculo rebaño en un mundo hostil! ¡Qué poco nos basta para sentirnos dichosos! Pero, ¿qué vamos a hacer, sino? Somos tan pocos, tan insignificantes, tan débiles y desvalidos, y estamos tan solos, que hasta en el hecho más ínfimo no podemos dejar de ver la mano todopoderosa de Dios, que nos protege y nos guarda.

Cantamos apresuradamente el himno de clausura, y nos abalanzamos al atrio. A seguir hablando de lo mismo.

Eva no sale. La señora del pastor, que también debe de estar enterada de algo, tampoco. Al parecer, Eva se va a Bélgica con objeto de una vez allí, arreglar los papeles y casarse con Pedrín.

–Tampoco ella podrá volver nunca más a España.

–En Bélgica siempre está lloviendo. Qué triste tiene que ser tener que abandonar la propia patria, la tierra que te vio nacer. Ir a un país extraño, donde nadie te entiende ni a nadie entiendes.

–Somos peregrinos en esta tierra. Ni un palmo de terreno nos pertenece. Abraham peregrinó toda su vida, y Dios jamás lo dejó de su mano.

–El padre de Eva queda solo con los tres niños pequeños –comenta un hermano. Después añade: –Qué dura es nuestra vida.

Al parecer, lo único seguro que se sabe de Pedrín es que el señor pastor ha recibido una tarjeta postal, venida de no sabemos dónde, con una frase en clave, que él convino hace diez días con Pedrín, antes de que éste desapareciese. Y nada más.

Nosotros ni siquiera sabemos si la postal significa que ya ha pasado la frontera, o si todavía espera agazapado por aquellas breñas pavorosas de los Pirineos, atenazada su garganta por el cuchillo del pánico.

Hay quien aventura que es posible que los «maquis» le hayan ayudado. –Conque les haya dicho que huía de España, ya habrán tenido bastante.

–¿Bastante para qué? Para que le den una metralleta y lo pongan a pegar tiros. Igual son unos que otros: solo tienen sed de sangre.

Jamás llegaremos a comprender el misterio de la huida de Pedrín. Yo, que conozco los Pirineos gracias a las fotografías estereoscópicas que me enseñaba Fujiyama, menos que nadie. Las paredes de las montañas son negras y descarnadas, sin una brizna de hierba. Los valles tenebrosos se hunden, a golpe de tajo, en profundos socavones. Y esas cumbres y esos valles están ahora llenos de guardias civiles, de «maquis», de soldados, de comunistas y de gendarmes franceses. Todos armados hasta los dientes, persiguiéndose sin tregua de cumbre en cumbre, de valle en valle, día tras día. Por entre todos ellos ha huido Pedrín. Nunca nadie podrá comprender cómo.

–Humanamente es imposible –afirma un señor cuyo hijo, que está en la mili, lleva doce meses seguidos en las montañas de Huesca–. Unos u otros lo habrían cazado a tiros. O hecho prisionero, y ejecutado después. «Primero tira, y después pregunta», es el lema de aquellas montañas.

Allí nadie se anda con bromas. A los guardias civiles y a los «maquis» les brilla el odio en los ojos enrojecidos por las incesantes vigilias.

–Olvidan ustedes –dice entonces el señor pastor– que Pedrín, vaya adónde vaya, lo hace rodeado y protegido por un inmenso ejército. «¡Carro de Israel y su gente de a caballo!», gritó, cayendo de rodillas, el incrédulo criado de Eliseo el profeta.

Ojalá fuese yo capaz de ver ese ejército invisible. Pero mi fe ha huido con la carne de mi mano. Sólo me ha quedado una sequedad amarga, y un terrible amor por la justicia: un amor

duro y seco, exento de caridad. Las bendiciones que ha recibido Pedrín me dejan frío. Quizá cuando el señor Anselmo me haya dado la indemnización prometida, y pueda yo emprender mi pequeño negocio, vuelvan las cosas a su cauce, y vuelva yo a sentirme ser humano en medio de seres humanos. Por ahora me es imposible, mi corazón está seco.

Ni siquiera las calamidades que se han abatido sobre Francisco refrescan mi sequedad. Pobre Francisco, qué duramente está probándolo Dios. Lo poco que sabemos de él es gracias a un hermano de otra iglesia que estaba en su mismo campamento.

–No ha sabido ser prudente –nos explica este hermano–. Sed prudentes como serpientes, dijo Jesús. Está en el Evangelio, lo puede leer todo el mundo. Y san Pablo añadió que debemos obedecer a las autoridades, porque están puestas por el mismo Dios.

Este joven nos explica que él ha sabido comportarse con prudencia. La víspera del primer domingo que estuvo en el campamento se fue al capellán y le dijo: «Padre, quiero pedirle una cosa». «Habla.» «Atravieso una situación espiritual un poco especial, y le ruego que me dispense de asistir mañana a la santa misa.»

–Estuvimos hablando casi media hora. «Mire, padre, en lugar de ir a misa, leeré este libro», le dije, y le enseñé *Las confesiones*, de san Agustín, que había comprado la víspera de ir al campamento.

Se saca el libro del bolsillo trasero del pantalón, y nos lo enseña. Es una edición muy bonita, en papel biblia, encuadernada en tela flexible y con cantoneras doradas.

–El contenido de este libro es útil para todo cristiano, sea católico o no. San Agustín estaba, gracias a Dios, muy lejos del tomismo riguroso y doctrinario que implantó santo Tomás. No olvidemos –añade– que el gran Martín Lutero había sido fraile agustino.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. El día que le dieron el fusil, Francisco no tuvo valor, y no habló. Tampoco habló cuando le enseñaron su manejo, ni cuando se lo llevaron a ha-

cer la instrucción, o a pegar tiros a los cerros y a las cigüeñas. Cuando llegó el domingo, Francisco no había conseguido despegar los labios: estaba derrotado.

Formaron para la misa. El amigo que ha tenido la bondad de venir a contarnos todo, contemplaba la escena desde la puerta de su barracón. El capellán había mandado que le rebajasen de la formación y que le diesen no sé qué servicio de cuarto. Desde la puerta del barracón contemplaba cómo las compañías iban saliendo de sus acuartelamientos y, en formación, descendían marcialmente hacia la gran explanada. Hacía calor, la llanura, vacía de árboles, reflejaba sobre su costra amarilla el blanco brillo del sol en la paramera. Los gritos de los sargentos se diluían en el vacío.

Al principio, el brillo de la formación en marcha era blando, difuso: el calor y el polvo lo desleían y lo hacían inconsistente. Después, poco a poco, los pasos se acomodaban a los pasos, y un murmullo neto y sonoro se elevaba por encima del rectángulo en movimiento. Las formaciones llegaban a la explanada y ocupaban su lugar en ella. En medio de uno de los rectángulos móviles, fusil al hombro y agonizando, iba Francisco. Nada lo distinguía: el mismo paso marcial, el mismo uniforme, el mismo ángulo del mosquetón con el cuerpo.

Empezó la misa. La formación obedecía ruidosamente las órdenes del cornetín. Los taconazos, los golpes de culata sobre el piso de polvo apisonado, sonaban secos, rotundos. Nuestro informante estaba allá arriba, apoyado en la puerta del barracón. Pronto tocarían a alzar. Francisco se arrodillaría. Él en cambio, no. Él había seguido el consejo evangélico. Había sabido ser prudente, astuto. Francisco, no.

Se produjo entonces lo asombroso, lo descabellado, lo empavorecedor. Sonó el cornetín. Los soldados se arrodillaban. No habían practicado mucho este ejercicio: unas rodillas se doblaban antes que otras. Pero finalmente todas fueron bajando. Ya estaban todos arrodillados. Excepto uno: en la segunda compañía, a contar desde la izquierda, un soldado permanecía en pie. Su estatura no era muy elevada pero, por encima de las

cabezas inclinadas al suelo, destacaba como un gigante. Su mano se agarrotaba desesperadamente sobre el mosquetón, como si éste fuese una firme columna en cuyo apoyo pudiese confiar.

En la fila de los jefes hubo un pequeño revuelo. Salió disparado un ayudante. No sabía cómo llevar el sable para que no le estorbase y su carrera fue ridícula y contoneante. Más tarde corrió un sargento. Llegó a los barracones.

–¡Cuerpo de guardia! –iba gritando.

Del barracón contiguo a la puerta de entrada al campamento salió un piquete. Un alférez de la milicia universitaria, un cabo y dos soldados. El sable del alférez debía de ser de segunda mano, porque no despedía destellos. A su dueño le costaba mucho trabajo no perder el paso. Tuvo que rectificar varias veces.

Llegaron a la explanada. La tropa estaba en pie, en posición de descanso, y el capellán los exhortaba. El alférez se metió por entre los hombres en formación: el cabo y los soldados lo siguieron.

–¿Quién ha sido el cabrito, quién ha sido el cabrito? –iba preguntando el alférez.

Pronto volvieron a salir. Francisco iba entre los dos soldados. Hizo ademán de echarse el mosquetón al hombro. El cabo no le dejó acabar el gesto, y se lo quitó de la mano. Rodearon la formación por detrás, en dirección al calabozo.

–Pasaron a cuatro pasos de mí –nos explica, un poco conmovido, el muchacho–. Francisco sonreía levemente, como un perro al que por fin han dejado de apalear. Las manos le sudaban a chorros. Tanto, que le brillaban como dos charcos de agua a la luz de la luna.

–¿Sabe usted si le han pegado?

–Allí delante de todos, por lo menos, no. Después, no sé. No creo –añade vagamente.

–¿Qué será de él?

–Supongo que le harán juicio sumarísimo. Al fin y al cabo, estaba empuñando las armas. Es el caso más grave.

–Y usted –le preguntamos cortésmente–. ¿Ya tiene totalmente resuelto su problema?

–Perfectamente. Estoy destinado en la enfermería, y no tengo que preocuparme de nada. Para los de la enfermería, lo primero de todo son los enfermos.

Los hermanos no se ponen de acuerdo. Unos dicen que Francisco no ha sido prudente. Otros, que un joven cristiano debe tener el valor de manifestar públicamente su fe.

–Pero Francisco no ha obrado por valor. Desde que entró en el campamento estuvo asustado. Yo creo que se quedó de pie para terminar de una vez.

Nuestro joven amigo insiste en que lo fundamental es la prudencia. –Un cristiano encerrado en un calabozo no es de ninguna utilidad.

Nos explica que otro joven de su congregación que se vio en el mismo trance que Francisco lo resolvió agachándose cuando los demás se arrodillaban.

–Todos los soldados son incrédulos, y cuando vieron lo que mi amigo hacía, se desternillaban de risa. Nadie lo delató. En cambio, Francisco, ¿qué testimonio puede dar? No pudo explicar nada, porque no le dieron tiempo. Se quedó de pie, lo vieron, llegó el piquete y se lo llevó. ¿A quién habló, a quién dio testimonio? ¿Quién se enteró de por qué lo hacia? Yo, en cambio, estoy libre y puedo emplear mis energías al servicio del Señor.

—o0o—

VEINTIUNO

El señor Anselmo me ha herido, y yo he herido a Timoteo. Si bien el primero me ha echado a patadas de su taller, la iglesia, gracias a mis insidias, ha puesto a Timoteo en interdicto. Pensadas así las cosas, es como si mi desgracia y la desgracia que me es ajena quedasen equilibradas. Los dos actos han sido pura y simple aplicación de la más estricta justicia, una justicia químicamente pura, meticulosamente pesada, exenta por completo de caridad. Mi corazón está ahora completamente seco. Una aridez total y absoluta. No caben en él ni un sollozo ni una lágrima.

–Donde las dan, las toman –ha dicho el señor Anselmo cuando yo ya había dado media vuelta, y me iba. Lo ha dicho entre dientes, pero quería que yo lo oyese. Todo ha terminado para mí. En ninguna parte encontraré trabajo. El garfio del pulgar y el índice es un garfio inútil, sin fuerza. Nadie me admitirá. Mi vida ha terminado.

He derramado toda mi amargura sobre los oídos del pastor.

–No hay derecho, no hay derecho –decía él. Y movía compasivamente la cabeza. Su cabello es ya blanco por completo. Profundas arrugas ensombrecen su rostro, y sus ojos lucen sin brillo en el centro de dos enormes cuencos negros.

Entonces he acusado a Timoteo, a quien he empleado como chivo propiciatorio. El pastor se pasaba la mano por la barbilla y me oía hablar sin interrumpirme. No quería acceder a mi petición, eso era evidente. Pero yo conozco mis derechos.

–Usted no tiene otra solución que llamar a Timoteo. Que venga y, delante de usted y de dos ancianos de la iglesia, expondré mi queja contra él.

¿Cuál es mi queja? No lo sé a ciencia cierta. Pero necesito que el peso de mi desgracia recaiga sobre alguien. Que no se quede en mí. ¿Y por qué no él? Su odio contra Pedrín hizo a éste apresurar la boda. De otro modo habrían pasado años

hasta que Pedrín hubiese sabido que la ley no le dejaba casarse. No habría huido, y el señor Anselmo no se habría vengado en mí.

–¿No dices que eres cristiano? Pues soporta mis ofensas, que eso es lo que manda vuestra ley –me ha dicho burlonamente el señor Anselmo–. Y perdóname y no me guardes rencor, que para eso tienes la obligación de perdonar.

Yo todavía creía que no estaba todo perdido, e insistía. –No tengo de qué perdonarle, señor Anselmo –respondía inocentemente una y otra vez.

La bestia jugaba conmigo. –Más de lo que crees– y sonreía como un conejo.

Tardé en comprender que se estaba burlando de mí, que nunca vería salir un céntimo de sus manos, y que mi vida estaba hundida para siempre. Esto último es lo que más trabajo me costó comprender. ¿Qué puede hacer en un mundo hostil un muchacho a quien le falta una mano? Morirse de asco y de pena. El dedo índice no ha recuperado todavía su movimiento, quizá nunca lo recupere. Mi vida ha concluido. Soy una ruina para todo el resto de mi vida.

–¿Era mucho dinero? –pregunta el pastor.

No respondo. ¿Para qué? Él no puede hacer nada, lo sabe y yo también lo sé. Podría haber reconstruido mi vida. En los días del hambre, papá salió adelante vendiendo sobres, plumines, cuartillas y lápices. Ahora también habríamos salido adelante. Con el tiempo, habríamos ampliado la pequeña papelería con una sección de librería. Y yo habría podido leer gratis todos los libros que me hubiese venido en gana. Todo habría sido cuestión de quitarles las guardas, de forrarlos, de pasar las hojas con cuidado.

El señor pastor emite un largo suspiro. Se sujeta las sienes con las manos planas. –El Evangelio lo dice bien claramente. «Los hijos de este siglo son más astutos que los hijos de Dios».

–¡No es eso! –grito yo–. Lo que pasa es que somos unos desgraciados, sin derecho a nada, y nada más. Más me valdría no haber nacido.

–Estás blasfemando –me reprende el pastor Fonseca. Me reprende blandamente, como quien sabe que la razón está de mi parte. Con él es inútil discutir. Está tan cerca de Dios que casi nunca ve la miserable y sucia realidad en que tienen que debatirse sus ovejas.

Ante el pastor y los dos ancianos de la iglesia acuso al hermano Timoteo. A ratos, mi voz es dura y cortante. En otros momentos, las palabras se me agolpan en la garganta, y no consigo hacerme comprender. Tengo que detenerme y respirar profundamente. Después continúo. Ante sus oídos asombrados voy desplegando poco a poco toda la extensión de mis acusaciones contra mi hermano Timoteo.

–¿Qué dice usted a esto, hermano? –le pregunta el pastor.

Timoteo no responde. El brillo de sus ojos está exento de limpieza.

–¿No quiere defenderse de estas acusaciones?

Calla. La copa de mi amargura está otra vez rebosante. Es Timoteo quien la colma de nuevo. Si él hablase, quizá se esfumase mi amargura. Pero él no habla.

–Hermano Enrique, ¿tiene usted algo que añadir?

–No. –Mi voz es firme.

–Por última vez, hermano Timoteo, ¿no quiere decir nada? ¿No quiere defenderse?

Timoteo me mira torvamente, pero no responde. Afina los blancos labios hasta que los convierte en una silueta apenas visible. Pero no habla. Ni siquiera hace el menor gesto. Pasea lentamente la turbia mirada sobre nosotros. La detiene largo rato sobre mí. Pero calla.

–Déjennos solos, por favor. Hemos de deliberar.

Salimos del despacho pastoral. La iglesia vacía, en penumbra, entristece el corazón. No está hecha para estar vacía. Timoteo atraviesa silenciosamente la nave. Yo me siento en un banco de la fila central. Me miro la mano. Nunca me acostumbraré a su vista. De los tres dedos perdidos no me ha quedado ni el muñón. La sierra los arrancó de cuajo. Incluso se llevó algo de carne de la mano. Tomo el índice entre los dedos de

la mano izquierda e intento darle calor, un poco de vida. Es inútil. Está inerte para siempre. Muerto, lo mismo que yo. Soy un niño pobre y tarado, y he de abrirme paso en la vida dentro de un país que me odia, cuyas leyes ignoran que yo existo. Los perros españoles tienen leyes que los protegen y una sociedad que los defiende. ¿Y yo? La amargura rebosa de mi corazón, se desparrama por todo mi pecho y lo hincha en un sollozo convulso. Con toda seguridad me moriré. Y quizá pierda también mi vida eterna. ¿Cómo van a admitir en el reino de los cielos a un desesperado como soy yo?

–Vengan, hermanos. –La voz del primer anciano nos llama.

Timoteo se aproxima a grandes zancadas. Casi tropieza conmigo. Me echo a un lado, y él entra antes que yo. Quedamos en pie uno junto al otro, casi hombro contra hombro. El pastor y los dos ancianos están sentados. Nos miran llenos de piedad. Finalmente, el pastor toma la palabra. Exhorta al hermano Timoteo a que reconozca que su proceder ha sido dañino para el buen nombre de la iglesia.

El mundo observa hasta el más mínimo de nuestros actos y saca de ellos sus propias conclusiones. –Su conducta, hermano Timoteo, ha sido perniciosa para la iglesia. ¿Lo reconoce usted así?

–No me arrepiento de nada.

–Le ruego que reflexione. «Porque espectáculo sois al mundo» –lee el pastor en su Biblia.

Timoteo no se digna responder. Se muerde los labios hasta dejarlos exangües. Su rostro es ahora de color ceniza.

–Le concedemos dos meses para que reflexione. Que el Espíritu Santo sea con todos nosotros.

Antes de que los ancianos hayan tenido tiempo de ponerse en pie para orar, Timoteo da media vuelta y se marcha.

–Quédate un rato con nosotros, Enrique –me pide el pastor–. Tenemos muchas cosas que hacer. Navidad se nos echa encima. Hemos de hacer los lotes de ropa y alimentos. Tú serás nuestro secretario.

–¿Qué he de hacer?

–Coge aquel archivador. Estudiaremos los casos uno por uno. Tú irás anotando lo que te digamos.

En lugar de responder, extiendo mi mano ante sus ojos. El pastor enmudece. A ellos les es fácil olvidar que mi mano está muerta. A mí me es imposible. Mi mano muerta y, en redor mío, el odioso mundo hostil. Acabaré volviéndome loco. Voy camino de ello, estoy seguro.

–Bueno –dice por fin el pastor– haré yo las anotaciones. No te vayas, de todos modos si tu mano no puede ayudarnos, tu memoria sí puede. Ella suplirá los fallos de las nuestras.

Prefiero no pensar más. Intento entrar en su juego, olvidar mi tara, aunque sólo sea, por unos instantes. Me es imposible. La sombra de mi mano oscurece todo.

–Hemos de ir a recoger el donativo del señor teniente de alcalde del Puente de Vallecas. –El pastor habla de él con un respeto casi rastrero. Los ancianos le imitan.

–¿Lo conoce usted personalmente? –le pregunta el primer anciano.

–Todavía no he tenido ese honor. Es una persona demasiado ocupada. Todo un caballero. Ningún año nos olvida.

–Una persona, una sola, en una ciudad de más de un millón de personas –afirmo con desdén.

–Enrique, Enrique –me reprocha el pastor.

Me planto la mano sana sobre le cara y me estrujo la frente. –No puedo más–, gimo.

—o0o—

VEINTIDÓS

El viento arrastra las nubes y detiene la lluvia. Cuando aquel se para, cae de nuevo sobre nosotros una cortina de gotas gruesas y frías.

–¿Te molesta? –me pregunta el pastor.

Me limito a encogerme de hombros. Él va cubierto con un grueso impermeable verdoso, de corte militar.

–Me lo han enviado mis suegros desde Bélgica. Es un tabardo de soldado yanqui. En Bélgica los venden por cuatro perras. Son prendas de desecho.

A medida que lo penetra la lluvia, mi abrigo de paño regenerado se va esponjando y aumentando de peso.

–¿Tienes frío?

Cada tres pasos me hace una pregunta. Yo respondo a todas con monosílabos.

–¿Te cansas?

–Antes se cansará usted –respondo roncamente. Mi voz suena innecesariamente dura. Me avergüenzo de ello. Demasiado tarde. La calle se empina hacia arriba. El pastor, asido firmemente a las dos barras del carrito, empuja con fuerza. Apoyo la mano izquierda en la conjunción de la vara con la caja y cargo toda la fuerza de mi cuerpo sobre el brazo izquierdo. Intento ayudarme con el derecho, pero la mano se resiente. El repecho es largo y nos hace jadear.

–Parece mentira –dice jovialmente el pastor– lo difícil que es manejar un carrito de mano. –El menor obstáculo del empedrado nos hace perder la dirección.

Ante nosotros brillan las luces de la estación del metro. Las bocas expulsan a borbotones a las gentes que regresan del trabajo. Las inmensas oleadas se alargan tanto que las últimas personas de cada remesa acaban siendo absorbidas por las primeras de la siguiente. A lo largo de la calle forman un largo hilo compacto, con nódulos de trecho en trecho. Allá abajo, a

lo lejos, cuando la calle es ya carretera, el hilo se desintegra en hilillos que desaparecen por las bocacalles laterales.

El pastor mira embelesado la carga del carrito. –Este señor es un gran caballero. Y un gran cristiano, a pesar de que no conoce plenamente la luz de la Biblia. Este año nos ha dado más que nunca.

En el lote hay de todo: mantas, ropas de abrigo, comida. Y carbón. No veníamos preparados para el carbón, que ya no ha cabido en el carrito de mano. Tendremos que venir otro día a recogerlo. Quizá necesitemos hacer dos viajes.

–Navidad es el próximo miércoles, de modo que la distribución del carbón tendremos que dejarla para más tarde. Enrique –dice después el señor pastor– ¿aceptarían tus padres un par de mantas?

Reflexiono antes de responder. –¿Tan bajo hemos caído ya? ¿O es que usted prevé el futuro?

El pastor calla. Más tarde se pone a tararear un aire alegre. –Es una canción de mineros –me explica–. Yo fui minero durante dos años. No se pasa tan mal como dicen.

Ha dejado de llover definitivamente. El viento seco y frío evapora el agua de mi abrigo. El frío me penetra los huesos.

–¿Ya tienes novia, Enrique?

Pobre pastor, de un disparate pasa a otro mayor. Me da pena. ¿Por qué no me dejará en paz? Debería heberme negado a venir con él. Mi ayuda no le sirve de nada. Al contrario, lo único que hago es escorar continuamente el carrito a derecha o izquierda. Más de la mitad del tiempo la paso sin empujar en absoluto. ¿Para qué? Él tiene fuerza de sobra, no me necesita para nada.

–¿Qué chica te gusta?

–Ninguna.

–Teresa, ¿no?

A él le es fácil olvidar mi mano. Lo mismo me pasaría a mí si la mano fuese suya. Ninguna chica del mundo será capaz de ver mi cara antes que mi mano. Mi mano es mayor que mi cuerpo entero. Lo tapa, lo borra, lo anonada por completo.

–No te dejes vencer por la amargura. El diablo se llevaría una gran satisfacción.

–De quien menos me acuerdo es del diablo.

–Él, en cambio, sí se acuerda de ti. Sin que tú te des cuenta está intentado asfixiarte. Y tú le estás haciendo el juego.

–¡Qué fácil es hablar! –me quejo sordamente. En mi lugar quisiera yo verte, pienso para mí. Pero, en realidad, ¿qué culpa tiene él de nada? Timoteo, en cambio, sí. Timoteo es el culpable de todo. Cuánto me alegro de que la sentencia de la iglesia esté pendiente sobre su cabeza. Tan sólo tres semanas más, y Timoteo será raído sin duda de los registros de la iglesia.

Timoteo está ante nosotros y nos mira. Lo delata el color de su gabardina. Si no fuese por ella permanecería invisible bajo las sombras oscuras de las casetas traseras. La parte delantera, la que da a la acera, proyecta trapecios de luz sobre la gente apiñada que compra figuritas de barro, castillos de madera de caja de puros, y trozos de corcho virgen y ramas de pino serrano. Es un mercadillo pobre, de barriada, que no se puede comparar con el de la plaza Mayor. Los abetos de aquí son ramas desgajadas de los pinos piñoneros de La Granja y Balsaín, unas ramas abombadas con las ramificaciones haciendo forma de aspa, las de la derecha hacia arriba, las de la izquierda hacia abajo. Detrás de cada tenderete, por el lado que da a la calzada, hay grandes montones de ramas inservibles, tiradas por el suelo.

Timoteo ha aparecido detrás de una pila de cajones de madera. Se ha subido el cuello de la gabardina y se cubre la cabeza con una boina raquítica. El pastor todavía no lo ha visto y continúa empujando con ardor. Yo he dejado de empujar pero sigo apretando entre mis dedos una vara del carro. Timoteo viene contra mí. Yo estoy temblando. El universo entero se detiene, en suspenso, y contempla con asombro cómo va menguando la distancia que se interpone entre nosotros. Se ha hecho un silencio total, como en un mundo vaciado de su aire. Ni siquiera es turbado por el traqueteo de las ruedas del carrito sobre los adoquines.

El brillo de los ojos de Timoteo es demencial. Lleva las manos escondidas en lo hondo de los bolsillos de la gabardina. A cuatro pasos de mí levanta la mano derecha por encima de su cabeza. Pero no es temible. Yo esperaba ver aparecer un arma de fuego, un cuchillo quizá, o al menos una barra de hierro. Pero solamente enarbola un miserable bastón de madera. El pastor Fonseca aparta entonces la mirada del carro y contempla asombrado la tensión reflejada en mis mandíbulas y mis ojos. Siguiendo la dirección de mi mirada ve a Timoteo. Éste enarbola el bastón con las dos manos. Lo deja caer. Yo salto para esquivarlo. El pastor salta también para sujetar los brazos de Timoteo. El carrito se desequilibra y las varas vuelan por los aires. En la vibración de sus vaivenes golpean la cabeza y la espalda del pastor, que se desploma a los pies de Timoteo. El bastonazo de éste se pierde en los aires.

Repentinamente, el mundo recibe de nuevo su sonido. En medio de la barahúnda de gritos y exclamaciones, Timoteo y yo, absortos y silenciosos, nos contemplamos mutuamente. Se forma un gran corro en derredor nuestro. Algunos ríen.

Se eleva una voz de mujer. –Están borrachos –dice–. Es una pelea entre borrachos.

El pastor se incorpora ayudado por Timoteo. Va a ponerse en pie, pero se nota que le cuesta un gran esfuerzo. Las piernas se le doblan pesadamente. Se sienta en el bordillo de la acera. Se coge la cabeza con ambas manos. Se oprime las sienes y cierra los ojos.

–Es un ligero mareo –nos dice. Intenta sonreír–.Vaya golpe más estúpido.

Se quiebra en el vacío el sonido de la última sílaba. El cuerpo del pastor se desploma.

–Señor pastor, señor pastor –grita, aterrorizado, Timoteo–. No se nos muera, señor pastor.

Por el orificio izquierdo de su nariz asoma un hilillo de sangre oscura que progresa lentamente en dirección a la comisura de los labios.

–Este hombre se muere –dice una voz encima de mi cabeza.

Han traído un candil de aceite y le iluminan la cara.

–-Si se sangra hacia afuera, se vive. Si se sangra hacia dentro, se muere. Este hombre está sangrando hacia dentro.

Le pone la mano en la mejilla. –Se está enfriando. Hay que abrigarlo.

–¡Una manta, por favor, una manta! –grito yo desesperadamente. Nadie responde. Timoteo se quita la gabardina y se la coloca encima del pecho. Echo mi abrigo encima. Después, trato de poner su cabeza sobre mi regazo.

–¡No haga eso! Si tiene un shock, puede usted matarlo levantándole la cabeza. –El hombre quiere que lo extendamos sobre la acera.

–Aquí traigo mantas –dice una mujer. Ha cogido uno de los fardos que han caído del carrito y lo está deshaciendo. Nos tiende un par de mantas. Extendemos una sobre la acera. Ponemos al pastor encima. Continúa inconsciente. Lo tapamos con la otra manta, con mi abrigo y con la gabardina de Timoteo.

La gente se aparta de nosotros y se arremolina alrededor del carrito y sus fardos caídos. Un hombre se apodera de un bulto pequeño y echa a andar con toda naturalidad.

–Canalla –dice una mujer. Pero otros ríen.

–Timoteo, ve a vigilar, por favor. Son los donativos para nuestros pobres.

Él está tan asustado como yo. Los dos hemos olvidado nuestros odios fratricidas. Timoteo se mete por entre la gente que rodea el carro. Cuando las varas saltaron por el aire, casi toda la carga cayó al arroyo.

Un hombre grueso se abre paso a codazos entre la gente que nos rodea.

–Venga, que nos lo llevamos.

Todos quieren ayudar. Somos seis o siete. Timoteo se empeña en querer levantar la cabeza del pastor, y el hombre grueso le grita que se la deje horizontal.

–Coloquen primero las mantas.

Se lo van a llevar en una camioneta de caja cerrada. El piso, metálico, está lleno de tronchos y hojas de verdura. Nadie trae

las mantas. Corro a la acera. Las mantas ya no están. Ni mi abrigo ni la gabardina de Timoteo. Consigo atrapar un fardo que todavía no han deshecho. Lo desato como puedo, ayudándome con los dientes. Me tiemblan hasta las mandíbulas.

–Vaya con él uno de ustedes.

Timoteo y yo nos miramos, llenos de miedo. Por fin, se decide él. Arranca la camioneta y pronto se pierde en la oscuridad. La carrocería roja ennegrece a medida que se introduce en la profundidad de la calle. Los gálibos pierden su brillo de un modo instantáneo. Regreso junto al carrito. El arroz se ha salido de su saco y se desparrama sobre los charcos de la calzada.

–Ladrones, bandidos, cochinos –está diciendo una mujer.

Nadie le hace caso. Un hombre está escogiendo en un montón de jerseys. Aparta cinco. Recoge después una manta que tiene en su centro un gran agujero de bordes negros hecho por una plancha caliente. Pone los jerseys sobre la manta, pliega ésta varias veces, se la coloca bajo el brazo y echa a andar. Intento agarrarlo por el brazo pero él, de una sola sacudida, se desprende violentamente de mí.

–Mierda de chiquillo –refunfuña mientras se aleja.

Los muñones de la mano derecha me arden. La gente empieza a desfilar. No queda nada aprovechable. Se han llevado todas las mantas y casi toda la ropa usada. Lo que no se han llevado está tirado por la calle, mojado y sucio. Todos los sacos de comida están deshechos, y su contenido desparramado. Vacío el carro, no me cuesta ningún esfuerzo volverlo a su posición normal. Pongo en su sitio una tabla lateral que se había desprendido. Junto a ella voy colocando lo poco aprovechable que encuentro: jerseys llenos de barro e inmundicia, dos o tres barras de turrón pisoteadas. Es imposible recoger los garbanzos y las judías. Y mucho menos el arroz y el azúcar. Hago todavía un último intento por encontrar mi abrigo. En vano. Aparece la luna por un jirón entre las nubes. Bajo su luz, las gotas de lluvia adquieren un denso color negro. Parecen más gruesas, y golpean mi rostro con más fuerza. Empiezo a

empujar el carro. No acierto con la forma de empujar sobre una sola vara sin que el carro se ladee contra el bordillo. Avanzo a golpes, como un ciego que da bastonazos contra la pared. Hay algo, no sé sí las frías gotas de lluvia o la congoja, que no me deja respirar.

—o0o—

VEINTITRÉS

Aquí nos reuniremos todos. Masones, socialistas, ateos, judíos, librepensadores, anarquistas… Todos los enemigos de la patria. Todos. Los que creen y los que no creen; los que aman y los que odian; los hijos de Moisés, los de Mahoma y los de Carlos Marx. Aquí, entre los muros que rodean este pequeño recinto, bajarán nuestros cuerpos a la tumba. Aquí se pudrirán nuestros huesos. Y, sin embargo, mis huesos me gritan que, aunque también ellos se convertirán en polvo, mi polvo será distinto del de ellos porque yo sé que mi Redentor vive, y que mi cuerpo, después de deshecho, se levantará sobre el polvo, y que serán mis ojos, y no otros, los que lo vean.

Pobre loco iluso. Mi Redentor no se acordará de mí. Aunque quisiera, no podría acordarse. Soy demasiado miserable para que él pueda acordarse de mí. En la iglesia, los hermanos oran sin descanso por la vida del señor pastor. Yo no he sido capaz de permanecer entre ellos, y he salido. Allá lejos, al otro lado de la vaguada del arroyo, la extraña cúpula rusa de la capilla del cementerio rompía la monotonía horizontal de su tapia blanca extendida a lo largo de todo el horizonte. He cruzado la hondonada y me he venido aquí. «Cementerio libre.» Al menos, aquí tenemos un cementerio. La gran avenida central está custodiada por las extrañas tumbas que se mandaron hacer los grandes librepensadores del siglo pasado. Y los grandes teósofos, los grandes masones, los grandes socialistas. Sólo los unificó su común deseo de no ser enterrados del otro lado de la tapia, en el recinto grande. Sigo una alameda que se abre a la derecha. Al final de ella, diseminadas por una gran extensión, regularmente ordenadas, casi como en una formación, se extienden las planas losas de hermoso mármol blanco de los hijos de David: Olga Firoszwova, 79 años, nació en Jabonoblitz; David Malevi; Solomón Cohen, de Casablanca. Todas las lápidas están encabezadas por la estrella de David, y a veces tie-

nen largas inscripciones en su extraña, escritura. Y debajo: Smolensk 1872–Madrid 1942.

En un mísero rinconcillo adosado a un muro están los míos, los que murieron esperando su venida. Una horrible congoja me atenaza y no me deja respirar. «¿De qué servirá al hombre, leyó una vez el señor pastor en su Biblia, si perdiere todo el mundo y además perdiere su alma?» «Señor pastor, le dijo un hermano, usted se ha equivocado. En Mateo dieciséis veinticinco no dice eso. Dice: ¿De qué servirá al hombre si granjeare todo el mundo y perdiere su alma?»

Entonces el pastor nos dijo que se había equivocado adrede, porque quería predicarnos sobre el triste destino del que, después de renunciar al mundo, no es capaz de ganar el cielo.

Esa predicación me llenó de desesperación. Por eso, el pastor me llevó aparte y me hizo abrir mi Biblia por el capítulo once de la Epístola a los Hebreos.

–Este capítulo es una impresionante galería de retratos, como no encontrarás en ningún museo del mundo. Son los retratos de los héroes de la fe. Ve leyéndome sus nombres.

Fui leyendo: –Abel, que ofreció mejor sacrificio que su hermano; Enoc… Noé… Abraham, que ofreció a su hijo Isaac; Jacob...

–¿Jacob?

–Sí, Jacob. Versículo veinticinco.

–Es extraño. Jacob no debería estar ahí. Jacob engañó a su padre, engañó a su hermano, engañó a su suegro. Jacob robó. La vida de Jacob está llena de mentiras.

–Pero se arrepintió. Dios le dio la visión de la escala que llegaba hasta el cielo.

–Es cierto. Cada vez que hacía algo incorrecto, Jacob se arrepentía. Lo cual no impedía que a la vez siguiente volviese a caer. Era tan cobarde que no le importó arrastrarse a los pies de su hermano para conseguir que éste y sus hombres armados no hiciesen ningún destrozo en su hacienda. Una sola cosa grande relata la Biblia acerca de Jacob. El pastor buscó al principio de su Biblia, por el Génesis: «Y Él dijo: No se

dirá más tu nombre Jacob, sino Israel, porque has luchado con los hombres y Dios y has vencido». Jacob pasó una noche entera, toda una noche de agonía, aferrado a un ángel, y el ángel sólo pudo librarse de él cuando consintió en bendecirlo. Ésa fue su única acción heroica, y sólo por eso es un héroe de la fe, tan grande como su abuelo Abraham, como Noé, como Enoc. Los hombres armados de su hermano se estaban acercando, y Jacob temía por los suyos, por sus esposas, por sus hijos. Y en un momento tan trascendental, toda su heroicidad consiste en que se aferra desesperadamente a un ángel. Lee toda la Biblia, del Génesis al Apocalipsis. No encuentras ninguna otra acción notable realizada por Jacob. Pero sí muchas calamidades. La vida de Jacob fue una sucesión continua de infinitas calamidades. Perdió sucesivamente a su hijo José, el bienamado. A Benjamín, el consuelo de su vejez, a Judá, su primogénito. Su vida no fue en absoluto la de un héroe. Fue la de una persona constantemente probada, constantemente cayendo, pero que siempre, ¡siempre!, se levantó y siguió adelante. A trancas y barrancas, pero siguió.

Entonces lo comprendí. Jacob es el prototipo de todos los pobres desgraciados que atravesamos este sucio mundo a trompicones, más tiempo a rastras que de pie, siempre huyendo, siempre con miedo, siempre escondiéndonos de algo o de alguien.

–Levantarse para volver a caer, y así día tras día, año sobre año. Señor Fonseca, es una perspectiva terrible.

–No todos podemos ser capaces de andar sobre las aguas, de devolver la vista a los ciegos.

–Pedrín no parecía valer más que yo. Pero le llegó la prueba, y ha vencido.

–También venció Jacob. Había sido tan duramente probado que, cuando le llegaron las pruebas verdaderamente terribles, cuando no tenía hijos ni comida, y era un anciano achacoso, venció.

Incluso Francisco, el pobre Francisco, a quien el miedo llenaba las manos de sudor, ha vencido. Me envió un mensaje por

un compañero de cuartel. «El lunes por la mañana marcho trasladado a Tremp. Tráeme el violín.»

No me dejaron entrar al cuartel. Crucé la calle y me senté en un banco de la plazuela de los Guardias de Corps. Cada vez que cambiaban la guardia en la puerta de los gigantes de piedra, me acercaba y hacía un nuevo intento de entrar, pero en ninguno tuve éxito.

El sargento paseaba por el zaguán y no apartaba el ojo de la caja del violín. Quizá le extrañaba la forma, o que pudiese ser tan negra. Me senté en el bordillo de la acera, frente por frente del centro mismo del portalón. «Mientras el sargento siga paseando por el zaguán –pensé–, no me atreveré a acercarme.»

Lo sacaron cuando ya empezaba a oscurecer. Lo sacaron por la puerta de más abajo, la que yo creí que era de las caballerizas. Iba entre dos soldados armados, y llevaba una maleta de madera y un macuto. Los dos soldados llevaban correaje, cartucheras y hasta casco. Francisco, en cambio, iba vestido solamente con un mono.

Eché a andar tras ellos. De cuando en cuando, Francisco volvía un poco la cabeza y me miraba de reojo. Bajamos al metro. Ellos pasaron sin pagar billete, y la espera en la cola casi me hizo perder el tren que ellos cogieron. No estaban en el coche en que yo me había metido. En Noviciado cambié de coche. En Santo Domingo volví a cambiar. Si no los encontraba antes de Sol se me perderían.

En la línea uno iba ya en el mismo coche que ellos. Había poca gente. El que mandaba me hizo un gesto, y me acerqué. Me detuve a un paso de ellos y alargué el violín a Francisco.

–Es mi violín –dijo Francisco al cabo. Éste le dejó cogerlo.

–El señor Fonseca –le dije después– te envía muchos saludos. No me atreví a decir el señor pastor o el pastor Fonseca. Los soldados armados me daban miedo.

–¿Qué ha dicho de mí?

No respondo.

–Ya no me tiemblan las manos, ¿sabes? Desde que pasó aquello, ya no me tiemblan las manos.

–¿Te hicieron mucho daño? –le pregunto en voz baja.

–Me cogió de sorpresa. Como al sacarme de la formación y llevarme al calabozo no me habían pegado, creí que ya no lo harían. Pensé que me iban a interrogar, y me entró un miedo terrible y empecé a sudar. Parece mentira pero cuando empezaron a pegarme, me sentí aliviado. «Si me pegan es señal de que no piensan pedirme que explique nada», pensé. «Ya no tendré que explicar nada.» No habría sido capaz de hacerlo, porque el temblor me lo habría impedido. De modo que eso fue lo que me ahorraron con pegarme.

Entramos en la estación. Yo me cuelo tras ellos, y el empleado que guarda la puerta de los andenes no me dice nada. Suben a un coche de madera, con el letrero «Madrid-Lérida».

–¿Cuándo llegáis a Lérida?

–No me llevan a Lérida. En Lérida cambiaremos de tren. Me llevan al Pirineo, a un batallón disciplinario. Tres años haciendo carreteras.

–¿Te contarán esos tres años para la mili?

–No lo sé. ¿Tú crees –me pregunta después– que lo que nos dijo aquella mujer era cierto?

–¿Qué dijo?

–Que Casimiro no era un mártir, que no murió por su fe.

–No sé –respondo– de veras que no lo sé. Quizá estaba resentida.

–¿Sabes lo que he aprendido? Que no se puede juzgar a nadie. Nadie puede saber lo que hará en el momento de la prueba. No creas que cuando me pegaban yo pensaba que estaba sufriendo por mi fe en Jesucristo. Lo único que pensaba es que si seguían pegándome, no me preguntarían nada. La paliza me ahorraba el tener que explicar nada. Y tenía más miedo a no saberme expresar que a los golpes.

Pedrín ha vencido. Y Francisco. Incluso Timoteo, quien, desde el accidente, no se mueve de la cabecera del pastor, y no hace otra cosa que orar y llorar. ¿Y yo? Pobre desgraciado, mis ojos están secos. No soy capaz de llorar.

Estoy cansado de tanto deambular, y me siento al borde de una triple losa rectangular. Bajo la primera está enterrado Julián Sanz del Río. Bajo la segunda, Francisco Giner de los Ríos. En la tercera lápida hay dos nombres: Fernando de Castro–6 mayo 1874. Y Gumersindo de Azcárate–15 diciembre 1917. La cara de Gumersindo de Azcárate venía en un sello de la República Española, lo recuerdo muy bien. Era un sello rojo, de treinta céntimos. La cara de Azcárate, con su melena, su bigotazo y su perilla, era la más ridícula de las de los republicanos de aquellos sellos.

Mientras intento distraerme pensando estas incongruencias, un entierro ha entrado por la puerta principal y viene hacia mí. Me pongo en pie. El coche mortuorio es viejo y feo. Lleva una sola corona pero muchos ramos. La mayor parte de las flores son claveles, quizá porque es la flor más barata. «Tu esposa y tus hijitos no te olvidan», dicen las letras de purpurina sobre la ancha cinta negra que cuelga de la corona.

Van casi tantas mujeres como hombres. *Himnos de esperanza*, leo en el libro que lleva una de ellas. Echo a andar tras los últimos del cortejo. Han bajado el féretro del coche y están sujetándolo con las correas para bajarlo a la fosa. Uno de los obreros se da cuenta de que el predicador va a hablar. Dejan la caja sobre la tierra y se quitan las gorras.

El predicador lee con voz poderosa las terribles palabras del libro de Job. «El sepulcro es mi casa. Haré mi cama en las tinieblas. A la huesa tengo dicho: mi padre eres tú. A los gusanos: mi madre y mi hermana. ¿Dónde pues estará ahora mi esperanza?» El predicador alza los ojos del libro y pasea su mirada sobre los que rodeamos el negro agujero.

Pasa dos páginas del libro y continúa leyendo: –«Yo sé –clama, y el murmullo del viento en las copas de los cipreses parece devolver su voz amplificada– que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo, y después de deshecha esta mi piel, aún he de ver en mi carne a Dios; al cual yo tengo de ver por mí, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mis riñones se consuman dentro de mí».

El predicador se aproxima al féretro, y explica que el polvo volverá al polvo, y que el cuerpo del hermano muerto ha de ser comido por los gusanos. Pero que cuando Cristo venga, todos volverán a ver el rostro feliz y radiante del hermano que tanto ha sufrido antes de morir.

Dice también que los cristianos evangélicos que mueren en Madrid son mucho más afortunados que los que mueren en no sé qué otro lugar, creo que en Calatayud, donde nadie tiene derecho a ser enterrado dignamente sin permiso del obispo, y el obispo no lo concede.

El predicador pide después a sus hermanos que canten. Antes de cantar, los parientes mandan destapar el féretro y, a través del cristal, contemplan por última vez el rostro del muerto.

Un joven se abre paso por entre el grupo y se escabulle hasta la última fila.

–Está muy desfigurado –le dice a otro.

Éste parece no haberle oído, pero después dice lentamente:
–Morir es una sucia faena.

–«¿Nos veremos junto al río –se preguntan cantando– cuyas aguas cristalinas nacen puras, argentinas del trono de nuestro Dios?»

La estrofa siguiente da la respuesta : «Oh, sí, nos encontraremos...» –Las voces se van ampliando, y llenan ya todo el ámbito del pequeño rincón lleno de maleza en que estamos. Mientras ellos cantan, los hombres del cementerio han bajado el féretro, y ya están echando paletadas de tierra, pero el canto apaga el ruido de los terrones sobre la madera.

Cantan después otro himno. Y otro. La tierra rebosa ya del hoyo, y los obreros se emplean ahora en hacer un pequeño pináculo que después reducen a golpes planos de sus palas. El predicador coge por el codo al padre del muerto y lo encamina, suavemente hacia la avenida central. Poco a poco, todos se ponen en movimiento. Algunas personas se dispersan y buscan en las losas y en los nichos los nombres de los que ya se fueron.

–Aquí está mi niño que nació muerto –dice una mujer ante un nicho encalado en el que todavía no hay ninguna inscrip-

ción. Algunos nichos tienen losas, pero la mayor parte tienen simplemente el nombre escrito sobre la cal. Son sepulturas de pobres.

Los sepultureros han dejado de apilar la tierra, y cargan sus útiles en la carretilla. Junto a la sepultura sólo quedan los dos muchachos de antes. Se niegan tercamente a admitir la muerte.

–Qué duro tiene que ser morir.

–Es una gran injusticia.

Algo salta entonces en mí. Algo que me ahoga, y que hace que las venas *de* mis sienes latan tan violentamente que la cabeza se me tambalea. Porque para mí, joven pobre y desvalido, arrastrando para toda la vida una mano inútil en un país hostil, por duro que sea morir, hay algo infinitamente más duro y difícil. Vivir. Y solamente tengo dieciséis años. Ni siquiera cumplidos.

—o0o—

www.aula7activa.org

Ejemplar gratuíto